



VÍCTOR AMELA

LA HIJA
DEL CAPITÁN
GROC

Lectulandia

Manuela Penarrocha tiene trece años. Sentada en una sillita baja de enea en el portal de su casa, cose las alpargatas como nadie. La niña de ojos grises y cabellos de oro recuerda a su padre. Él, como el resto de carlistas, hombre de alpargata, garrote, trabuco y faca en los pliegues de la faja, ha llevado unas como estas para hacer la guerra. Quiere abrazarlo, sentir el calor de su beso en la frente. Añora su mirada dura y a la vez llena de ternura, su risa honda. Solo espera que vuelva para verlo luchar de nuevo por sus ideales, para devolver a su familia y al pueblo la dignidad perdida, a vida o muerte.

Por el color de sus cabellos, su padre, Tomás Penarrocha Penarrocha, es para todos en Forcall conocido como el Groc.

Lectulandia

Víctor Amela

La hija del capitán Groc

ePub r1.0

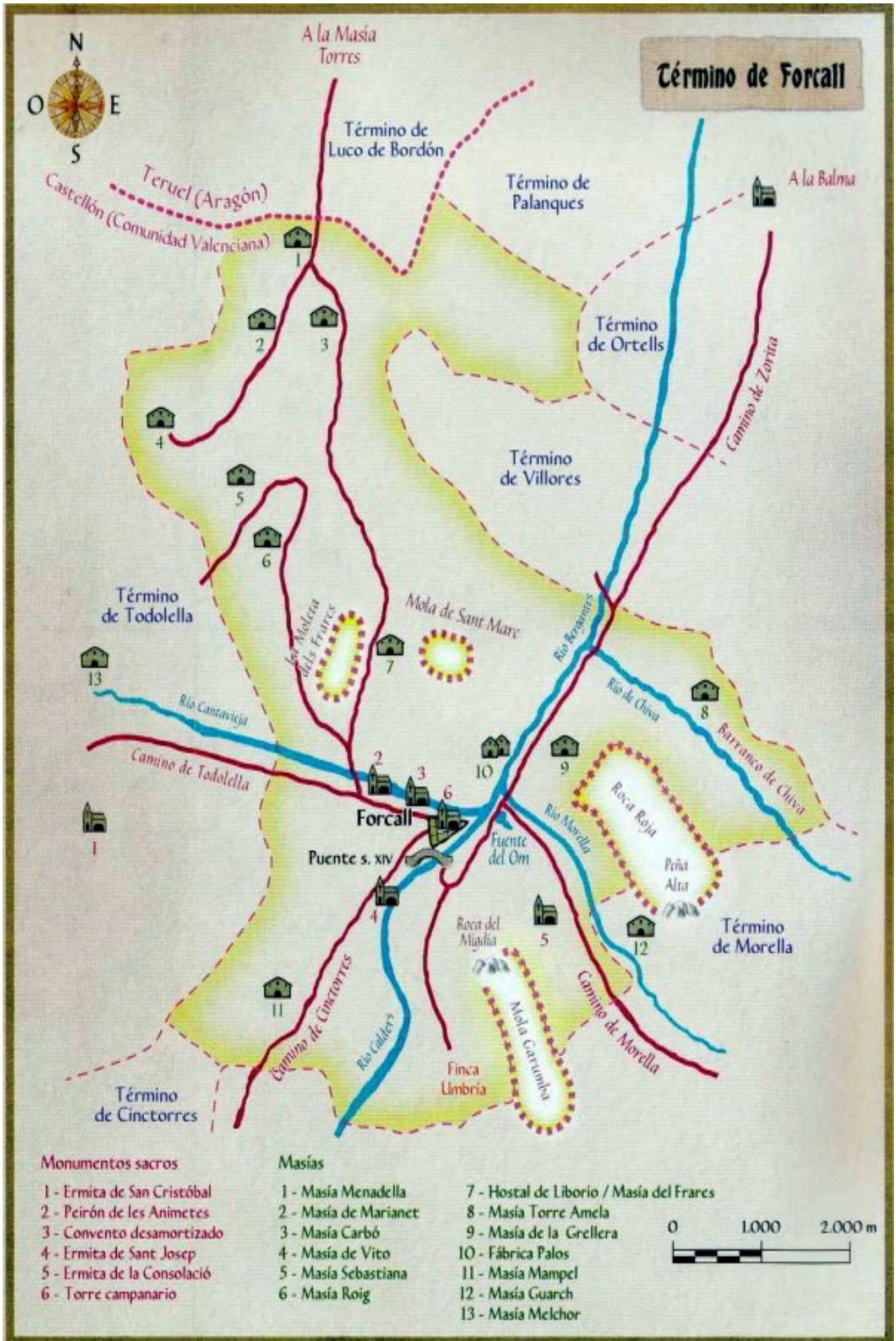
Titivillus 23.10.2017

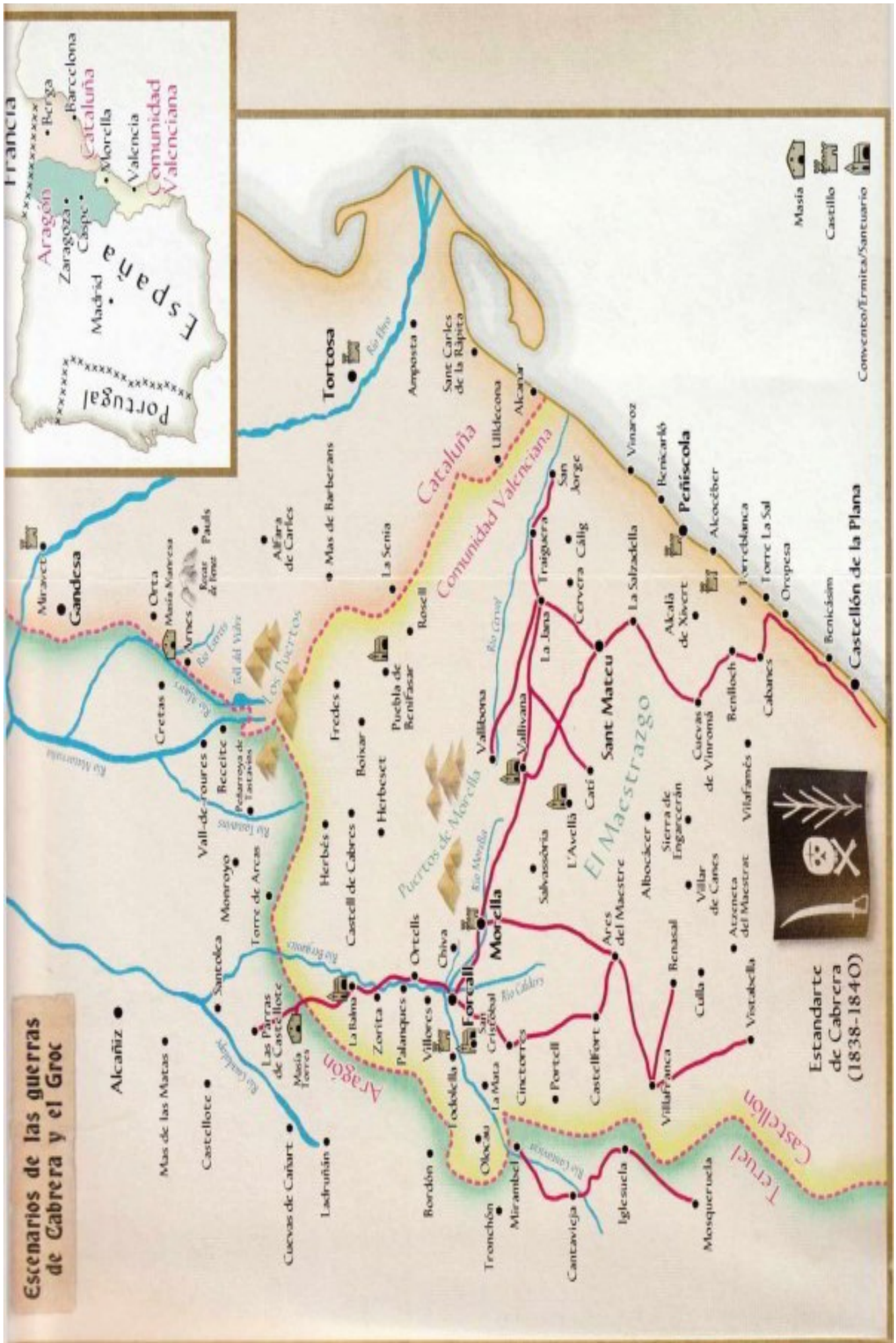
Título original: *La filla del capitá Groc*
Víctor Amela, 2016
Traducción: Víctor Amela

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Max y Adrià, tataranietos de Pep lo Bo





PRIMERA PARTE

LA GUERRA DEL GROC (1840-1844)

PEP 'LO BITXO'

(Forcall, otoño de 1841)

PEP *lo Bitxo* acaricia con las yemas de los dedos la piedra que lleva en el bolsillo del pantalón, un canto rodado de río casi esférico, muy liso y suave. Lo encaja en la flexible badana de cuero y tensa la goma de su tirachinas. Entre las matas ve temblar al conejo. Aleja lentamente la horquilla de su rostro pecoso. A sus trece años, el pequeño de Casa Resina, de desordenados cabellos castaños y sonrisa amplia, es el mejor tirador entre todos los chavales del pueblo de Forcall.

Si acierta el tiro sacará de penas a sus hermanos. También con las *vaquetes*, carnosos caracoles de gruesa concha blanca que porta en el zurrón, recogidos en la ribera del río Calders. La guerra de los Siete Años entre carlistas y liberales concluyó hace ya un año, pero su devastación tiene a casi todas las familias de la comarca de Morella y del Maestrazgo al filo de la supervivencia. Aguanta la respiración, apunta. Su ojo gris enfoca la cabeza del conejo y el resto del mundo se desvanece.

Entre saltos y un grito de júbilo, Pep *lo Bitxo* retuerce el cuello del conejo agónico. La pedrada certera ha abierto una brecha encarnada en la sien, y al niño no le importa verse las palmas de las manos manchadas de sangre tras hundir en el zurrón el palpitante cuerpo del animal. No es la primera sangre que ha visto.

La primera sangre fue de hombre. La sangre de Ignasi Bordàs, *Nasi*, padre de su amigo Pepet. La sangre de Nasi y de otros cien paisanos de Forcall, de espaldas despellejadas por látigos liberales cinco años atrás, el 24 de octubre de 1836, como canta una estremecida coplilla:

*Bien se acordará el Orcajo
del día de San Rafael,
azotaron ciento y tres hombres
aquella gente cruel.*

Pep *lo Bitxo* tenía entonces ocho años y jugaba en los tejados de las casas de la plaza con su amigo Pepet de Nasi, tres años mayor que él, muchacho resuelto y belicoso que siempre le ha confiado las emocionantes conversaciones escuchadas en su casa entre su padre y el Groc. Bordàs y el Groc, desde aquel día, son los más firmes puntales carlistas en Forcall, devotos de Ramón Cabrera.

Aquel día horrible no estuvo el Groc en Forcall. Antes de despuntar el sol había salido del pueblo en busca de cáñamo para urdir sus sogas y cordeles, al paso de su mulo. Durante el crepúsculo, de vuelta en un pueblo encogido por el dolor y el miedo, el Groc se sentó con los dos niños para que le relatasen lo que habían visto.

—¡Mi padre atado a la reja, tío Tomás! —Pepet de Nasi lloró de rabia, con los dientes apretados.

—Los latigazos... La sangre... —Pep *lo Bitxo* sollozó.

—¡Aquel hijo de perra ha abofeteado a mi madre, la ha hecho rodar por el suelo! —Pepet de Nasi rabiaba aquella noche.

Con la mano sobre el zurrón caliente, Pep *lo Bitxo* entra en Forcall por el puente medieval, asciende por la calle del horno, se asoma a la plaza porticada y se detiene ante las sólidas rejas de las ventanas del Palacio Osset, en la plaza. Siempre que las ve recuerda aquel día terrible y su noche, hablando con el Groc...

—¡Patulea liberalesca! —En sus oídos todavía resuena la voz del Groc y ve su rostro crispado a la luz de un quinqué en el centro de la mesa de Casa Bordàs, mientras las esposas, Josefa Ferrer y Josefa Marcoval, curan las heridas del maltrecho Ignasi Bordàs en la pieza contigua.

Pep *lo Bitxo* tampoco olvida la mañana anterior a la de aquel día. El campanario de la iglesia despertó al pueblo con repique de *angelets*, el repique de los niños muertos.

—Ha muerto el bebé del Groc y Josefa —oyó Pep *lo Bitxo*.

Si fallecía un bebé, el cura lo anunciaba con un toque de campanas que pellizcaba el corazón. Con apenas un año de edad había expirado Rufino, entonces último bebé de Josefa Ferrer y Tomás Penarrocha, *el Groc*.

Dos años antes se les había muerto ya otra niña, Petronila, que tampoco llegó al año de edad... Parecía que la angustia de la guerra en los campos no fuese bastante laceración, que se empeñase en cobrarse tributos de llanto dentro de las casas...

Durante el funeral del niño de pañales, Pep *lo Bitxo* se había acercado a la hija del Groc, Manuela, casi de su misma edad, de ocho años entonces. La niña Manuela lloraba con la cabeza baja, sus hombros se agitaban y sus trenzas doradas le parecieron a Pep *lo Bitxo* más hermosas que nunca... Necesitó acercarse a ella. A su lado, al niño se le aceleró el corazón y quiso consolarla con un abrazo. No se atrevió a tocarla.

Pep *lo Bitxo* caminó junto a su amiga Manuela hasta el camposanto de Forcall. Seguían al Groc, el alto y fornido padre de Manuela, de cabellos y bigotes rubios, que abría la procesión y portaba en su hombro derecho el pequeño ataúd con el liviano cuerpo de su segundo hijito muerto en solo dos años. Josefa Ferrer, la madre triste, la esposa del Groc, flanqueada y sostenida por cuatro o cinco comadres, caminaba detrás de su hombre con toda su amargura pintada en el rostro, una amargura resignada que ya le había secado los lagrimales.

Tras el entierro, en la hora detenida de la siesta, Pep *lo Bitxo* visitó a su amiga

Manuela en la puerta de su casa, cercana al portal de San Vicente, una de las salidas del pueblo por poniente. Le llevaba un regalo:

—Es para ti, Manuela: ¡es el más bonito que he visto nunca!

El niño depositó en la mano de Manuela un caracol de piedra del tamaño de su puño, una perfecta espiral pétreo de elegantes curvas que casi parecía el caparazón de un caracol viviente. Pep *lo Bitxo* sabía lo mucho que a Manuela le gustaban aquellos misteriosos caracoles y conchas de piedra que aparecían entre los cantos rodados del río.

—Es precioso. —Manuela se lo agradeció, con ojos todavía enrojecidos por las lágrimas derramadas, tanto por su hermanito muerto como por la tristeza de sus padres.

Y entonces, ella le besó.

Le besó en la mejilla. La cálida humedad de los labios de Manuela esclavizó el corazón de Pep *lo Bitxo* desde aquel día. Casi cinco años después, con el conejo caliente en el zurrón, el chico sueña con gustar algún día a su amiga Manuela, la primogénita del Groc.

Al día siguiente del funeral volvió a verla. Era el día de San Rafael y Pep *lo Bitxo* estaba de nuevo frente a Manuela, pero ya no en la puerta de su casa, sino en la buhardilla. Y en los ojos de la niña ya no vio lágrimas, vio pavor: los dos oían los gritos de su madre que ascendían desde el piso de abajo, de la cocina, mientras los soldados...

—¡Mataría a ese cerdo de Borso a bastonazos! —Rugía la noche de aquel aciago día su amigo Pepet de Nasi, como si fuese ya un hombre de partida y no un chaval de once años.

El Groc le tomó por el hombro para apretárselo con rudo afecto y complicidad.

—¡Será así un día, Pepet! Y ahora contadme los dos todo lo que habéis visto... —les conminó el Groc.

—Estábamos en el tejado de casa de mis tíos, la que está frente al Palacio Osset, jugábamos a nuestras guerras... —empezó Pep *lo Bitxo*.

—Y oímos los caballos al trote, muchos caballos, los gritos, vimos los movimientos de la tropa en la plaza, el polvo, la gente que corría a esconderse... —Siguió Pepet de Nasi— y al cerdo de Borso.

El rostro del brigadier Gaetano Borso di Carminati, el cerdo al que Pepet de Nasi querría degollar un día, se impone en la memoria de Pep *lo Bitxo* ahora, ante las rejas del Palacio Osset, con el conejo aún caliente dentro del zurrón. Puede volver a ver aquella cuenca vacía del ojo derecho, perdido en la toma de Oporto, que le confería un fiero aspecto rubricado por unas largas y tupidas patillas negras hasta las quijadas, marco de un rostro de gesto hastiado, cejas espesas y pequeña boca de labios hinchados y ávidos. Borso ordenó a un corneta, pesetero de Morella, la lectura de un bando, que los niños oyeron claramente desde el tejado:

—¡Forcallanos! ¡Se ordena a todos los hombres de esta villa se presenten en la

plaza de inmediato! ¡Se avisa de que nadie intente escapar! ¡Todas las salidas están tomadas por las fuerzas de la Reina! ¡Se tirará a matar contra todo hombre, mujer o niño que trate de salir del pueblo! ¡Forcallanos!

La columna de Borso batió el pueblo y reunió a sus habitantes. Borso era un militar experimentado. Piamontés desertor, ingresado en el servicio de Portugal para crear el temible cuerpo de tiradores de Oporto, se había ofrecido a la regente María Cristina en su guerra contra los carlistas en España. Borso di Carminati se sentó en una silla en el rellano de la escalerilla de piedra del Graneret, edificio-almacén vecino del Palacio Osset. Desde ahí dirigió su espectáculo.

Pep *lo Bitxo* y Pepet de Nasi vieron a los hombres de Forcall irrumpir en la plaza, en grupos o por separado, escoltados por soldados hasta sumar ciento tres paisanos, agrupados como mansas ovejas en la plaza, ante el Palacio Osset.

—¡Que se descamisen! —ordenó Borso.

Los soldados amontonaron las ropas de los hombres en el suelo y formaron a los descamisados en torno a ellos hasta dibujar una anchurosa y ondulante circunferencia de espaldas desnudas. Los soldados isabelinos empuñaron bastones y látigos.

—¡Azotadlos! ¡Apaleadlos! —ordenó Borso.

Los soldados azotaron y apalearon con saña las espaldas de los forcallanos. Los gritos de los castigados laceraban el aire de la plaza, reverberaban en los colosales aleros de madera labrada del palacio renacentista de los Osset y torturaban los oídos de los dos niños agazapados en el tejado de enfrente. Desde su silla en el rellano escalonado del Graneret, Borso enardecía a sus soldados a grito pelado:

—¡Firme! ¡Fuerte! ¡Que aprendan a obedecer! ¡Yo les enseñaré a ser obedientes! ¡Así! ¡Firme! ¡Fuerte! ¡Firme!

Pepet de Nasi y Pep *lo Bitxo* se miraron demudados, sin moverse, y vieron la sangre salpicar las chaquetas grises de los peseteros de Morella. Sus látigos la arrancaban de las espaldas de los azotados. Exacerbados por los gritos, los soldados pegaban con rabia creciente, también por temor a ser reprendidos por su colérico comandante y no poco por su naturaleza embrutecida por la guerra, por la impunidad y por la hipnosis de la sangre y las tiras de piel desgajada.

Súbitamente, uno de los apaleados se volteó, esquivó a su sorprendido fustigador, trastabilló hasta la escalera de Borso y se le encaró con las fuerzas que le restaban:

—¡Esto es una indignidad! ¡Esta inicua acción mancilla su causa y recae sobre su uniforme y su conciencia!

Borso di Carminati, contrariado, se puso en pie y ordenó reducir al insumiso. Un soldado tomó al forcallano por los hombros y le obligó a arrodillarse ante el brigadier.

—¡Sí, Groc, mi padre le gritó a Borso! —le contó Pepet de Nasi al Groc aquella noche, con airado orgullo y ojos enrojecidos.

—Tu padre es un valiente, Pepet... —añadió el pequeño Pep *lo Bitxo*, mirando con afecto a su amigo.

—Lo es —confirmó el Groc—, lo es... ¿Y qué dijo Borso, entonces?

—Un pesetero de Morella, uno que tiene familia en Forcall, le explicó a Borso: «¡A este le llaman Nasi y es uno de los cabecillas carlistas del pueblo!».

—¿Ah, sí? Descarado carlistón, ahora te vas a enterar. ¡Atadle a esa verja! —gritó el brigadier Borso.

El círculo de soldados aún fustigaba y apaleaba al centenar de hombres de Forcall, con los pantalones ya empapados de sangre. Algunos caían al suelo desvanecidos. Dos soldados ataron a Nasi a la reja de una de las ventanas del Palacio Osset. Anudadas sus muñecas a la reja, quedó con los brazos en alto, por encima de la cabeza, y dos soldados se alternaron para apalearle, a las órdenes y arengas de Borso:

—¡Aprenderéis a obedecer! Los de Forcall sois muy arrogantes, ¡aprenderéis disciplina! ¡Apalead a ese engreído! Y ahora, corneta..., ¡aviso de saqueo! ¡¡Aviso de saqueo!!

Sonó la corneta y un tropel de soldados se dispersó por el pueblo. Los ciento tres azotados quedaron confinados en la plaza, encorvados sobre sí mismos, más muertos que vivos, vigilados por un retén de soldados. ¡Aviso de saqueo! Aquellos hombres apaleados, casi inconscientes, entendieron lo que eso significaba para sus casas, sus bienes, sus mujeres...

—¡Han saqueado todas las casas del pueblo, Groc! ¡Los hemos visto entrar y salir a lo bruto, robándolo todo! —le explicó un contrito Pep *lo Bitxo* al Groc aquella noche...

A su antojo, sin temer punición alguna, con el beneplácito del jefe y de la guerra, insuflados de una alegría salvaje, el saqueo compensaba a aquellos soldados de sinsabores y disciplinas de otros días y pintaba de avidez y malicia sus rostros. Bien sabían aquellos hombres que las mujeres del pueblo estaban solas, desprotegidas en sus casas, madres e hijas, casadas y viudas, mujeres maduras y mozas vírgenes.

—¡Hijos de perra! —Escupió el Groc ante el relato tembloroso de Pep *lo Bitxo* y Pepet de Nasi.

Pero aquella noche del día de San Rafael de 1836 los dos chicos no contaron todo lo que habían visto.

Lo que habían visto en casa del Groc.

Conjurados entre sí, se lo evitaron.

Pep *lo Bitxo* abre el zurrón, mira el conejo muerto y decide que es hora de llegar a casa y despellejarlo.

Cinco años después de aquel día salvaje, tampoco podría ahora contarle nada al Groc: hace un año que partió con Cabrera a Francia y no ha vuelto. Nadie sabe de él.

Por mucho que hoy quisiera, el chico no podría contarle al Groc lo que vio en su casa, lo que le hicieron a su esposa los soldados de Borso.

FRONTERA DE FRANCIA (5 de julio de 1840)

PITARCH y Cerdón se miran a los ojos. Frente a frente, después de siete años pisando muertos en los montes de su patria, se entienden sin palabras.

Saben bien lo que van a hacer.

Siete años de sangre y pólvora desde el levantamiento de Morella en favor de Carlos V, el pretendiente legítimo al trono de España. Siete años de saquear pueblos y masías, saltar murallas, atacar columnas de soldados cristinos y perseguir a los que huyen o de huir en desbandada, a salto de mata.

Pitarch y Cerdón, el valenciano y el aragonés, cruzados de cicatrices mal cerradas, cubiertos con piezas de ropa robadas a los cadáveres, frente a frente, se entienden sin palabras.

Saben bien lo que van a hacer.

Pitarch y Cerdón, carlistas y guerrilleros, están hermanados por siete años de trepar muelas y rodar por barrancos, de reptar por bancales y cruzar balas y lanzas con los liberales, de marchas nocturnas y días ocultos en cuevas y cabañas de pastor, de mañanas de nieve y fuego, de tardes de sed y hambre y también de atracones orgiásticos de cordero y vino espeso después de una victoria fugaz.

Pitarch y Cerdón han quemado iglesias en nombre de Dios, han incendiado masías con ancianos y niños dentro, han destrozado cosechas, talado frutales, secado pozos, envenenado aljibes, robado ganados, secuestrado alcaldes, mutilado, degollado y decapitado, han fusilado a prisioneros, espías y traidores, han violado a mujeres casadas, viudas, solteras y doncellas, han alanceado a prisioneros moribundos en las cunetas para ahorrarse el plomo de una *valiosa* bala.

Pitarch y Cerdón comparten siete años fieros, siete años de libertad radical y salvaje, esa libertad que regala la muerte cuando se pega a la piel para siempre.

Saben bien lo que van a hacer.

Han compartido siete años de combates cuerpo a cuerpo, de matar y ver morir. A Cerdón le falta un ojo, desgarrado por un sable isabelino en Beceite. Y ahora calza en su fusil la bayoneta. A Pitarch le asoma una cicatriz carmesí bajo el pañuelo aragonés que ciñe su cráneo, mal recuerdo de una escaramuza en Vallibona, su pueblo natal. Y ahora calza su bayoneta en el fusil.

Pitarch y Cerdón descienden de generaciones de labradores, de centurias de soles, vientos y hielos, hombres recios como una pared de piedra seca, manos de terrón y piernas de hierro que pueden caminar durante días por pedregales. Sus alpargatas de

cáñamo han hollado todas las sendas, bosques, riscos, cerros, balmas y ramblas del Bajo Aragón y Valencia, del Maestrazgo de Montesa y de todo el Ebro catalán. Atrás dejaron a sus madres, esposas e hijos. Todo por las leyes viejas de su tierra, por su idea del Altar y el Trono.

Pitarch y Cordón han calzado la bayoneta en la punta de sus fusiles.

Saben bien lo que van a hacer.

—Vencer o morir —mascullan.

Lo proclamó Ramón Cabrera, su venerado jefe, desde su ondeante bandera negra en la cima del castillo de Morella. La bandera negra de la calavera y las tibias cruzadas, entre el sable de la victoria y la palma del martirio. Victoria o martirio.

La bandera ha sido arriada por las bombas de Espartero. ¡Morella cae, ha caído la capital del reino mágico de Cabrera! Han cruzado el Ebro junto al conde de Morella, que marcha a Francia tras siete años a golpe de su célebre garrote, que tantas cabezas ha reventado por la religión y por su santa madre, fusilada en el foso del castillo de Tortosa. Por ella, Cabrera cubrió de sangre las montañas. «La sangre en el campo de batalla es un néctar para mí —dijo—, ¡toda me la bebería!». Victoria o martirio. En la raya de Francia, así habla Cabrera:

—¡Compañeros! Si bien he servido para hacer la guerra, en un principio con quince hombres armados por mitad de palos y escopetas, no creo ya posible continuarla, atendiendo que los pueblos ya no prestan su apoyo como lo hacían antes, y así creo que mi deber es salvaros en el reino vecino...

Pitarch y Cordón saben bien lo que van a hacer.

No van a entrar en Francia, la infecta cuna de casi todos los males desde la masónica Revolución de 1789. Han combatido siete años la impiedad y la desvergüenza, han matado hasta la ebriedad y la inconsciencia. Si no han vencido, ¡que sea la muerte!

Pitarch y Cordón, guerrilleros realistas de todas las costras de sangre, pólvora y tierra, ven pasar a Francia a siete mil de sus compañeros de campo y guerra. El valenciano y el aragonés, hermanados por la tradición de sus padres y abuelos, por la misma tierra de sus antepasados almogávares y aún de los caudillos íberos, por siete años de radical y salvaje libertad, no quieren el indulto del arado, ni quieren la cárcel ni el destierro. Ni se abandonarán en Francia al absurdo de una paz sin gloria. ¡Siete años de brega libre solo pueden coronarse con la libertad eterna de la muerte!

Pitarch y Cordón apoyan sus torsos pétreos el uno en la punta de la bayoneta del otro, exhalan un grito...

—¡Dios, Patria, Rey!

... y acompañan con mirada resuelta el mismo paso al frente, ese único paso mortal que les gana la inmortalidad. Las cuchillas ensartan al unísono sus fogosos corazones con un chasquido seco y sus térreos rostros se juntan y mezclan alientos en un brusco bufido de salivas.

La sangre empapa calzones, medias y alpargatas, se encharca en las deshilachadas

suelas de cáñamo urdidas por las mujeres de su tierra. Se regalan la victoria de la muerte. Caen al suelo sus cuerpos, liberados de un futuro sin sentido.

A cuatro pasos de Pitarch y Cordón, un hombre con largos bigotes rubios presencia con ojos empañados la inmólación de dos de sus mejores compañeros. Recordará lo que ha visto cada día de los siguientes cuatro años. Cada día hasta la última noche de su vida, cuando un fogonazo le saque de este mundo.

Al hombre de la mirada empañada y bigotes rubios le llaman el Groc. El Groc de Forcall.

LA NIÑA MANUELA

(Forcall, otoño de 1841)

MANUELA PENARROCHA, a sus trece años, ya cose y repunta alpargatas como nadie. Sentada en una sillita baja de enea que oscila sobre los irregulares cantos de río que empiedran la calle, la niña Manuela cose y recose ante el portón de su casa, de dos hojas horizontales abiertas del todo. El amplio hueco de la entrada exhala un frescor perfumado de alfalfa. Proviene del pesebre del mulo, al fondo de la planta baja. El mulo de su padre ausente.

La niña Manuela aprisiona entre las piernas el *cavallet* y repunta la suela de cáñamo con un bello punto cadena. ¿Qué mujer no sabe coser alpargatas en el pueblo de Forcall? Lo recoge la coplilla popular que Manuela canturrea, muy concentrada en el borde de la suela:

*En Sorita trauen rotes,
a Palanques trossos d'horta,
a Villores i a Forcall,
espardenyés pa' la tropa^[1].*

¡La tropa! La guerra... La niña evoca a su padre, el Groc, que ha calzado alpargatas de cáñamo como estas para hacer la guerra junto a Cabrera. Las ha calzado el Groc y también los demás carlistas del terreno, hombres de alpargata, garrote, trabuco y faca en los pliegues de la faja. Durante siete años han dejado sus casas para defender sus ideas a vida o muerte.

La niña Manuela se aplica en dar un doble repunte porque ha decidido que estas alpargatas serán para su padre, para cuando vuelva de Francia. Manuela quiere verle regresar, abrazarle, verle llegar cada día por su calle con sus cargas de esparto en el mulo para elaborar las mejores sogas de la comarca, como hacía antes de empuñar las armas. Su padre, el Groc, es un buen soguero. Pero si vuelve al pueblo para luchar de nuevo por la religión y su dignidad..., ¡que sus pies vuelen con estas alpargatas sobre las peñas! ¡Nadie le alcanzará!

Manuela se entristece, sin detenerse. ¿Cuándo volverá su padre? Siente el calor de su beso en la frente, cada vez que dejaba la casa antes del alba, después de una noche furtiva en la cama de su madre para burlar a los que le buscaban para matarle.

Manuela está convencida de que no podrán con su padre. Le ve como un gigante en la puerta de su habitación, antes de irse, con sus alpargatas bien atadas, sus medias blancas, zaragüelles negros, faja encarnada, chaquetín, zurrón de pastor, manta morellana en los hombros, trabuco a la espalda y su temible garrote colgado del brazo derecho... Y un pañuelo aragonés anudado a un lado de la cabeza sobre sus cabellos pajizos. Manuela añora su mirada ruda y a la vez cariñosa, la fuerza con que la levantaba del suelo, su risa honda y su pelo amarillo.

—¡Padre, su cabeza parece una mazorca! —bromeaba ella, entre risas, cuando era pequeña y él la paseaba sentada en sus amplios hombros por las calles de Forcall.

Se sentía poderosa como una reina.

Por ese color de sus cabellos, su padre, Tomás Penarrocha Penarrocha, es para todos en Forcall conocido como el Groc.

El Groc de Forcall. Bajo ese nombre le estiman sus amigos y le odian sus enemigos.

Para Manuela, es el padre que ama y añora, al que quiere ayudar en todo. Desde que su padre se ha ido se siente mayor, más fuerte. A Manuela no le importaría dormir en cuevas agrestes junto a su padre, como él ha tenido que hacer durante sus campañas. Ojalá él le dejase acompañarle.

—Así me gusta, Manuela, que ayudes a tu familia a salir adelante honradamente. Dime, chiquilla, ¿dónde anda tu madre?

Manuela levanta la cabeza hacia el hombre que le habla. Es Mampel, yerno del alcalde anterior, Guarch, liberal, igual que el actual, Buc. Es de las cuatro familias que mandan en el pueblo, esos hombres con los que su padre no puede ni verse.

Mampel está ante la niña con los pulgares en los bolsillos del chaleco negro. La escruta con descarro y media sonrisa. A Manuela le disgusta la cara alargada y prieta de Mampel, su piel que parece tiznada, su sonsonete burlón y que cuchichee con otros en la puerta de la taberna cuando ella y su madre atraviesan la plaza. Ahora hay paz en Forcall..., la paz de los que mandan. La paz gubernamental, la paz isabelina, la paz de Madrid, la paz liberal. ¡Sin su padre en casa, esta paz del país no es paz para Manuela y su madre!

—¿Mi madre? No sé.

Sí lo sabe. Manuela sabe que su madre ha salido del pueblo en busca de leña para el fuego de la cocina. Pocas casas en el pueblo se atreven a ayudarlas, por no tener problemas con los que mandan. Todos están asustados. Manuela, no. Manuela clava en Mampel su mirada del color de la niebla durante unos segundos, frunce los labios finos y sigue cosiendo como si estuviese sola. Mampel observa la cabeza gacha de la niña, su cabellera dorada, pulcramente peinada por la madre y recogida en dos trenzas gruesas y rubias, como gavillas de espigas, que le caen sobre los hombros, pero aparta la mirada al advertir de súbito la presencia de una mujer a su lado, que le interpela:

—¿Qué pasa, Mampel? ¿Qué buscas?

—¡Josefa! —Mampel se sobresalta.

Es Josefa Ferrer, la madre de Manuela, la esposa del Groc. Mampel se repone y le habla secamente:

—Soy yo quien pregunta: ¿qué sabes de tu hombre?

—Nada.

Josefa Ferrer es una mujer de treinta y tres años, menuda, de expresión resuelta, acostumbrada al trabajo duro en la casa, en el campo, en el lavadero o en el río en el que las mujeres hacen la colada. Recoge su cabello liso y oscuro en un pequeño moño en la nuca. Viste saya de cotolina azul usada, pañuelo oscuro al cuello, cruzado sobre el pecho, y anchas faldas, cubiertas desde la cintura por un áspero mandil gris, telas muy sencillas. Se mantiene firme ante Mampel y alza un poco la barbilla para escucharle.

—Si tu hombre volviese, que vaya al ayuntamiento, eso lo primero. Este país ha vuelto al orden. Hagamos todos bien las cosas, ¿de acuerdo?

Mampel habla con impostada suavidad. Y entonces se fija en el cenacho que la mujer carga en un brazo, del que sobresalen ramas secas de almendro y pino.

—¿Qué llevas ahí, Josefa? —pregunta Mampel, tomándola por el codo con brusquedad.

Ella atenaza con fuerza el cenacho, sin abrir la boca. El hombre, sin soltarla, aproxima su cara a la de ella.

—Suelta eso, Josefa...

—Necesito la leña para cocinar.

—¿Crees que puedes ir por ahí robando la leña del pueblo a tu antojo, desgraciada? Este ya no es vuestro reino, mujer... ¿O prefieres el calabozo? ¡Suéltala! Queda requisada.

Mampel tira del brazo de Josefa para arrebatarse el cenacho y la leña cae al suelo. La niña Manuela se precipita a recogerla y corre con algunas de las ramas hacia la casa. El hombre empuja a la madre y corre tras la niña. La alcanza en la escalera que sube a la cocina, la abofetea; la leña rueda por los escalones. Manuela contiene el llanto mientras el hombre recupera la leña. A la niña le arde la mejilla y la ira se le agolpa en la garganta. Desde lo alto de la escalera, mientras Mampel sale a la calle, la niña Manuela chilla con un grito que le emerge de las entrañas:

—¡Mi padre te matará!

A Josefa apenas le da tiempo de plantarse ante Mampel en la puerta de la casa, para suplicarle que las deje tranquilas.

—¡Josefa, tu hija acabará mal, como su padre!

Mampel habla mientras se aleja, y añade:

—Y tú, también. En tu mano está que las cosas vayan bien. ¡Razonad! Tu marido no ha aceptado que ha perdido la guerra y ha rechazado el indulto de la Reina. ¡Ten cuidado de que no os traiga la desgracia!

Josefa entra en la casa y abraza a su hija, que tiembla de humillación y rabia.

—¡Quiero que vuelva padre!

—Hija, él sabe lo que hace. Está luchando por el mundo que merecemos, el de nuestros mayores.

—¡Pero que luche aquí, no en Francia!

—Volverá pronto, y entonces estaremos bien y viviremos en paz, ya verás.

—Yo quiero que vuelva y mate a estos hombres que nos odian, que él y sus amigos manden y ya nadie se meta con nosotros.

—Manuela, ahora... tenemos que aguantar.

—¿Sí, madre? ¿Para que vuelvan aquellos soldados cuando quieran y yo tenga que esconderme en la buhardilla y a ti te hagan daño?

Josefa enmudece. Sabe que su hija se refiere al día en que los soldados de Borso di Carminati saquearon las casas del pueblo, cinco años atrás. Nunca ha hablado con nadie de aquellos salvajes que irrumpieron en la casa, ni siquiera con su marido cuando regresó al pueblo aquella noche... Pasaron esa noche en casa de Ignasi Bordàs, curando las heridas abiertas de su espalda, ella y la esposa de Nasi, Josefa Marcoval.

—¡Eso no volverá a pasar, Manuela! ¡La guerra ha terminado! ¡No volverá a pasar, niña! Estamos todos vivos, es lo que importa. Tú te escondiste muy bien y... No viste nada, ¿verdad, Manuela?... ¿Viste... algo? —pregunta la madre, y la preocupación le estrangula la voz.

—¡No! —responde su hija, y de un salto sortea a su madre y corre escaleras abajo para no seguir hablando, para borrar de su memoria los gritos de su madre y de Valeria, la prima segunda de aquella, los gritos espantados de ellas dos y las risotadas de los soldados que oyó desde la buhardilla.

—¡Manuela! —La llama Josefa al verla correr.

Ya en la calle, la niña se detiene, se da la vuelta, se asoma a la puerta de la casa y grita con fuerza para que su voz suba las escaleras al encuentro de su madre, y no sabe bien si para tranquilizarla, para sacudirla de su resignación o para quitarse ella misma un peso que lleva dentro:

—¡Oí gritar a Valeria, solo eso!

Manuela corre, se aleja de su casa. Josefa se sienta en la escalera, cubriéndose el rostro con las manos, horrorizada ante la idea de que su hija hubiese visto u oído siquiera algo de lo que los soldados de Borso les hicieron a ella y a Valeria aquel día. Valeria, prima de Josefa, tenía entonces veintiún años y vivía con ellos desde sus dieciocho años, después de nacer el primero de los dos bebés que después morirían. Valeria, una joven hermosa y trabajadora, había dejado la Masía Roig, su casa natal, de acuerdo con sus padres, para servir en el pueblo, en casa de sus parientes, Josefa y Tomás Penarrocha. Tras aquel día terrible, la joven regresó a la Masía Roig junto a sus padres. Josefa no ha vuelto a verla en los últimos cuatro años.

Manuela corre y atraviesa la plaza de Forcall, la hermosa plaza porticada, tan espaciosa, apreciada por todos los arrieros por su cómoda amplitud para estacionar carros y exponer mercancías llegadas de Aragón, Valencia y Cataluña.

—¡Es la hija del Groc! ¿Adónde va? ¡Vamos tras ella!

Manuela oye a sus espaldas el ulular de una bandada de siete u ocho niños, de su edad la mayoría, alguno más pequeño, que desde el centro de la plaza se arrancan en su persecución. Ya le ha pasado otras veces en el último año. Son hijos de las familias liberales, niños a los que sus padres envenenan los oídos contra el Groc y su familia, contra los voluntarios carlistas, a los que llaman «latrofacciosos». Manuela está sola y no le apetece plantarles cara. Sigue corriendo, finge no oírlos y acelera su carrera hacia una de las salidas de la plaza, la que conduce a la cercana ermita de Sant Josep. Corre sin mirar atrás y le parece que el corazón le saltará del pecho, por el esfuerzo y por los gritos intermitentes que oye cada vez más cerca a sus espaldas, algunos casi en su misma nuca.

—¡Detente, facciosa! ¡Chusma! ¡Ilusa! ¡Frena! ¡Uuuuuuhhh!... ¡Latrofacciosa! ¡Frena! ¡Te vas a enterar! ¡Uuuuuuhhhhh!...

Manuela llega a la altura de la ermita de Sant Josep y decide que ya no puede correr ni un paso más. Se detiene en la plazoleta ante la ermita, entre el atrio y un ciprés que se alza a unos metros. Se da la vuelta y se encara con los niños. La rodean entre jadeos y gritos. Uno de ellos, el más bravucón, con la cara enrojecida por la carrera y mojada por el sudor, le increpa:

—¿Adónde crees que vas? ¡Si te digo que frenes, frena! ¡Tú tienes que obedecer! ¿Entiendes?

—¡Dejadme en paz! ¡A mí nadie me da órdenes!

—¡Tú harás lo que te digamos nosotros! Tu padre ha perdido la guerra.

—Las cosas cambiarán pronto y tú comerás pienso en la pocilga con los cerdos
—replica la niña.

Al oír esto, uno de los niños propina una patada a Manuela, otro la empuja y el increpado se le acerca a la cara, agarra una de sus trenzas y la estira hacia atrás, obligándola a vencer la cabeza hasta hacerla caer al suelo. Todos vitorean al niño sudoroso, que se dispone a soltar una patada en el vientre de Manuela. Pero no puede hacerlo: una piedra impacta en su espalda a la altura del omóplato izquierdo, y el niño se arrodilla entre aullidos de dolor.

—¡Voy a contar hasta tres! ¡A quien siga aquí a la de tres..., le abro la cabeza! ¡¡Le abro la cabeza!!

Pep *lo Bitxo*, con su tirachinas cargado y tensado, amenaza al grupo de niños desde el pie del ciprés. Uno de los zagales huye a la carrera, luego otro y otro, y los cuatro restantes les siguen en tropel. El niño sudoroso y apedreado se pone en pie a trompicones y se aleja renqueante, con una mano en el hombro herido y mirando con odio a Pep *lo Bitxo*.

—¿Qué ha pasado, Manuela?

—¡Cerdos! ¡Negros! Se creen los amos... Cuando mi padre vuelva... —Manuela se levanta del suelo, se sacude el polvo de las ropas con furia—. Gracias, Bitxo. Le has dado bien a ese maldito. ¿De dónde sales?

—Tengo un secreto. Pero a ti voy a revelártelo, Manuela. Ven. Solo lo sabrás tú —dice Pep *lo Bitxo*, señalando el ciprés.

—¿Qué secreto?

—Haz como yo —indica el niño, acercándose al tronco del ciprés—. ¿Te atreves?

Pep *lo Bitxo* trepa por el tronco, aprovechando unas protuberancias para apoyar los pies. Manuela le imita, mientras ve desaparecer a su amigo en el espesor del ramaje. El niño le tiende una mano desde arriba para ayudarle a subir. Manuela descubre en el interior del árbol una bifurcación del tronco que les permite recostarse frente a frente, del todo ocultos a la vista desde el exterior.

—Aquí estaba cuando habéis llegado. A veces me escondo aquí, cuando no quiero ver a nadie —explica Pep *lo Bitxo*.

—A mí, muchas veces, también me gustaría esconderme. Han venido a molestarnos a mi madre y a mí...

—Pues quedémonos aquí un rato —propone Pep *lo Bitxo*, encantado con la compañía de Manuela—, aquí nadie te molestará. ¡Y luego te acompaño a tu casa y nadie se meterá contigo!

—Nada de esto pasaría si volviese mi padre...

—El Groc volverá. Acompañó a Cabrera a Francia, que por algo le nombró capitán de los voluntarios realistas de Forcall poco antes de acabar la guerra. ¡Es muy leal a Cabrera! ¡Qué orgullosa debes de estar de tu padre, Manuela!

La niña guarda silencio y una lágrima le rueda por la mejilla, por primera vez en toda una tarde de adversidades. Oculta en el ciprés se encuentra por un momento a salvo de sus pesares y deja aflorar la pena que siente por sí misma, por su madre...

—Mi madre venía a casa con un poco de leña, se la han quitado...

El niño piensa en la madre de Manuela y no puede evitar compadecerla de nuevo al recordar lo que vio aquel día de los latigazos, lo que vieron él y Pepet de Nasi...

La madre de Pepet de Nasi, Josefa Marcoval, retiraba de la plaza el cuerpo malherido de su esposo aquel día, apaleado en las rejas del Palacio Osset durante dos largas horas. Los niños decidieron retroceder por los tejados para alejarse de la plaza y descender a la calle por la casa del Groc, descolgándose por su buhardilla. Allí oyeron ruidos tras un montón de leña, un resuello, un sollozo apagado. Se asomaron y se toparon con los ojos asustados de Manuela, junto a su hermano pequeño, Marcos. Manuela susurró que allí les había escondido su madre al ocupar el pueblo los soldados de Borso. A Pep *lo Bitxo* se le encogió el corazón. Se oían ruidos en la planta de abajo. Lo Bitxo y Pepet de Nasi, con gestos, conminaron a los hijos del Groc a seguir escondidos y en silencio, y descendieron con sigilo.

Y lo vieron todo desde la abertura de la escalera. Los soldados de Borso eran cinco. Las mujeres, dos: la madre de Manuela, Josefa, y su prima Valeria. Los

hombres se reían de los lamentos de las mujeres mientras bebían tragos de aguardiente. Pep *lo Bitxo* recuerda la barahúnda de levitas azules y rojos pantalones desabrochados...

Con los ojos cerrados en el silencio del ciprés y con Manuela a su lado, Pep *lo Bitxo* recuerda a los dos soldados enardecidos que inmovilizaban a Josefa por las axilas, al soldado que le separaba los muslos y la embestía. Otro amasaba los pechos de Valeria a través del vestido y la volteaba sobre la mesa.

—Soy virgen —decía Valeria llorando.

El soldado la desvirgó desde detrás, y luego otro la forzó en el suelo.

EL GROC VUELVE

(Forcall, otoño de 1841)

DEPÓSITA el trabuco en la orilla de cantos rodados del río Bergantes y mira a su alrededor con prevención. Está solo. En la otra ribera ve las casas de su pueblo natal. Arrodillado, se descubre la testa del quepis que arrebató un año atrás a un soldado cristino. Recoge agua del río a manos llenas y se frota el rostro tiznado de polvo y sudor, el pescuezo enrojecido por el sol y un cabello que más parece rastrojo que pelo humano, pajizo y duro, un cabello de un color amarillo quemado que justifica su apodo: el Groc.

El agua gotea a lo largo de los interminables bigotes rubios que luce desde el último año de la guerra de Cabrera, al estilo de otros guerrilleros carlistas, signo de una vida asilvestrada, fiera y viril, antagónica a los atildamientos burgueses y liberales. A través de las pestañas perladas de agua, el Groc vislumbra al otro lado del río los huertos de ribera, los muros de piedra y el tapial sin enlucir, las casas encaladas de blanco y azulete, el humo de las chimeneas del pueblo que le vio nacer hace treinta y cinco años: Forcall.

—Josefa, Manuela, hijos...

Tomás Penarrocha Penarrocha, *el Groc*, desea abrazar a su esposa y a sus hijos después de un año en Francia, adonde huyó junto a Cabrera al finalizar la guerra última. Regresa a su pueblo, en un altozano en la horca de los ríos Calders, Cantavieja y Morella, que aquí mezclan aguas en el Bergantes. Distingue la airosa torre del campanario, superviviente de la quema de la iglesia en agosto de 1835.

—¡Seis siglos hechos ceniza! —se lamentó el mosén.

—Hay que sacar a esos peseteros y guardias de la Reina que se han hecho fuertes dentro. ¡A la era! ¡Traed gavillas de paja! —Habían ordenado los jefes, el Serrador y Quílez, al frente de sus partidas de voluntarios carlistas del Maestrazgo.

Eran los días de la trilla, y el Groc ayudó a bajar gavillas de paja de la era, a embrearlas y amontonarlas junto a las puertas de vieja madera del templo gótico, a prenderles fuego y a reventar cargas de pólvora... Medio asfixiados y brazos en alto, salieron del templo veintiséis urbanos junto a sus conmocionados mujeres e hijos. Pero otros dieciocho liberales se encastillaron en el campanario. Desde lo alto disparaban contra los atacantes carlistas.

—¡Fuego a la escalera de la torre! —ordenó José Miralles, *el Serrador*, que desde ese día se convirtió en el mayor especialista del Maestrazgo y el Bajo Aragón en

quema de campanarios con liberales dentro, como bien se enterarían luego en Mirambel.

Los carlistas dieron fuego a la escalera de madera de la torre, avivado con vigas de madera de pino, hasta convertir el interior en un infierno. Los guardias se achicharraron hasta caer, uno a uno, al pie de la torre, y sobre sus restos carbonizados acabaron desplomándose el reloj y la vieja campana de bronce, medio fundida.

—¡Forcall, *socarrat*^[2]! —se burlaban desde entonces los pueblos vecinos.

Los voluntarios carlistas, aquella misma tarde, fusilaban a los veintiséis urbanos liberales de Quílez en la tapia del cementerio nuevo de Forcall.

Para no provocar a los liberales que ahora mandan en Forcall, el Groc decide rasurarse la barba y sus largos bigotes rubios antes de entrar allí. Lo hace con su faca de un solo filo, cuya hoja curva de cimitarra luce una inscripción: «*Quan punxo fai mal*^[3]». Su padre lo halló emparedado en una casa de la familia. Todos los hombres de Forcall ocultan un cuchillo parecido en la faja.

El Groc extrae después de un bolsillo un pañuelo de dos palmos de lado, bien doblado. Lo besa con unción y lo desdobra. Es una tela negra, estampada en blanco con la figura de una calavera sobre dos tibias cruzadas, una calavera flanqueada por un sable y una palma. El pañuelo reproduce la bandera que Cabrera izó en la cima del castillo de Morella en 1838. La ondeó y ordenó tronar cañones para que todos viesan y entendiesen. El sable: ¡la victoria! La palma: ¡el martirio! Vencer o morir.

Extiende el pañuelo sobre los cantos rodados, se arrodilla y reza en silencio. Después lo besa, vuelve a doblarlo, lo guarda.

Recoge el quepis y sonrío al recordar cómo lo consiguió, muy cerca de allí, en el camino de Zorita. ¡Qué captura! Fulminantes, armas, ropas militares, látigos y caballos. Dejó en cueros a los soldados y les hizo correr Bergantes abajo. Ocultó las armas en la Dehesa de Forcall, en la Masía Guarch, dejó la ropa en su casa, entregó los caballos a la brigada de Forcadell, en La Senia, y cruzó el río Ebro con Cabrera. Su última acción de guerra, hace un año... De aquel día solo lamenta haber extraviado su recio garrote de cerezo, su arma favorita.

El Groc cruza el puente ojival de Forcall, asciende por la cuesta que discurre junto a la ruinoso iglesia. Como católico, se sonroja. Como legitimista, se perdona. Los usurpadores isabelinos pretenden jugar a su antojo con el trono y el altar, ¡y eso se paga! Merecen la cólera del pueblo. Con el pueblo no se juega. Ya lo intentaron los franceses.

Inhala el perfume que emana del horno de pan cocer, en lo alto de la empinada calle. En la calle de la Pilota, por debajo de la plaza, se alza la casa de sus difuntos padres, ahora a cargo de su hermano Marcos, el primogénito y heredero. Alguien le interpela desde la casa colindante:

—¡Groc!

—¡Nasi!

—¿Eres tú, Groc? ¿Qué haces aquí? ¡Dios santo, eres tú! ¿De dónde sales, Madre

del Cielo? Entra, entra en la casa...

—Soy yo, ja, ja, ja... ¡Pareces haber visto al demonio, Nasi!

El Groc empuja la doble hoja del portón y entra en casa de Ignasi Bordàs, que le ha visto desde las alturas del secadero de su buhardilla, donde cuelga mazorcas y fibras de cáñamo. Han hecho muchas sogas juntos. Ignasi Bordàs, *Nasi*, es solo tres años mayor que el Groc pero camina con la espalda algo encorvada desde los latigazos de 1836... Los dos hombres se funden en un abrazo. Nasi traba la puerta, toma del brazo al Groc, bajan a la cava de la casa, llena una jarra de vino de la cuba y sirve dos vasos.

—¿Cuándo has llegado, Groc?

—¡Tú eres el primero a quien veo! ¿Cómo está mi familia? Tengo ganas de abrazarlos.

—Bien, aunque a veces les molestan los Palos, Mampel, Buc, Guarch... Y a mí. Preguntan por ti.

—Ya me tienen aquí.

—Vigila, han salido de sus escondrijos. Buc ha vuelto de su madriguera de Alcañiz. Se pavonean por la plaza, las calles, la taberna... ¡Malos tiempos para la religión y nuestro rey Carlos! ¿Cómo están los nuestros en Francia? ¿Qué cuenta tu hermano José?

Mosén José Penarrocha, un hermano mayor del Groc, compartió seminario con Cabrera en Tortosa. Destinado como párroco en Todolella, se proclamó carlista tras la rebelión de Morella el 13 de noviembre de 1833. Un día insultó a unos peseteros, los guardias isabelinos, así llamados por los carlistas por cobrar una peseta diaria. Quisieron detenerle, huyó y hoy es confesor particular de Cabrera en Francia.

—Quiere que forme partida y levante la bandera de la Tradición. Y él se uniría a la partida.

—¿Y lo harás?

—Don Ramón lo desaconseja. En Francia me alojé en su casa durante tres días. Sostiene que una insurrección ahora sería un error, me dijo que me quedase en Francia, que no era momento de hacer locuras...

—¿Y qué piensas hacer, Groc?

El Groc no responde. Mira a su amigo Nasi y su memoria vuelve a aquel día de 1836 y a esa misma casa, cuando las mujeres curaban la espalda lacerada de su amigo y él conversaba con su hijo Pepet y con Pep *lo Bitxo*...

—¿Entonces, me lo habéis contado todo, chicos? —preguntó el Groc aquella noche.

—¡Dos horas, dos horas tuvieron a mi padre colgado de la reja! ¡Canallas! Mi madre le salvó... —El de Nasi sollozaba.

Los chicos vieron a Josefa Marcoval cruzar la plaza con la angustia en el rostro. Josefa Marcoval, prima del cabecilla de una de las primeras partidas carlistas en la guerra, el malogrado Juan Marcoval, lloraba al ver a su marido colgado de la reja,

bañado en sangre. Se plantó delante de Borso di Carminati.

—¿Puedo hablar con usted, señor?

La mujer rodó por el suelo, tumbada por la brutalidad del bofetón que descargó Borso en su rostro sin cruzar palabra. Pep *lo Bitxo*, en el tejado, tapó la boca de su amigo para que no gritase al ver que golpeaban a su madre. El pueblo era un vocerío de mujeres espantadas y risas bárbaras, una zarabanda de soldados que apuraban jícaras de aguardiente, sopesaban en su zurrón los objetos saqueados, se ajustaban los uniformes después de los abusos. Josefa Marcoval se incorporó con las manos en la cara y la cabeza gacha, se alejó con el labio roto, pero más le dolía ver agonizar a su marido. Para evitarlo había tolerado abusos de un capitán francés, que la había conducido ante Borso.

—¡Mujer, vuelve aquí!

Con el dolor en las entrañas y la cara tumefacta por el golpe, Josefa Marcoval volvió ante el brigadier Borso, que había hablado con el capitán francés.

—Ahora, dime con educación lo que querías decirme.

—¿Por qué este cruel castigo, señor? ¿Qué hemos hecho?

—¡Habéis cometido una gravísima falta de desobediencia!

—¿Qué desobediencia, señor?

—¡No me habéis presentado los bagajes! Forcall se declara traidor al gobierno de la Reina.

—¿Qué bagajes, señor?

—¡Los que solicité! Ayer remití desde Morella un oficio a vuestro alcalde, José Guarch. Bagajes para mi tropa, caballos, grano y provisiones. ¡Para hoy! ¡Y desobedecéis!

—Mi marido es el encargado de la lista de caballerías para el servicio de bagajes, ¡y nada sabe de esto! ¡Nadie le ha comunicado tal orden!

Borso di Carminati no daba crédito a lo que oía de boca de aquella mujer. Descendió un escalón.

—¿Quién es tu marido, mujer?

—El hombre que habéis colgado de la reja.

—¡Descolgadle! ¡Traédmelo!

—El alcalde..., no..., no nos ha dicho... nada —logró decir Nasi, con la espalda destrozada, antes de desmayarse.

Su esposa le atendió en el suelo. Borso vociferó a sus oficiales:

—¡Quiero al alcalde! ¿Dónde está?

Borso disparó su pistola al aire, furioso. Tres regidores del Ayuntamiento de Forcall se presentaron temblorosos.

—Decidme, ¿el alcalde os comunicó ayer mi oficio solicitando provisión de bagajes?

—No. No nos dijo nada, señor.

—¡¿Dónde está ese alcalde?! ¡Lo fusilo!

Borso di Carminati escupía fuego. No lograba entender a estos hombres imprevisibles de las montañas del Maestrazgo. Creía tener complicidades con los isabelinos de la comarca, pero siempre le desconcertaban sus rarezas. ¿Por qué el alcalde liberal de Forcall no colaboraba? ¿No quería liberar al pueblo de los yugos de la religión y la tradición feudal? Borso se daba cuenta de que la gente de esas montañas parecía de otro mundo, incomprensible.

Buscaron al alcalde por todo el pueblo. No apareció. Borso completó el aprovisionamiento y ordenó a los cornetas el aviso de retorno a Morella:

—¡Disponed los bagajes en las caballerías! ¡Dos siglos pasarán y no olvidaréis este día, por vuestra mala cabeza! ¡Aprended a obedecer! ¡Y no me paséis cuentas a mí ni al gobernador ni a la Reina: pasádselas a vuestro alcalde!

Pepet de Nasi le contó al Groc el enfado de Borso, sus saltos y gritos, y cómo las familias habían recogido a los hombres malheridos en el suelo de la plaza.

—¡Mi padre casi muere por culpa de Guarch, alcalde indigno! ¡Nos ha vendido! ¡Bien merecía ser fusilado!

—La chusma liberal es muy cobarde —sentenció el Groc—, y Guarch no se ha atrevido a comunicar al pueblo el oficio de Borso y ha acusado a los vecinos de no colaborar. ¡Cobarde! Debió de temer que el pueblo se le amotinase y que eso perjudicase a su cuñado, Domingo Palos, nuestro mandamás liberal. Y ha dejado que la rabia de Borso caiga sobre nuestras espaldas. ¡Cuánto lamento no haber estado aquí hoy! Sabed que he estado buscando al alcalde Guarch... para matarlo.

Pep *lo Bitxo* y Pepet de Nasi abrieron mucho los ojos para escuchar al Groc a la luz del quinqué. Desde la pieza contigua llegaban los gemidos de Ignasi Bordàs. El Groc les relató su día:

—Esta mañana salí temprano con el mulo por las riberas del río Cantavieja, viendo banales de cáñamo. Llegué hasta la Masía Carbó, donde mi amigo Pascual Carbó prepara y custodia madejas de fibra de cáñamo y esparto...

El cáñamo con el que urdía sogas, alpargatas, serones y alforjas con ayuda de Josefa. En su casa, junto al portal de San Vicente, había quedado Josefa con la hija mayor, Manuela, de siete años, y el pequeño Marcos, de seis años. Josefa le había preparado un hatillo con pan, queso e higos secos. El día anterior habían enterrado al segundo de sus bebés muertos, Rufino, fallecido dos años después de Petronila...

Triste y pensativo, el Groc había tomado el barranco de la Masía Carbó, al pie de la Moleta dels Frares, donde los arados del Hostal de Liborio levantaban piedras, cerámicas y monedas de los moros, aunque según el hermano del Groc, mosén José, eran vestigios más antiguos, de los romanos, y aún más remotos, de los pueblos de estas montañas que combatieron a los invasores romanos, «igual que en este siglo hemos plantado cara a los impíos franceses revolucionarios, a los liberales que quieren borrar nuestras tradiciones y robar a la Iglesia».

Lo mismo pensaba también el Groc. Por eso, además de su faca, llevaba en el zurrón una pistola de chispa. Perteneció a un soldado napoleónico, uno de los que

pernoctaron en Forcall en 1810 —el Groc tenía cinco años y aún recordaba sus uniformes—, que desertó, harto de las penurias de una guerra en tierra extraña... Otros contaban que el soldado se enamoró perdidamente de una moza forcallana y renunció a ejercer violencia militar contra el pueblo de su amada. Poco después de retirarse las tropas bonapartistas, en 1813, su cadáver apareció despeñado al pie de la Roca del Migdia. Lo encontró el padre del Groc y se quedó con su pistola de chispa.

Horas después, a su regreso al pueblo, el Groc halló a su mujer bañada en lágrimas y supo que Valeria había desaparecido de la casa tras el saqueo de los soldados y de la tortura de su amigo Nasi. Por eso, el Groc salió de su casa con intención de matar al alcalde...

Y lo encontró.

—Pero no he podido matarlo, chicos —contó el Groc a Pepet de Nasi y a Pep *lo Bitxo*—, porque cuando lo he encontrado... ya estaba muerto.

BUENAS Y VIEJAS COSTUMBRES

(Forcall, otoño de 1841)

EL GROC atraviesa la plaza de Forcall. La bella plaza porticada por la que ha corrido de niño, chillando con sus amigos como una bandada de estorninos, en la que siendo mozo ha bailado, la plaza que todos los días de su vida ha cruzado al alba con su mulo, camino del bancal a la sombra de la Roca del Migdia. La plaza en la que Josefa ha comprado abadejo a los viajeros que suben desde Vinaroz y en la que él ha vendido sus sogas los días de mercado. La plaza en la que el brigadier Borso ultrajó al pueblo... Su amigo Nasi le ha preguntado qué piensa hacer ahora, y esto le ha respondido:

—Trabajar mi tierra, hacer mis sogas, estar con los míos... y nunca renunciar a mis ideas.

Pasa ante la Casa de la Villa y no puede evitar un gesto de disgusto ante la placa que campea en sus muros:

PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN DE 1837

La ley de los liberales, de la Reina hembra, la ley al servicio de afrancesados y masones, gente irreligiosa y explotadora, los «negros», que con este nombre denigran los carlistas a sus rivales por el color oscuro de los uniformes de los soldados isabelinos. Ante la placa, el Groc evoca uno de los sermones de su hermano José, aprendido de un cura vasco:

¡Siglo de las luces! ¡Mucho vapor, mucha electricidad! Pero Dios es la electricidad y el vapor verdaderos... El ferrocarril lleva la corrupción a los más escondidos valles. Las familias apenas se recogen ya a rezar el santo rosario. El buen vecino sobre la tierra regada con su sudor al ponerse el sol se quita la boina y reza, mientras que el negro, en su lujoso escritorio, adora el becerro de oro y medita el engaño. ¡Mueren las buenas costumbres viejas! Y Dios se irrita y nos manda sequías y chubascos y epidemias: castiga a todos para que los buenos se alcen en su defensa...

—¡Padre! ¡Padre! ¡No creía a Pep lo Bitxo y era verdad! Me ha dicho que te había visto en el río y no le he creído...

Todos los pensamientos del Groc se disipan al oír la voz de Manuela, su hija, que corre hacia él. Ve sus trenzas rubias bailar sobre los hombros. Las lágrimas le resbalan por las mejillas al abrazar su cuerpo menudo y ligero. El Groc la alza y la besa. Con Manuela entre los brazos, siente que ha vuelto a casa.

A pocos pasos por detrás de Manuela, el Groc ve a un zagal que le tiende la mano. Es Pep *lo Bitxo*, el hijo de los carboneros y resineros de Casa Resina, una casa vecina a la de los Penarrocha, de familia muy trabajadora, humilde y pacífica. Sus hombres no se han sumado a las partidas carlistas durante la guerra, pero el Groc sabe que en cierta ocasión ocultaron a dos heridos de la partida del Serrador en los bosques de Vallivana, mientras elaboraban su carbón de encina.

—Hola, don Tomás —saluda el niño, con la mano extendida.

El Groc sonríe y estrecha la mano del chico, el primer forcallano que le saluda en su regreso al pueblo, y se dirige de nuevo a su hija:

—¿Cómo está la mamá, Manuela? ¿Y tus hermanos? ¡Vamos a casa!

Josefa deja caer al suelo la cesta de ropa que acaba de limpiar en el río. En la puerta de su casa se abraza a su marido, recorre su rostro con las manos, lo baña de lágrimas. Él nota las costillas de su esposa bajo el vestido, está más flaca que un año atrás. Les unen las penurias y los hijos. Los hijos vivos y los hijos muertos. El Groc siente una infinita gratitud por Josefa, la mujer que le ha apoyado en todo durante la guerra, que ha cuidado de sus hijos. Ahora tienen a Manuela, de doce años, a Marcos, de once, a Joaquina y a Tomás.

Joaquina nació en septiembre de hace tres años, solo nueve meses después del saqueo de Borso... Poco después, el mismísimo Cabrera nombraba al Groc capitán de los voluntarios carlistas forcallanos. Y el Groc no conoce aún al último de sus hijos, nacido pocos días después de partir hacia Francia.

—He bautizado al niño con tu nombre: Tomás —le dice Josefa.

Dentro de la casa, el Groc besa a sus hijos y toma en brazos a Tomás, el bebé de un año, mientras la pequeña Joaquina detiene sus correteos para abrazarse a la pierna de un hombre al que casi no recuerda, pero del que ha oído hablar cada día de su corta existencia. Mientras, Josefa prepara para su marido las últimas alubias que hay en la casa, regalo de la familia de Nasi.

—Mañana iré a la finca, volveré a labrar, pronto no tendrán que prestarte nada —le anuncia el Groc.

—Pero el alcalde Buc...

Josefa se interrumpe, no quiere enturbiar con sus temores este momento en el que ha soñado durante un año.

—¿Qué quiere ese negro? —pregunta el Groc.

—¡Todos nos repiten que vayas a verle cuando llegues! —salta Manuela, con un gesto de enfado—. ¡Nos roban la leña, nos insultan! ¿Qué te harán, padre? ¿Te matarán? ¡Mátalos tú antes! ¡Yo te ayudaré!

—¡Niña! ¡Dios Santo! —grita Josefa, espantada por oír hablar así a su hija.

El Groc toma a su hija por la cintura.

—Manuela, nadie se atreverá a insultarte nunca más. Ahora estoy yo aquí.

Esa noche, con los hijos acostados, en la oscuridad de la alcoba, las caricias y el calor del cuerpo de Josefa, que huele a humo del hogar, ayudan al Groc a olvidar las

miserias de un año lejos de su casa.

EL GARROTE DE CABRERA

(Forcall, otoño de 1841)

LOS primeros rayos del sol se filtran sobre la Roca del Migdia y saludan al Groc, que cruza la plaza con su mulo y ve la Roca desde la abertura de la empinada calle que desciende junto al Palacio Osset.

La Roca del Migdia es una ciclópea muela que alza su perfil de castillo vertical al otro lado del río, como la morada de un gigante. El Groc recuerda cómo ayudó a huir al rey Carlos V peña arriba el 31 de julio de 1837, cuando tres columnas liberales se acercaban peligrosamente al pueblo. Don Carlos saludó a los soldados desde lo alto, inatacable, camino de Cantavieja.

El Groc se encamina hacia la salida del pueblo por la Valí, que le llevará a su finca a la sombra de la Roca del Migdia, que por eso la llaman Ombría, tierra de pan y viña, de siete jornales de cabida, algunos almendros y pocos frutales. Los cascos del mulo resuenan sobre los cantos que empiedran la calle. Su sonido inmemorial mece al Groc en la ensoñación del trabajo rutinario de la tierra, el de todos sus antepasados. Como si no hubiesen existido los últimos siete años de guerra.

—¡Buenos días, don Tomás! Tengo esto para usted. Se lo he guardado mientras ha estado fuera...

La voz de Pep *lo Bitxo* arranca al Groc de su ensoñación. El niño ha aparecido por una bocacalle y está plantado en medio de la calle, con una sonrisa de oreja a oreja. Con los brazos detrás de la espalda, esconde algo de la vista del Groc.

—¿Qué es, chiquillo? —pregunta el Groc.

—¡Su garrote, don Tomás! Aquí lo tiene.

El Groc lo reconoce al instante. ¡Su garrote! Un nudoso garrote de cerezo borde, de tono verde oscuro, recio, firme, con un extremo grueso. La empuñadura, envuelta en una tira de cuero de toro, se convierte en correa para colgarlo del brazo. El Groc tuvo antes otros garrotes con los que ha cazado conejos, ahuyentado a perros cimarrones, fustigado caballerías, vareado frutos de árboles y quebrado huesos. Pero este garrote es especial para el Groc.

—¿De dónde lo has sacado? Lo perdí antes de irme a Francia.

—Lo sé. Yo venía del barranco de Chiva, vi cómo atacaba a la columna Cristina, me escondí tras unas peñas, vi cómo lo perdía en el río. Al día siguiente lo encontré en la orilla. Le busqué para dárselo, capitán, pero ya había partido.

El Groc había disparado su trabuco una sola vez aquel día. La columna se rindió,

y no había vuelto a cargarlo. Mientras los hombres de su partida se ocupaban en recoger armas, ropas y caballerías de los soldados isabelinos capturados, entre gritos y burlas, uno de los soldados sacó del calzón una pistola y encañonó a uno de los carlistas. El Groc le desarmó arrojándole el garrote, que voló hasta el Bergantes.

—Perdí el garrote y acabó la guerra...

Pep *lo Bitxo* sabe que el garrote del Groc es un regalo de Ramón Cabrera, el mismo con el que se estrenó en la guerra en 1833... Todo Aragón y Valencia conoce la leyenda del garrote... La infantería liberal avanzaba entre caídos carlistas, heridos y moribundos, rematándolos a bayonetazos. Los combatientes carlistas reculaban en desbandada hacia las murallas salvíficas de Morella, perseguidos por la caballería liberal. Entre los que huían había un joven exseminarista tortosino de veintiséis años, en busca de aventura. Un oscuro imperativo le obligó a darse la vuelta y encararse con la caballería enemiga con solo un garrote en la mano. Lo volteó como un molinete sobre su cabeza, esperó a un jinete y lo tumbó, y en el suelo le reventó el cráneo. La acción envalentonó a sus compañeros, que pudieron retirarse sin más bajas. Al día siguiente, los vencidos de Morella vitoreaban el nombre del arrojado tortosino: ¡Cabrera! ¡Cabrera! ¡Cabrera!

El Groc hincha el pecho con orgullo al recordar su encuentro con Cabrera en Morella, en septiembre de 1839, en compañía del ingeniero prusiano Von Rahden, al que había protegido en el camino de Forcall a Morella. La bandera negra ondeaba entonces en la cima del castillo. Y Cabrera le obsequió con el pañuelo negro de su «reino mágico» (así lo denominaba Von Rahden) y su mítico garrote, en el patio de armas de Morella, con el Maestrazgo a sus pies.

Tras casi una hora de camino, el Groc llega a la Ombría, la finca que heredó de su padre, muerto en los primeros años de la guerra. El padre del Groc, don Rafael, había hostigado a los franceses cuando llegaron allí «creyéndose con derecho a tutelarnos como si fuéramos ovejas y a cambiar nuestra fe, nuestras leyes, nuestro Rey».

Vislumbra el Groc una figura humana, de espaldas, podando la rama de un árbol con una pequeña hacha. No es nadie de su familia. El Groc detiene el mulo ante la linde de la finca y reconoce al hombre: Joaquín Viñals, cuñado de Tomás Buc, actual alcalde de Forcall. Joaquín Viñals, con el hacha en la mano, le mira como a un espectro.

—Buenos días, Ximo. ¿Qué haces?

—¿Yo? ¿Y tú? No sabía que habías vuelto...

—Ayer, sí. ¿Qué haces aquí?

—¿Ayer? ¿Ya lo saben en el ayuntamiento?

—Aún no he ido. ¿Qué haces tú en mi finca, Ximo?

—¿Tu finca? No te hagas el tonto, Groc...

—¿Qué quieres decir, Ximo?

—Todos lo saben: la finca ya no es tuya, Groc.

—¿Quién dice eso? ¿Tú?

—No te acogiste al indulto y la autoridad embargó la finca en nombre de la Reina.

—¡Valiente autoridad! ¡Ladrones de gente honrada!

—Luchaste y perdiste y te exiliaste. ¡Esta finca no es tuya, me la ha dado el ayuntamiento!

—Tu cuñado, el alcalde Buc: entiendo. Y os repartiréis el fruto, supongo.

—Alcalde y secretario, y además Buc es también capitán de los peseteros de Forcall.

—Vaya con Tomás Buc... ¡Todo en uno! ¡Mucho mejor!

El Groc descuelga del mulo su garrote de cerezo. Pasa la mano por la correa de piel de su empuñadura y lo hace pendular.

—Dile a Buc que este garrote aplastará la cabeza de quien pise mi finca. Vete o empezaré contigo.

El Groc ve alejarse a Viñals camino abajo, y recuerda el día en que buscó al alcalde Guarch para matarlo, después de la jornada de los látigos.

—No he podido matarlo... porque ya estaba muerto —contó el Groc a los chicos aquella noche en casa.

Y así fue. El cadáver del alcalde, desmadejado en el suelo de la bodega de Tomás Buc, tenía la camisa empapada en sangre, rasgada por cuatro cuchilladas asestadas a la altura del abdomen. Así recuerda que se lo contó a los chicos:

—«¡Lo han matado, lo han matado!», gritaba Buc, con las manos y la camisa manchadas de sangre. «¿Quién se me ha adelantado? ¡Quería matarlo yo!», le he dicho. «¡Ten cuidado con lo que dices, Groc!», me ha amenazado. «¡Tened cuidado vosotros, que vuestro gobierno trae estas desgracias a nuestro pueblo! ¿Sabías que Guarch nos ocultó el oficio de Borso?». «No», me ha asegurado, «no lo sabía, él ha venido a explicármelo asustado y le he aconsejado que fuésemos a excusarnos ante Borso, pero me ha suplicado que le escondiera aquí. Le metí en esta cuba vacía. Y yo en la otra, oímos llegar a los soldados. Durante el saqueo, un soldado le descubrió, quiso su reloj con cadena de plata, bregaron, y aquel soldado le apuñaló y le robó. ¡Yo lo oí todo desde la trampilla! Cuando salí intenté detener la hemorragia, pero Guarch ya estaba muerto». Eso me ha contado Buc, chicos.

EL ALCALDE BUC

(Forcall, invierno de 1841)

EL olor a humo que impregna el aire delata que las casas combaten el naciente invierno con sus fuegos y cocinas de leña y carbón, donde bulle algún perol de legumbres. Pep *lo Bitxo* cruza la plaza a lomos de *Ruc*, el macho de su padre. Saluda a su amigo Pepet de Nasi, envuelto en densas capas oscuras de paño grueso y sombrero de fieltro de ancha ala, que le protegen del frío seco. Pep *lo Bitxo* transporta en el mulo un saco de carbón de encina al ayuntamiento, en lo alto de la airosa Casa de las Escaletes, por encargo de Tomás Buc, alcalde de Forcall.

Una estufa de carbón caldea a medias la estancia del ayuntamiento en la que el alcalde Buc comparte un aguardiente de Herbés con su cuñado Ximo Viñals y su amigo Domingo Guarch, hijo del anterior alcalde, José Guarch, muerto el día de San Rafael de 1836.

—El Groc nos va amenazando por ahí con el garrote. ¡No me hace ninguna gracia! —se queja Viñals.

—¡Carlistón trastornado! ¿Quiere que lo fusilemos? —Domingo Guarch se escandaliza—. ¡Buc, envíalo preso al castillo de Morella!

—Amigos, ya sabéis cómo es el Groc, susceptible y bravucón... —Templa Buc, el alcalde—. Tiene todas las de perder. Ya le haré ver lo mal que le irá si nos reta...

—Más le vale..., ¡y a nosotros, también!

—¿Qué quieres decir, Ximo? —Domingo Guarch se inquieta.

—Su mirada es la misma de antes de irse a Francia. Y tiene apoyos en Forcall... —Ximo Viñals mira alternativamente a Domingo Guarch y al alcalde—. ¿Y si el Groc levanta a los carlistas de Forcall, Villores, Todolella, Palanques, Ortells, La Mata, Cinctorres, Zorita?...

—La gente está harta, agotada —interviene Buc, tamborileando sobre unos documentos en su mesa, junto a dos tinteros—, las masías están escarmentadas y exangües, las madres no quieren enterrar a más hijos y las esposas no quieren quedarse solas. No temáis.

—Ojalá tengas razón, Buc...

—¡Es nuestra hora! Ahora toca limpiar la cabeza de la gente de tanta idea retrógrada, domeñar a los curas *trabucaires* que emponzoñan los oídos de las mujeres —sentencia Buc, palmoteando la mesa—, y todos los demás, ¡a trabajar! Y viajar y vender por España, ¡eso es lo que hay que hacer! ¡Todo lo que no son pesetas, son

puñetas!

Buc habla con fervor liberal, forjado cerca de un tío militar en Vinaroz, ilustrado, de los que clamaron «¡Viva la Pepa!» cuando la Constitución de Cádiz de 1812, tan antinapoleónico como liberal. Buc aplaude al gobierno regente que arrebató a la Iglesia sus privilegios y bienes, que ahora pueden adquirirse a buen precio. Así se sanean las arcas del Estado... y algún bolsillo particular. Como el suyo. En Forcall se han desamortizado fincas de la Iglesia y el convento de los Dominicos cuyos frailes han sido exclaustrosados. Uno de ellos, Ramón Silvestre, ejerce ahora como rector ecónomo de la parroquia de Forcall. Y Buc, secretario del ayuntamiento desde 1834, tutelado por la acomodada familia Palos —con una pujante factoría textil— y otras familias liberales, media en tales operaciones. Sus ideas liberales crecen al compás de su codicia y sus bolsillos.

—¡Que así sea, Buc, por el bien de todos! —brinda Domingo Guarch con su vaso de aguardiente bien alzado.

—¡Será!

El alcalde Buc asevera con una sonrisa fría que Domingo Guarch no puede adivinar qué esconde..., porque esconde el asesinato del padre de Domingo. Mientras, Buc se dice a sí mismo lo que nunca le dirá a Domingo Guarch:

«Le asesté cuatro puñaladas a tu padre, cuatro, en la tripa, y lo siento, Domingo, pero el muy loco insistía en delatarse y entregarse a Borso, quiso inculparse. Borso le hubiese fusilado. ¡Y a mí! Porque fui yo quien le aconsejó que negase a Borso la provisión de bagajes. Creí que el brigadier nos la rebajaría. Por eso le escribimos que el pueblo se negaba a colaborar, que eran demasiadas caballerías, alpargatas, sogas, arreos, ovejas, arrobas de harina, litros de vino, dinero... No calculé bien la reacción de Borso. ¡Qué carácter, aquel hombre! Tu padre se asustó muchísimo. Nadie sabe que tu padre y yo teníamos escondidas en mi *sótano* dos ollas repletas de reales de plata y escudos de oro, los habíamos apartado para nosotros. Ahora solo lo sé yo. No me dejó más salida que matarle. Porque quiso presentarse a Borso con nuestro tesoro. ¡Loco! ¡El bestia de Borso nos hubiese despellejado a los dos! Antes de ver el tesoro en manos de Borso nos lo quedamos nosotros, le repetí a tu padre. “¡Vamos, vamos, Buc!”, me insistía alteradísimo. ¡Quería dárselo todo a Borso! ¡Qué despropósito! No me escuchaba. “¡Están violando a las mujeres! ¡Están azotando a los vecinos!”, repetía como una pianola, y se le llenaban de lágrimas los ojos. “¡Los van a matar a todos, por mi culpa! ¡Frenemos esto, Buc!”, me repetía enloquecido. Se llevaba una olla de monedas a peso... Le corté el paso, le rogué que se calmase, que pensara... Me empujaba, temí que los soldados irrumpiesen y nos lo quitasen todo... Pugnamos y su sangre caliente empezó a empaparme la mano tras la primera puñalada, y la camisa a la segunda, y mis botas a la tercera, la cuarta... Maté al alcalde, maté a tu padre, pero no necesitas saberlo, Domingo. Al Groc le conté después que lo había hecho un soldado ebrio. Y a ti..., ¡a ti te contaré un día de estos que fue el maldito Groc!».

Buc se mesa la perilla oscura. Se la cuida, como el bigote, para emular al general Baldomero Espartero, ahora aclamado Regente de España. No olvida el alto honor de haberle saludado en Morella, tras su victoria. La capital que había sido del reino de Cabrera estaba arruinada tras el castigo de la artillería de Espartero. Hoy la guarnición de Morella garantiza la paz en las montañas del Maestrazgo. Para que así siga, Buc toma la pluma de ave del tintero y escribe una carta al coronel Joaquín Vara del Rey, gobernador de Morella:

Señor gobernador:

La hidra de la reacción está dominada en Forcall por este ayuntamiento y la milicia nacional que comando, pero una novedad podría perturbar la paz alcanzada por el glorioso ejército de nuestra Reina y el talento del duque de la Victoria. Desde su exilio en Francia ha regresado a Forcall el latrofacioso Tomás Penarrocha, alias el Groc, disconforme con los embargos preceptivos para quienes rehusaron el generoso indulto de la Reina...

Unos golpes en la puerta interrumpen a Buc, que levanta la pluma del papel. El alcalde da paso libre y asoma por la puerta el rostro travieso de Pep *lo Bitxo*, tiznadas la frente y una mejilla de hollín. Lleva el saco de carbón solicitado para alimentar la estufa del ayuntamiento. Buc ordena a Pep *lo Bitxo* que vacíe el contenido del saco en unas espuelas de esparto en un cuartito anejo. Buc vuelve a sentarse tras la mesa de su despacho.

En el cuartito, Pep *lo Bitxo* coloca el negro carbón, arrodillado, mientras piensa en lo pálida que le parece la piel del alcalde. Pep *lo Bitxo* siente respeto distante ante el alcalde Buc, por su porte y autoridad, porque viste con pantalones largos y ajustados, con un atildamiento que lo distingue de la rusticidad de los labradores. Pep *lo Bitxo*, mientras recuerda los insultos de su amiga Manuela al alcalde Buc y los suyos, oye una voz conocida: ¡la voz del Groc!

—¡Alcalde! ¡Hablemos!

—¡Groc! —Buc se sobresalta al verle entrar sin llamar.

—¿Te asustas? No voy a hacerte nada.

—Mala idea sería.

—Mala idea es quitarme lo mío, Buc. ¿Cuándo recupero la Ombría, mi finca?

—Compórtate debidamente, colabora con la ley y podré interceder en tu favor.

—¿La ley? No es mi ley.

—La Constitución de 1837 es garantía para todos.

—Ya he visto esa placa que tienes en el muro. ¡Qué desgracia!

—Un respeto, Groc.

—Esta es mi ley, Buc —dice el Groc, y extrae del bolsillo el pañuelo con la bandera negra de Cabrera—. ¡Dios, Patria, Rey!

—Vuelve con Josefa y tus hijos, obedece, trabaja y todo irá bien. Cumple la ley.

—Tu ley humilla a los labradores, que hoy pagan a los nuevos amos de la tierra más que los diezmos que entregaban antes a la Iglesia. Tu ley quiere imponer el dinero y las costumbres extranjeras, entroniza a una niña como Reina y me roba a mí

y a mi familia. Es una ley que desaira a Dios. ¡Métete tu ley por el culo, Buc!

El Groc se ha ido del despacho sin esperar la respuesta de Buc.

—¡Alguacil! ¡¡Alguacil!! Maldito Groc... —grita Buc.

El alcalde propina un puñetazo en la mesa después de que el Groc se largue dejándole con la palabra en la boca. Se le presenta Valeriano Rambla, el alguacil, que viste el característico abrigo negro corto y la llamativa gola blanca, prendas distintivas de su cargo. Buc le ordena sentarse a su mesa y tomar la pluma para escribir a su dictado. Buc, en pie junto a la mesa, sostiene la carta que había empezado a redactar, pero ahora la completa:

... ha regresado a Forcall el latrofacioso Tomás Penarrocha, alias el Groc, disconforme con los embargos preceptivos para quienes rehusaron el generoso indulto de la Reina, y ha amenazado la vida de un vecino, desafiado la autoridad de este alcalde, despreciado las leyes del gobierno e insultado a la Reina en mi presencia. Este Groc fue capitán rebelde nombrado por Cabrera y puede soliviantar a otros ilusos del pueblo. Por lo que solicito de vuestencia el envío de soldados con orden de detención y conducción a la cárcel de Moreda del tal Groc. Firmado, Tomás Buc, alcalde, secretario y jefe de la guardia nacional de Forcall.

Buc siente que la irritación del Groc pone en entredicho su autoridad en el pueblo y ante la familia Palos, sus mentores. Opta por atajar de raíz la posibilidad de insurrección. Ordena lacrar la misiva.

—Alguacil, ¡a Morella! Entrégala al gobernador.

—Enjaezo el caballo y parto.

—Confío en que Vara del Rey sea tan expeditivo como el gobernador Fernando Alcocer: fusiló a todo morellano sospechoso. ¿Te acuerdas? Demolió las cuarenta casas adosadas a la muralla al descubrir a Gargull, aquel vecino que horadaba la suya para que entrasen los de Cabrera desde fuera...

Acurrucado en el suelo del cuartito del carbón anejo al despacho, Pep *lo Bitxo* lo oye todo. El alcalde y el alguacil salen del despacho, y Pep *lo Bitxo* entiende que la casualidad le acaba de regalar una buena ocasión para ganarse el amor de su adorada Manuela, la hija del Groc.

LOS MEJORES AMIGOS DEL GROC

(Hostal de Liborio, invierno de 1841)

RACIMOS de estrellas nimban con tenue luz la pared de piedra seca que ciñe la senda. El frío aviva el paso del Groc. Le esperan Vicente Molinos, Pascual Carbó y Joaquín Torres, masoveros amigos suyos que han apoyado a las partidas carlistas durante la pasada guerra.

Deja Forcall por el camino de Todolella. Un búho ulula ante la tapia del desamortizado convento de los Dominicos, en 1835. El Groc se estremece al recordar los días en que hizo guardia allí, en 1838, cuando Cabrera encerró a tres mil desgraciados soldados liberales, prisioneros de la división de Pardiñas. Cabrera había ordenado fusilar a los noventa y seis sargentos en la Dehesa de Forcall y había tapiado las ventanas del convento para que las forcallanas compasivas no les diesen mendrugos de pan. Cada día retiraban cadáveres sin un brazo o una pierna, devorados por sus propios compañeros de encierro...

A la altura del peirón de *les animetes*, las almas de los niños muertos, el Groc dedica un pensamiento a sus dos hijos en el cielo. Sin testigos, vadea el río Cantavieja y llega a la Masía dels Frares, también llamado Hostal de Liborio, de su amigo Vicente Molinos. El Groc golpea con el toque acordado y pronuncia la consigna.

—¡Nada sin Dios! Hola, Vicente.

Vicente Molinos, el anfitrión, le acompaña a la cocina. Sentados junto al fuego fuman Pascual Carbó y Joaquín Torres, también masoveros y cuñados entre sí. Abrazan al Groc con afecto. Molinos sirve tacos de sangre cuajada de la matanza y llena cuatro vasos de vino:

—¡Es el primer gorrino que he podido matar en años! Hasta hace poco, el que no era para los nuestros, me lo robaban los negros...

—Bien que nos convenía un poco de paz en las masías... —dice Pascual Carbó, que se interrumpe al mirar al Groc, que bebe en silencio.

Pascual Carbó es el masovero de la Masía Carbó, a una hora de camino, en el límite con Aragón. Carbó dormirá esta noche en el Hostal de Liborio, igual que Joaquín Torres, cuñado suyo y dueño de la Masía Torres, aún más distante, ya en territorio de Aragón, a casi tres horas de camino desde Forcall, en los bosques del término de las Parras de Castellote.

María Escorihuela, la mujer de Vicente Molinos, prepara unos jergones de paja en la buhardilla. En una alcoba de la primera planta descansan los dos hijos del

matrimonio, un adolescente y un niño de cuatro años que padece un ataque de tos.

—Vicente, al niño le hará bien una infusión de flor de saúco —aconseja el Groc, que sabe algo de plantas medicinales por enseñanza de su madre—; ¡es lo mejor para el resfriado!

Vicente Molinos asiente. Es un hombre alto y serio, casi calvo y de piel fina, enrojecida por la intemperie. Es algo mayor que el Groc, de unos cuarenta y tres años. Los padres de ambos combatieron a los franceses y criaron a sus hijos en el recelo a lo foráneo. Molinos cultiva patatas, garbanzos, judías y cereales, con Ángel, su hijo adolescente. Y una faja de viña con la que se ufana de elaborar su propio vino tinto.

—¡Vino potente, Vicente! —Pondera Pascual Carbó, de veinte años, de cuello ancho, ojos pequeños y brillantes, cuerpo sólido, corta estatura y cabello cano. En la Masía Carbó le espera una esposa enérgica, Felipa, una hija de dos años, Pascuala, y un bebé. Carbó labra bancales de trigo y cebada. Su bisabuelo, su abuelo y su padre pagaban el arrendamiento de la finca a la Iglesia con un diezmo de la cosecha..., hasta que la propiedad pasó a familias liberales tras la desamortización, algunas asentadas en Valencia, que exigen pagos más altos y en dinero contante y sonante.

—¡Chist! —susurra el Groc, sacando el trabuco que oculta bajo la capa—. Hay alguien fuera...

Salta al exterior de la masía por una ventana trasera y se embosca entre sabinas y carrasas. Con el trabuco amartillado, el dedo en el gatillo y los sentidos alerta. Rodea el edificio y vislumbra una figura humana de corta talla. La solitaria figura llama a la puerta, pero los de la masía no abren, como el Groc les ha indicado.

Desde detrás de una carrasca, el Groc lanza una piedra del tamaño de un huevo que impacta muy cerca del intruso, a sus espaldas. Sobresaltado por el chasquido, el desconocido se asusta.

—¿Quién hay? —dice, volviendo la cabeza, mientras golpea con puño nervioso la puerta de la masía.

—¡Di quién eres o despídete de la vida! —amenaza el Groc con voz ronca, desde detrás de un árbol.

—¡Soy Pep *lo Bitxo*!

Sentado entre los cuatro hombres alrededor de la mesa de la cocina, a Pep *lo Bitxo* le tiemblan las piernas todavía. Se tienta la ropa y se cerciora de que no ha perdido lo que le lleva al Groc.

—¿Qué haces aquí, Bitxo? ¿Cómo me has encontrado? —pregunta el Groc inquieto.

—Nasi me ha dicho...

—Le dije que nos reuníamos aquí, es verdad —confirma el Groc a sus compañeros.

—Se ha quedado en su casa cuidando de su hijo.

—¿Qué le ha pasado a Pepet?

—Es que asaltamos al alguacil en el camino de Morella... El alguacil le golpeó con la culata del trabuco.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo, chico? ¿Tú y Pepet de Nasi? ¿Qué habéis hecho? —pregunta el Groc, desconcertado.

—Es que el alguacil Valeriano Rambla llevaba esta carta a Morella, de parte del alcalde Buc. Mírela, tío Tomás... —dice lo Bitxo.

El Groc rompe el lacre y alisa la carta con sus callosas manos de soguero. Su hermano mosén José le enseñó a leer y a escribir. Lee la carta. Sin hablar, se pone en pie. Extrae del bolsillo el pañuelo negro con el emblema de Cabrera, con la calavera con tibias cruzadas, el sable de la victoria y la palma del martirio, y lo extiende sobre la mesa, junto a la carta.

—¡Es la guerra! —anuncia el Groc.

Mientras sus amigos leen también la carta, Pep *lo Bitxo* explica cómo se ha enterado de su existencia, cómo quiso actuar solo, cómo se cruzó con Pepet de Nasi y le pidió ayuda y cómo su amigo le ofreció armarse con unas pistolas y asaltar a Rambla...

—¿Cómo le habéis quitado la carta a Rambla?

—Cruzamos unas ramas en el camino para obligarle a descabalar. Lo hizo y Pepet le disparó.

—¿Estáis locos?

—Falló. El alguacil respondió. También falló. Pepet se lanzó sobre él, lucharon, el alguacil le golpeó con la culata en la sien, volvió a montar y salió al galope.

—¿Y tú?

—Yo estaba en la cuneta. Salí y disparé. Pero no con la pistola...

—¿Con qué?

—Con esto.

Pep *lo Bitxo* deposita su tirachinas de nogal sobre la mesa, el tirachinas con el que caza conejos, con el que alardea de puntería ante Manuela, haciendo saltar las colas de las lagartijas en la pared de su casa, sin fallar jamás.

—Descabalgué al alguacil de una pedrada en la cabeza.

—¿Has matado a Rambla, Bitxo? —se asombra el Groc.

—No. Quedó sin sentido en el camino. Pero vivo.

—¡Os detendrán mañana!

—No. Pepet y yo llevábamos pañuelos en la cara.

—¡Demonio de chicos! —exclama Joaquín Torres, entre risas nerviosas.

—Si Rambla os reconoce, más te valdría haberle matado —masculla el Groc, perdiendo la mirada en su pañuelo.

—No, le he apartado a la cuneta y respiraba. ¡Me alegro de no haberlo matado! Tiene dos hijos, Miguela y Pere, que es amigo mío. Y Miguela es amiga de Manuela.

El Groc mira fijamente a Pep *lo Bitxo*, escruta sus ojos castaños y limpios, y le señala con el índice y un deje de admiración en la voz:

—A ti, chiquillo, no deberían llamarte Pep *lo Bitxo*, ¡deberían llamarte Pep *lo Bo*! Pep *lo Bo* —repite Carbó—, Pep *lo Bo*..., dime, ¿de dónde habéis sacado las armas?

Pep no responde, guarda el secreto que su amigo Pepet de Nasi le ha desvelado esa tarde: su depósito de armas en un cano en la bodega, bien disimulado. Así llaman los forcallanos a la cavidad excavada en algunos sótanos o bodegas de la casa, en forma de túnel: «cano». En las casas de la plaza, algunos canos avanzan por el subsuelo hasta casi su mismo centro. Pepet de Nasi ha agrandado el cano de su padre y allí oculta un par de trabucos de chispa, un roñoso mosquete napoleónico, un viejísimo pedreñal reparado, dos pistolas de pedernal, una espingarda del ejército nacional con bayoneta calada, una escopeta de caza, dos sables, una caja de cartuchos, un puñado de balas rasas de plomo, una libra de salitre y otra de azufre en cajas de madera, una polvera de asta y latón con dosificador con pólvora, una gran navaja de cachas de madera, una faca con su funda y dos chuzos, largos y pulidos palos con un afilado clavo hincado en la punta, idóneos para alancear.

—¿Hay que matar al alguacil? —preguntó lo Bitxo a su amigo, que le tendía un pañuelo para cubrirse el rostro.

—Si tienes miedo, ¡voy solo! —contestó Pepet de Nasi, cubriéndose con una manta morellana.

—¿Qué vas a hacer ahora, Groc? —inquire Vicente Molinos.

Su esposa se detiene a dos pasos de la mesa con una olla de cocido en las manos. Pascual Carbó, a punto de cortar una hogaza de pan sobre su pecho, vuelve a dejarlo sobre la mesa, y Joaquín Torres interrumpe el sellado de un cigarrillo con la lengua. El Groc deja de dar vueltas alrededor de la mesa, guarda en el bolsillo el pañuelo negro, recorre a sus tres amigos con la mirada, la fija en Pep *lo Bo* y concluye:

—Yo de niño también tuve un amigo, ¿sabes, lo Bo? Como tú... Aquel amigo que tuve se llamaba Tomás Buc... Pero yo no sé si podré respetarle la vida.

EL SANTERO DE LA BALMA

(La Balma, invierno de 1841)

—¡BUC! ¡Tomás Buc! ¡Soy el Groc! ¡Dime a la cara lo que dices en esta carta! ¡Alcalde cobarde! ¿Necesitas a los soldados de Morella? ¡Aquí me tienes!

En plena noche, el Groc grita ante la casa de Tomás Buc, el alcalde de Forcall, en la parte alta de la empinada calle de los Unflats, flanqueada por casonas de piedra bien tallada y vagos aires palaciegos. La mano derecha empuña el trabuco y la izquierda arruga la carta del alcalde. Primero ha golpeado la puerta con la culata del trabuco, con la idea de disparar sin hablar. La noche sigue fría, pero al Groc le bulle la sangre. ¡No acabará en una lóbrega cárcel del castillo de Morella! Allí siguen presos algunos infortunados, como Juan Pitarch, de Vallibona, el hermano menor de su viejo amigo Pitarch, inmolado en la frontera de Francia.

El ruido de los golpes despierta a Buc, no a su esposa, Teresa Aguilar. Buc se levanta y en la escalera tropieza con una muñeca de su hija de siete años, Julia. Es un valioso regalo de la familia Palos, sus protectores y mentores, la familia más rica de Forcall, dueños de la fábrica de hilaturas y fajas del Molinet, donde emplean a varias personas del pueblo. Venden sus telas en Alcañiz, en Teruel y en Zaragoza. De allí, el matrimonio Palos, Domingo Palos y María Guarch, ha llevado la hermosa muñeca de cera y papel maché para su Julia.

La muñeca retrasa a Buc en su camino hacia la puerta. Eso le salva del trabucazo de Buc.

—¡Buc! ¡Tomás Buc! ¡Cobarde! ¡Aquí me tienes, soy el Groc! ¡Dime a mí lo que dices en esta carta! ¡Asesino!

La mano de Buc se congela en el pasador del cerrojo al oír al Groc. Tiene la carta. Sabe que le matará: le conoce. De niños fueron amigos..., hasta lo del remolino bajo el puente. Tenían dieciséis años, se bañaban y el remolino se tragaba a Ventureta, otro amigo. El Groc peleó con el agua para salvarle, logró empujar a Ventureta fuera del remolino. Desfallecido, el Groc buscó a Buc con la mirada, necesitado de ayuda. Vio a Buc paralizado de miedo. El Groc supo que solo se tenía a sí mismo. Braceó y salió pero se laceró con una afilada roca en la pierna izquierda, justo encima de una mancha de nacimiento, una mancha rosada que también su padre tenía y que él heredó. Desde entonces una gran e indeleble marca purpúrea junto a la espinilla delata una herida vieja que supuró durante meses hasta cerrarse. Y desde entonces, Buc sabe que el Groc siempre le ha mirado con recelo.

—¿Qué pasa? —pregunta la mujer de Buc, desvelada por los gritos.

—¡El Groc! ¡Está loco! Vuelve al mal camino. Pero todos están oyéndolo: ¡él mismo se busca su desgracia! Muy bien: mañana mismo le haré detener.

No se oía tal alboroto en Forcall desde los días de la guerra. Nadie se atreve a asomarse a ventanas ni puertas. Tras media hora de imprecaciones, el Groc sabe que las cartas están sobre la mesa. Descarga un último golpe en la puerta y se despide:

—¡Ya no te hablo más, Buc! ¡Tus ideas te pierden, las mías me salvan y resplandecerán! ¡Tú quieres mi desgracia..., y yo ahora buscaré la tuya!

El Groc ya sabe que no tiene alternativa. Josefa, su esposa, lo sabe también antes de que él le diga nada al entrar en la casa. A la luz de las candelas de aceite, sentada en una silla, con hilo y aguja en las manos, Josefa cose una prenda junto a un montón de telas azules, blancas y encarnadas.

—Te esperaba. Esta noche no me he acostado. Me he quedado despierta cosiendo esto.

Son los uniformes de los soldados isabelinos que el Groc desnudó en el camino de Zorita, un año atrás, uniformes que escondió en su casa después de enterrar las armas incautadas, antes de partir hacia Francia.

—He remendado todos los desgarros, he parcheado todas las prendas, casacas, levitas, pantalones, fajas, calzas, todo listo para su uso —dice Josefa, y mira al Groc con los ojos enrojecidos por las horas de esfuerzo, poco sueño y poca luz.

El Groc contempla a su esposa como si la viera por primera vez y le enternecen su determinación y entrega. Deja la carta y el tabuco sobre la mesa, la toma de la mano y la abraza con fuerza. Aprieta la cabeza de ella contra su pecho y respira muy hondo.

—Formas partida, ¿verdad, Tomás? —pregunta ella.

—Sí, salgo ahora. Quieren detenerme. Sabrás de mí, Josefa. Si se atreven a haceros algo... ¡saben que lo pagarán! No quiero despertar a Manuela, cuéntaselo todo mañana. Y a los niños.

—Espera un momento, Tomás —pide Josefa, y entra en la alcoba de los niños, de donde sale con unas alpargatas nuevas en las manos.

—¡Las ha hecho Manuela para ti! Las ha terminado hoy mismo y repite que con ellas puestas nadie podrá atraparte...

El Groc toma las alpargatas nuevas y las besa. Josefa contiene las lágrimas mientras ve a su marido anudarse en las férreas pantorrillas las alpargatas de cáñamo que ha cosido su hija para él.

El Groc regresa al Hostal de Liborio. María Escorihuela oculta los hatos de ropa que lleva el Groc bajo un montón de paja en un rincón de la cuadra. Molinos, desde la

puerta de su masía, despide a Pascual Carbó, a Joaquín Torres y al Groc.

—Empieza a clarear, ¡apresuraos! —Insta Molinos—. El norte se carga de nubes, viene tormenta.

—Llegaré a tiempo de echarles el forraje a las bestias —musita Pascual Carbó.

—Y nosotros estaremos en mi masía a la hora de comer, Groc —adelanta Torres—. ¡Y allí estarás a salvo de Buc!

—¡Dios con nosotros! —Se persigna el Groc—. Vicente, que a Josefa y a Manuela no les falte comida. Y dile a Domingo Guarch que pronto le pediré lo que es mío.

—¿A Domingo? ¿Y de qué se trata?

—Fulminantes y armas. Las capturé hace un año a la columna Cristina de Zorita. Y Domingo me ayudó a enterrarlas en la Dehesa, cerca de su casa, la Masía Guarch.

—Pero... Domingo está con Buc...

—Es primo de mi mujer y aceptó ayudarme, cuando aún andábamos nosotros.

Por sendas forestales, evitando los caminos más frecuentados, los tres hombres esquivan masías. Desde lejos, vislumbran a un padre y a un hijo que reparan una pared de piedra seca.

—Buena gente, podríamos saludarlos y atajar por ahí —sugiere Pascual Carbó.

—No, es mejor que no me vean —objeta el Groc.

—¡Separémonos aquí, pues! Yo sí los saludaré, y seguiré hasta mi masía —anuncia Pascual Carbó.

—Si formo partida... ¿podré contar con la Masía Carbó, Pascual? —pregunta el Groc al despedirle.

—¡Sí, Groc!

—Pondrás una camisa blanca en la ventana de la cocina, bajo una piedra, como puesta a secar. Así entenderé que no hay guardias ni extraños y que puedo acercarme.

Torres y el Groc dejan atrás Villeros, Palanques y Zorita. Columnas de nubes oscuras asoman sobre el santuario de la Virgen de la Balma. Un rítmico toque de campana resuena en peñas y barrancos.

—Es un *comunir*... —comenta el Groc—. El repique contra la tormenta...

—¿Crees en ese conjuro? —pregunta Torres.

—Los paisanos aprovechan el *comunir* para rezar contra la tormenta, ¡y Dios escucha!

El estrépito de un trueno ahoga las campanadas y hace brincar a las caballerías. El Groc eleva la mirada al santuario de la Balma, que levita empotrado en la roca.

—Joaquín, vamos a subir a la Virgen de la Balma.

Pendida sobre el vacío, la inverosímil ermita empareda la gruta natural en la que apareció la Virgen en el siglo XIII. Ver este santuario, incrustado en la pared de roca viva y suspendido sobre un voluptuoso meandro del río Bergantes, acelera el corazón

del Groc. En las entrañas de esta balma, ha presenciado desde chiquillo, cada 8 de septiembre, más de un portento, curaciones de enfermos y la salvación de posesos y mujeres endemoniadas. Así lo atestiguan el cúmulo de exvotos en el penumbroso fondo de la cueva y así lo certifican ciertos versos de los gozos de la Virgen que el Groc musita a los pies de la peña:

*Grans milacres feu tots jorns
als que están posats en calma,
Verge María en la Balma*^[4].

En la fuente de la entrada bebe nueve sorbos de su agua. Su amigo Torres le imita. Comparten las tradiciones del santuario valenciano, como en todos los pueblos del contorno hasta Caspe por la parte de Aragón y hasta las tierras del Ebro por la de Cataluña, y en todo el Maestrazgo: ¡justo el perímetro del reino mágico de Cabrera! Contra las fiebres del Tigre oraban ahí los carlistas más devotos un año antes. Y ahí, en la gruta, se ofician los exorcismos: los endemoniados llegan en romería desde tiempos inmemoriales, familias de los alrededores con sus parientes poseídos por espíritus luciferinos. Ahí los posesos quedan encerrados toda la noche con la Virgen de la Balma, que al amanecer los ha librado de sus demonios, con ayuda de las «caspolinas», ancianas vestidas de negro con fama de curanderas...

Una tromba de agua se precipita sobre la tierra mientras los dos hombres ascienden por la suave rampa empedrada con guijarros. En el amplio patio porticado atan sus caballerías y se acogen a la hospedería, cuyo techo es el propio voladizo rocoso de la balma, ennegrecido por el humo graso de teas, velas y candiles.

La taberna de la hospedería está vacía, pero los dos hombres se cubren el rostro al atravesarla a paso rápido para evitar ser reconocidos. En el otro extremo de la sala, tras un grueso portón, arranca el abalconado pasillo exterior que, excavado en la roca desde tiempo inmemorial, conduce a la aérea ermita.

En una de las covachas del sinuoso recorrido, en cuclillas ante una pequeña fogata, los sobresalta un hombre menudo, de ojos vivos y azules, hundidos en órbitas como cuévanos, cubierto el cráneo con la capucha mugrienta de una túnica de estameña. El humo que desprende la leña húmeda se enreda en la pelambreira blanca de sus crecidas barbas. El Groc reconoce al venerable ermitaño de la Balma.

—¡Orosi, qué susto! ¿Qué haces aquí, hombre de Dios?

—Esperaros, Groc. ¡A vosotros y a la tormenta!

—¿Esperarnos, santero? —inquire Joaquín Torres con incredulidad.

El anciano Orosi tiene fama de visionario entre los romeros y los habitantes de los pueblos que recorre para cantar los milagros de la Virgen de la Balma a cambio de recursos para la custodia y conservación del santuario y su sustento. El ermitaño mira a Torres con detenimiento y le habla con cierto desdén:

—¿Acaso no estáis aquí los dos, Torres? Y juntos seguiréis hasta... —susurra el ermitaño, y tiñe sus palabras de un recurrente hermetismo—... hasta que la muerte os separe.

Un rayo desgarrar el cielo por la parte de Forcall y su resplandor deslumbra a los tres hombres. Sigue un trueno que retumba estentóreamente en la oquedad del pasillo, amplificado por la roca. Orosi clava la mirada en el cielo de plomo.

—La tormenta acaba de empezar, una tormenta que durará tres inviernos y casi tres veranos... —sisea el ermitaño, enigmático.

—¿Qué has dicho, Orosi? —*pregunta* el Groc, todavía aturdido y sordo por el estampido y el rayo.

—Lo dicho, dicho está. Groc, tus enemigos crecerán y crecerán hasta tenerte solo a ti mismo... Y a la Virgen de la Balma, si quieres. ¡Sígueme!... Torres, tú quédate y mantenme el fuego encendido, te lo ruego.

Torres agradece quedarse junto al fuego mientras el Groc, que es un hombre alto, se agacha para seguir a Orosi por el angosto pasillo abalconado, de techo muy bajo, a resguardo de una lluvia rabiosa. Entran en la ermita encastrada en la espelunca, la balma ancestral. Junto a la escalera que asciende al púlpito hay un pequeño armario, del que Orosi extrae un apergaminado volumen de ensalmos y lee el título:

Fasciculus exorcismorum contra daemones, tempestates, fulgura, tonitrua, grandines et turbines.

—¿Qué significa? —*pregunta* el Groc, que sabe que es latín pero no puede descifrarlo.

—«Fascículo de exorcismos contra demonios, tempestades, rayos, truenos, granizos y torbellinos». Estaba aquí antes de que yo llegase, mucho antes... —*explica* Orosi—. Pero esto otro es lo que yo quería darte, mira...

Orosi toma del armario un minúsculo saquito de paño rojo y se lo entrega al Groc.

—Ahora sigue mis instrucciones: llena este saquito con polvo de piedra de la cueva —*ordena* el santero.

El Groc desenfunda su faca, rasca las ahumadas piedras de las paredes de la gruta, ennegrecidas por el humo centenario de las velas, y colma el saquito de paño rojo con la tierra que logra desprender. Lo anuda.

—¿Así, Orosi?

—Sí, Groc. Y ahora escúchame: ¡llévalo siempre colgado de tu cuello!

La luz de otro relámpago se cuela por la entrada de la ermita y el trueno que le sigue retumba en las paredes de la cueva. El santero no espera a que se desvanezcan sus últimos ecos para dedicarle una advertencia al Groc:

—Mientras lo lledes encima, la Virgen de la Balma te protegerá del fognazo que ya ha comenzado a perseguirte.

VALERIA

(Masía Roig, invierno de 1841)

EL arroyo que discurre tras la Masía Roig se congela cada madrugada. Algunos charcos conservan a media mañana una fina capa de hielo transparente. Valeria contempla el reflejo de su rostro en la placa de hielo pulida como un cristal. Un perro salta a su lado.

—¡Quieto, *Cadell!*

Valeria ha salido de su masía en busca de un nabo del huerto que tiene plantado en la ribera. Hace mucho frío, pero un fugaz rayo de sol le invita a sentarse junto al arroyo antes de regresar junto al fuego de su hogar.

Su reflejo en el hielo le devuelve el pañuelo oscuro que le cubre el cabello, la piel curtida de días de sol y viento. No le disgusta el atezado de su cara, que prefiere a la translúcida palidez de nalga de vieja que ha visto en las mejillas de mujeres del pueblo. Calcula que han pasado cuatro inviernos desde que dejó el pueblo, cinco inviernos con este, más frío que los anteriores.

Valeria sonríe para apreciar el contraste entre el tono terroso de su cara y la blancura de sus dientes, una dentadura completa, fuerte y sana. Tiene veintiséis años, y su imagen en el hielo la confirma como eje de su mundo. Está sola. No ha tenido ni tiene marido, no ha tenido ni tiene hijos. Ni padres, desde hace dos años. El hielo le ayuda a sentirse dueña de sí misma y superviviente de casi todos los espantos...

—¡Soy virgen! —chilló y sollozó Valeria ante el primero de los soldados que abusó de ella en una casa de Forcall, el día de San Rafael de 1836.

La humillación le resultó más insoportable por compartirla con la señora de la casa, su prima segunda Josefa Ferrer, esposa del Groc y madre de cuatro hijos, el tercero muerto dos años atrás y el cuarto enterrado la mañana anterior... No fue capaz de seguir en aquella casa. Corrió y corrió en cuanto salieron los soldados, no dejó de correr hasta llegar allí, con sus padres, hasta caer en brazos de su madre.

Valeria se incorpora y contempla en el hielo la figura de una mujer esbelta y fuerte, de piernas fibrosas por el trabajo diario en el campo y caderas rotundas bajo las capas de ropa. Mira su reflejo, pone los brazos en jarras, respira hondo y eleva el pecho, de senos firmes.

—Tus pechos serán muy buenos para madurar capullos de seda.

Su madre reía en esa época al decírselo. Valeria había visto más de una vez a su madre, desde niña, colocarse en el seno los capullos de los gusanos de seda que

criaban con hojas de moreras del río Bergantes, para acelerar con el calor de los pechos la metamorfosis de la crisálida.

La madre de Valeria le enseñó a tejer paños con la seda de los capullos. Y a plantar y cultivar hortalizas. Y a coser alpargatas y urdir cestos. Y a dar de comer a las gallinas, al cerdo, al mulo. Y a lavar en el río. Y a orear la lana de los colchones. Casi todo lo necesario para salir adelante en una masía. Por eso le costó separarse de su madre para irse a servir a casa de Josefa y el Groc, en Forcall, con dieciocho años.

—Estarás bien, Valeria —le dijo su madre, acariciándole la mejilla—. Josefa es mi prima, tiene dos hijos pequeños, Manuela y Marcos, y está a punto de parir a otro, así que tú le ayudarás mucho y en su casa tendrás techo y sustento... Y seguridad, sobre todo seguridad. ¡En la masía corres ahora demasiado peligro, Valeria!

«Demasiado peligro»... Valeria recuerda estas palabras y decide pisar el hielo para quebrarlo, para quebrar la memoria de aquellos días en que comenzaba la guerra y llegaban a la masía partidas carlistas, soldados de columnas Cristinas, bandoleros de río revuelto... Un comandante liberal sospechó un día de que el padre de Valeria había alimentado a dos guerrilleros carlistas el día anterior, y amenazó con llevarse presa a Valeria —«la cuidará mi tropa...», añadió con sorna— si no colaboraba con el gobierno: su padre se apresuró a detallar los perfiles de los carlistas y el rumbo que habían tomado, aunque lo señaló algo desviado. Y por eso, por el miedo a la guerra, la enviaron a la casa de Forcall.

Valeria quiebra el hielo con la punta del pie y se encamina hacia la masía. Antes de llegar se detiene bajo un saúco, frente a dos túmulos de pedruscos coronados con sendas cruces de madera. Ella misma hizo las cruces. Ella misma enterró ahí a sus padres. Dos años atrás, con sus propias manos, cuando se fueron sus asesinos, una partida carlista de seis hombres famélicos y polvorientos que casi se confundían con la tierra. Pedían carne, vino, alpargatas y alguna caballería.

—Os doy lo que queráis, pero no el mulo. Si me lo quitáis..., me condenáis a morir de hambre. ¡Lo necesito para arar! —rogó el padre de Valeria.

—Más importante que tu sustento es la religión y el Rey —replicó el cabecilla de la partida, un hombre de espesos bigotes oscuros que colocó su cuchillo en la garganta del padre de Valeria.

La madre de Valeria saltó sobre el carlista del cuchillo, y el de los bigotes espesos, más acostumbrado a matar que a pensar, hundió su arma en el vientre de la mujer hasta la empuñadura. Con su esposa desangrándose en el suelo, el padre de Valeria se precipitó sobre su trabuco, colgado sobre la puerta de la masía. No llegó a tiempo: un trabucazo abrió una herida sangrante en la espalda del masovero, que cayó desplomado.

Valeria musita una oración junto a las tumbas de sus padres. De aquel día solo recuerda que cayó de rodillas sobre la sangre de sus padres y oír a uno de los malhechores decirle al de los bigotes:

—No la mates: que entierre a los suyos. Habrá aprendido que jamás debe

regateamos nada.

LA PEQUEÑA LEONOR

(Masía Torres, invierno de 1841-1842)

LA embarrada senda que siguen el Groc y Torres asciende entre pinares hasta un collado que les abre el horizonte hacia Santolea, Ladruñán, Las Cuevas de Cañart, Mas de las Matas, Castellote... En una hondonada espera la Masía Torres. El cielo se ha abierto y la lluvia ha escampado después de que Orosi musitara en la cueva de la Balma oraciones leídas en las páginas del libro de exorcismos.

—¿Qué te ha dicho el santero, Groc?

—Que llega una guerra. Me ha dado un talismán para proteger mi vida. Pero debo reunir hombres y armas. Escribiré a Francia. Al rey Carlos. Y a Barreda, a Forcadell y a Llangostera.

—Cuenta conmigo.

Joaquín Torres conoce a los mejores cabecillas carlistas que el Groc cita, oficiales de Cabrera. Alguna vez los ha acogido en su masía, o ha ayudado a confidentes y enlaces.

—Mira, Groc, ¿ves esa cruz de madera?

—Sí.

—Ahí dejaremos tus cartas. El recadero Moñolmea las llevará a Francia y nos traerá las respuestas.

No es una esbelta cruz de piedra como las que hace siglos erizan las lindes de los pueblos del Maestrazgo, sino una gran cruz de madera embreada hincada en una enorme roca junto al camino que desciende hacia la Masía Torres.

—¿Es fiable, el tal Moñolmea? —pregunta el Groc.

—Es del Alto Aragón, y su recua de mulas transporta mercancías hasta el norte de Cataluña y hasta el Pirineo de Francia: telas, fajas, alpargatas y cestos del Maestrazgo, garrotes y cubiertos de madera de boj de la Tenencia, olivas y carbón de olivo de las tierras del Ebro. Y cartas entre el Maestrazgo y los exiliados en Francia.

La senda desciende y una columna de humo anuncia la Masía Torres. Es un casalicio grande, compuesto por tres cuerpos, con espacio para cría de cerdos, corral para un rebaño de ovejas y establo para un par de bueyes, tres mulas y un caballo. Edificado en un declive del terreno, por el fondo discurre un arroyo y mana una fuente. Está rodeado de bancales de hortalizas, y la familia labra también campos de cereal algo más alejados. Además de los añosos frutales en la ribera, Joaquín Torres ha plantado una hermosa faja de almendros en un bancal soleado.

Reciben al amo y a su invitado los cacareos de las gallinas sueltas, ladridos de perros de caza y perros de pastoreo. Y una niña de siete años corre hacia ellos desde la puerta de la masía, cojeando desde unas fiebres a las que sobrevivió.

—¡Papá!

—¡Leonor! —saluda Torres, que descabalga y toma en brazos a su hija, que corre hacia ellos con ojos chispeantes y risa de pajarillo del bosque.

—¡Cómo has crecido, niña! Pronto serás tan mayor como Manuela —dice el Groc, que también ha descabalgado, levantando en volandas a la niña.

—Tienes el pelo como una panocha —dice la alegre Leonor, que hunde los dedos en los cabellos del Groc.

—Eso me decía Manuela de pequeña, ja, ja... —ríe el Groc.

Viven en la masía la esposa de Joaquín Torres, Dolors, y otros tres hijos. También una hermana de Dolors con su marido y dos hijos, y una hermana soltera del marido, y dos jóvenes jornaleros, uno de Las Parras y otro del Mas de las Matas. Por la noche, cuando todos duermen, Dolors, ya en la cama, se sincera con su marido:

—Joaquín, no volverán a cerrarnos la masía, ¿verdad? Ya hemos sufrido mucho por culpa de la guerra.

—El Groc acaba de volver de Francia y no ha hecho nada. Nos debemos mutuos favores y ayuda. Ahora me pide refugio y se lo doy. Pero no hay guerra, pierde cuidado.

Copos de nieve envuelven la Masía Torres. El Groc los ve caer desde la galería corrida de la buhardilla. Lleva varios días ahí escondido, pensando en las cartas que quiere escribir a los cabecillas exiliados para instarles a regresar a su tierra y a volver a levantar la bandera blanca de la tradición. Cuando no urde estrategias bélicas, ayuda a la familia de Torres en las labores de la hacienda.

—Dolors, te traigo estos cántaros con agua.

El Groc procura ganarse el aprecio de la esposa de Joaquín Torres, porque ha advertido que a ella le desasosiega su presencia.

—Sé que tienes miedo, temes que os comprometa —le dice el Groc al dejarle los cántaros en la cocina—. Nadie lo sabrá. No me dejes ver. Y si alguien os molestase por mi causa, ¡se arrepentirá de no haberse dedicado a otra cosa!

Dolors no sabe si tranquilizarse o ponerse más nerviosa cuando oye hablar así al Groc, con esa mezcla de gentileza y de amenaza. Al salir al exterior, el Groc ve descender por el camino a alguien que se le parece mucho por generosidad y obcecación, amabilidad y fanatismo: Pepet de Nasi, el hijo de su mejor amigo. A sus dieciséis años, el muchacho admira al Groc, comparten ideas y le considera su capitán. Se abrazan.

—Gracias por venir, Pepet. Me ayudarás a redactar unas cartas...

Instalados en la galería de la buhardilla, cerrada por una barandilla de madera

torneada, ante el cielo azul y la verde ladera por la que asciende el camino que conecta con la senda forestal, hacia Aragón por un lado y hacia Valencia por otro, Pepet de Nasi extiende sobre la mesa pliegos de papel, tinta y dos plumas bien cortadas. El Groc sabe escribir, pero no con la pericia de su joven amigo, que tiene ingenio incluso para escribir coplillas que hace circular por el pueblo.

—Si ahora estoy libre os lo debo a ti y a Pep *lo Bo*... —Le agradece el Groc a Pepet de Nasi.

—¿Lo Bo? ¿Así le llama usted, tío Tomás?

—Así llamo yo a lo Bitxo por no matar al alguacil. ¿Cómo estás del golpe que te atizó? —pregunta el Groc.

—Bien. Y el alguacil también se recuperó de la pedrada. Pero Forcall empeora: Buc ha pedido reforzar la milicia, y nos piden más y más impuestos...

—Esto cambiará. Escribamos ahora al Serrador, a la Cova, a Pebreroig...

El Groc dicta a Pepet de Nasi cartas dirigidas a los «oficiales de carrasca», los principales masoveros carlistas que comandaron partidas en el Maestrazgo durante la guerra a las órdenes de Cabrera, ahora en el exilio o escondidos.

—¡Soldados! ¡Soldados! ¡Amo, vienen soldados! ¡Vienen hacia aquí! —grita uno de los jornaleros que pastorea ovejas por los campos y que llega sin resuello a la Masía Torres.

—¡Groc, Groc! —grita Joaquín Torres—. ¡Ocúltate!

—¡Ay, Joaquín! —chilla Dolors—. ¡Ya te dije que no me gustaba! A mi primo Tónico lo fusilaron por dar de cenar a un carlista de Quílez. ¡Nos fusilarán! ¡Entrega al Groc, Joaquín!

Joaquín Torres tapa la boca de su esposa con la mano izquierda y con la derecha le aprisiona la nuca, obligándola a mirarle a los ojos, juntando su nariz con la de ella.

—¿Crees que hacer eso nos salvaría, mujer? ¡No! Seríamos igualmente sospechosos. Se trata de que no encuentren al Groc, nada más. Calla y actúa como si nunca hubiese estado aquí.

Y le planta un beso en la frente, al tiempo que la libera de la tenaza de sus manos. Dolors se sorbe los *mocos*, se enjuga las lágrimas con los dedos, recompone los cabellos y la pañoleta con que los cubre y se concentra en aventar los rescoldos del hogar.

Joaquín Torres recibe al comandante de la guarnición gubernamental de Las Parras de Castellote, que llega a caballo con ocho hombres a pie, bien uniformados con pantalón rojo y guerrera azul con botones metálicos, armados con fusiles con bayoneta calada.

—¡Buenos días! —saluda el comandante.

—¡Que lo sean para todos! —contesta Torres, exagerando la alegría de su voz.

—¿Alguna visita inesperada, Torres?

—Ninguna. ¿Por qué?

—Un faccioso de Forcall, el Groc, ha amenazado de muerte a su alcalde y se ha

escondido en el monte. Y tú tienes amistades en Forcall..., ¿verdad?

—Sí, mi madre vive en Forcall, pero no sabía que el Groc hubiese regresado de Francia —miente Torres—. ¡Si le viese, le diría que se volviese por donde ha venido!

—No, Torres, no: le retendrías con alguna excusa y me enviarías aviso a Las Parras, ¿de acuerdo?

—Tiene razón, comandante. Así lo haré.

—Las cosas no están tan seguras como creíamos... ¡Un grupo de seis presos carlistas se ha fugado esta madrugada de la cárcel del castillo de Morella! Estamos buscándolos... La fanfarronada del Groc les ha animado, y ahora tememos que quieran unírsele y formar una partida.

—Antes de que sigan su camino, ¿aceptarían unos sorbos de mi vino? —propone Joaquín Torres.

Desde detrás de un montón de leña cortada, junto a uno de los muros de la Masía Torres, el Groc y Pepet de Nasi escuchan la conversación. Se han descolgado desde la buhardilla por la parte trasera de la casa, sobre los tejados de los corrales. Ven entrar a los soldados en la masía, invitados por Torres.

—Groc, son solo ocho hombres: mientras beben... ¡será fácil matarlos! —propone Pepet de Nasi.

—No —susurra el Groc—, eso sería la perdición de Torres y su familia. Nos largamos de aquí. Ahora. ¿Has oído lo de los presos, Pepet? ¡Yo sé dónde pueden estar estos buenos carlistas!

—No podemos irnos, Groc —objeta Pepet de Nasi, tomándole del brazo y palideciendo—: con las prisas..., ¡he olvidado arriba las cartas!

—¿Qué? —El Groc se asusta—. Si las encuentran..., fusilarán a toda la familia. Debemos recuperarlas.

—¿Cómo, Groc? Los soldados ya están dentro, es muy peligroso...

Una voz de niña, a sus espaldas, les hace volver la cabeza:

—Yo he escondido las cartas.

Es Leonor, la hija de Torres. Se ha acercado por detrás, les ha escuchado. El Groc toma la carita de la niña entre las manos, con afecto, y admira sus pupilas chispeantes.

—No las encontrarán —sigue la pequeña—. Y lo he ordenado todo para que nadie note que habéis estado en la buhardilla.

—Leonor... Eres muy valiente. Chiquilla, cuando se hayan ido los soldados, entrega las cartas a tu padre. Es importante. Él sabrá qué hacer. ¿Lo harás?

—Sí. Ahora bajad por el bancal de la fuente, meteos en el arroyo; hay muchas plantas y bosque, ¡nadie os verá!

El Groc besa a Leonor en la frente, del mismo modo en que siempre besa a su hija Manuela, y se escurre como un gato bancal abajo, seguido por Pepet de Nasi.

ASALTO AL BALNEARIO

(L'Avellà, primavera de 1842)

—**N**O quiero que matéis a nadie, ¿entendido?

—¡Alguno lo merecería! —interviene uno de los fugados de la cárcel de Morella, un hombre de largos bigotes negros.

—¡Nada de eso, Talló! —Corta el Groc—. ¿Quieres darme fama de asesino? No. Ahora necesitamos el apoyo de los pueblos. No lo ganaremos si nos ven como a bandidos.

El Groc alecciona a sus seis hombres en una cueva recóndita, una gruta cuya entrada queda oculta en el barranco que discurre entre Chiva de Morella y Forcall, entre carrascas y sotobosque. El Groc les habla antes de partir hacia Catí, en la que será una de las primeras acciones planificadas de su partida. Necesita recursos para hacerla crecer.

En la cueva han sobrevivido penosamente a un invierno muy crudo, a salvo de malos encuentros con los soldados de Morella. Son el Groc y seis fugados de la cárcel del castillo de Morella, seis hombres que prefieren el monte al indulto, a los que la guerra ha dejado un pasado de tierra quemada, sin una familia que merezca dicho nombre.

Pepet de Nasi se ha espabilado para dejarles provisiones regularmente en un punto acordado. El hijo de Nasi ha subido a la montaña también algunas armas de su secreto arsenal, en distintas noches. Los compinches del Groc han asaltado a algunos ganaderos y arrieros solitarios en caminos de la comarca, han conseguido comida, ropa, mantas y alguna arma.

—Ahora nos interesa el dinero, objetos de valor y ropas. Y ganarnos partidarios en los pueblos, conseguir voluntarios. ¡Cuando seamos más numerosos, haremos cosas más grandes! —Argumenta el Groc.

—Y aquí en este santuario, ¿vamos a encontrar algo, entre cuatro peregrinos? —rezonga Talló escéptico.

El Groc y sus seis hombres han caminado durante la noche por el camino de Salvassòria hasta la ermita de la Virgen de L'Avellà, en el término de Catí, famosa desde tres siglos antes por las virtudes curativas de las aguas de su fuente.

—Con el buen tiempo han comenzado los baños en la fuente de L'Avellà, y algunos de los que vienen son gente de Vinaroz, gente pudiente —explica el Groc.

—¡Muchos negros, en Vinaroz! —Apuntan los hermanos Querol, con amos en

Benicarló, población con fama de carlista frente a Vinaroz, de tradición liberal. Dos días antes, los benicarlados habían organizado una batalla campal contra el gobierno de Isabel II con excusa de expulsar de un *correbous* a dos espontáneos vinarocenses.

La Virgen de L'Avellà tiene fama de milagrera en toda la comarca, y pese a estar tan apartada de todos los caminos principales, las aguas de su santuario atraen a distantes peregrinos con fe o con alguna dolencia en la piel, en la vista, en las articulaciones... A la vista del venerable santuario, el Groc instruye a su partida.

—Pitarch, tú entrarás en la ermita durante el servicio religioso, con todos los visitantes reunidos. Los encañonaras y les mandarás salir ordenadamente. Vosotros dos, hermanos Querol, en la puerta, registradlos uno a uno y os quedáis con los objetos de valor. Afuera, vosotros tres, Gasparet, Toneret y Talló, los desnudáis y formáis hatos con la ropa.

Gasparet y Toneret asienten, muy atentos a las instrucciones de su jefe. Son dos chicos forcallanos de apenas diecinueve años, hijos de dos familias muy pobres y con muchos hermanos que alimentar, enrolados con el Groc por su promesa de pagas regulares y de una forma de vida digna por una causa justa. Gasparet y Toneret tienen la mirada ingenua del que no ha visto más que los muros de piedra seca de los contornos del corral en el que ha nacido.

—¿Por qué no puedo entrar yo con el trabuco? —se queja Talló, el partidario de los espesos negros bigotes.

—No, ya te he dicho que lo hará Pitarch.

¡Pitarch! Este invierno, en la cueva del barranco de Chiva de Morella, el Groc ha abrazado a Pitarch y ha llorado. Lo ha encontrado en esta cueva, recién fugado de los temibles calabozos del castillo de Morella, él junto a los otros cinco carlistas que le acompañan. Juan Pitarch tiene veintitrés años, una anatomía menuda y muy ágil, una mirada oscura y vivísima y una nariz aguileña que dota de carácter a su rostro alargado, de delicadas facciones, coronado por un cabello negrísimo. Fue la intuición del Groc la que le había dictado el lugar en el que encontraría a Pitarch en cuanto supo de los fugados de la prisión de Morella de labios del oficial de la columna liberal en la Masía Torres...

—¿Cómo nos has encontrado? —preguntó Juan Pitarch, nacido en la muy carlista villa de Vallibona, orgulloso de compartir a partir de ahora su destino con el Groc de Forcall, que había sido buen amigo de su hermano mayor...

—Me contaron que las autoridades habían encarcelado al hermano de mi amigo Pitarch para obligarle a entregarse. Juan, ¡compárti esta cueva muchas veces con tu amado hermano! Y supuse que él te habría confiado este enclave secreto en algún momento.

—Sí, lo hizo. Mi buen hermano me habló de ti y de esta cueva. No he vuelto a saber nada de él desde que se fue, hace más de un año. Después me detuvieron... Dime, ¿tú has visto a mi hermano en Francia? —pregunta Pitarch.

El Groc, después de posar una mano sobre el hombro de Pitarch, le ha explicado

con solemnidad su dignísimo final en la raya de Francia, junto a su compañero Cordón, el valenciano y el aragonés, juntos para la eternidad.

—¡Tu hermano murió como un valiente, Pitarch! —concluye—. Siguió a Cabrera hasta donde su dignidad le permitió...

Los dos hombres han llorado recordando a Pitarch, el hermano de uno, el compañero de otro. El Groc, que se acuerda cada día de su vida del final de Pitarch en la raya de Francia. Se repone y le cuenta a su hermano menor cómo presencié su muerte, cómo su hermano mayor prefirió morir antes que vivir derrotado en el extranjero, alejado de las muelas y los barrancos de su amadísima patria.

—Tú has vuelto, Groc... —reflexiona Juan Pitarch, enjugándose las lágrimas—. ¡Ojalá mi hermano hubiese vivido para estar ahora aquí con nosotros!

—Tu hermano era más disciplinado y corajudo que yo, Pitarch. Vencer o morir: obedeció ciegamente a Ramón Cabrera.

—¿Y tú no?

—Yo he regresado contra la voluntad de don Ramón. Pese a todo, confiaba en que me respaldase al verme en nuestras tierras. Pero don Ramón no da señales. ¡Estamos solos, Pitarch! Y habremos de demostrarle al mundo, a Cabrera y a sus oficiales, ¡y al mismísimo rey Carlos!, que merecemos alzar la bandera más limpia y resplandeciente que existe.

—¡Aquí me tienes, Groc! —Proclama Pitarch.

Lo que el Groc no le confiesa a Pitarch es que durante el invierno ha dudado de Cabrera. Durante las semanas de invierno en la cueva, durmiendo sobre hierba seca, comiendo escasamente y esperando noticias de sus conmlitones, ha dudado del compromiso de Ramón Cabrera con la causa carlista e incluso de su competencia militar. Durante horas ha meditado acerca de los hechos bélicos del general tortosino, los ha reconstruido mentalmente... y se ha permitido corregirlos mediante la imaginación, dándoles un final triunfante. En su fantasía, él hubiese sabido convertir en éxitos los golpes fallidos de Cabrera.

—¿Por qué no podría ser yo mejor que don Ramón Cabrera?

El Groc se lo pregunta a sí mismo cuando está solo, en lo alto de la Roca del Migdia, con su pueblo de color de tierra y cal a sus pies.

Se lo ha preguntado a la vista de un águila parsimoniosa que ha trazado en el cielo un círculo gigantesco.

Se lo ha preguntado retorciendo entre los dedos los bigotes rubios que vuelven a crecerle desde que regresó de Francia a Forcall.

ANGELITITA Y DON JUAN

(Valencia, verano de 1842)

—**L**EE esto, Juan, querido.

—¿Qué es, Angelita?

La mujer extiende a su marido un ejemplar del diario *El Mercantil Valenciano* por encima de la mesa que los separa. El hombre lo toma y se calza unas lentes en el caballete de la ganchuda nariz, procurando no tocar con las páginas del rotativo las galletas dispuestas en un plato junto a la tetera y las tazas del desayuno.

La luz clara de una soleada mañana valenciana de principios de verano se derrama sobre la mesa desde los ventanales de una galería acristalada. El hombre, que viste uniforme militar de semigala, lee en voz alta el fragmento de texto que le ha señalado su esposa:

Este país está tranquilo pese a vivir en él muchos díscolos y criminales a la sombra de la excesiva tolerancia e indulgencia del gobernador...

El hombre detiene la lectura sin levantar la mirada de la página y comenta:

—No le falta razón al periodista, desde luego, pero... ¿por qué me haces leer esto, Angelita?

—Sigue, sigue, Juan...

El hombre continúa leyendo. De rostro severo y frío, nariz ganchuda, ojos menudos y grises hundidos en sus cuencas, labios finos y bigote y perilla bien recortados a la moda, Juan de Villalonga y Escalada, a sus cuarenta y ocho años de edad, es un hombre en la plenitud de su vida, un militar de brillante carrera y muy bien situado.

Villalonga es veterano de la guerra de la Independencia contra Napoleón — combatió como soldado raso, con menos de veinte años— y ha contraído méritos en el Ejército del Centro durante la cruenta guerra de los Siete Años entre carlistas y liberales. Acaba de merecer la graduación de General de División del Ejército de la Reina.

Villalonga lee con buena entonación a petición de su esposa, veintidós años más joven que él:

El asiento y guarida ordinaria habitual del Groc es el Maestrazgo y no el Bajo Aragón, y por desgracia escasea en esos pueblos el número de milicianos nacionales para una pronta y oportuna

persecución...

Apenas puede terminar la frase ante el arranque de su azorada esposa:

—¡Es él, Juan! ¡El bandido que atracó a mi prima! Sí, querido, mi prima Cristina, la que vive en Vinaroz... Me explica en una carta que unos bandidos les atracaron a ella y a su marido, y el cabecilla dijo llamarse así: Groc.

Y, con un tono quejumbroso, forzando un aire entre el enfado y el fastidio, la esposa del general Villalonga añade:

—¡Y ahora leo su nombre en la prensa! ¿Qué está pasando, Juan?

—¿Seguro que tu prima te dijo ese mismo nombre, Angelita, cariño?

María Ángeles Soler y Lacy, de veintiséis años de edad, mujer hecha a los salones, a los buenos sombreros a la moda, a los carruajes cómodos y a la vida urbana, asiente con un movimiento exagerado de barbilla. Está orgullosa de facilitar una información de primera mano a su distinguido marido. El cabeceo agita graciosamente las ondulaciones de sus tirabuzones de cabellos castaños, que le confieren un aire infantil. Nacida en Alicante en el seno de una familia de militares de alto rango, María Ángeles Soler y Lacy acaba de casarse hace apenas un año con Villalonga, un militar que casi podría ser su padre.

—Sí, eso me cuenta en su carta, pobrecita, con un susto en el cuerpo... — Confirma la joven esposa, que de súbito se olvida de su prima de Vinaroz para fijarse en el uniforme de su marido—: ¿sabías lo bien que te queda la semigala de mariscal, Juan?

—Gracias, Angelita...

Destinado en la ciudad de Valencia, el general Villalonga ha sumado a las medallas de su pechera una alianza de oro por su matrimonio con la joven María Ángeles. Juan de Villalonga se atusa el bigote y la perilla con una coquetería que desvela hábitos de hombre elegante al que no le incomoda tener despejado el cráneo por su centro porque le da ocasión de peinar los costados hacia delante, al modo del mismísimo Napoleón Bonaparte, contra el que combatió y al que admira, como todos los militares de Europa del momento.

—Dime, querida, ¿dónde asaltó ese bandido a tu prima?

—En los baños de la ermita de L'Avellà, en Catí.

—Ajá, conozco el sitio... En pleno corazón del Maestrazgo, un lugar en verdad muy apartado, difícil, sin caminos fiables, poco vigilado... —musita Villalonga, y mastica sus palabras como si al demorarlas le llevasen en volandas hasta el enclave evocado.

—Los facinerosos se llevaron relojes, pitilleras, dinero, anillos, cadenas, medallas, joyas... ¡Mi prima se quedó sin un colgante de nuestra abuela! ¿Qué te parece? ¡No se puede permitir! ¿Y sabes qué es lo peor, Juan?

—¿Qué, mi amor?

—¡Los bandidos les quitaron las ropas! ¡¡Les dejaron medio desnudos!!

—Mientras sea solo eso... —Apostilla Villalonga, que se toca la barbilla, pensativo.

—¿Te parece poco? —La mujer se escandaliza.

—Dime, Angelita, ¿te ha contado tu prima Cristina si ese bandido les habló, si les dijo algo? —se interesa Villalonga.

—Pobrecita, estaba tan nerviosa, imagínate el susto... Pero sí, oyó que decía eso: que se llamaba el Groc, que volverían a oír su nombre y que solo robaba para salvar la religión y las viejas costumbres... ¡Qué desfachatez!

—Eso sí es inquietante... —dice Juan de Villalonga, que se pone en pie, dobla el diario con pericia y se estira la pechera del uniforme.

—¿Por qué, Juan? ¿Quién es ese Groc?

—No lo sé, y ojalá sea solo un bandido farsante... y no otra cosa.

—¿Qué otra cosa, Juan?

El general Villalonga se acerca en dos largos pasos a los ventanales de la luminosa galería y mira el cielo de Valencia antes de contestar a la pregunta de su esposa, con voz grave:

—¿Qué otra cosa? Pues otro de esos iluminados del Maestrazgo, ilusos con el seso trastornado por ideas condenadas al fracaso.

Villalonga se golpea suavemente el muslo con el periódico doblado, como hace en el cuartel con su látigo corto contra las botas, se da la vuelta, besa a su esposa en la frente y mientras deja el salón de su casa se dice entre dientes, para que no le oiga su esposa:

—Sería increíble, ¡increíble! Que aquella locura volviera a comenzar. ¡No puedo creérmelo!

EL BANDOLERO MALHERIDO

(Masía Roig, septiembre de 1842)

VALERIA se despierta en plena madrugada. Derrotada por los trabajos de cada día, es difícil que se le trunque el sueño nocturno, pero enseguida entiende qué le ha despertado: el perro ladra, gime, jadea en la puerta de la Masía Roig.

—¿Qué pasa, *Cadell*?

Valeria se levanta de la cama y se cubre con una capa. El verano languidece y las madrugadas ya no son tibias. Intrigada por la anormal agitación del perro a esas horas, Valeria abre la puerta de la masía y el animal salta ante ella, impaciente por guiarla hacia lo que le inquieta en algún punto de la oscuridad.

A la intemperie, una racha de viento levanta los cabellos negros de Valeria, que deja sueltos cada noche antes de acostarse. Se acerca al pajar y empuña una horca de tres puntas metálicas que su padre mantuvo siempre afiladas. Sigue al perro sin necesidad de una tea para iluminar el camino, le basta con la pátina lechosa que derraman las estrellas sobre los contornos de plantas y piedras.

El perro se adelanta unos metros y retrocede de nuevo, esperándola, como si temiera enfrentarse a solas a un fantasma. A Valeria, de niña, le intimidaban las historias de aparecidos que las viejas de las masías contaban al calor de la lumbre, pero no ahora. Desde la guerra, Valeria no teme a los espectros, solo a los hombres de carne y hueso. Y más si visten uniformes o portan armas.

Un muro de piedra seca proyecta en el suelo pedregoso una zona de penumbra, y en su límite se detiene el perro, que ladra como si señalase una presa de caza. Valeria se aproxima a la sombra y ve asomar las plantas de dos alpargatas de cáñamo, con las punteras hacia arriba.

—¿Quién va? —pregunta.

Nadie responde, y la mujer decide avanzar hacia la sombra con la horca por delante. Las alpargatas calzan los pies de un hombre tumbado en el suelo, inmóvil, boca arriba.

—¿Quién es? —insiste Valeria.

La sombra del muro desdibuja el contorno del cuerpo de un hombre. Mientras el perro ladra y olisquea, Valeria pincha los costados del cuerpo con las púas de la horca, sin que el hombre reaccione. Teme alguna trampa de bandoleros, y un miedo súbito le enciende la voz:

—¡Seas quien seas me da igual! ¡Háblame ahora o te clavo la horca en las

costillas! ¡¡Habla!!

El sonoro grito de Valeria consigue lo que no habían conseguido las agudas púas de la horca, y el hombre reacciona con una voz casi de ultratumba:

—Ayúdeme..., por favor... Estoy herido.

La voz mortecina no le parece a Valeria un fingimiento, que mira a su alrededor y se convence de que no se trata de una celada. Abandona *entonces* la horca en el suelo y arrastra el cuerpo por las axilas, lentamente, hasta la masía.

Estirado sobre las losas de piedra del zaguán, Valeria observa a la luz del candil de aceite la cara del hombre, de nuevo inconsciente, y ve su cabello pajizo, su densa barba y bigotes rubios. Un rostro familiar.

—¡Esto me ha salvado! —murmura el Groc.

Han transcurrido dos días. Todavía débil y postrado en un jergón en la cocina de la Masía Roig, el Groc empuña un saquito de color rojo que lleva colgado del cuello con un cordel.

—La tierra sagrada de la Balma me ha salvado.

—Bendita sea..., pero creo que le he salvado yo.

Valeria se reivindica, mientras aplica en la herida del costado de su huésped un aceite medicinal que su madre le enseñó a preparar con plantas silvestres. Durante dos días, Valeria ha cuidado del Groc. No le reconoció al principio, tizado de polvo y barro, vestido con ropas astrosas y mugrientas de las que le despojó para acceder a una herida que las empapaba en sangre. A la luz del candil, Valeria extrajo con la punta de un cuchillo dos gruesos perdigones de trabuco hincados entre las costillas, sin que el hombre recuperase la conciencia en ningún momento. «Mejor así», pensó ella. Limpió la herida, la cubrió de emplastos y aceites y le dejó dormir.

Por la mañana, cuando el hombre abrió los ojos, Valeria le acercó un plato humeante de sopa de tomillo con un huevo crudo de gallina. El convaleciente lo hizo desaparecer todo sin alzar la mirada, como si no hubiese comido en días.

—Gracias, mujer —dijo al finalizar, y entonces sí levantó la cabeza para devolverle el plato vacío, y sus miradas se encontraron por primera vez.

—¡Groc!... —exclamó Valeria, reconociendo a su antiguo amo, y rectificó rápidamente:

—¡Tío Tomás, disculpe!

—¿Me conoces, mujer? No, no te disculpes, dices muy bien: soy el Groc. Pero ¿y tú, quién eres? ¿Dónde estoy? ¿Por qué me cuidas?

—¿Tanto..., tanto he cambiado, don Tomás?

El Groc contempla a su anfitriona, una mujer todavía joven y hermosa, solícita en los cuidados que le procura pero a la vez ruda en sus movimientos y actitud, de una dureza más propia de varón. El Groc no identifica esta combinación con ninguna mujer que conozca.

—Quizá conozca a tu marido... ¿Cómo le llaman?

—No hay marido. Vivo sola aquí. ¡Soy Valeria! ¿Se acuerda? Estamos en la Masía Roig.

—¡Valeria!

Al Groc le cuesta reconocer en esta mujer firme y templada, de mirada determinada y habla resuelta, a la jovencita silenciosa, pariente de Josefa, que vivió y ayudó en su casa de los dieciocho a los veinte años.

—¿Cuánto hace que...? —pregunta el Groc.

—Hace ya seis años: me fui de su casa el 24 de octubre de 1836. Ya sabe lo que pasó...

—Nunca me perdonaré no haber estado ese día en Forcall —dice el Groc, bajando la mirada y palpándose con cuidado la herida—. ¡Contra aquello lucho desde entonces!

—¿Contra qué?

—Contra los desalmados liberales.

—Y de haber estado en Forcall, ¿hubiese evitado que me violasen?

Tendido en el jergón, el Groc enmudece y palidece, y Valeria entiende en ese instante que él no sabe nada de lo que sucedió aquel día en su casa. Ella también calla, calla hasta que el Groc rompe el silencio.

—¿Quién?... —balbucea.

—Cinco soldados de Borso, no sé si portugueses o morellanos, qué importa —responde Valeria, con el plato vacío en la mano, sentada en una silla, súbitamente abatida.

—¿Dónde?... —pregunta el Groc, con un hilo de voz, tendido, mirando las vigas del techo.

—En la cocina de su casa, allí entraron...

—¿Y Josefa?... —pregunta el Groc, pero no puede oír la respuesta, si es que Valeria responde algo, porque le parece que las vigas y toda la masía se le vienen encima un segundo antes de que sus sentidos se desvanezcan.

La herida ardiente inflama la fiebre, y la sangre le hierve y le roba las fuerzas hasta para abrir los párpados. Valeria moja trapos en el agua de la alberca y los aplica en las sienes del Groc, que durante un día entero delira.

—¡Cada uno por su lado! ¡Nos disparan! ¡Corred! ¡En una semana donde ya sabéis! ¡No me falléis! ¡Ya somos dieciocho!... —grita en sueños, reviviendo su última acción.

Al cuarto día, el Groc se despierta. Está solo. Le duele el costado al incorporarse, pero siente que las fuerzas retornan a sus miembros. Da unos pasos por la estancia y le parece que vuelve a circularle la sangre por el cuerpo. Un soplo de alegría emerge del pecho. Aprieta el saquito-talismán de la Balma, pero íntimamente le da la razón a

Valeria: ella le ha salvado de morir, después de ser herido en la última refriega. Siente gratitud por sus cuidados y discreción..., a menos que la mujer esté planeando denunciarle...

El Groc se acerca a la ventana y lo que ve en el exterior le paraliza. No es una columna liberal a las órdenes del capitán general Pedro Chacón, recién enviado por el gobierno al Maestrazgo. No es el alcalde Buc apuntándole con una escopeta... Es el cuerpo de una mujer de piel morena, en la alberca, desnuda, con los cabellos negros recogidos y el agua hasta el ombligo. La mujer levanta la barbilla, ladea la cabeza y se remoja el cuello y los hombros con el agua que alza en el cuenco de sus manos.

Al Groc le cuesta reconocer a Valeria, se le antoja una presencia más cercana a imágenes sacras que ha visto pintadas en alguna estampa religiosa que a nada que haya visto antes sobre la tierra. Ve la curva de la cadera, el vientre liso y, de perfil, un pecho firme y redondo y el grácil movimiento de los brazos alzados. Con los ojos abiertos como platos, ve a Valeria salir de la alberca, ve sus nalgas llenas y tersas como la piel de un tambor, argentadas por el agua. Y entonces, el Groc siente el aguijón del deseo, un deseo carnal que había olvidado tras muchas semanas de vida a salto de mata, hambre, sed, espinos, dolor y fiebre.

La *collà* de Valeria le sabe a gloria. Untuosa y blanca como la nieve, regala al paladar del Groc el sabor dulzón de la paz, de la calma, de un hogar. La ha elaborado la propia Valeria con la leche de sus dos ovejas, cuajada con hierba colera, el morado pistilo de alcachofa silvestre que ella misma recoge e infusiona. Al Groc, como a todo hombre de los Puertos de Morella, el sabor celestial de la *collà* le devuelve a su infancia, a su madre, a una casa segura.

Mira cómo Valeria cuelga una olla con agua en el hogar para hervir unas hortalizas. Lleva una semana allí y vuelve a sentirse fuerte. Pero algo le desasosiega.

—¿Violaron a Josefa? —pregunta el Groc sin preámbulos.

—No es conmigo con quien tiene que hablar de esto, tío Tomás.

—¡Deja de llamarme tío Tomás, Valeria! Háblame de igual a igual, soy el Groc, y supongo que no me entregarás...

—Mejores cosas tengo que hacer.

—Tú y yo somos de la misma raza, Valeria. Los dos hemos dejado el pueblo. Los dos vivimos contra todos. Los dos estamos solos.

—Muy bien, Groc, pero pregúntale a Josefa, no a mí.

—Pero tú verías...

Valeria le da la espalda y guarda silencio mientras avienta el fuego, barre la carbonilla del suelo, sale y entra de la masía para echar una mazorca de maíz a las gallinas. El Groc entiende que Valeria no le contará jamás si los soldados violaron a su esposa...

La ve moverse por la estancia y no puede evitar recuperar la imagen robada desde

la ventana por la mañana, su cuerpo desnudo en la alberca. El Groc no ha visto nunca desnuda a Josefa, por pudor, más allá de partes de su cuerpo en el calor del lecho. El cariño marital que siente por Josefa cohabita con la satisfacción de sus pulsiones en el lecho conyugal. Pero la visión del cuerpo de Valeria le ha despertado un instinto sexual más intenso, primario, en principio despojado de esa tupida red de vínculos que anudan las vidas de las personas en el pueblo.

—¿Habéis tenido más hijos? —pregunta Valeria repentinamente, mientras remueve el contenido de la olla colgada de un gancho sobre el fuego.

—Dos. Joaquina y Tomás, que nació justo después de que yo partiera a Francia. Le conocí a mi regreso y ahora tiene dos añitos. Y Joaquina nació...

El Groc se interrumpe a sí mismo porque cae en la cuenta de que Joaquina nació en el verano de 1837..., justo nueve meses después de que los soldados de Borso saquearan su casa.

—... Joaquina tiene cinco años —zanja el Groc, y se levanta.

Sale de la masía, sin ganas de averiguar si la repentina pregunta de Valeria ha sido inocente o cargada de intención. Camina con energía, patea unas piedras y siente crecer en su pecho más ganas que nunca de reunir a sus hombres, de volver a la brega contra los liberales y sus soldados.

El olor al cocido que guisa Valeria le recibe al entrar de nuevo en la casa. Tras una semana bajo su techo, el Groc siente que la Masía Roig es lo más próximo a un hogar que ha tenido en los últimos meses. No ha visto a nadie acercarse en siete días, y hasta las moscas que zumban en el zaguán, ante la entrada de la cuadra del mulo, parecen orbitar a otra velocidad, como si este lugar fuese una burbuja fuera de las leyes del resto del mundo, sin disputas, sin juicios, sin condenas, sin sobresaltos. Igual que cuando se escondía de niño en un montón de paja de la era y nadie le veía.

—Mañana por la mañana me voy. No sé cómo pagarte, Valeria —dice el Groc al sentarse a la mesa—. Gracias a ti vuelvo a estar fuerte. Después de cenar te cortaré leña para una semana. Mis hombres me esperan, pero te prometo que volveré para traerte lo que necesitas.

—Harina —pide Valeria—, y otra cosa: déjame hacerte la última cura antes de acostarte.

LA FUERZA DEL DESEO

(Masía Roig, septiembre de 1842)

VALERIA contempla cómo el Groc corta leña en el exterior de la masía, con secos golpes de hacha. ¡Cuánto le azoró, con dieciocho años, dormir cada noche bajo el mismo techo que este hombre! Alto y fuerte, ágil y determinado, este hombre once años mayor que ella fue el primer hombre con el que convivía después de su padre. Se siente hoy muy lejos de aquella niña.

—¿Cómo te hirieron? ¿Por qué has venido aquí? —inquiere Valeria, sentándose en una piedra cerca del Groc.

—Fue cosa de Dios —responde él—. Me aparté de los caminos y me interné por donde la vegetación y el terreno me ocultaban, y así seguí de noche, desorientado y perdiendo sangre..., hasta que me derrumbé, sin saber dónde estaba.

—¿Huías?

—La primera acción, en los baños de L'Avellà, fue muy pacífica, pero las otras... La Iglesuela, Olocau... Ahí conseguimos nuevos voluntarios, ¡ya somos dieciocho! Pero siempre a costa de algún tiro... En Castellfort desarmamos a unos nacionales, llegaron refuerzos y salimos corriendo.

—¿Y te dispararon?

—Me dispararon después de pedirles contribuciones a veinte ganaderos que volvían de vender sus animales en la feria de ganado más rica, la Feria de Morella.

—¿Pedirles contribuciones? ¡Asaltarles, di!

Con un golpe recio, el Groc deja clavada el hacha en un tronco, respira hondo y dirige una prédica a Valeria:

—No, yo no soy un ladrón. No vivo para robar. Vivo para que venza la religión y el Rey legítimo. ¡Y solo venceré con armas y hombres, con ropa y comida! ¡Y dinero! Les salí al encuentro en Cinctorres, en el camino entre Portell y La Mata.

—¿«¡Ayúdenme con lo que puedan!», les dijiste? ¡Menuda gracia! —bromea Valeria con amargura, recordando el asesinato de sus padres a manos de un carlista sanguinario.

—No, no tiene gracia, hay demasiadas vidas en juego —dice el Groc sombrío—. Me dirigí a ellos con todo respeto: «Señores, soy el Groc de Forcall, no un vulgar ladrón. En nombre de Carlos V les solicito dinero para mantener a nuestros hombres». Y no mentí: rehusé quedarme con una buena parte de lo que llevaban encima..., ¡por mucho que alguno de mis hombres insistiera en desplumarlos del

todo! ¡Así fue!

El Groc vuelve a cortar leña como si Valeria no estuviera allí, con más furia. Valeria se arrepiente de su sarcasmo, entiende que el Groc entrega su vida, rechaza la tranquila comodidad de un hogar, la compañía de su esposa e hijos..., a cambio del riesgo y el sobresalto de combatir lo que le parece injusto.

—No volveré a preguntarte por lo que haces, Groc. Ya hay leña de sobra, ¡gracias! Vamos adentro. Mañana te vas, debes descansar —sugiere Valeria conciliadora.

Mientras el Groc se lava las manos y la cara en la alberca, Valeria prepara sus paños y su ungüento para la última cura del costado del Groc. Quiere ayudarle en lo que pueda. Ha entendido que quizá no vuelva a verle... El Groc, ahora lo sabe, ha sobrevivido a una primavera y un verano de brega en pueblos y asaltos en caminos, escaramuzas y persecuciones con trabucazos, bayonetazos, garrotazos y puñaladas. Puede morir mañana en cualquier refriega.

El Groc cierra la puerta de la masía cuando en el cielo se encienden las primeras estrellas. Se quita la camisa y se estira en su jergón en el suelo. Fatigado, boca abajo, ladea la cabeza para ver cómo Valeria prende candelas de cera virgen en varios puntos de la estancia. Las elabora ella con la cera de una colmena de abejas que cuida del modo que su padre le enseñó. El ungüento que emplea para la cura contiene también miel de la misma colmena, miel de flor de encina, de tomillo y de romero.

Las velas tiñen de suave luz anaranjada los objetos, mientras la cera exhala un perfume denso que embriaga los sentidos del Groc. Valeria caldea a la llama de una vela el jarro del ungüento, para licuarlo un poco. Lo deposita en la mesa y levanta los brazos para bajar de una estantería elevada otro jarro. Este gesto vuelve a recordarle al Groc la desnudez bíblica de Valeria, como la de una Eva en el Paraíso. Ella vierte el líquido de la jarra en dos tazas de barro, y le ofrece una al hombre.

—Aguardiente de Herbés, te ayudará a descansar. —Valeria sonrío como no había hecho hasta ahora, mostrando la dentadura más bonita que haya visto el Groc.

Ella prueba también el aguardiente antes de agacharse en el suelo junto al jergón, sentada sobre sus pantorrillas. Le libera del vendaje del día anterior. Las heridas del trabucazo cicatrizan, aunque la carne viva pide aceites y ungüentos. Mientras Valeria los aplica con mimo, una cálida lasitud traspasa al Groc desde la coronilla hasta los pies.

Poco acostumbrado a estas delicias, los dedos de Valeria le desarman más que toda la guardia de la Reina. Una mezcla de gratitud y deseo mueve al Groc a levantar su mano derecha hacia atrás, sin mirar, porque está tumbado boca abajo, y a ciegas palpa la cintura de ella, junto al pliegue del muslo, y al hacerlo decide encubrir su osadía con una promesa:

—Vengaré lo que te hicieron, Valeria.

—No necesito venganza, prefiero caricias.

Y Valeria guía la mano del Groc hasta su pecho izquierdo, firme, redondo y

caliente, sintiendo su mano rugosa, su mano de soguero, una mano rasposa como el esparto. Sentirla sobre su pecho desmadeja a Valeria en el breve instante que tarda el Groc en darse la vuelta y atraerla hacia su cuerpo.

El deseo del Groc le guía a despojar a Valeria de sus ropas, ayudado por las ondulaciones de ella, que se retuerce como una culebra en la superficie del río hasta quedar tan desnuda como en la alberca. La piel morena de Valeria se barniza con la melosidad de la luz de las velas. El Groc le aprisiona las nalgas con ambas manos, pero ella le detiene con un susurro en el oído:

—Te he pedido que me dejases curarte, yo me encargo...

Y Valeria se atreve a hacer lo que algunas noches ha soñado que le haría a un hombre bueno y protector. Besa la boca del Groc y siente sus bigotes hirsutos en los labios, le lame el cuello, enreda los dedos en los vellos de su pecho, acaricia sus costados y se inclina sobre la herida para curarla con la humedad de su lengua. Sentada sobre los muslos del Groc, él le acaricia la espalda con sus manos ásperas, desde la nuca hasta las caderas, y ella se yergue para volver a sentir las manos del hombre en sus pechos. Y, ahora, una brasa ardiente en su bajo vientre.

Las velas chisporrotean como si las enardeciese el mismo deseo, el mismo placer que a los amantes, y su cera acaba consumiéndose al mismo compás en que los dos cuerpos satisfechos se deslizan hacia el sueño.

FUEGO EN EL CULO

(Forcall, 15 de octubre de 1842)

—¿HABÉIS oído el edicto? —pregunta Pascual Carbó.

—Sí, sí, mal asunto —interviene su cuñado Vicente Molinos.

—Lo ha leído dos veces el pregonero en la plaza, en pleno mercado —confirma Joaquín Torres.

Los tres fieles amigos del Groc aprovechan el día de mercado en Forcall para intercambiar impresiones, acogidos por la hospitalidad de Marcos Penarrocha, el hermano mayor del Groc, que los invita a bajar a la bodega de la casa familiar, en la calle Pilota. A buena temperatura les esperan algunas botellas y jarras de vino, una buena cuba y una pata de cecina.

—Buc ha clavado el bando en la puerta del ayuntamiento. Lo he arrancado en cuanto se ha dado la vuelta, ¡aquí lo tengo! —dice Marcos esgrimiendo el papel.

—¿Y qué dice? —pregunta Pepet de Nasi.

El joven Pepet de Nasi irrumpe en la bodega como un fantasma emergido del subsuelo. Asoma desde las sombras tras la cuba, al fondo de la bodega, en el extremo opuesto a la entrada.

—¡Pepet! Pero... ¿y tú de dónde sales, chiquillo? —preguntan los hombres, desconcertados por la aparición.

—Acabo de conectar el cano de mi casa con este. ¡Lo he terminado: ya te dije que lo conseguiría, Marcos!

Marcos Penarrocha asiente y sonrío. Sabe que Pepet de Nasi adora desde niño al Groc, su hermano, y por eso le ha permitido unir los canos de las casas colindantes, las casas amigas de los Bordàs y los Penarrocha. «Si el Groc está en una casa y le persiguen, ¡podrá huir a la otra sin ser visto!», fue el argumento del hijo de Nasi Bordàs. El muchacho, que se sacude manchas de polvo de tierra sobre los hombros, calza alpargatas de cáñamo sujetas con vetas negras sobre los calcetines blancos que le cubren las pantorrillas, calzón oscuro, faja morellana, blusa y chaleco. A sus diecisiete años, el pecho le arde de furor carlista.

—¿Quieres saber qué proclama el bando, Pepet? —le dice Marcos—. Lo ha dado en Morella el capitán general Pedro Chacón. Ten, tú lees muy bien. ¡Léelo en voz alta!

No habiendo sido suficientes los esfuerzos y las fatigas con que las beneméritas tropas se dedican

a la persecución del bandido Tomás Penarrocha, el Groc, y sus secuaces para lograr su exterminio, por la indudable protección que les dispensan algunos habitantes del país desde algunos pueblos y masías...

Joaquín Torres, Vicente Molinos y Pascual Carbó se miran con un gesto de complicidad, interpelados por el texto: ellos son algunos de esos masoveros que «dispensan protección» al Groc y a «criminales que con sus rapiñas y vagancia sostienen las esperanzas de los ilusos»...

... los comandantes militares quedan autorizados para trasladar la residencia de unos pueblos a otros de todas las personas sospechosas de tener comunicación con los bandidos...

—Mal asunto... —repite Vicente Molinos.

... las justicias de los pueblos donde se presentaran los malhechores deberán tocar a rebato y perseguirlos sin demora, y si no lo hicieran pagarán multa de mil reales de vellón por cada uno, recaudados entre los vecinos. El masovero por cuyo término pase uno o más facciosos y no haya dado los partes será multado según su posibilidad por la primera vez, y la segunda será cerrada la masía. Esta misma disposición se tomará si en ella se hubiesen ocultado...

—¡Muy mal asunto, amigos! —Y es ahora Joaquín Torres quien lo dice, mirando a Vicente Molinos.

—Bah, bravuconadas —interviene Pepet.

—Que asustarán a más de uno —comenta Torres—. ¡Yo mismo tengo a mi mujer asustada!...

—Mientras no te asustes tú... —opina Marcos.

—¿Yo? Ahora mismo en mi masía las mujeres están cosiendo ropas para el Groc. ¡Yo estoy con el Groc! —se defiende Torres—. Pero si te cierran la masía... ¡es la ruina!

—Nada de eso pasará, señores —pontifica el joven Pepet de Nasi, puesto en pie, y enfatiza lo que dice con el puño en alto—. ¡Nosotros tenemos al Groc! Su partida crece cada día, la gente de Forcall está con él. ¡Venceremos! Convenceos, escuchad y repetid esta copla:

*Per ací mos quede el Groc
mantenint molt alta i llisa
la bandera reialista
neta com la llum del sol^[5].*

—¡Qué entusiasmo, muchacho! ¡Bravo! ¿Y quién ha compuesto estos versos? —le pregunta Marcos.

—¡Yo!

Torres, Molinos y Carbó se despiden de Marcos Penarrocha y Pepet de Nasi. Antes de separarse, a la altura del convento de los Dominicos, Torres les dice:

—A partir de ahora ¡esto va en serio!, ya lo veis.

—El gobierno empieza a preocuparse —asevera Molinos.

—¡Será porque el Groc está haciéndolo bien!, ¿no os parece? —Considera Carbó —. Hace pocos días entró con veinte hombres en Ares del Maestre y se llevaron mil reales.

—Pero este bando da excusa a Buc para escarmentarnos —insiste Torres.

—Tendría que caer sobre la mayoría de las trescientas casas del pueblo, y para eso no tiene voluntarios ni armas —sopesa Carbó.

—Armas sí: al menos veinticuatro fusiles... —informa Molinos.

—¿Qué quieres decir, Vicente?

—¿Recordáis lo que me encargó el Groc?

—Sí, que avisaras a Domingo Guarch de que preparase el alijo de armas escondidas.

—Bien, pues se ha reído en mi cara y me ha dicho que él ya no tiene las armas.

—¿No? ¿Qué ha hecho con ellas?

—No lo sé, pero después de que el alcalde Buc clavase el bando en el ayuntamiento, Guarch me ha dicho con descaro: «¡Que venga el Groc a buscarlas, si tiene cojones!».

Disfrazados de soldados de la Reina, ocho hombres de la partida del Groc se presentan en la Masía Guarch, bajo la Roca Roja, en la Dehesa de Forcall.

—¡Buenas tardes! —saluda con voz solemne uno de los hermanos Querol.

Algunos habitantes de la masía se asoman a las ventanas.

—¡Nuestros espías nos advierten de que la partida del Groc asaltará esta noche esta masía!

Una mujer, dentro, chilla al oír el aviso que acaba de proferir el presunto soldado, que sigue hablando:

—¡Venimos desde Morella para protegerlos, por orden del capitán general! ¡Ábrannos la puerta!

Ante soldados tan bien guarnecidos y aparentes que vienen a protegerlos de un inminente asalto, la familia abre las puertas de la masía. Ya dentro, los falsos soldados encañonan a los presentes y encierran en una habitación a mujeres y a niños. Son las órdenes del Groc: que un accidente no hiera a una mujer o a un niño. Los asaltantes llaman luego a Domingo Guarch, y se quedan a solas con él en la cocina. Otros hombres de la partida vigilan el exterior de la masía y a los encerrados.

—¡Yo soy! ¿Qué queréis?

—Las armas del Groc. Muéstranos dónde están, nos las llevamos y aquí no ha pasado nada.

—Que las armas ya no están aquí.

—¿Y dónde están?

—Aquí no, desde luego.

—Conmigo no vas a jugar, Guarch —dice Talló, el de los bigotes largos y negros—. ¡Bajadle los pantalones!

Talló se acerca al fuego del hogar. Con unas pinzas de hierro colado, toma un trozo de leña de encina incandescente.

—¡Sujetadle fuerte! Dime, Guarch, ¿prefieres llama o brasa?

—¡La lengua de tu madre, animal! —replica Guarch, casi tan furioso como asustado.

—¡*Foc al cul!*^[6] —clama Talló, y aplica la voluminosa brasa en una nalga de Guarch.

El rostro alargado y prieto de Mampel, ese rostro que a la niña Manuela siempre le parece tiznado de hollín, palidece y deviene casi translúcido ante la boca del trabuco del Groc, a dos dedos de su nariz, tan cerca que Mampel puede oler el azufre de la pólvora, como en el borde de un cráter de volcán.

—¿Qué quieres de mí, Groc? —pregunta Mampel con el miedo en la mirada—. ¿Qué te he hecho? ¡No me mates!

—Es más fácil robarle leña a una niña que estar delante de mí, ¿verdad, Mampel?

—Discúlpame —gime Mampel, atado a una silla en la cocina de su propia masía—, son las normas del ayuntamiento, ¡yo nada tengo contra ti y tu familia!

—Eres muy cobarde, Mampel. Y mentiroso. Y ladrón, igual que tu amigo Viñals, que se dice dueño de mi finca y me ha arrancado varias viñas.

—¿Ladrón, yo? ¿Qué te he robado?

—¿Ves cómo mientes? Tu cuñado te lo recordará. ¡Hacedle entrar!

Dos hombres de la partida del Groc irrumpen en la cocina de la Masía Mampel, en la solana de San Cristóbal, a casi una hora de camino a pie desde el pueblo. Llevan maniatado a Domingo Guarch, hijo de José Guarch, el anterior alcalde, y amigo del actual, Tomás Buc. Guarch intenta encubrir el miedo que le atenaza con una máscara de arrogancia, y Mampel no disimula una mueca de desaliento al ver a su influyente cuñado Guarch en manos del Groc...

—Necesito mis armas para combatir a lobos como vosotros —se impacienta el Groc—; ¡devolvédmelas!

—¡Yo no sé nada, Groc! —se defiende Ramón Mampel.

—Déjalo, Ramón —interviene Guarch—. Ya se lo he contado todo a estos.

—¡Métele fuego en el culo a un mudo... y cantará! —dice riendo Talló, uno de los que sujeta a Guarch por el brazo derecho.

—¿Qué..., qué le has contado? Yo no sé nada —insiste Mampel.

—Que me ayudaste a llevar las armas al ayuntamiento.

—Unas cajas enterradas junto a una caseta de pastor en la dehesa, cerca de tu masía... ¡Yo no sabía que eran armas!

—¡Calla, cobarde! —Gruñe el Groc—. Me da igual, ahora voy a hablar claro —anuncia, y señala a Guarch con el dedo—. ¡Me has traicionado! Y eso se paga.

Tras un segundo de silencio solo interrumpido por el silbido de las ascuas de leña de carrasca en el hogar de la estancia, el Groc sentencia:

—Se paga con la vida.

A Guarch le fallan las rodillas, lo nota Talló y también Pitarch, el otro hombre del Groc que sostiene al preso por un brazo. Pero Guarch se recompone, endereza el torso, adopta un tono desafiante y endurece la voz:

—Si me matas, ¡no seguirás vivo ni un solo día!

Talló, al oírle decir esto, le propina un fuerte puñetazo en las costillas del costado derecho. El Groc ordena detenerse a Talló cuando está a punto de golpear a Guarch por segunda vez.

—¡Matémosle ya, Groc! —Ruge Talló.

—Antes quiero saber algo... —El Groc le sosiega con un gesto de la mano—. ¡Guarch, confié en ti! ¿Por qué me has traicionado?

—¿Y me lo preguntas? —jadea Guarch, recuperando la respiración tras el golpe—. Tú... ¡solo traes problemas a la gente, Groc!

Recuperando el aliento, Domingo Guarch escupe al rostro del Groc todo lo que lleva dentro:

—Durante la guerra te escondí en mi masía más de una vez, arriesgué a mi familia... ¿Y qué gané yo? ¡Solo miedo y peligros! Lo hice porque Josefa es mi prima. ¡Su desgracia ha sido casarse contigo! Ella me lo imploró, sabe que nadie sospecharía de mí, siendo yo tan amigo de los Palos...

El Groc escupe en el suelo al oír citar a la familia que lidera a los liberales de la zona, a merced del ascendiente económico fundado en su fábrica de tejidos a orillas del Bergantes.

—Es imperdonable: has robado mis armas —repite el Groc.

—Te cedí mi escondrijo por Josefa y porque te largabas a Francia: esas armas y fulminantes ya no matarían a nadie... Y cuando regresaste de Francia, en vez de ocuparte de Josefa y de tus hijos... —Alza la voz Guarch, en un arranque de furia.

—¡No vuelvas a mentar a Josefa ni a mis hijos, te lo advierto! —amenaza el Groc, dando un paso hacia Guarch.

—Creí que devolverías las armas a cambio de tu finca, y vivirías honradamente y nos dejarías en paz, pero... ¡mira qué haces! —Acusa Guarch, y señala con la barbilla a su amigo Mampel atado a la silla, y a los dos hombres del Groc que le sujetan—. ¡Nos amenazas, asaltas, robas!... ¡No tendrás esas armas!

—Liberal traidor, un hombre de verdad jamás falta a su palabra —zanja el Groc.

—¡Fusilémoslos ya! —Se impacienta Talló, y tira del brazo de Guarch hacia la puerta de la cocina.

—¡Alto, Talló! —ordena el Groc, que se encara con Guarch—. Guarch, lo que dices podría valer si no le hubieses dado mis armas al alcalde Buc, ¡que sabes que quiere matarme! ¿Tú también quieres eso?

Mampel, sentado y atado en la silla frente a Guarch, se asombra al ver la transformación de la cara de su cuñado: ha bajado la cabeza durante unos segundos para volver a alzarla con la mirada enrojecida, los labios apretados, la piel encendida...

—¡Sí! —chilla Guarch—. ¡Eso quiero! ¡Sí! ¡Sí! ¡¡Sí!!

—¿Por qué? ¿Por qué? —le pregunta el Groc, indignado, retorciéndole la camisa a la altura de la garganta.

—¿Por qué? ¡Porque tú asesinaste a mi padre!

Y el Groc, paralizado, escucha la enfurecida declaración de Domingo Guarch:

—¡Tú, Groc, tú! ¡Buc me lo ha contado todo! ¿Te haces el sorprendido? ¡Buc me dijo que tú apuñalaste a mi padre el día de San Rafael de 1836, y no un soldado de Borso! Me ha dicho que tú acusaste a mi padre de los azotes y el saqueo, ¡y lo acuchillaste sin dejarle defenderse! ¡En la bodega de Buc, que lo protegía y que no pudo evitar que le matases! ¡Buc me ha pedido perdón por habérmelo ocultado, porque tú le amenazaste con matarle también! ¡Asesino! ¡Buc me vengará ahora con tus propias armas! ¡Por eso se las he dado, por haber asesinado a mi padre! ¡Asesino!

LIBERALES CONJURADOS

(Forcall, octubre de 1842)

—¡**A**TADLOS y subidlos a los caballos! ¡Vamos! —ordena el Groc, colérico.

—Pero... ¿no los fusilamos? —se queja Talló, desencantado, ávido por ver manar la sangre de Mampel y de Guarch.

—¡No aquí!

—¿Dónde?

—¡En la plaza de Forcall! —Sentencia el Groc, escupiendo fuego por los colmillos.

A grito pelado, el Groc dispone que una parte de sus hombres mejor armados y corajudos se adelanten por el camino pecuario de las Voltes hacia Forcall. Les indica qué deben hacer: sorprender y desarmar a la guardia del pueblo, tomar los tejados de la plaza y el ayuntamiento y el campanario de la iglesia, apresar al alcalde Buc, sacarlo a la plaza y allí, delante de todos...

—¡Ordenaré fusilaros a los tres, Buc, Guarch y Mampel! —Ruge el Groc.

Parten una veintena de sus hombres hacia el pueblo mientras el Groc observa cómo otros montan a Guarch y a Mampel en un mismo caballo, maniatados. El Groc contempla a Guarch con una mezcla de perplejidad y lástima, de furia, asco e impotencia ante la falsedad de su acusación. Solo una cosa le ha replicado después de escuchar cómo lo culpaba del asesinato de su padre:

—Guarch, antes de morir pregúntale a Buc por qué ha inventado esa mentira. Y que te responda en el infierno, adonde llegaréis juntos.

A lomos de uno de los caballos robados en la Masía Mampel, el Groc sopesa su garrote. Le consternan la injusticia y la arbitrariedad, no las entiende, y el peso del garrote en la mano derecha le ayuda a descargar el disgusto. ¿Por qué Buc ha inventado contra él una falsedad tan repugnante? ¡No puede entenderlo! «No soy un asesino, ¡no soy un asesino!», clama el Groc mientras cabalga hacia Forcall.

«Yo habría matado a Guarch de buen grado si le hubiese encontrado..., ¡pero no le maté!», se dice a sí mismo.

Y para rebatir la acusación de asesino, necesita asesinar.

—¡Corred! ¡Al monte, al monte! ¡Soldados! ¡Peseteros! ¡Escapad! ¡Son muchos!

El Groc reconoce la voz de Juan Pitarch antes de verle llegar entre el polvo

levantado por los cascos de su caballo. Por detrás del amigo se levanta un estrépito de animales piafantes, gritos y tiros.

—¡Al monte! —ordena el Groc, y sus hombres se dispersan a derecha e izquierda del camino.

Talló se resiste a alejarse sin matar a los prisioneros y extrae su viejo pedreñal, lo monta y apunta a la sien de Guarch.

—¡Talló! ¡Vete, maldito seas! —le ordena el Groc, destemplado—. ¡No somos unos asesinos! Dentro de tres días, donde tú sabes. ¡Vete! De estos me encargo yo.

Talló parte al galope, refunfuñando. A solas con Guarch y Mampel, que aguantan el equilibrio como pueden con las manos atadas a la espalda, a punto de caerse de un caballo que caracolea ante el fragor que se aproxima, el Groc les deja claro su propósito:

—¡No soy bandolero ni asesino! ¡Volveré para fusilaros en toda regla! Y también para librar a mi pueblo de un alcalde tan miserable e indigno como Buc. ¡Decídselo!

Pitarch llega a la altura del Groc, con el rostro polvoriento y crispado, salpicado por la espuma expelida por los belfos de su caballo, y le insta a escapar sin demora:

—¡Vámonos! Una columna liberal... Nos han sorprendido a la altura del cementerio... Alguien les ha avisado. ¡Y son muchos! Alguno de los nuestros ha caído, no he visto quién... No había opción, nos hemos dispersado. ¡Larguémonos!

Al amparo de la noche, cruzados los campos, el Groc entra solo en el pueblo de Todolella. Pitarch ha preferido seguir hasta Mirambel a uña de caballo. El Groc, pese al riesgo de ser descubierto, quiere mantenerse cerca de su pueblo. Su hermano, mosén José Penarrocha, que ofició como párroco en Todolella antes de enrolarse en la guerra como capellán de Cabrera, le contó de la lealtad carlista de la familia del hostel, y a ella se acoge.

—Coma tranquilo, don Tomás —le agasaja el hostelero, sirviéndole una hogaza de pan de centeno, dos chuletas y una jarra rebosante de vino oscuro—. Ya me han contado lo de la Masía de Guarch...

—¿Qué te han contado?

—¿Un poco más de vino? —Ofrece el hostelero—. Me han contado que se han llevado a Domingo Guarch a la Masía de Mampel. Pero los de la casa lo han oído y uno de los chicos se ha escapado del encierro por una ventana y ha corrido a avisar al alcalde...

—Y hemos tenido que correr todos, sí.

—Aquí estará seguro, don Tomás, no doy paso a nadie en la cocina... ¡Le sirvo un poco más de vino, permítame! Nadie le ha visto y cuando quiera subimos a una cámara en la que estará a salvo el tiempo que desee. ¡Aquí queríamos mucho a su hermano, santo varón! Dio la primera comunión a mi hijo mayor, ¿verdad, Elías? Díselo tú, díselo... ¿Querrá usted que avise a alguien, don Tomás?

—No.

—¿Querrá que le despierte temprano o prefiere descansar? Más vino, ¿verdad? Lo hago yo. ¿Cómo está su hermano en Francia? ¿Se cartean ustedes? ¿Sabe si volverá por aquí?

«Cuántas preguntas, cuánto vino...», se escama el Groc. Apoyados a cada lado de la puerta de la cocina, los dos hijos del hostelero, jóvenes de unos veinte años de edad, fuertes, parecen muy pendientes de los movimientos del padre. El Groc ve el brillo de sus ojos en la penumbra, por encima del vaso de vino. Decide dejar de beber.

—¿Un vaso más de vino? —Le ofrece el hostelero, tan solícito e insistente que al Groc le parece nervioso.

—No. Quiero acostarme. Guíame a la cámara.

En la habitación, a solas, el Groc decide seguir su instinto: le parece extraña la actitud del hostelero, e inquietante la silenciosa presencia de sus dos hijos. Piensa en el bando del capitán general, en las sanciones a los que oculten a un latrofacioso, en las recompensas... El Groc revuelve un armario a la luz de la vela, extrae una sábana y una manta y las dispone formando bajo la colcha el volumen que presentaría un hombre dormido y tapado. Se desnuda, deja su ropa al pie de la cama, abre la ventana para que irrumpa la claridad de la noche, se sienta en una silla que pega a la pared, al lado de la puerta cerrada, junto a sus goznes, y apaga la vela de un soplo.

Su mano derecha empuña el garrote que le regaló Cabrera. No piensa dormirse, aunque desea que su instinto falle y no suceda lo que teme...

A las dos horas, oye un rumor levísimo tras la puerta, que se abre muy despacio... Entra en la habitación una figura corpulenta, el corpachón del hostelero, que se precipita sobre el bulto de la cama con un puñal en la mano. No alcanza a darse cuenta de que apuñala un montón de ropa, porque tras la primera puñalada recibe un mazazo que le rompe la nuca. Desde detrás de la puerta, al Groc le ha bastado un solo golpe de su garrote para dejar tendido en la cama al hostelero, que ha perdido la vida sin tiempo para emitir ni un solo gemido. El Groc lamenta íntimamente que su intuición haya acertado de pleno.

—Vamos, padre, ¡bajadlo!

El Groc oye una voz queda que asciende desde el pie de la casa y entra por la ventana, y entiende que los hijos esperan que el padre descuelgue su cadáver. Por eso hay una cuerda en un rincón, junto a la ventana. Sin pensarlo demasiado, desnuda al hostelero...

Los jóvenes, abajo, ven descender un cuerpo sujeto al extremo de la cuerda. Está oscuro pero reconocen las ropas del Groc. Cargan el cuerpo hasta un montón de estiércol en el que tienen preparado un hueco para albergarlo. Cubren con estiércol el cuerpo. Mientras, el Groc se escabulle lejos de la casa, vestido con las ropas del hostelero.

Por la mañana, después de haber limpiado una mancha de sangre en una manta, a los hijos les sorprende que su padre no aparezca por ninguna parte. Le esperan para

negociar con las autoridades la entrega del cuerpo del Groc.

Con el sol ya bastante alto, los hermanos cruzan una mirada de inteligencia teñida de pánico y corren hacia el montón de estiércol.

Josefa se despierta con el cuerpo de su marido pegado a ella, su resuello en la nuca. El Groc ha entrado en su casa de Forcall, junto al portal de San Vicente, y se ha metido en su cama. Sabe colarse en su casa desde los tejados, como un gato. Los amigos del Groc dicen a veces que el Groc merecería el mismo apodo que otro cabecilla carlista del terreno, el Gato de Santolea. Josefa reconoce su olor, el roce de su vello, el pinchazo de los duros pelos de su barba y bigote, sus ásperas manos de soguero, su voz.

—Josefa...

Ella se da la vuelta y le abraza, gime y solloza quedamente, hundiendo la cara en el pecho de su marido, al que cada día teme que maten. Frente a frente en la oscuridad del dormitorio, el Groc se refugia en el cariño de su esposa, acaricia su espalda y se coloca entre sus muslos. Josefa siente la dicha de estar envuelta en los brazos del marido siempre ausente, la dicha de ser poseída por el hombre al que querría en casa, con ella y sus hijos. Sin palabras, se consuelan mutuamente de tantos días de separación.

—Tomás, ¿cómo estás? —pregunta Josefa, después de que han sosegado y acompasado sus respiraciones—. Hoy han salido en tu persecución, he sabido que escapasteis, estaba muy preocupada.

—Quien tiene que preocuparse es Guarch, tu primo. Y Mampel. Voy a fusilarlos.

A Josefa se le corta el aliento, se le reseca la boca. Sabe que su marido habla en serio. Conoce bien sus obcecadas resoluciones. Y esta le asusta más que ninguna otra que le haya oído antes.

—No, no puedes fusilar a un vecino. Caerá sobre ti el ejército entero, el gobierno entero. No habrá perdón si haces eso, ni indulto ni nada.

—Debo hacerme respetar. Guarch y Mampel me roban veinticuatro armas y fulminantes. Es un ataque a la religión y al trono. Los fusilaré.

—¡Guarch es mi primo, Tomás! —gimotea Josefa.

—No hay familia si se trata de principios sagrados.

—Piensa a en mí, piensa en Manuela, en tus hijos...

—¿No me has oído, Josefa? ¡Está decidido!

—¿Y qué será de nosotras? ¿Qué no nos harán para castigarte a ti?

—¡No se atreverán!

—Por mí, Tomás, que estaré siempre contigo, te ruego que no lo hagas...

Las lágrimas de Josefa mojan las sábanas y las mejillas del Groc. Sentir en la piel esa humedad y calidez le despierta la memoria de los besos de Valeria, en la Masía Roig. No se atreve a confesarle a Josefa que su prima y él... Y él, que apela a la

palabra dada, siente ahora que ha transgredido la que le dio en el altar a Josefa hace catorce años, en 1828, al contraer sagrado matrimonio en la iglesia de Forcall.

—Tomás, por favor... —susurra ella en su oído—. Es mi primo... ¿Cómo podré mirar a su mujer, a sus hijos?...

—De acuerdo, mujer. Les perdono la vida. Por ti lo hago.

Josefa se deshace en un llanto de gratitud hacia su esposo, maravillada de haber conseguido lo que daba por perdido. No sospecha el aguijón de culpa que a él le ha movido. Abrazada a su hombre, aprecia lo que ella considera un regalo extraordinario por su parte, y le aflora la ternura de tanta catástrofe compartida, de los dos hijos muertos... y de la violación que no ha tenido valor de contarle.

—Gracias, gracias, gracias...

—Pero la vida no les saldrá gratis. Pagarán por el robo con su dinero, una multa: cuatro duros por fusil. Veinticuatro fusiles, noventa y seis duros. Que los preparen. Díselo tú.

—¡Hay que matar al Groc! —dice Domingo Guarch.

Sentado sobre un grueso y mullido cojín con bordes de cordonería que no le alivia del todo las dolorosas quemaduras en las nalgas, tamborilea sobre la mesa de roble en torno a la que otros tres hombres le escuchan: su hermano mosén José, su cuñado Ramón Mampel y Domingo Palos, el dueño de la casa y anfitrión de la reunión.

—¿Seguro? —pregunta mosén Guarch.

—Sí. ¡O le matamos nosotros o nos mata él! —Zanja Palos.

La familia Palos, la más pudiente de Forcall, ve en el Groc una piedra en el camino de la modernidad y el progreso, de los ideales del liberalismo, de la legalidad constitucional vigente. Con la complicidad de otras familias, como los Guarch o los Viñals, les exaspera la obstinación de los vecinos de Forcall en sus viejos valores rurales, bajo la bandera del pretendiente Carlos V. Los liberales cuentan también con la simpatía de ciertos eclesiásticos, como mosén José Guarch, que prefieren el calor del poder político a las pedestres cuitas de labradores y masoveros.

—¿Y cómo le mataremos? —pregunta Mampel.

—Le despeñamos desde la Peña Alta que hay sobre mi masía, desde la Roca Roja —aclara el masovero Guarch.

—¿Y cómo le subes allí? —pregunta mosén José.

—Le citaremos para pagarle los noventa y seis duros sin testigos.

—¿Aceptará? —Duda Mampel.

—Sí, se lo pedirá su propia esposa —afirma Guarch.

—¿Josefa?

—Sí. Nos tenemos afecto. Somos primos. ¡Ella ha conseguido que el Groc nos perdone la vida! Y ella me obedecerá.

—Si es como dices, bastará un empujón y... ¡se acabó el Groc! —concluye Palos.

SERMONES DE JUDAS

(Forcall, noviembre de 1842)

—¿CÓMO te atreves a pedirme esto, primo? —Se espanta Josefa Ferrer.

—Ojalá no tuviese que pedírtelo, Josefa... —Templa Guarch.

—¿Que engañe a mi marido y os lo entregue? ¿Que sea yo su Judas?

—Piénsalo con calma: tu marido es un fanático y no cejará hasta vernos muertos a todos.

—No os matará. ¡Él me lo ha prometido!

—Pero... ¿por cuánto tiempo? Hoy exige noventa y seis duros, mañana pedirá las contribuciones que se le antoje, ¡y otro día nos fusilará por cualquier futesa!

—Tomás no es un asesino.

—¡Mató a mi padre el día de San Rafael de hace seis años! Buc lo vio.

—Si hubiese sido el Groc, ¡lo proclamaría, no se escondería! ¿No le conoces?

—No respeta nada que no sea su bandera carlista. Es un peligro.

—¡Nada de eso!

—Un peligro para ti, para Manuela, para vosotros y para Forcall...

—El Groc es un hombre recto y religioso, chapado a la antigua, pobre y honrado —concluye Josefa Ferrer, vehemente. Se pone en pie y encaja un cántaro de barro en la cintura.

—Es un loco, iluso e ingenuo: ¡con cuatro tiros quiere cambiar la historia! —Apostilla Guarch al ver alejarse a Josefa, que ya no quiere escucharle más.

Domingo Guarch ha citado a Josefa Ferrer en la tranquila fuente del Om, a orillas de la anchurosa rambla del río Bergantes, frente al pueblo, desde cuya ribera de álamos es fácil ver llegar a cualquier paseante o visitante inoportuno. Allí Guarch le ha propuesto a Josefa que conduzca al Groc a la trampa que le tienen preparada él, Mampel y Palos.

—Adiós, Domingo. Me asusta que hayas pensado que yo podría hacer algo tan horrible. Jamás traicionaré al Groc. ¡Jamás! Es mi hombre y estaré siempre a su lado.

—¡Espera, Josefa, mujer!

De un salto, Guarch se planta junto a su prima y le hace un último ruego con aire de advertencia:

—¿No quieres ayudarnos? ¡De acuerdo! Creí que lo harías, me he equivocado. Ojalá nunca tengas que arrepentirte. Ahora te pido una sola cosa...

—¿Qué?

—No le cuentes al Groc nada de lo que hemos hablado.

Guarch mira fijamente a los ojos a Josefa, con un tono que la mujer no sabe si es una amenaza. Ella aparta la mirada y sigue caminando hacia el pueblo.

—¡Josefa! —Se despide Guarch—. Si hablas, el Groc hará correr mucha sangre en el pueblo, y cada gota de esa sangre caerá sobre tu conciencia.

Mosén Guarch sirve unos *ametlats*, *mostatxons*, *pastisssets* y *flaons*^[7] de Morella, acompañados de un vaso de moscatel. Su invitado es un sacerdote veinteañero, recién ordenado: mosén Francisco Llop, sobrino del Groc. Mosén Guarch y mosén Llop, hombres de Dios, pero también de la política, veían antes con simpatía la causa carlista. Las mujeres que escuchan las prédicas de mosén Guarch aún recuerdan haberle oído este sermón:

—¡Hasta el bello sexo se ha desnaturalizado y degradado en la actual Revolución, que ha arrancado de sus corazones las raíces de la timidez, la compasión y la ternura que les son tan naturales!

Y todas se persignaban con la mirada baja, rogando para no ser una de esas mujeres modernas desnaturalizadas sin timidez, compasión y ternura. Los sacerdotes son siempre los más influyentes forjadores de opinión entre las mujeres de la agreste comarca, desde el púlpito, las capillas, la sacristía, las oraciones, los paseos... «Si no hi hagués oques no hi hauria pollets^[8]», han dicho los liberales del poder de las sacristías en esta tierra durante los años treinta... Pero hoy mosén Guarch ha optado por bendecir a los vencedores de la guerra de los Siete Años, a los defensores del gobierno, del nuevo orden liberal.

—Francisco, tú eres el confesor de Josefa y de Manuela. ¡Tienes que ayudarnos! Ellas te quieren y respetan, tienes ascendiente sobre sus conciencias. ¡De ti dependen la prosperidad o la ruina de este pueblo, Francisco! Habla con ellas, que vean que será por su bien y el de todos, por la paz y prosperidad de tanta gente...

Mosén Francisco Llop, antes de responder, toma un *ametlat* y roe con cuidado su blanquísima capa de clara de huevo cristalizada, buscando en su interior las azucaradas almendras. Barre con la mirada las paredes del despacho parroquial, la detiene en el armario de oscura y satinada madera de nogal con los volúmenes de los *Quinqui Libri*, libros de anotaciones de bautizos, casamientos y defunciones de los vecinos de Forcall. Llop entorna los párpados para paladear la dulzura intensa del *ametlat*.

—Habla usted de mi tío, mosén Guarch...

—Tu tío..., y la peor amenaza para el futuro de tu familia.

—¿Debo convencer a una esposa y a una hija de que Dios bendice el asesinato de su marido y padre?

—¿Asesinato? Hay sacrificios gratos a los ojos de Dios. Tú sabrás cómo hablarles, Francisco...

MIRALLES, ‘EL SERRADOR’

(Vallibona, diciembre de 1842)

LAS casas de Vallibona escalan la pendiente montañosa sobre el hondo barranco, en las estribaciones de los puertos de Morella con la Tenencia de Benifasar. El pueblo desde el que Cabrera planeó su primera partida de hombres fieros y fieles, en 1834, mantiene vivo el rescoldo carlista en los hogares. Su paisaje vertical y abrupto, aislado y mal comunicado, hace de Vallibona fácil refugio de proscritos itinerantes. Las correrías del último año del Groc por la comarca han aconsejado a las autoridades destacar en Vallibona una guarnición de soldados.

—¡A ver ese vino rancio! —dice el sargento riendo.

—¡Empieza a hacer frío de verdad por aquí arriba! —se queja Betoret, un soldado natural de Torreblanca, pueblo de los cálidos y pantanosos llanos costeros de la provincia.

Ocho soldados y un sargento se acogen al calor de la estufa de leña de la oscura taberna de Vallibona. No reparan en uno de los parroquianos, que desde un rincón penumbroso los escruta con disimulado detenimiento. Viste ropas de arriero valenciano y espera a que los soldados trasieguen varios vinos antes de levantarse y despedirse.

—¡Buen servicio tengan! Bajo desde Beceite y voy a Peñíscola. ¿Algo que temer por el camino? —pregunta el arriero, junto a la puerta de la taberna.

—¡Tranquilo! Ese Groc de Forcall no ha aparecido por aquí. Y el gobernador de Morella tiene soldados en casi todos los pueblos —responde un soldado, regalándose un trago.

—Y además ese Groc no es para tanto, ¡nada que ver con su jefe Cabrera! ¡El Tigre, ese sí daba miedo! Brindo por que jamás regrese... —dice el sargento, alzando su vaso.

El arriero se despide de los soldados y una vez fuera desanuda las dos mulas sujetas a una anilla de hierro, cargadas con sendos fardos. Desciende por las calles desiertas y crepusculares hasta las huertas, junto al río Cèrvol, y se interna luego en su barranco, en dirección a Morella. Doblado un meandro, bajo una cornisa pétreo del barranco, una cuarentena de hombres le esperan.

—¡Pitarch! —saluda el Groc—. ¡Qué bien te sientan las ropas de arriero, chico! Ya tienes a qué dedicarte el día de mañana...

Juan Pitarch saluda al Groc con una sonrisa. Pitarch se regocija de haber pasado

inadvertido en Vallibona, su propio pueblo natal. No se ha cruzado con nadie conocido, a excepción del tabernero, con quien tiene confianza y a quien le ha informado de su plan. Después de saludar al Groc, Pitarch advierte la presencia de un hombre a su derecha, un hombre maduro, con cincuenta años sobre los hombros, quince más que el Groc. Alto y delgado, de piel atezada por cinco decenios al aire libre, el hombre luce descuidados bigotes canosos sobre una boca medio desdentada.

—Pitarch, tengo el honor de presentarte a un hombre de verdad: ¡José Miralles, *el Serrador*!

—¡El Serrador! —exclama Pitarch, sin reprimir una inflexión de admiración y respeto por el veterano guerrillero.

Estrechan las manos, y el ceño torvo del Serrador no ensombrece su alegría por verse de nuevo en campaña, tras dos años oscuros acogido al indulto de la Reina en el pueblo de su esposa, Benasal. Allí ha languidecido en una vida tediosa, serrando leña, lo único que sabe hacer además de guerrear.

—«¡Mejor un solo año de brega en la montaña y perecer... que toda una eternidad viviendo así!». ¡Se lo he dicho a mi mujer, ja, ja! Y ella sabe que tengo razón... —Les confía el Serrador al Groc y a Pitarch.

—Y aquí estamos, Serrador: éramos solo siete hombres en primavera en el santuario de la Virgen de L'Avellà... —Rememora el Groc—. ¡No se lo esperaban aquellos bañistas! Ni nadie... Dimos luego buenos avisos en La Iglesuela y en Olocau, se nos añadieron voluntarios... ¡Y hoy somos casi cincuenta hombres, unidas tu partida y la mía en Ares del Maestre! ¡Con Dios, cada día más fuertes! ¡Nada sin Dios! —anuncia un Groc eufórico, convencido de la cercana hora del triunfo.

Ares del Maestre, cerca de Benasal, ha reunido al Serrador y al Groc. Tras recoger víveres en la Masía Horts, han escapado de una persecución juntos, en un mismo caballo, robado por el Groc. Sin ese caballo, el Serrador hubiese caído en su primera salida, porque cojea desde hace tres años, cuando se fracturó ambas piernas al escapar del castillo de Miravet. Cabrera le confinó allí por desavenencias personales: el rudo Miralles, que fue comandante general de Valencia, se descaraba siempre con Cabrera, y eso irritaba al soberbio caudillo tortosino.

—¿Qué has visto en Vallibona, chiquillo? —pregunta el Serrador, que ríe ante la descripción que Pitarch hace de los soldados en la taberna—. ¡Ajá, así que los tenemos bien contentos en la casa del dios Baco, ja, ja, ja!... ¡Aún podremos tomarnos unos vinos después de desplumarlos!

—Pero lo primero es lo primero —le corrige el Groc, circunspecto y obcecado, que no se permite desviarse un ápice de los propósitos de la causa realista.

Hombres del Groc toman las salidas del pueblo y el campanario de la iglesia. Los de Miralles rodean la taberna sin sobresaltos, embozados por la noche. Dentro, las risas delatan lo muy desprevenidos que beben los soldados.

—¡Se acabó la juerga, señores! Al primero que se mueva, lo dejo seco —espete el Groc, que irrumpe en la taberna con paso decidido y trabuco en ristre, flanqueado por los hermanos Querol, Gasparet, Toneret y Talló, todos igualmente armados.

Los soldados se quedan paralizados. Uno de ellos, un jovencito de Morella, casi adolescente, se desmaya como una pera madura. Al sargento, hombre talludo, se le desliza entre los dedos el vaso, que se estrella en el suelo.

—¡Vosotros, recoged todas las armas! ¡Señores, al campo, al campo! ¡Nos vamos! —ordena el Groc.

Unos cosechan los fusiles de los soldados mientras que otros los maniatan y empujan al exterior. Pitarch, acompañado por otros tres hombres de la partida, acude a una casa del pueblo en la que sabe que vive un comerciante pudiente, y le invita a ir con él. Pitarch no cubre la cara con un pañuelo, como sí hacen muchos de sus compañeros de partida. El vecino le reconoce, y con la resignación y el temor en la mirada, le sigue sin rechistar.

Antes de salir del pueblo, camino de una cueva recóndita que el Groc tiene preparada, el Serrador le enseña una copia de la proclama que ha dictado antes de salir de Benasal.

—Voy a clavarla en esta puerta —informa.

Es el mismo bando que días antes ha clavado el fraile carlista Vicente Ramón Ruiz, de Benicarló, en la puerta del Ayuntamiento de La Mata de Morella, donde secuestró al alcalde y a un regidor. Por su libertad obtuvo seiscientos reales, treinta pares de alpargatas, treinta raciones de pan y todo el tabaco del estanco. El Groc la lee:

Valencianos: el momento ha llegado ya, el día de nuestra felicidad se aproxima y solo nos resta un momento de decisión. ¡Ea, pues, voluntarios! ¡A la lid sois convidados! Mas si queréis permanecer en el seno de vuestras familias, tenéis plena libertad. Pero que luego no os venga de nuevo el puñal que os aguarda al volver una esquina o la cuerda preparada para conducirnos a una isla en donde dejéis vuestros huesos. ¿Viviréis aletargados permitiendo ser conducidos desde vuestros lechos hasta el matadero antes que acompañarme al campo del honor? Me conocéis muy bien, no soy capaz de engañaros. ¡Rey y religión pedimos, y se nos concederá! Españoles, nuestra causa es la más santa de todas. Así, cinco valdréis por ciento, ciento por mil, y luego el triunfo.

¡Viva la religión! ¡Viva el rey Carlos V!

Vuestro general,

JOSÉ MIRALLES

El Groc descubre que el Serrador sigue sintiéndose capitán general de Valencia, cargo que le otorgó Carlos V y del que le descabalgó Ramón Cabrera. Y decide que él también redactará sus propios bandos...

Los ocho soldados y el comerciante llegan a la cueva con los ojos vendados, donde se les despoja de todo lo aprovechable. A la mañana siguiente, Pitarch se encarga de intercambiar al comerciante por zapatos, mantas, comida...

—Y que te den también un saco de harina —pide el Groc.

Sobre el destino que darán a los prisioneros, los soldados desnudos, los hombres

del Groc y del Serrador cruzan opiniones que desfilan desde el despeñamiento hasta el fusilamiento, desde el encierro para pedir rescate hasta el degüello por ahorrar balas. El Serrador, tumbado bajo una encina, escucha con indiferencia y hace un solo comentario:

—Hemos de movernos rápido y estos son un engorro, y tampoco nos darían nada por ellos.

Mientras, Talló recuerda entre risotadas lo mucho que se divirtió años atrás desnudando y emplumando a mujeres de oficiales liberales cerca de Alcañiz... El Groc interviene entonces con firmeza:

—¡Basta! Vendadles los ojos —ordena— y volved a dejarlos cerca del pueblo. A cambio, sargento, clave usted mismo en Vallibona el bando que ahora le entrego. Si lo destruye o lo esconde, lo sabré y lo pagará.

El Groc dicta a uno de sus hombres un bando que rubrica con su nombre y una afiligranada firma de su puño y letra:

Se da a saber a todo buen ciudadano que el comandante don Tomás Penarrocha, alias el Groc, entró con su fuerza en Vallibona y quedaron todos los soldados rendidos y apropiadas todas las armas, cinco sables, doce mantas, veinte fusiles, cincuenta pares de zapatos, veinte barcellas de aros, cuatro quintales de abadejo y el uniforme del comandante y sus charreteras y sus morriones y una famosa espada y todos los efectos de dicha guarnición y cien paquetes de cartuchos.

Por haber conseguido un triunfo tan ventajoso os pido: ¡Realistas, acompañadme sin miedo, todos a una! ¡Viva el Rey y la religión!

Vuestro jefe,

TOMÁS PENARROCHA

CELOS

(Forcall, diciembre de 1842)

MOSÉN FRANCISCO Llop, sobrino del Groc, escucha los pecados de Josefa y los absuelve con una penitencia de padrenuestros, avemarías y rosarios. Pero tiene algo más que decirle:

—Josefa, tú sabes que la Biblia es la Palabra de Dios...

—Sí.

—Y que los sacerdotes la leemos y conocemos para explicárosla a los fieles...

—Sí.

—Hoy quiero hablarte de Abraham, profeta amado por Dios. Dios le pidió algo durísimo: «¡Sacrifícame a tu propio hijo!».

—¿Por qué Dios quiso eso?

—¡Comprobó la fe de Abraham! Y Abraham levantó el puñal sobre su hijo..., como a ti te piden que hagas con tu marido.

—¿Cómo sabes...?

—Sé que no quieres hacerlo.

—¡Ellos no son Dios!

—Quizá sí sean su instrumento. ¿Sabía Dios que iban a crucificar a su hijo al entrar en Jerusalén?

—No lo sé.

—¡Claro que lo sabía, mujer! Los fariseos, los romanos, Judas, la lanza de Longinos..., ¡instrumentos de Dios, todos! El sacrificio era preciso para salvar a la humanidad.

—Dios no quiere la muerte del Groc.

—¿Acaso conoces tú los designios de Dios, Josefa? ¿Y si Dios reservase al Groc el mismo destino de sacrificio que a su hijo Jesús?

—Francisco... No me aflijas...

—Solo te enseño a no interferir en los designios del Altísimo.

—Entonces... me matarán a Tomás.

—¡Solo si Dios lo quiere! Tú, Josefa, consuela a tu marido, pacifica su cuerpo y su alma... ¡y calla! No alteres los planes de Dios. A veces, Dios quiere que muera un hombre para que viva un pueblo. ¡Dios dirá!

Josefa llora por su marido, por su hija, por su familia, por ella misma. El confesor Llop sermonea luego a la niña Manuela, la amenaza con las llamas del infierno si le

cuenta a su padre lo que su madre le ha contado, que los Mampel, Guarch y Palos preparan una trampa. La niña escucha a su primo y joven confesor, al que siempre ha querido y admirado, que siempre le ha parecido guapísimo, le escucha de rodillas, con las manos entrelazadas sobre el pecho y los párpados cerrados. Mosén Llop ofrece su estola para que la niña la bese. La niña de quince años la besa, abre sus ojos argénteos, mira a su primo y confesor y le dice:

—Si mi castigo por alertar a mi padre son las llamas del infierno..., ¡con qué gusto arderé toda la eternidad!

Ante la puerta de la Masía Roig, el Groc descarga el saco de harina que desde Vallibona lleva a lomos del caballo que robó en Ares del Maestre.

—Necesitabas harina —saluda.

—Y también algo de leña, Groc..., pero me la cortarás después. Pasa.

Valeria cocina uno de los platos aprendidos de su madre, que fue buena guisandera en masías y casas de Forcall y Morella, como varias mujeres de la comarca. El Groc devora unas gachas, base alimenticia de las familias humildes: una cazuela de harinas de almorta y garbanzo disueltas en un poco de agua, a la que añade agua hirviendo y unas migas de pan fritas con trozos de jamón.

Después de comer, sin decir nada, el Groc sale fuera y corta leña que apila junto a la entrada. Se limpia y refresca en la alberca y vuelve a entrar en la masía.

—Ahora debería mirarte la herida... —susurra Valeria, acercándose al Groc con suavidad, hasta rozarle.

—No, Valeria, está curada —corta el Groc, tomando la mano derecha de Valeria, que ya acaricia su crecida barba entre rubia y pelirroja—. Debo irme y resolver un asunto en Forcall.

—¿Volverás? —pregunta Valeria, dando un paso atrás.

—La brega manda: no lo sé.

El Groc ve teñirse de tristeza el rostro de Valeria, entiende que ella querría revivir la intimidad de su último encuentro. Durante un instante vuelve a notar la sensación de burbuja al margen de las leyes del mundo, da un paso hacia Valeria..., pero se frena y le dice:

—Y quiero ver a Manuela, a Josefa...

Se oye a sí mismo decirlo, y lo repite mentalmente para no caer en la tentación del cuerpo de Valeria. Se esfuerza en pensar en todos los sobresaltos que su esposa e hija mayor padecen por su causa.

—Claro —entiende Valeria, y baja la cabeza, ladea el rostro y añade—: si necesitas esconderte, aquí estarás seguro. ¡Nadie sabrá jamás por mí que has estado aquí!

—Gracias... Quiero ahora regalarte esto, Valeria.

Con sus colosales manos, el Groc junta las de Valeria y deposita en ellas un

pañuelo, el pañuelo negro de Cabrera. Estampadas en blanco sobre el negro paño campan la calavera con tibias cruzadas, el sable y la palma.

—¡Vencer o morir! Guárdalo, es tuyo. ¡Eres más valerosa que muchos de mis voluntarios, Valeria! Salvándome has salvado nuestra causa, que dará sus frutos, lo verás...

Vicente Molinos carga dos toneles de su vino en el carro y sale de su masía, el Hostal de Liborio, junto a la Moleta dels Frares. El cielo plomizo no le arredra, conoce los olores del aire y sabe que no lloverá hasta llegar a la Masía Torres, en los altos y densos pinares de Aragón.

Pasa junto a la cruz de Moñolmecca, el arriero, y, ya en la masía, cierra trato con su amigo Joaquín Torres: se lleva unos quesos de oveja y algunas de las piezas de ropa que cosen las mujeres de la Masía Torres para la partida del Groc.

—Cada día hay más batidas de soldados —le previene Torres—. ¿Qué dirás si te registran y ven tanta ropa?

—Ya inventaré algo... Es verdad que la cosa se complica... ¿Qué tal por aquí, Torres?

—Mi mujer está cada día más angustiada, teme que descubran que estamos ayudando al Groc y al Gato de Santolea y que nos cierren la masía. Y Leonor, mi hija, ha caído enferma, unas fiebres que le suben cada tarde, que la tienen en cama y que no le permiten hacer nada...

En el camino de vuelta hacia su casa, Vicente Molinos se detiene en la Masía Carbó, cuñado de Joaquín Torres, ya en el término de Forcall. Ve a su amigo Pascual Carbó labrar su trozo de tierra y fustigar con furia al mulo que arrastra el arado romano.

—¡Tu mulo te cocerá cuando pueda, Pascual, ja, ja! ¡Vaya paliza le das! —bromea Molinos al acercarse.

—No estoy para bromas, Vicente —replica Carbó, restallando los ramales de sogá en el lomo del mulo—. El animal ni se entera... ¡pero yo sí me voy a enterar!

—¿Qué te pasa, Pascual?

Pascual Carbó detiene al mulo, se enjuga el sudor de la frente y las sienes con el pañuelo que le cubre el cráneo y vuelve a colocárselo. Vicente Molinos se le acerca y advierte que su amigo tiene el semblante alterado, y también la voz.

—Acaban de irse los soldados..., han estado aquí... y la cosa no ha tenido gracia...

—¿Qué han dicho?

—Que sospechan que soy cómplice del Groc, y que si se me ocurre ayudarle... La verdad, me han asustado.

—¿Te han amenazado?

—¡Con llevarse presa a mi hija mayor! A Pascuala. La han cogido entre dos y se ha asustado mucho, y yo también. A mi mujer le ha dado un ataque de nervios, y Pascuala aún llora...

—Malditos...

—El sargento de la columna me ha entregado una copia de las nuevas normas del gobernador de Castellón. ¡Ven, las leerás!

Vicente Molinos y Pascual Carbó se sientan en un poyo de piedra junto a la puerta de la Masía Carbó, un edificio amplio y sólido, construido siglos atrás con piedras regulares, ampliado con recintos anejos, cubierto con tejado a dos aguas, y erigido en un desnivel que le confiere aires de castillo por uno de sus lados. En la parte alta, en la era, Vicente Molinos ve a Felipa y a Pascuala abrazadas, consolándose del sobresalto. Molinos lee:

Los alcaldes constitucionales de Morella, Albocácer y Sant Mateu dispondrán inmediatamente y en el perentorio término de seis días la formación de una partida de celadores de caminos en número de dieciocho hombres y dos jefes...

—Aquí, aquí, lee aquí... —dice Carbó, y señala un punto del papel.

Para atender el pago de esta fuerza armada, todos los dueños de masías sin excepción pagarán todas las semanas siete pesetas al alcalde de la cabeza del partido, y al que no lo verifique puntualmente, se procederá a cerrarle la masía...

—¿Te das cuenta, Vicente? Ahora que empezábamos a tener un poco de paz y mejor vida... —se lamenta Carbó—, ahora nos van a arruinar, podemos acabar en la miseria... por culpa de la guerra del Groc.

—Si todos sumáramos y consiguiésemos la victoria —aventura Vicente Molinos.

—En esta casa ya dudamos de que eso sea posible...

Vicente Molinos no sabe exactamente por qué desvía su carro antes de llegar a su masía, donde su familia estará esperándole al final del largo día. Se desvía en una de las bifurcaciones del camino, la que conduce a la apartada Masía Roig. ¿Por qué no regalarle uno de los muchos quesos de oveja que transporta a esa mujer que vive sola? Ha oído decir tantas cosas sobre ella...

—¡Eo! —Avisa Molinos con un grito desde lejos al ver la figura de Valeria junto a la masía, y le saluda con la mano para evitar que se sobresalte con su inesperada presencia. La sed arrastra a la mula hacia la refrescante alberca.

Vicente Molinos ha pensado a veces en Valeria. Desde aquel triste día de San Rafael. Se la encontró en el camino, a la altura de la Moleta dels Frares... No se confiesa que le atrae esta mujer, quizá por su tragedia, quizá por su extraña soledad o por su dominio sobre su pequeño mundo. El de una mujer hermosa que vive sola, no como las otras, sujetas todas a un padre, un marido, un hermano...

Una mujer solitaria, de una hermosura hecha solo para las piedras y el viento, apartada de la sociedad humana. Valeria apenas se deja ver en el pueblo desde hace ya seis años, ni siquiera cuando sus padres fueron asesinados por una gavilla carlista, hace ya tres años largos. El crimen conmocionó a Vicente Molinos, y más por provenir de manos carlistas, con cuya lucha simpatiza. Molinos tembló, porque vive en el Hostal de Liborio con su familia —sus padres ya sesentones, su esposa, sus hijos...—, y le estremece pensar que un día pudiera sucederles algo tan espantoso como a los infortunados masoveros de la Masía Roig.

—Molinos, hola, vaya sorpresa... —saluda Valeria, mientras sosiega al inquieto Cadell, que ladra desde que ha olisqueado en el aire de la tarde la proximidad de la mula.

Vicente Molinos no es un desconocido para Valeria. Fue la única persona con la que se topó mientras huía de casa de Josefa y el Groc, después del abuso de los soldados. Valeria alternaba la carrera con el paso jadeante, los sollozos con los quejidos, las alpargatas desatadas se le resbalaban, se hería las plantas de los pies con las piedras del camino y no le importaba, y las rodillas le flaqueaban y tampoco le importaba, porque nada le importaba a Valeria más que dejar atrás el pueblo de Forcall y no regresar nunca más.

Valeria apenas veía el camino que le conducía a la Masía Roig, junto a sus padres; solo sentía dolor entre las piernas, en el pecho, en las entrañas y también asco y vergüenza, mucha vergüenza. Cruzado el río Cantavieja, a la altura de la Moleta dels Freres, un hombre la frenó, alarmado por el aspecto de la muchacha. Era Vicente Molinos, que le ofreció ayuda y albergue en su masía, pero ella le apartó y le rogó que la dejara seguir. Molinos, además de perplejidad, sintió compasión por el desvalimiento que desprendía la desgarrada y bella joven... Desde entonces, cada año se ha desviado alguna vez hasta allí sin contárselo a nadie.

—¿Cómo estás, Valeria? —pregunta Molinos con su mejor sonrisa, mientras rebusca en el carro.

—Preparando el invierno. ¿Qué te trae por aquí, vecino?

—Te traigo un queso... Toma.

Valeria parpadea, tan halagada como sorprendida, y no sabe qué decir mientras toma el queso. Reacciona invitando a Molinos a descansar en su masía.

—Pues no me iría mal un trago de aguardiente, que llevo horas de polvareda y frío —agradece Molinos.

—Muchas gracias por el queso... ¿Y solo para esto te has desviado hasta este fin del mundo? —pregunta Valeria mientras entran en la masía y se sientan junto a la mesa.

—No, bueno, yo... —Molinos se azora, buscando algún otro motivo con el que disfrazar su interés por Valeria—, yo sobre todo quería avisarte de novedades graves para los masoveros...

Un par de tragos después, Vicente Molinos le ha explicado a Valeria las

disposiciones del gobernador para exterminar la partida del Groc. Cada vez que cita al Groc, a Molinos le parece que Valeria presta una especial atención y se le aviva el interés en la mirada... «¿O quizá sea interés por mí?», se pregunta Molinos... No hubiese pensado eso antes de haber bebido dos buenos tragos de aguardiente de Herbés —¿o son ya tres?—, pero el calor del destilado... ¡Quién sabe! Molinos piensa que quizá ella le esté lo bastante agradecida...

—¿Han venido por aquí los soldados? —pregunta Molinos.

—No. Por aquí no viene nadie.

—Han estado en la Masía Carbó —informa Molinos— y les han dado un susto. ¿Tú no tienes miedo, aquí sola?

—No. Tengo a este que me avisa —y Valeria señala a su perro—, y a este que me defenderá —y señala el trabuco de su padre, sobre la puerta.

—Si quisieras, yo podría acercarme de vez en cuando por aquí... —Se ofrece Molinos.

—No hace falta.

—Ya rechazaste mi ayuda una vez... —musita Molinos.

A Valeria le incomoda que Molinos evoque aquel azaroso encuentro en el camino...

—Tendrás que irte o en media hora no verás nada —dice Valeria, levantándose de la silla y llevándose la jarra de aguardiente a la repisa.

—Claro, pernoctar aquí no sería correcto... —insinúa Molinos, sin poder evitarlo, trastabillando un poco al levantarse de su silla.

Valeria advierte entonces la actitud de Molinos. No le teme, solo quiere ver partir a este hombre hacia su masía, junto a su familia que le espera.

—Gracias por el queso, Molinos, y ten un buen regreso —se despide Valeria secamente. Y añade, con toda la intención—: y dale recuerdos a María, tu esposa.

—Verás qué rico, el queso, ¡te gustará! —responde Molinos, con una sonrisa, intentando congraciarse con Valeria.

A punto de salir de la Masía Roig, Vicente Molinos reconoce un objeto junto a la ampolla de aguardiente que Valeria acaba de depositar en la repisa. Un pañuelo de color negro. Pese a estar doblado, Molinos vislumbra parte de la palma del martirio. Ya no quedan pañuelos así: tras la victoria de Espartero sobre Morella, los que tenían estos pañuelos los arrojaron al fuego. Pero Molinos ha visto un pañuelo igual en su masía, una noche de hace apenas un año, salido del bolsillo de un hombre airado, que lo extendió sobre la mesa al lado de una carta...

—Valeria, dices que no han venido soldados, pero quizá sí ha venido el Groc...

—No.

Molinos sale de la masía y ve el montón de leña bien cortada y apilada ordenadamente junto a la pared.

Cuando arranca el carro, sabe que el Groc ha estado en la Masía Roig.

Y un inesperado pellizco de celos le sorprende entre dos pulsaciones del corazón.

UN CIPRÉS EN LA SANTANTONÁ

(Forcall, enero de 1843)

EL aire gélido de Forcall se impregna de aroma a bosque incendiado. Sacudidos por espasmos, los demonios se tiran al suelo alrededor de la *barraca*. Encapuchados y cubiertos de pies a cabeza por un disfraz de tela blanca estampada con figuras de sapos verdes, salamandras rojas y culebras infernales, dos orificios en la capucha les permiten ver. Hay otro orificio en la boca, para respirar y gritar. Irrumpen en casas y asaltan balcones, azotan a hombres y manosean a féminas, se retuercen en el suelo cuando suena la dulzaina y san Antonio resucita y asoma por la *barraca*. Forcall celebra esta noche fría su Santantoná, como cada 17 de enero desde nadie sabe cuándo, y las llamas de la *barraca* se elevan por encima de la *capolla*, una rama de pino que la corona.

Arde con ferocidad y estrépito la *barraca*, cono formado por siete troncos de pino de diez metros de altura, embutido de inflamable matorral y ramaje de carrasca, boj y pino. En lo alto, las chispas compiten con las estrellas. Llueven pavesas y cenizas sobre los tejados desde el cielo nocturno de la plaza. Los labrados aleros del Palacio Osset se tiñen de encarnado, sus filigranas se aprecian mejor que a la luz del día.

Acosados por los demonios, los vecinos desafían al fuego y atraviesan la *barraca* por las dos aberturas dispuestas en su base hueca, entrada al norte y salida al sur. Uno de los demonios se aparta de sus compañeros y se escabulle hacia la calle de San Vicente. Mientras se aleja de la barahúnda de la plaza, el demonio se regocija bajo el embozo por los muchos vergazos que ha propinado a los Guarch, Mampel, Buc, Viñals, Palos... Al llegar a la puerta de su casa, el Groc se retira la capucha de demonio y se felicita por la ancestral costumbre: ¡nadie puede reclamar nada ante los excesos de los demonios encapuchados! Ha aprovechado el festejo con el vergajo, corto látigo de cuero, hecho con una verga de toro secada y retorcida... Alguien le contó una vez al Groc que los antiguos romanos creían que golpear con el vergajo a una mujer la fertilizaba..., pero él ha preferido vapulear al alcalde.

Desde el pasado octubre, el Groc no ha podido abrazar a Josefa y a Manuela. Han pasado las Navidades separados, ellas han estado muy vigiladas por las autoridades en esas fechas. A través de Pepet de Nasi les ha hecho llegar recado de que las visitará esta noche. Le esperan. El Groc abraza a su mujer y a su hija mayor, besa a sus dos hijos pequeños.

Manuela le pide a su padre que le relate su lucha de los dos últimos meses. Y el

Groc le cuenta cómo ha hecho crecer su partida, cómo ha recorrido pueblos y masías para reclutar voluntarios, para animar a simpatizantes carlistas con promesas de triunfo y de una paga segura, arengándoles con este bando:

A todo buen ciudadano. Amaneció la aurora, llegó el tiempo venturoso. Me visteis por el Bajo Aragón y gobierno de Morella, por los pueblos, unas veces sorprendiendo y desarmando a enemigos del altar y el trono, y otras convidándolos al combate. Pero jamás os insté a que me acompañarais por no poder garantizaros protección: ya puedo, voluntarios, y como un padre a sus hijos, a la mesa os convido, al combate y a la gloria.

Creedme y cumplid vuestra palabra de ser mis compañeros, que yo sabré morir antes que seros cobarde y traidor. Me conocéis.

¡Viva la religión! ¡Viva el rey Carlos VI!

Vuestro jefe,

TOMÁS PENARROYA

El Groc le cuenta a Manuela que para conseguir el dinero de las pagas necesita secuestrar alcaldes y vecinos pudientes de los pueblos, por los que reclama rescates proporcionales a sus posibilidades, sin matar a nadie más que en defensa propia.

—Y si no pagan, ¿qué? —pregunta Manuela.

—No ha sucedido hasta ahora —responde el Groc. Josefa escucha en silencio y se mueve por la cocina con la preocupación dibujada en el rostro. El Groc la nota nerviosa, como si quisiera decirle algo y no se atreviese... Manuela escucha a su padre que en Cinc— torres y otros pueblos se forman milicias que exigen armas al gobierno «para defenderse de la canalla, dicen... ¡Así nos llaman, canalla!», se indigna el Groc, pero enseguida se felicita de que tanta gente siga ayudándole pese a los castigos.

—Mirad —les ilustra el Groc—, en Alcanar acaban de fusilar a un pobre hombre, honrado y valiente, «por haber auxiliado a los latrofaciosos no dando parte de su aproximación como está mandado», dicen los negros. —El Groc se apena—. ¡Pero no me arrugo! —Se anima, y relata a su hija sus últimos movimientos:

»El 22 de diciembre entramos en Monroyo y desarmamos a los nacionales, nos llevamos buenas armas y al marqués de Santa Coloma, por el que obtuvimos trescientos duros. El 3 de enero estuvimos en la venta de la Senieta, conseguimos dinero de los huéspedes y del secuestro de tres carabineros y del amo de la fonda. También hemos pedido rescates este mes en Cabanes, Vilafamés, Cervera, Coves de Vinromà, de donde nos llevamos al alcalde, un arma y doce pares de alpargatas. Y este mes hemos desarmado a tropas y a peseteros en Peñarroya de Tastavins, Las Parras de Castellote, Las Cuevas de Cañart y Chiva de Morella...

—¿Y los soldados no os atacan? —pregunta Manuela, con los ojos como platos.

—En Villores nos sorprendieron hace tres días los isabelinos de Zorita. Mataron a ocho de los nuestros, perdimos ropas y armas... ¡Eso no volverá a pasar!

—¿Cómo lo evitarás? —inquire la niña, interesada.

—Uniéndonos y formando partidas más fuertes. Ha vuelto a la lucha el Serrador, y acaba de regresar de Francia la Cova y su hijo... ¡Actuaremos juntos! Y esta alba,

Guarch y Mampel me pagarán los noventa y seis duros que me deben, y...

—¡Padre, padre, no vaya a la cita! ¡No vaya, esos hombres quieren...! —Se arranca Manuela.

Y antes de que la niña pueda decirle al Groc que le tenderán una trampa para matarle, irrumpe en la casa Pep *lo Bo*, jadeante, sin derrochar ni un segundo en saludos:

—¡Groc! ¡Capitán, corra! ¡Corra! Vienen todos hacia aquí. ¡Le han visto y vienen!

—¿Quién viene, Pep?

—Milicianos del pueblo, el alcalde ha formado un somatén de vecinos... ¡Han ido a buscar armas, lo he oído! Alguien le ha visto quitarse la capucha de demonio en la calle, le ha reconocido, le ha delatado, ha corrido la voz, yo lo he oído... y... ¡están viniendo! ¡¡Corra!!

El Groc salta de la silla, besa a Manuela, dirige una mirada a Josefa, paralizada con las manos sobre la boca, y brinca escaleras arriba, hacia el tejado de la casa. Sin pensarlo, Pep *lo Bo* le sigue. El también conoce bien los tejados...

Brincando por los tejados escalonados y dando un último salto a la calle, el Groc y Pep *lo Bo* corren hacia la oscuridad de la era. Pero un vecino da la voz de alarma. Antorchas y teas encendidas en las brasas de la *barraca* ya consumida iluminan los pasos de milicianos y curiosos, en columna tras dos sombras fugitivas.

—¡Hacia Sant Josep, ha ido hacia Sant Josep! ¡Un niño le persigue! —grita alguien, sin reconocer a Pep *lo Bo*.

Más curiosos se unen a la persecución de milicianos y voluntarios liberales, un grupo numeroso de vecinos corre hacia la ermita de Sant Josep. Desde las puertas del cementerio, una viuda dedicada a orar de madrugada a su marido, que se llamaba Antonio y era devoto de la Santantoná, es requerida por el grupo vociferante y confirma haber visto al Groc:

—En la ermita, ha bajado a Sant Josep, y también un chico, ¡ahí están!

El grupo rugiente, excitado por una noche fría calentada con fuego y licores, está formado por una veintena de personas armadas con fusiles, palos y horcas, más otras tantas atraídas por la cacería. Se precipitan en tropel a la pequeña plazoleta de la ermita de Sant Josep, empedrada con cantos de río, la invaden y recorren todos sus rincones. La ermita está cerrada, y la placeta se asoma por un lado al precipicio sobre el río Calders y por otro lado al camino por el que han llegado...

—¡Nadie! ¡Aquí no hay nadie! ¡Ha desaparecido! ¿Dónde se ha metido? —dice uno.

—¡Groc, piel de diablo! Siempre se escapa —dice otro.

—¿Cómo es posible?

—Y el chico que corría tras él, ¿qué?

—No, aquí no hay nadie.

—No es posible, la mujer les ha visto entrar aquí, y aquí no hay salida...

—No hay salida..., ¡pero aquí no está!

Desconcertados, y persuadidos de que el Groc se ha esfumado como el humo de una vela, los hombres se retiran. Creían tener atrapado al hombre más buscado por el gobernador de Morella, por los jefes civiles y militares de Castellón y Valencia y quizá por los de más arriba... Pero no.

En la placeta de Sant Josep pronto queda solo el enhiesto y espeso ciprés, que oscila levemente, como si el interior de su espesura escuchase atentamente las voces que se alejan.

EL BUSCADOR DE TESOROS

(La Balma, primavera de 1843)

OROSI, el ermitaño del santuario de la Balma, duerme poco y mal. Su sueño es un duermevela poblado de voces y espectros, y no hay mañana que no despierte con el perfume de una premonición, un mandato, una intuición. Esta noche le parece oír un zorro excavando una madriguera. A la luz de una candela avanza por el pasadizo que labraron en la roca quizá los mismos hombres inmemoriales que pintaron extraños arqueros en alledañas cavernas.

Sus barbas blancas tiemblan al ver a un hombre sesentón, con una barba parecida a la suya, la cabeza cubierta de canosas greñas, vestido con harapos y zapatos horadados, que a la luz de una torcida vela excava con una pequeña azada en el rincón de la cueva en que se apareció Nuestra Señora de la Balma. Nada hay más sacrosanto en el mundo para Orosi que esta cueva y su virgen, y al instante ambas barbas ruedan sobre el suelo pétreo de la gruta en un intrincado forcejeo de brazos sarmentosos y huesudas piernas. Como una pantera, Orosi ha saltado sobre el intruso, que forcejea y le grazna junto a la oreja una jerga indescifrable seguida de algunas palabras en español:

—*Mein Herr, Herr, hören, sprechen, das ist wichtig, den Schatz, den Schatz!* ¡Déjeme explicarle! Escúcheme...

Orosi no escucha, solo busca cómo inmovilizar al sacrílego minero que araña la cueva santa con impías manos. Pero el intruso, pese a su figura zanquilarga y flaca, parece saber algo de lucha cuerpo a cuerpo, porque acaba sentándose a horcajadas sobre Orosi y cortándole el aire con el antebrazo sobre la nuez.

—¿Me escuchará? *Herr...*, ¿me escuchará? —repite el intruso, asfixiando al ermitaño.

Repentinamente, Orosi siente que su tráquea se libera y que el vagabundo se retira hacia atrás, perdiéndose en la oscuridad de la espelunca como si una fuerza sobrenatural le hubiese absorbido hacia las sombras.

—¿Puedo saber qué pasa? —pregunta el Groc, que da un paso hacia la luz de la vela, con el vagabundo agarrado por el pescuezo.

El Groc y Pitarch han llegado en plena noche a la Balma en busca de refugio, tras un mal encuentro con una columna isabelina la tarde anterior. La partida del Groc ha vuelto a dispersarse y los liberales han capturado al cabecilla de otra partida, el teniente coronel carlista don José Gil de Alcañiz, cuya recompensa es de diez mil

reales de vellón. Gil se ha rendido a las tropas bajo promesa de cuartel y lo han encerrado en la cárcel roqueña del castillo de Morella.

—¡Déjenme hablar y les explico todo! —Arguye el desconocido con acento extranjero, mientras el Groc le mantiene aferrado.

—¡Este sacrílego escarbaba junto a la Virgen! —brama Orosi, levantándose del suelo, dolorido—. ¡Seas quien seas, mereces que te despeñemos!

—Entonces nunca sabrán qué buscaba.

—¿Y qué buscabas? —pregunta el Groc.

—Algo que puede interesarles... —Amaga el desconocido, que con astucia capta la atención del Groc, de Pitarch y de Orosi.

—¿Y qué es? ¡Habla! —ordena el Groc.

—El *schatz*, ¡el tesoro!

El Groc cierra y atranca la puerta del santuario y los cuatro hombres quedan aislados en la santa cueva, solo iluminados por algunas velas. El Groc registra al desconocido, por si lleva armas. Le arrebató el zurrón y se sientan los cuatro en la roca viva del suelo, el Groc, Pitarch y Orosi frente al extraño. No parece asustado, solo resignado.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta Pitarch.

—Benedicto Mol.

—¿Qué es esto? —inquire el Groc, extrayendo del zurrón un libro en octavo, con 534 páginas.

—El Nuevo Testamento.

—¿En qué iglesia lo has robado? —Se enfurece Orosi.

—No es un robo, es un regalo de mi amigo don Jorge *el inglés*.

—¿Qué inglés? —Desconfía el Groc, que recela de todo lo foráneo.

—Don Jorge Borrow. Ha viajado cinco años por España para repartir Biblias. Le vi por última vez en Madrid hace tres o cuatro años... Creo que ha regresado a Inglaterra.

—¡Mejor! —Sentencia el Groc—. ¡Repartir Biblias! ¿Dónde se ha visto que la Biblia circule por esos caminos polvorientos de mano en mano, como falsa moneda entre arrieros? ¡La Biblia debe estar en la casa de Dios, en las iglesias, custodiada por los curas, no rondando entre el pescado de los mercados y las pulgas de las fondas! Si me encuentro a tu inglés, le haré responder de su desvergüenza...

Para el Groc, como le han enseñado, nadie más que la Iglesia puede imprimir la Biblia y solo el clero católico puede leerla e interpretarla, siempre a la luz del Papado. Publicar una Biblia sin *nihil obstat* —como la impresa por el inglés George Borrow en una imprenta de Madrid en 1837— es un sacrílego atentado al catolicismo. El buen católico, como cree el Groc, debe acudir humildemente a los curas y a los templos para escuchar de sus labios la Palabra de Dios: leerla por cuenta propia delata luteranismo, y por el descaro de interpretarla libremente han penado y ardido

en la hoguera muchos herejes en España, lo que al Groc le parece justo y atinado.

—Ahora esta Biblia se quedará aquí: toma, Orosi —decide el Groc, y el eremita se levanta para guardarla en su armario junto al fascículo de exorcismos contra las tormentas.

Y Benedicto Mol, tras un hondo suspiro, obedece al Groc cuando le ordena que explique quién es y qué busca:

—Soy suizo. De Lucerna, donde mi padre era verdugo. Por mi espíritu inquieto decidí alistarme en la guardia valona, y así entré en España hace ya más de cuarenta años, al servicio del rey Carlos IV. Me integré en la Guardia Real con Fernando VII, y hace quince años me licencié para dedicarme únicamente a la busca del *schatz*..., perdón, del tesoro. ¡Una olla de cobre repleta de monedas de oro y plata y piedras preciosas! Lo sé porque así me lo explicó otro guardia, también retirado, que lo supo de un soldado napoleónico, hacia 1812. Me dijo que el *schatz* era un botín de una campaña de saqueos y rapiñas que se apropió y enterró en secreto un oficial bonapartista en retirada, con la intención de recuperarlo cuando pudiera... Pero pereció hacia 1813 en algún ataque de la guerrilla, quizá en Zaragoza, quizá en el Maestrazgo, cerca de aquí...

El Groc palpa la vieja pistola de chispa que lleva en la faja, heredada de su padre, que la halló justo en 1813 al pie de la Roca del Migdia, y precisamente junto al cadáver de un soldado napoleónico despeñado...

—¡Aquel oficial no pudo desenterrar su tesoro! —prosigue Benedicto Mol—. Mis primeras pistas me condujeron a la catedral de Santiago de Compostela, pero pronto me desengañé. Nuevas pesquisas me señalaban la iglesia de San Roque. Pedí licencia al gobierno de España para excavar, ¡y lo conseguí! ¡Ay! Ya me advirtió mi amigo Borrow de que «los españoles son crédulos, pero si sospechan que los han engañado y, sobre todo, que se han reído de ellos, ¡su sed de venganza no conoce límites!». Tenía mucha razón... ¡Pero no era un engaño, señores, créanme! Todo me indicaba que el tesoro estaba allí... Nos guio una meiga de mi confianza, al capitán general y a mí. «Cavad aquí», señaló la bruja gallega. Pero no apareció la olla del tesoro, solo unas malolientes letrinas... Acabé en el horrible calabozo de Santiago, y después de aquello cayó el gobierno moderado, porque los liberales progresistas aprovecharon para descabalar a sus rivales. Corría el año 1838. Un año después me trasladaban de cárcel, y por el camino me fugué...

—¿Y a quién sirves ahora? —pregunta el Groc—. ¿A la Niña usurpadora, la fétida Isabel II?

A medida que crece su partida, el Groc ve conspiraciones y espías entre sus voluntarios, porque ya han puesto precio a su cabeza: diez mil reales, por decreto del general Zavala, nuevo alto mando del distrito, igual que para la Cova o el Serrador.

—¡No! Yo soy suizo y estas guerras vuestras de españoles contra españoles no me atañen. Señores, yo solamente busco un tesoro.

ESPÍAS Y VENENOS

(Beceite, junio de 1843)

LA pequeña Julia abraza la muñeca que le regaló el matrimonio Palos, los pudientes amigos de sus padres. Unos gritos la despiertan: sale de su alcoba y se asoma a la de sus padres sin soltar la muñeca.

—Una pesadilla, una pesadilla... —balucea Buc.

Buc envía a la cama a su hijita, tranquiliza a su esposa, Teresa, y finge conciliar el sueño de nuevo, sin contarle que ha visto a un demonio como los de la Santantoná arrojarle a las brasas de la barraca, descapucharse... y era el Groc.

Desde que el Groc le tuvo a tiro durante la última Santantoná, Buc vive obsesionado con su seguridad personal y con exterminar a su partida. Remite cartas a Morella, Castellón y Valencia pidiendo soldados, armas, recursos para el somatén. Hasta ha pensado en invertir su dinero oculto, el tesoro manchado con la sangre del alcalde Guarch..., pero su codicia es mayor que su miedo.

—Chico, piénsalo, ¡cobrarás una peseta diaria!, llevarás dinero a tu padre, podrás fundar una familia... Ya tienes casi dieciocho años, ¿verdad? —le pregunta Buc a Pepet de Nasi de buena mañana, al pie de la doble escalera renacentista de la Casa de la Villa de Forcall.

—¿Cómo se atreve? ¿Alistarme a su milicia nacional? ¿Luchar contra mis principios? ¡No habla en serio! —dice el fogoso joven, cuya vehemencia y obstinación se miran en el espejo de su admirado Groc.

—Pepet, Pepet... ¡Escucha! No seas iluso, no hay futuro para ideas anticuadas, estamos en un tiempo nuevo. ¿Crees que la locura del Groc nos traerá algo bueno?

—Llama locura a lo que yo llamo honradez. Pronto viviré en un mundo decente y diré adiós a su injusto tiempo nuevo.

—¡Recapacita, Pepet!

—No me provoque, Buc: ¡los suyos casi matan a mi padre a latigazos! ¡La bandera del Groc es la mía! Y la de tantos en este pueblo —zanja Pepet de Nasi, dando la espalda al alcalde.

Buc sube a su despacho, contrariado por las dificultades para captar voluntarios nacionales con los que frenar la partida del Groc. Ha convocado a sus regidores y vecinos afectos, además de al alguacil Rambla, que toma notas y prepara los pregones. El alcalde quiere poner al pueblo en pie de guerra contra los rebeldes:

—El Groc roba, secuestra, pide rescates, paga a voluntarios por todos los pueblos

del Maestrazgo, obliga a otros a sumarse a su partida, se une a las del Serrador, la Cova, el Gato de Santolea, Buena, Tacó, Farda, Vizcarro, Marzal... ¡Basta! ¡Es hora de actuar!

—¿Y qué podemos hacer? —pregunta su cuñado Viñals.

—Obligaré a todos los hombres de Forcall a participar en obras de fortificación de la plaza. Rambla: escribe...

—¿Fortificar la plaza? —pregunta Mampel, también presente.

—Sí, la plaza será un fortín. Amuralladas las bocacalles, con guardia siempre en las entradas. Dentro estaremos seguros si nos atacan los facciosos.

—¿Y qué más?

—Rambla, prepara el bando: todas las familias pagarán para las guardias y el somatén de hombres armados. ¡Perseguiremos al Groc a tiros hasta su madriguera, como a un conejo!

—Buc, Buc, las familias no pueden más —interviene Viñals—. Están esquilgadas... Si les pides más dinero, muchas quedarán en la miseria...

—¡Todos tenemos que colaborar! ¡Es nuestro futuro! —grita Buc, y golpea la mesa con el puño.

—Buc, más de un forcallano preferirá unirse al Groc a seguir trabajando solo para pagarte...

—¡Calla! ¡Alguacil, prepara el pregón!

Pep *lo Bo* aprovecha las llamas de la fogata para escalivar unas cabezas de ajo y una ristra de tomates de colgar. Los hombres descansan. En el bosque, el chico trabaja con la cuadrilla de su padre y sus tíos, carboneros y resineros. En Forcall, su casa es conocida como Casa Resina, porque siempre vuelven del bosque con las ropas y la piel impregnadas de las perfumadas y viscosas savias de los árboles, a la vez que elaboran en los claros de los encinares un excelente carbón de encina.

Ya cortados los troncos, apilados en un ordenado y simétrico cono cubierto de tierra, la carbonera está a punto. La encenderán después de comer con las brasas donde ahora se cuecen los ajos. Hace una semana que viven en la espesura de los bosques de Vallivana. A sus casi quince años, Pep *lo Bo* sabe todo lo necesario sobre cómo hacer carbón y cómo sobrevivir en los agrestes encinares del Maestrazgo.

—¡Celestial, Pep! —Pondera su padre, que olfatea el aire, tumbado bajo una encina a pocos metros—. Eso huele a gloria, mejor que en la mejor venta... ¡Ya pueden llamarte lo Bo, hijo mío!

—Gracias, padre...

Junto al fuego, el chico avizora unos tordos en la rama de un árbol. No le costaría sacar el tirachinas y completar las hortalizas escalivadas con aves asadas. Pero tiene la cabeza ocupada con la oferta del alcalde a Pepet de Nasi...

—¡Cómo se atreve ese negro a decirme eso a mí! —ha bramado su amigo,

ofendido—. ¿Tan desesperado está?

Una idea se incubaba en la mente de Pep lo Bo, que macera en el majestuoso silencio del bosque. ¡Decidido!

—Padre, ¡me voy!

—¿Te vas? ¿Cómo que te vas? ¿Adónde?

—Con el Groc: me uno a su partida.

—Destrozarás el corazón de tu madre...

El padre de Pep *lo Bo* simpatiza con los carlistas, pero teme por la vida de su hijo. Y, a la vez, siente admiración por su temperamento y coraje.

—El alcalde quiere obligarnos a combatir al Groc, ¡y yo jamás lo haré! — Argumenta Pep lo Bo.

—Bien..., ¡pero tampoco te juegues la vida con él!

El padre, hombre prudente y entrado en años, sabe de sobra que no podrá retener al octavo de sus nueve hijos por mucho que se empeñe... Siempre ha sabido lo que quiere, su seguridad y templanza desmienten su corta edad.

—Si no me fuese hoy, me iría mañana. Mejor ahora. ¡Adiós, padre! El Groc paga a sus voluntarios, volveré con salud y dinero, si Dios lo quiere.

La plaza de Forcall es un hervidero de andamios, escaleras, cubas de agua, montañas de arena, de cal, de piedras para obra de mampostería. El alcalde Buc ya casi tiene fortificada la plaza, con el Palacio Osset como baluarte de la guarnición: ha ordenado amurallar las cuatro bocacalles y la latitud de la plaza.

—¡Un metro más alto, ahí! —ordena Buc.

Los hombres trabajan para elevar los muros. Las bocacalles muradas serán custodiadas por guardias y la muralla está aspillerada para facilitar el fuego defensivo.

—¡Tú, chaval! ¿Qué haces ahí plantado? ¡Anda, ayuda a aquellos hombres!

Ennegrecido por la resina del bosque, Pep *lo Bo* está en medio de la plaza, y sin abrir la boca obedece y ayuda a otro vecino, Antonio Cervera, a cargar piedras en una carretilla. No ve a su amigo Pepet de Nasi entre los hombres que trabajan en la plaza.

—Pepet de Nasi hoy duerme también en el calabozo —le informa Cervera, sin dejar de trabajar—, se ha negado a trabajar en la fortificación, por cuarto día...

Los vecinos trabajan sin entusiasmo, pero con las prisas de terminar la obra del alcalde y retornar a sus oficios. En una de sus idas y venidas con la carretilla, Pep *lo Bo* se detiene junto al alcalde.

—Señor alcalde: ¿podré hablar con usted después en el despacho? Es importante.

—A la una en punto en el ayuntamiento. Retrasaré por ti la hora de comer, cinco minutos. Y que sí sea importante.

El alcalde Buc llega más de cinco minutos tarde a comer a su casa, en la calle de los Unflats, a cincuenta metros del ayuntamiento, porque le sorprende la propuesta

del *carboneret*:

—Alcalde, usted paga para luchar contra el Groc en el somatén. ¡Págueme a mí para estar junto a él! Le espiaré, y si planease un ataque a Forcall, usted lo sabrá antes.

Después de varias vueltas por el despacho y varias preguntas al chico, Buc decide pagarle un real por la intención y una promesa de recompensa si una confidencia suya resulta productiva. Buc piensa que no tiene nada que perder.

—Si llegas hasta el Groc, chico, que sepa que Forcall se fortifica y no le quiere.

El alcalde Buc despide a Pep *lo Bo* y, de camino a su casa, piensa que lo más probable es que este imprudente chiquillo no llegue con vida a la próxima fiesta mayor.

—¿Que Forcall no me quiere? —El Groc ríe—. ¡Ya verá Buc a quién no quiere mi pueblo!

Oculto en la Masía de la Grellera, en la orilla derecha del Bergantes, enfrente del pueblo, el Groc se divierte con lo que Pep *lo Bo* le cuenta.

—¡Yo engañaré a Buc contándole lo que usted me diga, don Tomás! —Expone el chico, ofreciéndose al Groc como falso espía.

—¡Olvida esa tontería, Bo! —ordena el Groc—. Sería tu muerte inmediata: ¡una sola información falsa y Buc te fusila!

—Pero si yo le digo...

—Basta. Acaban de fusilar en Morella al bravo don José Gil de Alcañiz, que se rindió y al que prometieron cuartel. ¿Tú quieres ayudarme?

—Sí, capitán.

—Pues olvídате de Buc, que es cosa mía, y haz lo que te pido: ve a la cruz de Moñolmeca, en las alturas de la Masía Torres. Si ves una piedra blanca, significa que ha llegado respuesta a una carta que envié hace semanas a Francia, a mi hermano José, para Su Majestad el rey Carlos V. Baja a la masía y pídesela a mi amigo Joaquín Torres. Y me la traes. Dentro de cuatro días, en el Toll del Vidre, en Beceite. Allí estaré junto al Serrador y la Cova.

Una veintena de hombres siguen a paso de caballería al Groc entre los densos pinares de los Puertos de Beceite. El guerrillero palpa su garrote colgado de la silla de montar. Se mesa los crecidos bigotes rubios. Se siente fuerte. Que Buc fortifique Forcall es una provocación, pero también un reconocimiento a su fortaleza. Antes de partir, el Groc le ha enviado una misiva: si persiste en armar a los vecinos contra él, se verá obligado a fusilarle...

De camino a Beceite no asalta ninguna villa, no se arriesga a perder hombres. Ha evitado Monroyo, que tan buenos reales le proporcionó hace poco, como siempre a

cambio de un recibo firmado de su puño y letra: «Tomás Penarrocha, el Groc»... No roba dinero, pertrechos y provisiones, no: solo los pide en préstamo para favorecer el triunfo de la causa, y en cuanto reine Carlos V y retorne la decencia al país, cada recibo será escrupulosamente atendido. Y así lo proclama en cada pueblo, en cada asalto. Por eso encabeza los recibos siempre con la misma e invariable fórmula: «En el campo del honor...».

La partida se interna por la senda de Herbeset, Castel de Cabras y Coratxar y bordea Peñarroya de Tastavins para no ser vistos. El fulgor encarnado de las peñas del Masmut y su verticalidad sobrecogen a más de un voluntario, que jamás antes ha salido de su aldea del Maestrazgo, que nunca ha penetrado en los formidables Puertos de Beceite, territorios del águila, el buitre y la cabra montesa de luciferinos cuernos y mirada amarilla.

El Groc sí anduvo por allí con Cabrera a fines de 1839, cuando el general enfermó en Herbés y mosén José, su hermano, le administró la extremaunción... Los médicos desconocían el origen de su mal. Ni las rogativas de las más devotas beatas carlistas en Vallivana y en la Balma surtían efecto. Trasladado al fin al cuartel del castillo de Morella, la salvación llegó de un prisionero liberal, un ilustrado llamado Antonio de Montpalau.

Montpalau, pese a su impía filiación francmasónica, sanó al general con infusiones de ajo. Y atribuyó la debilidad de Cabrera a los ataques nocturnos ¡de un vampiro!, de cierto caballero del rey Jaime I reviniente que se dedicaba a succionar la sangre de Cabrera para suplantarle con el sobrenombre de Mussol... ¡Jamás el Groc había oído nada parecido, exceptuado el mal de ojo!

La soledad de los bosques de Beceite y el compás de los cascos de las monturas le llevan ahora a rememorar otra figura tan extraña como la del Mussol: la del suizo Benedicto Mol. Y se permite repasar la última parte de lo que días atrás le relató el buscador de tesoros en la Balma de Zorita...

«Cuando escapé de mi prisión dejé de buscar el tesoro en Santiago de Compostela. Desanduve el camino de las estrellas, presto a hallar en Zaragoza nuevas pistas sobre el oficial francés. Pernocté en el monasterio de Veruela, y allí el monje bibliotecario me contó una historia que cambió mi búsqueda. Me habló de un hombre santo llegado al monasterio en el siglo XIII desde Morella, de donde partió después de no arder en una hoguera de la Inquisición...».

—¡Más hereje que santo sería ese hombre si le hicieron subir a una hoguera de la Inquisición! —apuntó el Groc, escamado.

—¡También el Sanedrín condenó a Jesucristo! —Devolvió Mol, pero enseguida se mordió la lengua y evitó contarle al Groc que sus investigaciones le conducían a concluir que aquel hereje o santo superviviente de una hoguera sostenía que Jesucristo... había engendrado descendencia en el vientre de María Magdalena. Mol prosiguió su relato:

«Bonamour, que así se llamaba el hombre, había nacido en el País de Foix y

sobrevivió a la matanza de la Cruzada contra los albigenses. Cruzó el Pirineo y huyó a Morella. Devoto de María Magdalena, cuya tumba se venera en la Santa Balma de Marsella, siguió los pasos de su devoción hasta esta mismísima Balma del Maestrazgo...».

A continuación, el extraño suizo citó nombres que el Groc jamás había oído, nombres de gentes que sostenía que habían pisado la Balma: monjes-guerreros llamados templarios, creyentes cristianos puros llamados cátaros... Y también mencionó un rico tesoro descolgado por los muros del altísimo castillo llamado Montsegur... Un tesoro oculto, nunca hallado... ¡El tesoro que buscaba ahora Benedicto Mol! El suizo les reveló que había entendido que el tesoro de las rapiñas del oficial napoleónico era una minucia comparado con este otro, mucho más valioso, cuyos dueños habían exhalado palomas blancas por la boca cuando ardían en la hoguera sacrificial de Montsegur...

—¡Y ahora creo saber que el tesoro podría haber viajado hasta tierras de Morella y del Maestrazgo! —concluyó Benedicto Mol.

—Orosi, demos de cenar a este hombre —dijo el Groc—, y respetémosle la vida, Pitarch. Y tú, Benedicto Mol —le señaló con el garrote—, busca y encuentra ese tesoro, y si lo hallas en una cueva, masía, ermita, castillo, capilla, santuario, casa o cementerio del Maestrazgo..., ¡me entregarás una parte para la causa del altar y el trono, a cambio de tu pellejo!

Sorprendido de que el asilvestrado guerrillero levantino no le degollase por haber hurgado en su rincón más sagrado, Benedicto Mol asintió, suspiró aliviado y firmó un documento que quedó bajo custodia de Orosi en el santuario de la Virgen de la Balma, prueba del pacto entre Tomás Penarrocha y Benedicto Mol.

Después de la firma cenaron una cazuela de migues rispes con jamón y ajo.

El Toll del Vidre, en el curso del río Algars, ilumina con reflejos de esmeralda a los hombres del Groc. Descabalgan, refrescan y abrevan caballos y mulas en la circular y espaciosa poza, engastada como una joya entre el bosque y el cielo. Un brusco desnivel —de una altura de tres hombres— en el cauce del río Algars, que deslinda Cataluña y Aragón en lo más recóndito de los Puertos de Beceite, precipita el agua en forma de pequeña cascada que parece una columna de cristal.

—¡Este es el lugar! —anuncia a sus hombres, recordando la ocasión en que estuvo allí con Cabrera, en esa misma playa de cantos rodados.

Aquí se ha citado el Groc con los cabecillas Serrador y su íntimo Vicente Barreda, al que llaman la Cova por el nombre de su masía, pegada a una gran balma cerca de Benasal. La Cova regresó en enero de su exilio francés.

Los hombres del Groc descansan o dormitan, unos fuman recostados en sus alforjas, otros limpian un arma, varios encienden hogueras para cocinar gachas o algún guiso de patatas, una perdiz o un conejo cazados el día anterior. Una brisa

suave inclina dulcemente las copas de los pinares a media tarde. Nubes mansas se deslizan por un cielo muy azul hacia la señorial cima de Peñagalera, de pétreo perfil de navío.

—Si no sufriéramos la tiranía y la guerra, ¿no sería esta vida deliciosa? — reflexiona Pitarch, después de beber el agua cristalina del río a manos llenas y elevar la mirada.

—No habrá descanso ni delicias mientras nos humillen —sentencia el Groc al oírle.

Un estrépito de cascos de caballerías trunca el diálogo y pronto un torbellino de hombres a caballo irrumpe en el plácido rincón, habillados con zaragüelles, medias, alpargatas, pañuelos anudados a la cabeza, zamarras de piel y capotes para los fríos de la noche, moteados de polvo y barro de los caminos. Son una cuarentena de guerrilleros del Maestrazgo. Conforman las partidas de José Miralles, *el Serrador*, y de Vicente Barreda, *la Cova*. Descabalgan e imitan a los hombres del Groc junto al río.

El Serrador y el Groc se abrazan efusivamente mientras la Cova recorre con la mirada el recóndito y hermoso paraje.

—*Collons!* Qué bien estáis aquí, chavales —dice Vicente Barreda, empleando una de sus características palabrotas—. Nosotros venimos de un poco más de jaleo...

La Cova, al que también conocen muchos como tío Vicente, es un hombre de cuarenta y cinco años, alto, cargado de espaldas, de cabello castaño oscuro y azules ojos muy inquietos, rústico de modales, malhablado y bebedor. También es honrado y muy valiente. Gusta de llamar a sus subalternos oficiáis de carrasca y entra en combate al grito de: «*Anem, xiquets!*»^[9].

Mientras se aposentan en sendas piedras en un aparte, uno de los hombres del Groc, a la vista de los casi ochenta hombres allí reunidos, con sus caballerías, armas y bagajes, entona una vieja canción realista de la guerra de los Siete Años, que otros corean entre risas, burlas y gritos:

*Pensaban los liberales
que facciosos ya no había
y han salido más facciosos
que pelos tiene Cristina.*

La Cova reclama una jarra de aguardiente, y Serrador le acompaña en el trago. Todos los que le siguen han visto que la Cova bebe más de lo habitual desde el fusilamiento de su hijo mayor, Francisco, el pasado 28 de febrero.

—¿Cómo fue, tío Vicente? —Osa preguntarle el Groc, con cautela.

—Estaba todo cubierto de nieve en la Masía de la Cova desde hacía días, y Francisco salió para llevar miel a nuestra colmena del solanar de la costa de Ares.

Quedaron en la masía mi esposa, Josefa María, y mis otros cuatro hijos pequeños. Y allí se presentó el comandante del fuerte de Benasal con una columna de soldados...

—Piñana, ese cerdo asesino... —masculla el Serrador, que tiene casa en Benasal y conoce bien la enconada división del pueblo entre carlistas y liberales, que obligó a las autoridades a asentar allí un fuerte con cuartel de tropa.

—El comandante le preguntó a mi esposa dónde estaba Francisco —sigue la Cova—, y ella respondió que en Francia, conmigo. Pero el comandante no se lo tragó, ya tenía el chivatazo. Hizo salir de la masía a mi hijo de diez años, Andrés, y a Vicenta, de siete...

La Cova se interrumpe para darle otro buen trago a la jarra de aguardiente, después se limpia el mentón con el antebrazo y concluye su sombrío relato:

—El comandante apuntó con la pistola a mi esposa: «Voy a pegarle un tiro a vuestra madre si no me decís ahora dónde está vuestro hermano mayor». Mi mujer, con la mirada, les pedía a los niños que callasen. Pero la pequeña Vicenta se asustó... y señaló el camino... A mi Francisco le fusilaron esa misma tarde en la plaza de Benasal, bajo la lápida de la puta Constitución. ¡Dejaron su cadáver tendido en la piedra de la picota durante dos días enteros! ¡Dos días! Sin funeral lo enterraron, como a una alimaña, en el rincón del cementerio para suicidas y locos... Hijos de perra, tendré que matarlos a todos y vencer, por mi hijo.

El graznido de un cuervo sobre el cauce cristalino del río Algars atrae la mirada del Groc y Miralles. Han enmudecido tras las palabras de la Cova, que también ha callado. Solo ha bebido de su jarra de aguardiente.

—¡Capitán Groc!

—¡Bo!

El joven forcallano se presenta ante el Groc con una sonrisa que enmascara su fatiga, con el pelo más enmarañado que nunca y las alpargatas destrozadas. Lleva más de tres días caminando y lleva hambre atrasada. Mientras los voluntarios acaban de preparar gachas para todos, el chico informa al Groc:

—Vi la piedra blanca en la cruz de Moñolmeca, descendí a la Masía Torres. Encontré a toda la familia blanqueando con cal las paredes de la masía. Es la última orden del general Zavala, sustituto de Chacón en el mando del distrito...

—Este Zavala es una víbora —dice la Cova, cuyo hermano precisamente murió de una mordedura de víbora mientras se ocultaban en una cueva—: ¡ha llenado de tropas casi todos los pueblos del Maestrazgo!

—Y ha ordenado encalar todas las masías, bajo pena de sanciones muy duras. ¡Para que los soldados de la Reina puedan distinguirlos desde lejos! Y además, ha ordenado numerarlas, todas marcadas con un número —explica Pep *lo Bo*.

—Y ha movilizado a los somatenes —confirma Miralles—. Hay altas recompensas por nuestras cabezas.

—Groc —sigue Pep *lo Bo*—, vi a la mujer de Joaquín Torres muy enfadada: «¡Como si no tuviéramos bastantes problemas, ahora a pintar la masía!», gritaba para que lo oyésemos Joaquín y yo. Torres está preocupado. Me dio esta carta: la trajo Moñolmea desde Francia, la dejó en la cruz hace poco.

El Groc toma la carta lacrada que Pep *lo Bo* le entrega y, antes de abrirla, les aclara su origen al Serrador y a la Cova:

—Hace dos semanas escribí al Rey. Remité la carta a mi hermano José, que sigue en Francia. Pero era para Su Majestad el Rey Carlos V, ¡que Dios guarde! Le detallé todas las operaciones que llevo realizadas en el Maestrazgo.

—Muy bien, Groc, pues veamos qué te dice Su Majestad —interviene el Serrador, sacándose de un bolsillo una petaca con picadura de tabaco de monte—. Léenos, Groc, léenos...

Y el Groc lee:

El Rey Nuestro Señor aprueba con entusiasmo todas las operaciones que se comunican y las considera de gran mérito, dado el difícil momento del país, y teniendo en consideración la acreditada lealtad, los servicios y conocimientos de usted, se digna nombrarle jefe y comandante de Operaciones del Maestrazgo y Bajo Aragón y fuerzas que operan en él.

El Groc se detiene y se pone en pie, aspira aire con orgullo, siente que el corazón le bombea con mayor ímpetu: ¡casi como a Cabrera! ¡Él, un soguero de Forcall! ¡Distinguido como militar por el Rey legítimo! ¡Sabía que podía hacerlo tan bien... o incluso mejor que Cabrera! Vuelve a tomar aire por segunda vez y prosigue:

Su Majestad se complace en esperar que sabrá corresponder a la confianza que deposita en usted, y le anima a combatir por la felicidad de España. Dios guarde a usted muchos años.

—¡A sus órdenes, jefe y comandante! —cacarea con sorna el Serrador, y sin moverse un ápice de su postura horizontal expulsa hacia el cielo una bocanada de humo del cigarrillo que acaba de liarse y que pende de su desdentada boca.

El aroma de una escudilla posada en las rodillas de Pep *lo Bo*, rebosante de humeantes gachas recién hechas, resucita el ánimo del chico tras sus jornadas entre masías y caminos apartados. Enriquecido por una tira de succulenta y crujiente panceta de cerdo, el plato se lo han servido primero al Groc, pero el cabecilla se lo cede a Pep *lo Bo* con una sonrisa.

—Chico, empieza a comer tú, anda, que ahora me sirven otro a mí...

Un hombre joven y silencioso le acerca otro plato de gachas al Groc. Es un voluntario de su partida al que los demás llaman *Mustela* por sus movimientos silenciosos que recuerdan modos de comadreja. Casi nadie le ha oído hablar desde que se incorporó a la partida del Groc, diez días atrás, en el camino entre Tronchón y Bordón, pueblos en los que han colgado bandos de reclutamiento y reclamado panes,

vino y alpargatas. Mustela se ofreció como despensero y cocinero de la partida.

Cuando el Groc acerca la cuchara a la boca, recibe un manotazo que la envía al río. Pitarch arrebató el plato de gachas al sorprendido Groc:

—¡No comas esto! ¡Y tú tampoco!

Sin dejar de gritar, propina una patada rápida y nerviosa a la escudilla de Pep *lo Bo*, que lleva ya engullidas un par de cucharadas.

El Groc se pone en pie sin entender qué le sucede a su amigo Pitarch. El de Vallibona deja la escudilla del Groc sobre las piedras del río, y con la mirada busca a alguien a su alrededor, hasta ver un movimiento de ramas en una ladera, una figura escabullándose entre los árboles. Pitarch grita:

—¡Mustela, te he visto! ¡Alto! ¡Que no escape! ¡Todos, corred, seguidme! ¡Atrapadle, es un traidor! ¡Traición!

Al poco rato, con el labio roto por una patada propinada por uno de sus perseguidores, ropas desgarradas por los tirones, descalzo para que no pueda huir y maniatado, Mustela está de rodillas ante el Groc, escoltado por los hermanos Querol, Gasparet y Toneret.

—¡Pep, métete los dedos en la boca y vomita lo que hayas comido, o te lo hago yo! —ordena Pitarch, tomando la mano derecha de Pep *lo Bo*.

—Pero... —se queja el chico.

—¡Hazlo o morirás envenenado!

Pep *lo Bo* se doblega en la orilla del río con los espasmos del vómito. Juan Pitarch le explica al Groc que le ha extrañado que Mustela se alterase al ver cómo le pasaba a Pep *lo Bo* la escudilla que acababa de servirle. Le ha seguido con la mirada y le ha sorprendido preparando un segundo plato y apartándose para añadirle algo a escondidas.

—¡Rejalgar! ¡Es rejalgar! —dice Pitarch, alzando con expresión de triunfo una bolsita de cuero, y abriéndola para mostrar su contenido, un polvillo mineral de intenso brillo anaranjado—. ¡Veneno! ¡Lo llevaba Mustela entre sus ropas! Ha querido envenenarte, Groc.

El Groc y todos los del país saben que el rejalgar es un polvo de un mineral frecuente en las montañas de Beceite, muy tóxico, que desde tiempo de los moros se ha empleado en pequeñas cantidades para purgar a las caballerías. De su uso para envenenar a un enemigo incómodo, a un rival amoroso, a un padre tiránico o a un marido molesto se cuentan muchas historias.

—¿Un envenenador? ¡Groc, fusílalo! —Sentencia el Serrador.

—¿Fusilarlo? Con un traidor así no se desperdicia una bala: ¡degüéllalo, y a otra cosa! —opina la Cova.

—Señores, este hombre es prisionero mío y solo yo decidiré qué hacer con él —ataja el Groc.

Un chasquido acuoso llama la atención de los presentes. Es Pep *lo Bo*, que ha perdido la conciencia y su cuerpo se ha desplomado sobre el agua de la orilla. El

Groc corre a recogerlo y entre todos lo tienden sobre la hierba de la ribera. Después, el Groc se encara con Mustela.

—Si él muere, tú mueres —le anuncia—. ¡Talló! —grita enseguida, asqueado ante la sola presencia de Mustela—. ¡Talló! Que este desgraciado cante.

Talló, eufórico, despliega la enorme navaja cabriterera de cachas de hueso que asoma siempre en su faja. Recibe la orden del Groc con una sonrisa de gratitud, y casi se relame de gusto mientras arrastra a Mustela detrás de una peña enorme.

—¡Pero cuidado, Talló! ¡Que yo pueda hablar con él luego! —Impone el Groc.

Al rato, Pep *lo Bo* retorna de la inconsciencia entre sudores, espasmos y balbuceos. El Groc le ha colocado sobre el vientre la bolsita de tela roja que contiene polvo de la santa cueva de la Balma, la que siempre cuelga de su cuello desde que Orosi se la entregó, hace ya dos años.

Lo primero que ve Pep *lo Bo* al abrir los empañados ojos es al Groc a su lado y, detrás, a Talló, que se acerca con una sonrisa de oreja a oreja... y una tercera oreja en su mano izquierda, en alto. En la mano derecha, su navaja cabriterera gotea sangre.

—¡Groc, ya está! ¿Sabes quién ha pagado a este desgraciado?...

Al llegar junto al Groc, Talló arroja al suelo la oreja recién cortada a Mustela, la pisotea y vocea:

—¡Buc! ¡El alcalde de Forcall envía a este desgraciado para envenenarte! ¡Tu querido Buc!

PRISIONERAS EN EL CASTILLO

(Morella, octubre de 1843)

PEP *lo Bo* deposita un paquete en la mesa del alcalde Buc. Es pequeño, cabe en un puño. El chico no ha tenido dificultades para colarse en el Ayuntamiento de Forcall sin ser visto y cumplir su parte de un pacto cerrado con el Groc en el Toll del Vidre.

—Capitán Groc, dígame: ¿qué ganará si mata a este hombre? —le ha planteado Pep *lo Bo* al Groc tras escuchar juntos la historia del traidor Mustela...

«Me llamo Timoteo García, nací hace veintisiete años en una masía de Huesa del Común, pueblo de Teruel cerca de Segura, cuyo castillo Cabrera fortificó en 1835. Las partidas carlistas pasaban por la masía a veces para pedir provisiones, pero aquel día... Yo estaba escondido en el tejado y no me vieron. Yo sí lo vi todo...».

—¿Qué viste? —preguntó Bo, recordándose a sí mismo en los tejados de Forcall, a los ocho años...

«Desnudaron a mi madre y a mi hermana... Se reían como locos... Eran muchos... Las desnudaron y... ¡no quiero contarlo! Mi hermana era mi gemela...».

Al oír estas frases y los sollozos de Mustela, el Groc hizo callar a alguno de sus hombres que alborotaba cerca y escuchó con más atención al traidor. Pep *lo Bo* tuvo en ese momento la impresión de que el Groc intuía o sabía algo de la violación de Josefa. Pep *lo Bo* orilló sus pensamientos para seguir escuchando:

«... Después de aquello ya no gritaban, y las empalaron y mutilaron sus brazos... A mi padre y a mi hermano pequeño... los enterraron vivos en la huerta, dejándoles solo la cabeza fuera de la tierra..., y se divertieron pasándoles por encima el rastrillo tirado por la mula... Yo me desmayé, perdí también la cabeza. Durante años me cuidó una tía, yo no podía hacer nada solo... Cuando me repuse, la guerra había terminado. Podía valerme por mí mismo, pero me devoraba la sed de venganza insatisfecha... ¿Saben lo que es eso? ¿Lo han sentido alguna vez en las entrañas?...».

Pep *lo Bo* vio al Groc removerse incómodo al oír estas palabras, pero siguió tan ceñudo como al principio y sin abrir la boca, incluso cuando Mustela le mencionó:

«Supe de las correrías de un carlista llamado el Groc en el Bajo Aragón. Era una oportunidad de limpiar con su sangre la sangre de mi familia. Fui a Forcall, le pregunté al alcalde Buc qué me pagaría por envenenar al Groc. Se alegró, me prometió una buena recompensa. Yo tiemblo con una pistola en la mano y no sé empuñar un cuchillo, pero cocino bien. Me ofrecí en Bordón como voluntario para envenenarle... Durante semanas he vivido como carlista, como los asesinos de mi

familia... No lo he hecho bien, he fallado... ¡Ya no seré yo quien le mate, Groc! Otro será... No me arrepiento de haberlo intentado. ¡Y ahora haga conmigo lo que quiera!».

Pep *lo Bo* ha evitado que el Groc le quite la vida a Timoteo García. El chico deposita sobre la mesa de Buc un paquete que contiene dos cosas: una oreja de Timoteo García y una nota manuscrita. La nota reza:

Buc, tu envenenador vale mil duros. Pasaré a cobrártelos. Tu fortín y tu somatén no pueden impedir que yo entre en mi pueblo cuando quiera.

Firmado:

TOMÁS PENARROCHA, EL GROC

Pep *lo Bo* reconoce al hombre alto y serio, casi calvo y de piel fina, enrojecida por la intemperie, coetáneo del Groc y amigo suyo: es Vicente Molinos, del Hostal de Liborio. Sale de casa del Groc con una cesta vacía en la mano y expresión satisfecha, como si se hubiese vaciado de un peso también interno.

—Les he traído a Josefa y a Manuela garbanzos y unos huevos. El Groc me pidió que... —Se justifica espontáneamente Molinos.

Los dos se preguntan por noticias del Groc, pero ninguno da explicaciones al otro más allá de vaguedades. Después de lo sucedido con Mustela, Pep *lo Bo* ha aprendido a desconfiar de casi todo el mundo...

A su amiga Manuela y a Josefa, dentro de la casa, sí les detalla los movimientos del Groc.

—Junto a las partidas del Serrador y la Cova siguen sumando voluntarios por los Puertos de Beceite, por el Matarraña y la parte de Orta, ¡son ya casi doscientos hombres!

—¿Sabes si vendrán por aquí, Pep? —pregunta Manuela—. ¡Quiero abrazar a mi padre!

—Seguro que podrás abrazarlo —desea el chico.

—Quizá es mejor que no venga... —musita en voz baja Josefa—. Manuela, lleva todo esto que nos ha traído Molinos a la despensa. Ah, y prepárale un pan con vino y azúcar a tu amigo...

Manuela obedece. Josefa ha querido quedarse a solas con Pep *lo Bo*. La mujer toma las manos del chico, le mira a los ojos con una mezcla de miedo y determinación y le pregunta:

—Dime la verdad, Pep: ¿qué hay entre el Groc y mi prima Valeria? ¿Se ven? Tú debes de saber la verdad, chiquillo: dímela.

Perplejo, Pep *lo Bo* boquea sin saber qué decir. ¡Es la última pregunta que esperaba! ¿El Groc y Valeria?

—Yo nada he oído. De Valeria solo sé que vive en la Masía Roig sola desde que se fue de esta casa. ¿Por qué me pregunta esto, tía Josefa? ¿Qué le han dicho? ¿Quién le ha contado...?

Josefa calla al entrar Manuela con una hogaza de pan empapada en vino tinto, en un plato de barro que se rompe en pedazos contra el suelo al aparecer en la estancia seis hombres armados con fusiles. Son soldados nacionales de la milicia que comanda el alcalde Buc, y les leen un papel:

—Josefa Penarrocha y Manuela Penarrocha, por orden del señor alcalde se os hace saber que quedáis detenidas.

El castillo de Morella le parece a Josefa esculpido en la roca viva, más que erigido en ella. Cada una de sus torres y barbicanas refulgen al sol del atardecer, un fulgor que para Josefa solo es premonición de horas oscuras. Un cinturón de poderosas murallas ciñe la ciudad, cuyas casas se despliegan en abanico en la falda del imponente cerro rocoso.

Desde el camino de Forcall, Josefa alza la vista y distingue cañones desafiantes entre las almenas. Ondeando en las alturas la bandera de la Reina. Maniatadas y sentadas en un carro, Josefa y su hija Manuela son escoltadas por una docena de soldados.

El alcalde Buc ha ordenado la detención de Josefa y Manuela después de abrir el paquete que ha visto sobre su mesa. Un respingo de repugnancia le ha sacudido al encontrar la oreja cortada, que ha caído al suelo del despacho. Buc no se ha atrevido a recogerla, ya grisácea, y le ha costado abrir la nota que la acompañaba. Después de leerla dos veces y ver la firma del Groc, el asco inicial se ha teñido de creciente miedo. Buc conoce muy bien al Groc desde la niñez y sabe que no solo querrá cobrar un rescate por el envenenador, sino que querrá vengarse. Y duda de que el pueblo le proteja. Decide que Manuela y Josefa sean su escudo.

—¿Y de qué las acusas, Buc? —le pregunta el alguacil.

—De respaldar a un faccioso en busca y captura. ¡Ahora sí que el Groc abandonará las armas y se entregará!

Josefa llora en silencio al atravesar la muralla de la ciudad de Morella por la denominada Puerta de Forcall. Cae el sol y cae el pesado portón tras la comitiva. Josefa llora por su hija Manuela, a su lado, por sus quince años alterados por la guerra del Groc y las persecuciones de sus enemigos, pero sobre todo llora por sus otros tres hijos, que han quedado solos en Forcall, acogidos en casa de su anciano padre, el tío Vicent. Niños huérfanos: un padre guerreando en las montañas y una madre en una mazmorra inexpugnable, como una criminal.

Manuela no llora. Mira a los soldados con altivez: la hija del Groc reivindica serlo con su actitud y gesto. Siente que lucha como su padre. Mientras los soldados conducen a Josefa y a Manuela al castillo por las empinadas calles, los morellanos las ven pasar con indiferencia y algunas mujeres cuchichean, con expresión compasiva o consternada unas, con una mueca de rechazo, otras.

—¡Muerte o victoria! —clama una voz anónima desde alguna ventana entornada.

Manuela la oye y procura caminar más erguida: quiere que la dignidad de su pose

agradezca esa solitaria y desconocida voz de aliento, que sus quince años de edad no menoscaben el orgullo por ser la primogénita del Groc.

Las prisioneras ascienden por los sucesivos recintos del castillo, protegidos por imbatibles puertas hasta llegar al cuartel del gobernador, cerca de la nueva cárcel. Los soldados denominan la nueva cárcel con una reminiscencia napoleónica, el Cacho, por la voz *cachot*, calabozo en francés. Es una cueva natural en la roca viva, una enorme grieta de altísimo techo, cuya boca ha ordenado emparedar el gobernador con un espeso y alto muro de piedra. Su acceso es una abertura dovelada y sólida, cerrada por una doble gruesa puerta. La estancia es tenebrosa, suavizada solo por una aspillera en lo alto por la que se filtra un rayo de luz durante el día.

—Señoras, serán bien atendidas —les anuncia educadamente el gobernador, que las recibe en su despacho por la curiosidad de conocer a la esposa y a la hija del irredento Groc—, y deseo que su estancia sea breve.

—Mis hijos se ven ahora privados de su madre y de su hermana; alívieles de ese dolor, señor —implora Josefa.

—Ayudaría que su marido dejase las armas, señora: quizá podría usted... — sugiere el gobernador.

—Mi padre es fuerte y es valiente, nunca se rendirá —le ataja la niña Manuela.

Tanta firmeza en la voz de una niña obliga al gobernador militar a reparar en la menuda pero altiva muchachita rubia antes de enviarla con su madre a la lúgubre mazmorra.

OCULTOS EN LA BODEGA

(Orta, noviembre de 1843)

CUARENTA cadáveres de las partidas del Groc y de la Cova quedan atrás como desmadejado tributo del asalto fracasado al pueblo aragonés de Cretas. Las partidas vuelven a dispersarse y el Groc y Pitarch huyen campo a través hasta el cauce del río Estrets.

La noche es fría, pero los dos hombres aprovechan las purísimas aguas del río para limpiar sus heridas: un bayonetazo en el muslo de Pitarch es la más comprometida.

—Conozco una masía cerca de aquí, entre Arnés y Orta: es un lugar seguro, alejado por igual de ambos pueblos. Si llegamos, el masovero nos ayudará... — propone Pitarch.

Cojeando a la luz de la luna, los dos hombres atraviesan campos de olivos y almendros. Al pie de la desnuda y vertical pared de piedra de la montaña de los Biarnets, que reverbera con la plata de la luna llena, Pitarch encuentra la Masía Manresa, un edificio de piedra y teja árabe, cuadrangular, erigido en un desnivel del terreno, con una era al norte, un corral al sur, un horno de pan, cuadras, una modesta prensa, un molino y buenas tierras de cultivo de viña y cereal.

—¡Dios santo, Pitarch, me comprometes mucho! —le comenta el masovero a Pitarch, muy asustado, en los bajos de la masía, donde se ordenan dos enormes cubas de madera para almacenar vino—. No sé si sabes lo que nos pasó aquí después de que acogí a tu hermano y a su amigo...

Manuel Llobet, el masovero, les relata cómo recogió a dos heridos después del sangriento choque entre el general Nogueras y las partidas de Quílez, el Serrador y Sancho, muy cerca de la Masía Manresa, en 1835. Los carlistas se dirigían al asedio de la liberal Gandesa, pero Nogueras los interceptó y los dispersó. Los heridos que acogió Llobet en su masía eran un valenciano y un aragonés.

—Uno era tu hermano, Pitarch, y el aragonés se llamaba Cordón, creo —recuerda Llobet.

—Compañeros de mi último año de guerra... —murmura el Groc, con un deje de tristeza.

La familia de Llobet ocultó a Pitarch y a Cordón hasta que se recuperaron y volvieron a la brega. Dos años después, en mayo de 1837, una partida de soldados liberales salió de Tortosa, saltó los puertos por Pauls y prendió fuego a las masías de

Orta que sospecharon que ayudaban a los facciosos carlistas. Y así ardió la Masía Manresa, como otras masías a la sombra de las totémicas Rocas de Benet, en el término de Orta.

—De eso hace ya seis años, casi nos dejan sin nada..., ¡todavía no nos hemos recuperado! —se queja Llobet—. Y ahora las tropas del gobierno han vuelto a patrullar, es muy peligroso para mí que estés aquí, el aire tiene oídos...

A Llobet le ayudó también un vecino de Orta llamado Pujol, que pagó por sus simpatías carlistas: perseguido por los liberales del pueblo, decidió huir para siempre a las Provincias Vascongadas tras el triunfo de las tropas del general liberal Baldomero Espartero en la zona, en junio de 1840...

—Me juego el futuro de mi familia..., pero escondeos aquí: aún conservo esta cuba desde aquellos días... —Ofrece Llobet, que retira una tapa combada de la pared de una de las cubas, vacía y con capacidad para ocultar dentro a dos hombres.

Sentado con las piernas encogidas y la espalda recostada en la pared curva de la cuba, con el olfato impregnado de un intenso aroma a madera y vino, el Groc no es capaz de dormir en toda la noche. Piensa en sus heridas, y también en el garrote que sigue llevando consigo y que ha limpiado de sangre en el río, sangre de liberales, hombres a los que tiene que matar para defender su causa.

Y piensa también en los secuestros y rescates para conseguir dinero.

Y en los bandos.

Y en las idas y venidas entre barrancos y muelas.

Y en los reclutamientos forzosos en los pueblos.

Y en los compañeros heridos o muertos.

Y en la recompensa por su cabeza.

Y en los intentos de envenenarle.

Y en su vida peregrina de persecuciones desde hace casi tres años, lejos de su familia y de su pueblo, pernoctando en bosques y cuevas, ocultándose en ermitas y masías, sin mudarse de ropa durante semanas...

Y en cómo crecen sus hijos sin él, y en su amor por Manuela, en la soledad de Josefa...

Y durante un instante, con las piernas entumecidas por la forzada postura y la humedad dentro de la cuba, el Groc duda de que todo lo que esté haciendo merezca la pena.

Durante un instante.

Los hermanos Querol han cazado una perdiz y la cocinan a su modo: extraen los intestinos con un palito de retama, escarban en el suelo un hoyo de diez pulgadas de profundidad y otras tantas de diámetro, cogen el ave por el pico, la colocan perpendicularmente dentro del hoyo y la tapan con puñados de tierra. La perdiz queda enteramente cubierta, excepto la cabecita, que sobresale.

Están en las alturas de la ermita de San Cristóbal de Sarañana, desde donde pueden vislumbrar a vista de águila media comarca de los Puertos, Forcall, Villores, La Mata, Todolella, Cinctorres... Junto a dos docenas de compañeros de partida, los hermanos Querol esperan al Groc, que los congregó en esta ermita antes de dispersarse en Cretas.

Acompañado por el fiel Pitarch y restañadas sus heridas, el Groc se encamina a San Cristóbal. El revés de Cretas ha agrietado su confianza, y su desmoralizado ánimo necesita del grupo, anhela verse rodeado por sus hombres para rearmarse con la certeza de que otros como él comparten una misma lucha por unos ideales justos y merecedores de tanta sangre derramada.

Necesita sentir de nuevo que merece la pena luchar contra la modernidad liberal de militares y leguleyos francmasones, agrupados en torno a una niña que pretenden Reina. ¡Jamás hasta ahora el Groc había dudado ni un ápice de su justa lucha!...

Al acercarse a la ermita de San Cristóbal ve elevarse una liviana nubecilla de humo claro. Los hermanos Querol han recogido leña y hierbas aromáticas del monte, las han amontonado sobre la insepulta cabeza de la perdiz y le han prendido fuego.

—¡Dios, Patria, Rey! —saluda el Groc desde lejos.

Abraza a sus hombres, una treintena. Algunos alimentan la fogata con más matorral durante un cuarto de hora. Luego la dejan consumirse mientras conversan, hasta quedar solo una mancha de cenizas blancas donde antes emergía la cabeza de la perdiz.

—Y los demás, ¿qué sabéis de ellos? —pregunta el Groc, extrañado de no ver a más voluntarios en San Cristóbal, cuando había conseguido reunir una partida de casi un centenar en los Puertos de Beceite.

—Después del desastre de Cretas —explica uno de los hermanos Querol, mientras dispersa con el pie las cenizas y se agacha para desenterrar la perdiz—, el gobernador de Morella ha anunciado un indulto...

—Sí, y muchos de los nuestros y tantos otros de la Cova se han presentado —concluye Toneret, con aire de resignación.

Querol desentierra la perdiz y la muestra como un trofeo, con una expresión de triunfo que al Groc le parece que pretende apartar la tristeza por las deserciones de tantos voluntarios. El ave conserva intacto todo su plumaje y solo la cabeza es un vestigio de tizón.

—¡Esto está para comérselo! —Proclama Querol—. Ya lo querría para sí el gobernador de Morella...

Sentados alrededor de la extinta fogata, los hombres del Groc comparten pan, queso y olivas negras de Aragón, mientras Querol pasa la mano por encima de la perdiz caliente, desprendiéndole las plumas.

—Caen las plumas como caen los nuestros... —reflexiona el Groc, y enseguida se arrepiente de mostrarse desmoralizado.

—¡También caen ellos! —Reivindica Talló, que acepta un humeante trozo de

carne de perdiz.

—Y tenemos aquí encerrado a Mustela... —Recuerda Toneret, señalando la capilla de la ermita.

—¡Con una oreja de menos, ja, ja, ja! —ríe Talló, acariciando las cachas de su navaja cabriterera.

El Groc se da cuenta de que casi dejaría partir ahora al desgraciado Timoteo García. Pero se lo reprobarían sus fieles, los que han subido hasta la ermita de San Cristóbal. Y decide reaccionar:

—Amigos, hoy bajo a Forcall. Le devuelvo a Buc su sicario y cobramos el rescate. Yo visitaré a Josefa y a Manuela, y vosotros repartíos el rescate y cada uno a su casa a cambiarse de camisa. Y hasta nueva orden.

Antes de que puedan asentir, un ruido entre los matorrales los sobresalta. Varios se ponen en pie de un salto con el fusil empuñado. De entre las matas aparece *Pep lo Bo*:

—Groc, por desgracia... ¡no podrá visitar a Josefa y a Manuela!

LA EJECUCIÓN DEL ALCALDE BUC

(Forcall, 13 de noviembre de 1843)

CON solo diez hombres entra el Groc de Forcall en su pueblo. El resto de la partida se reparte en las entradas, por si llegan tropas liberales.

El Groc entra en su pueblo, recupera el aire con olor a estiércol de las cuadras y al enjalbegado de las ventanas y a la masa madre pastada en el horno de pan cocer. Ve los restos de la iglesia que ayudó a incendiar, todavía por reconstruir, pisa las calles en las que creció y siente a cada paso bajo sus alpargatas los cantos rodados del empedrado.

Con solo diez hombres toma el Groc el fortín de la plaza, sin un disparo. Le basta la ayuda de *Pep lo Bo* en complicidad con un vecino afecto, que desde el interior les abre la puerta del Palacio Osset y el acceso al fortín.

Con solo diez hombres desarma a los peseteros de Forcall. Con solo diez hombres toma el ayuntamiento. El despacho está vacío, no está el alcalde. Lo buscan.

Desde hace unas horas, el Groc sabe bien lo que quiere hacer con el alcalde Buc, con el hombre que le roba la finca Umbría que labró su padre y el padre de su padre al pie de la Roca del Migdia, que le denuncia para que le detengan, que le acusa de un crimen que no cometió, que le persigue y hace que le persigan, que fortifica su pueblo contra él y los suyos, que paga para que disparen contra él, que maltrata y denigra a su familia. Y que encarcela a su esposa y a su hija mayor.

El Groc sabe bien lo que hará con este hombre desde que *Pep lo Bo* le ha anunciado en la ermita de San Cristóbal:

—Groc, por desgracia... ¡no podrá visitar a Josefa y a Manuela!

Ha sentido que la comarca entera, desde las alturas de la ermita de San Cristóbal, ha oscilado ante sus ojos, y ha entendido que el bullir de la sangre le anegaba la mirada y le embotaba los oídos hasta ensordecérle con un zumbido similar al de una colmena de abejas furiosas.

—¡¿Qué ha hecho ese malnacido?! —ha gritado el Groc a los cuatro vientos de los Puertos y el Maestrazgo—. ¡A mi mujer y a mi hija! ¡Buc ya está muerto!

Pep lo Bo se ha asustado y se ha ofrecido al Groc para ayudarle a entrar en el pueblo, pero le ha pedido que no mate al alcalde, que atraerá desgracias sobre su familia.

—¿De qué le servirá su muerte, Groc? —le pregunta el chico, que piensa cada minuto en Manuela.

—Con tanta delicadeza y bondad, Bo, me obligarás a pensar que sí estás al servicio de Buc...

Mientras sus hombres buscan a Buc por el pueblo, el Groc hace repicar la campana de la Casa de la Villa, y desde lo alto de la doble escalera renacentista convoca al pueblo.

—¡Me conocéis! ¡Soy Tomás Penarrocha, *el Groc* de Forcall! ¡Venid! ¡Es nuestra hora!

Algunos vecinos asoman por puertas y ventanas. La plaza empieza a llenarse de gente, primero tímidamente, después en grupos que corren en tropel, atentos a la puerta del ayuntamiento, donde está el Groc. Algunos se aúpan al peirón que sostiene la primorosa cruz gótica de piedra que ha dado nombre a la plaza desde el medievo: «Pla de la Creu». Pitarch asciende a zancadas la escalera y susurra al oído del Groc:

—Tenemos a Buc. Está a buen recaudo en su propia casa.

—Bien. Sacad a la plaza a Mustela.

Dos centenares de personas se agolpan ante la Casa de las Escaletes, como denominan popularmente al ayuntamiento, por su doble escalera voladiza, única en todo el Reino de Valencia. Varios de los hombres del Groc, al pie de la escalera, disparan al aire una salva de trabuco. Uno de ellos escolta al prisionero, Timoteo García, maniatado y con expresión ausente.

—¡Escuchadme! —grita el Groc—. ¡Vecinos! ¡Me conocéis! ¡He crecido entre vosotros, he trabajado con vosotros! ¡Lucho por lo que es nuestro, para que dejen de humillaros en nombre de esta placa!

El Groc señala la placa de piedra que homenajea a la Constitución liberal de 1837 desde que el alcalde Buc ordenó incrustarla en la fachada del ayuntamiento al término de la guerra.

—¡Antes nos zaherían con látigos, y ahora con leyes aprobadas en despachos! ¿Qué saben de nosotros? ¿Qué respeto nos tienen? —clama el Groc—. ¡Nada sin Dios! Quieren nuestra sangre y nuestro sudor, nuestra perdición. ¡Basta! ¡Bien lo decía el general Cabrera: «Los campesinos siempre tienen razón»!

—¡Groc, Groc, Groc! —gritan con entusiasmo Pitarch, los hermanos Querol, Gasparet, Toneret, y pronto les corean varios vecinos, y al poco son dos centenares de gargantas las que elevan el nombre del Groc hasta los aleros de la plaza.

Y el Groc, legitimado ante sí mismo por casi treinta meses de renunciadas y bregas en el monte, de lucha por la tradición y la religión y por los humildes de su tierra, inflamado por el orgullo de ver a la gente de su pueblo respaldarle, renueva sus convicciones:

—¡El alcalde Buc idolatra esta infame placa! Nosotros tenemos a Dios, como nuestros padres. Os cargan de tributos injustos y os obligan a trabajar para los mandones. ¿De quién os protege ese fortín? ¿De mí? ¡Son ellos quienes nos sojuzgan! ¡Destruídlo! ¡A la piqueta! ¡Ruina para el fortín!

Muchos corren a sus casas y pronto una turbamulta de todas las edades y sexos se

aplica con jovial denuedo en la demolición de las fortificaciones del otro extremo de la plaza, frente al Palacio Osset, con una mezcla de espíritu festivo y ritual ceremonioso. Las piedras de la mampostería vuelan y ruedan por el suelo de la plaza entre vítores, mientras se jalean los unos a los otros y empiezan a circular entre la gente botas de vino y jarras de aguardiente.

—¡Ahora, forcallanos, os traeré a la persona de la que debemos protegernos! —
Proclama el Groc.

—Teresa, despedíos ahora de tu esposo Tomás, tú y tu hija. Lamento de corazón que las cosas sean así, pero así son —dice el Groc.

Teresa Aguilar, la esposa del alcalde Buc, tiembla de nervios en el salón de la casa, con su hija Julia a su lado, abrazada a su muñeca.

—¡No le hagas nada, Groc!... —ruega la esposa de Buc.

—Él ha querido que acabemos así, y de veras que lo siento. Buscó mi desgracia desde que llegué. Y la de mi familia. ¡Ha encerrado a Josefa y a Manuela, inocentes de todo!

—¡Habla con él, seguro que está arrepentido y te ayuda!

—Despedíos, es el momento —zanja el Groc con sequedad. Teresa y su hija Julia le recuerdan demasiado a su propia esposa y a su hija Manuela...

Cuando madre e hija vuelven a subir al salón, deshechas en llanto después de despedirse de su marido y padre, el Groc ordena que las encierren en un cuarto con llave, y desciende a la bodega. Manda a los dos hombres que custodian a Buc que esperen afuera, que les dejen a solas en la bodega.

—No me mates, Groc —implora Buc.

—Te advertí de que me dejases en paz. No has hecho caso. Se acabó. Mueres.

—¿Qué ganas matándome?

—Eso dice Pep *lo Bo*...

—¡Hazle caso!

—Imposible. O tú o yo, Buc. Si tú vives, acabarás conmigo y con los míos. Mueres tú.

—Si me matas caerá sobre ti un ejército entero, y caerá también sobre los pueblos de esta tierra... Habrá matanzas. Los Palos moverán sus contactos en el gobierno, pagarán fortunas por tu cabeza y hasta tus mejores amigos te traicionarán... Y tu familia...

—¡No menciones a mi familia, Buc! —grita el Groc—. ¡No te atrevas, cobarde! Enviar a mi mujer y a mi hija a la cárcel de Morella te ha perdido. Disponte a morir. ¿Quieres confesión o prefieres tu infierno de masones? El párroco espera a que le haga bajar.

Buc se convence de que el Groc está determinado a matarle y que no rectificará, y decide esgrimir su último recurso:

—Escucha, Groc, no me mates... ¡y te haré un hombre rico!

—¿Tú? —pregunta el Groc, más por curiosidad que por codicia—. ¿Acaso esperas que los Palos te salven con su dinero? ¡Olvídate! Encontrarán pronto a otro perro mil leches como tú...

—No hablo del dinero de los Palos... Yo tengo mucho dinero escondido, Groc, ¡mucho!

—Aunque tuvieras todo el oro del mundo, Buc, ¡tú mueres! —Pontifica el Groc.

—Dame tu palabra de no matarme y te muestro mi tesoro.

—¡Vuelvo a preguntarte si quieres confesión, preocúpate solo de tu alma si la tienes!

—¡Mira, Groc, mira, convéncete! —salta Buc, desesperado, y se precipita hacia el cano de la bodega.

El Groc le atrapa por el pescuezo, le tira al suelo y le ordena que no se mueva, apuntándole con la pistola cargada. Escruta el cano y descubre dos ollas repletas de monedas de todos los tamaños y valores, y otra con fajos de billetes. Y, junto a las ollas, el reloj de plata del alcalde Guarch, que el Groc reconoce.

—¿Te quedaste el reloj del alcalde Guarch después de que le mataran, miserable? ¿Y por qué le dijiste a su hijo que lo asesinó yo, embustero?

—Te lo cuento, Groc, ¿de acuerdo? ¡Y tú y yo llegamos a un trato! ¿Te parece? Tú me entenderás: ¡Guarch quiso entregarle todo este capital al brigadier Borso! ¿Qué te parece? Mal, ¿no? ¡Es dinero del pueblo! Por eso tuve que impedirselo, tuve... que matarle.

—¡Tú! ¡Fuiste tú! ¡Canalla! ¡Este dinero podría haber salvado al pueblo! Dinero del pueblo..., ¿qué mejor fin podía tener? Y... ¿por qué lo tienes tú, perro?

—Lo he ido apartando de las contribuciones, también de las últimas que he pedido para combatirte: ¡así que te pertenece, Groc, y ahora es todo tuyo! ¡Aprovéchalo!

—¡Eres un ladrón y un traidor a tu pueblo! Has engañado a la gente humilde. Sabía que eras un malnacido, Buc, ¡pero no sabía cuánto!

—Quédatelo todo tú, Groc, por favor, y déjame marchar. Piensa en lo que harás con tanto dinero...

—¿Dejarte marchar, maldito? ¿Tú sabes lo que les hicieron los soldados de Borso a nuestras mujeres? ¡Por tu culpa! ¡Por tu culpa, cerdo! No lo evitaste, y pudiste hacerlo con estas ollas... ¿Sabes qué hicieron en mi casa, a Josefa, a Valeria?...

El Groc pierde la templanza y grita, apuntando con la vieja pistola de chispa de su padre al alcalde Buc, que al verse ya perdido recobra su perfidia para herir al Groc:

—Lo imagino, Groc..., y debes saber que... ¡no será nada comparado con lo que le harán a Josefa los guardias en la cárcel de Morella! Aunque ya veo que está acostumbrada... —Y esboza una sonrisa sarnosa—, ¡no me mates y lo evitaré! Y quizá evite también que le hagan lo mismo a tu pequeña Manuela...

Para no volarle la cabeza en la lóbrega bodega, el Groc se guarda la pistola en la

faja y descarga un violento guantazo en los morros de Buc con el dorso de su áspera y gruesa mano de soguero, un golpe que parte el labio del alcalde.

El aguardiente corre por la plaza de Forcall, tomado por más de medio millar de personas, un tercio de la población de la villa, los más carlistas. Algunos vecinos forman coplas de músicos improvisados con grallas, dulzainas, tamboriles y toques de cazuela, panderos, acordeones y alguna guitarra, entre trago y trago, mientras otros improvisan comparsas y danzas al son de las tonadas. El fortín ha quedado demolido y la plaza es una juerga. Algunos forcallanos recitan la coplilla carlista compuesta por Pepet de Nasi:

*Per ací mos quede el Groc
mantenint molt alta i llisa
la bandera reialista
neta com la llum del sol.*

Los vecinos de Forcall que se agolpan en la plaza, hombres y mujeres, ancianos y niños, abren un pasillo para dejar pasar al alcalde Tomás Buc y al prisionero Timoteo García, escoltados por dos hombres del Groc, que los dejan colocados al pie de la esbelta cruz de piedra de la plaza, una cruz gótica que lleva erguida casi seis siglos. Los reos quedan uno junto al otro, cabizbajos y con el terror pintado en el rostro.

El Groc, de nuevo en lo alto de la escalera del ayuntamiento, llama la atención del pueblo y aplaca el griterío de la plaza con dos trabucazos de los hermanos Querol:

—¡Ahí tenéis al hombre del que protegeros! ¡Tomás Buc, no eres digno de ser alcalde de esta buena gente! ¡Esquilmas a estas familias! ¡Forcallanos, este dinero es vuestro!

El Groc señala las ollas repletas de dinero a sus pies, y asiste a la indignación del pueblo, consciente en ese instante de que Buc les ha engañado al cargarlos de tributos exagerados, para apropiárselos.

—¡Que este diablo nos recite ahora los diez mandamientos de la Ley de Dios!...
—propone una anciana airada, vestida de luto por algún pariente muerto en la guerra
—. ¡Si falla uno solo, déjanos despellejarle vivo, Groc!

—¡No! ¡Se hará justicia, mujer, y se hará según las normas de nuestra bandera! —
Sentencia el Groc—. ¡A ningún soldado ni pesetero de los que he hecho prisioneros he fusilado en estos años: he respetado las leyes del campo del honor! Y aquí pongo fin a la tiranía en mi pueblo.

Pitarch oye esto y sabe qué debe hacer. Recuesta una larga escalera de madera en la fachada del ayuntamiento y trepa por ella con un martillo de cantero en la mano. A la altura de la lápida constitucional, la golpea varias veces con saña, hasta destrozarla

y ver caer sus pedazos al suelo de la plaza.

—¡Caen los falsos ídolos, pueblo del Forcall! ¡No temáis nada! —Proclama el Groc, entre vítores, aplausos y zarabandas.

—¡¡Viva el Groc, viva el Groc, viva el Groc!! —corean los más exaltados, a voz en cuello.

El Groc extrae un papel que lleva escrito, y con un gesto reclama silencio y lee:

—Yo, Tomás Penarrocha, *el Groc*, jefe y comandante de Operaciones del Maestrazgo y Bajo Aragón del Ejército de Su Majestad Carlos V, y en su nombre, me veo obligado, aunque con sentimiento, a condenarte a muerte por fusilamiento, Tomás Buc, alcalde y secretario del Ayuntamiento de Forcall y capitán de sus peseteros, por tus continuados ataques a la causa legítima y sus fuerzas. Y a ti, Timoteo García, por haber intentado asesinarme con su traicionero apoyo.

El Groc alza la vista del papel. Desde lo alto de la Casa de las Escaletes, ante el portal del ayuntamiento, recorre con la mirada a la gente congregada y ve al impetuoso Pepet de Nasi, que con los brazos en alto corea su nombre, salta y vocea su copla.

—*Per ací mos quede el Groc...*

A su lado, silencioso e inmóvil, Pep *lo Bo* mira alternativamente a Pepet de Nasi y al Groc. El Groc intercambia una mirada con la de Pep *lo Bo* e interpreta lo que dice el fondo de los ojos grises del muchacho:

—No mates a Buc, no mates a García...

Y el Groc aparta la vista de Pep *lo Bo*, y hace una señal a Talló y a sus hombres:

—¡La hora del altar y el trono llegó! ¡Buc, adiós! El gentío se abre en abanico a ambos lados de la esbelta cruz gótica, se aparta del espacio de detrás. Tomás Buc y Timoteo García quedan patéticamente solos al pie del peirón. Ante ellos, Talló, los hermanos Querol y Toneret forman un grimoso pelotón de fusilamiento, vestidos con jirones de ropas que huelen a matorral y humo de fogata. Cuatro fusiles robados en Vallibona apuntan al corazón de los condenados.

Los instrumentos de música enmudecen y el griterío cesa, se impone en la plaza un silencio que dura un segundo, un segundo que desgarrar la enfurecida garganta del Groc de Forcall:

—¡Fuego!

En la parroquial iglesia de Forcall, a los trece días del mes de noviembre del año 1843, el abajo firmante di sepultura eclesiástica en el cementerio de la misma al cadáver de Tomás Buc, que murió fusilado el mismo día, de edad de cuarenta y un años, consorte de Teresa Aguilar e hijo de Agustín Buc y Joaquina Herrero. Recibió el sacramento de la Penitencia.

Yo lo firmo, ut supra,

RAMÓN SILVESTRE, *ecónomo*

Bien entrada la noche, a la luz suave de un quinqué, en el despacho de la rectoría

de Forcall, Ramón Silvestre, el joven párroco provisional, redacta con cuidada caligrafía la partida de defunción del alcalde Buc en el folio 39 (vuelto) del Libro de Defunciones de los *Quinqui Libri*.

Con un gesto de fatiga, el párroco deja la pluma sobre la gastada mesa, tapa el tintero y se frota el rostro con las manos, un gesto que no borra la imagen del cuerpo de Tomás Buc en el suelo empedrado de la plaza, junto al de Timoteo García, unidos ambos por un mismo charco de sangre humeante y espesa. El párroco sabe que esa mancha perdurará en el empedrado de la plaza hasta la caída de alguna lluvia intensa, como triste baldón para el pueblo de Forcall.

Tras el fusilamiento, el Groc ha ordenado a la gente reanudar las músicas y danzas, ha pedido que corra más aguardiente para celebrar la caída del ayuntamiento liberal, como si la fiesta mayor de agosto se hubiese prolongado hasta mediados de noviembre, como si solo faltase una vaquilla de fuego para rubricar la celebración. Nadie ha osado tocar los dos cadáveres durante casi tres horas de juega en su tomo, cuerpos como peles objeto de las befas de algunos mozos borrachos. Solo a la caída del crepúsculo han sido escuchados los megos de Teresa, la desconsolada esposa de Buc, y entonces el atribulado cura y confesor, Ramón Silvestre, se ha atrevido a rogarle al Groc la retirada de los cuerpos de Tomás Buc y Timoteo García. El Groc ha accedido:

—Padre, puede ya la viuda llevarse el cuerpo de su marido y darle cristiana sepultura, la que ellos niegan a nuestros valientes caídos.

El Groc piensa en Francisquito, el hijo mayor del tío Vicente Barreda, *la Cova*, fusilado en febrero por los soldados nacionales en la plaza del Benasal.

Nadie del pueblo se ha atrevido tampoco a acompañar el féretro de Buc. El muerto solo ha tenido a su lado a Teresa Aguilar, su esposa, y a su hijita Julia, que ha empapado de lágrimas a su muñeca, y también a dos beatas siempre presentes en todos los oficios religiosos. Durante el funeral, el cura párroco ha recordado la confesión de Buc en la bodega de su casa, la estremecedora confesión de los crímenes de un hombre codicioso, de un político con ambición de poder para el que los fines han justificado todos los medios, la confesión de un hombre de retórica laicista y afrancesada... que en el instante postrero, viéndose a las puertas del infierno, ha pedido perdón por sus muchos pecados y se ha mostrado temeroso de Dios. Del Dios antiguo que le inculcaron sus padres y abuelos en Forcall, el mismo Dios en cuyo nombre le ha fusilado el Groc.

En el camposanto, el cura ha entendido que la esposa y la hija de Buc, solitarias y desamparadas, hayan sido hoy abandonadas por los miembros más significados de las familias liberales de Forcall, los Palos, Guarch, Mampel, Viñals, Rambla... Todos están muy asustados y se han ocultado en casas de familiares o amigos para evitar ser atacados por la turba ebria o por alguno de los guerrilleros del Groc, amos provisionales del pueblo. En cambio, el Groc, dueño de Forcall durante unas horas, abraza a sus hijos pequeños, Marcos, Joaquina y Tomás, acogidos en la casa de su

suegro, Vicent Ferrer.

El cadáver del desgraciado Timoteo García ha quedado sin enterrar en el cementerio, por si apareciera algún familiar o deudo que quisiera llevárselo a enterrar a otro camposanto.

El día siguiente amanece plúmbeo en Forcall y transcurre en un denso silencio, como si nadie tuviese tiempo de hablar con nadie. Nadie limpia la sangre del suelo de la plaza. Y nadie reclama tampoco el cadáver de Timoteo García, que adquiere irisaciones verdosas, como si llevase muerto desde el mismo día de su juventud en que quedó huérfano en una perdida masía del Bajo Aragón... El párroco lo entierra en el cementerio de Forcall, y esa noche se sienta en el despacho de la rectoría y deja constancia de la inhumación en el Libro de Defunciones, en el folio 48:

... di sepultura eclesiástica en el cementerio de Forcall al cadáver de Timoteo García, natural de Huesa del Común, que murió fusilado el día antecedente, de edad de veintisiete años...

El cansado párroco apaga el quinqué y se retira a su alcoba. Después de orar, concilia el sueño con el desconsuelo en el alma de los secretos de confesión del forastero desconocido, que le encogieron el corazón con sus motivos de homicida frustrado, con el desconsuelo en el alma de haber oficiado un entierro más desangelado aún que el de Buc.

Mosén Silvestre solo ha visto en el cementerio de Forcall a una de las dos beatas de siempre y al muerto. Y, en un rincón, con la gorra en las manos y un tirachinas que le sobresale de un bolsillo, a un chico de quince años con el pelo tan revuelto como siempre pero con el rostro más sombrío que nunca.

ISABEL, LA REINA NIÑA

(Madrid, diciembre de 1843)

PARA sus trece años de edad, la niña Isabel tiene una cabeza grande y pesada, de rostro redondo, frente abombada, mejillas regordetas y ojos claros. Le peinan hacia atrás los cabellos de color caoba y la visten para el retratista de palacio con una cascada de encajes acorde con las alfombras, cortinajes de terciopelo, doseles y cordonerías entre los que vive, aislada del frío seco del Madrid invernal. A sus tiernos trece años de edad, la niña Isabel ya es Reina. Isabel II, Reina de España.

La niña Isabel se cansa de posar y prefiere entretenerse con sus juguetes y sus perritos, sus distracciones favoritas. Reina desde hace solo un mes, la niña no comprende que durante su infancia hayan estado matándose entre sí miles de españoles, por un lado los isabelinos, así llamados por su causa (o cristinos, por su madre regente, María Cristina), y por otro lado los carlistas, así llamados por su tío Carlos María Isidro. Su señora y viuda madre, más dedicada a cierto sargento de la Guardia Real que a ella, la ha dejado en manos de ayudas de cámara de medio pelo, y por eso la Reina de trece años apenas sabe escribir, sumar o comportarse con corrección en una mesa elegante.

En la estancia contigua conversan su preceptor, José Vicente Ventosa, y su profesor de canto y piano, Francisco Frontela, al que llaman *Valldemosa* por su origen mallorquín, más inclinados ambos en rivalizar por ganarse la simpatía y los favores de la niña que en formarla debidamente. Atentos a los vaivenes de la política por su propio interés, los dos profesores comentan una carta recibida por Valldemosa, remitida por otro mallorquín, que en este caso ostenta un alto cargo en el Ejército: el mariscal de campo donjuán de Villalonga y Escalada. La carta del militar llega desde Valencia y alude a esporádicos levantamientos carlistas en el Maestrazgo...

—¡No puedo creer que se atrevan a volver a las andadas, con la tunda que ya recibieron! —comenta Ventosa.

—Pues mira lo que me escribe mi amigo, y fue testigo de la guerra última y sabe lo que está pasando; ¡atiende!:

Con menos auspicios comenzó Cabrera sus correrías, y el desprecio y la indiferencia con que estas se miraron crearon un ejército de vándalos, sí, pero imponente, firme, osado, que medía sus fuerzas con las del Ejército Liberal, ganando batallas y hasta haciendo miles de prisioneros que eran después bárbaramente asesinados.

—Bien visto... Pero ¿a quién se refiere tu amigo? —pregunta Ventosa—. ¿A quién está comparando con Ramón Cabrera, *el Tigre del Maestrazgo*, que Dios confunda en su exilio?

—Se trata de un pueblerino reaccionario y beaturrón, carlistón hasta la médula, un bruto de los de garrote y tentetieso, un patán de terrón y pocas luces, agreste fruto de aquellos pueblos atrasados y medievales, indolentes y estancados, un fanático enloquecido y violento, así se lo han contado a él recientemente, al que llaman..., ¿cómo era?..., ¡sí!, el Groc, le llaman el Groc.

—¿El Groc? —pregunta Ventosa—. ¿Qué significa eso?

—Alude al color de sus cabellos, de sus largos bigotes y... —empieza a responder Valldemosa.

—¿Y qué color es ese, profesores? —interrumpe una voz de niña.

Los dos hombres se vuelven al mismo tiempo para atender a la pregunta que formula la niña Isabel, que asoma su cabeza por la puerta entornada, con uno de sus perritos entre los brazos.

—¡Majestad! —Prorrumpen ambos preceptores al unísono, acercándose a ella a la carrera, aduladores.

—¡Groc es amarillo, Majestad, amarillo! —Se ufana Valldemosa, que siente que acaba de ganarle un tanto a Ventosa ante la Reina niña.

—¿Amarillo? —repite Isabel II.

—Sí, rubio, aunque mi amigo me dice que es un rubio casi pelirrojo, Majestad —detalla Valldemosa, ante un indisimulado disgusto de Ventosa.

—¡Ah, qué gracia, igual que mi perrito *Caramelo*! —comenta la Reina niña.

—Pero en este caso no hablamos de un perrito, Majestad —interviene Ventosa, aprovechando la ocasión—, sino de un fiero bandolero, hablamos de los cabellos, la barba y los largos bigotes de un fiero bandolero de las montañas del Levante...

—¿Me decís la verdad? ¿Un bandido de pelo y bigotes de color amarillo? ¡Ay, cuánto me gustaría un día poder ver esos bigotes de cerca!

EL GENERAL VILLALONGA, EN CAMPAÑA

(Sant Mateu, enero de 1844)

AL atardecer de un gélido día de enero de 1844, desde lo alto de la elegante torre-campanario octogonal de la iglesia arciprestal de Sant Mateu, un capellán ve acercarse por el camino de Valencia una ordenada y colorida comitiva militar formada por mil ochocientos hombres de tropa regular. El capellán Ramón Silvestre distingue los brillos de los botones de los uniformes y los correaes blancos cruzados sobre los pechos de los soldados, las levitas azules, los altivos y lustrosos morriones, los vistosos plumeros rojos.

El capellán, que ha sido rector ecónomo en Forcall hasta principios de año, oficia ahora en la capilla de la guarnición militar de Sant Mateu, capital histórica del Maestrazgo de Montesa, orden religioso-militar que cinco siglos atrás heredó los bienes del Temple en el Reino de Valencia. El capellán Silvestre sabe muy bien quién comanda el nutrido ejército que se aproxima a Sant Mateu: el muy brillante mariscal de campo donjuán de Villalonga y Escalada. Y sabe también, después de haber enterrado a un infortunado alcalde, por qué el insigne general no ha esperado a la benigna primavera para posicionarse en el Maestrazgo.

Al general Villalonga, que viaja en una berlina ataviado con su vistoso uniforme de mariscal en campaña, le acompaña su peripuesta esposa, María Ángeles Soler y Lacy. Han partido al alba de la ciudad de Valencia, de amanecer tan suave incluso en invierno. Han discurrido por la costa de Castellón de la Plana, de aires tan berberiscos, han ascendido por Cabanes y se han internado en el áspero paisaje del Bajo Maestrazgo hasta las Cuevas de Vinromà. Sobre pasada la villa de Salzadella, se presentan ante las murallas de Sant Mateu, deterioradas por sucesivos y fieros asaltos de carlistas y liberales durante la guerra última. Las sufridas murallas le recuerdan al general Villalonga para qué está allí.

Como el mal espíritu que domina a gran parte de los habitantes de este país pudiera inclinarlos a incitar a algunos soldados o paisanos incautos a que se unan a las filas de los forajidos, para que a nadie sorprenda la severidad con que castigaré faltas de semejante naturaleza, ordeno y mando...

El general redacta mentalmente el que será su primer bando como comandante general de las Tropas del Maestrazgo, el pomposo y esforzado rango que el Ejército de la Reina acaba de otorgarle después de los fracasos de sus antecesores en la lucha contra las dañinas gavillas de latrofaciosos que se autodenominan combatientes

carlistas.

—¡Aquel bandido de balneario que robó a mi prima ha acabado por traerme hasta aquí! ¡Quién iba a decírmelo, Juan..., con lo bien que estábamos en Valencia! —se queja la joven esposa del general, ordenándose un rizo del peinado.

—No te apures, Angelita, que esta campaña durará pocas semanas: pacificaré el Maestrazgo y... ¡a Valencia de vuelta!

—¿No será peligroso?

—Sant Mateu es seguro, por eso lo elijo como cuartel general: puedo enviar rápidamente columnas hacia los Puertos de Morella y a la vez recibir apoyos urgentes desde la plana de Castellón o Vinaroz.

—¿Y es un pueblo bonito?

—¡Al Papa Luna le gustó pasar una temporada! Fue bueno para un Papa, no desmerecerá para mi queridísima esposa...

—No te burles, Juan... No he querido quedarme en Valencia para no separarme de ti, pero... te confieso que tengo miedo.

—¡Angelita, contempla este ejército! ¿No lo ves? ¡Compañías de Cuenca, batallones de Valladolid, Teruel, Castellón, Albacete y Murcia! Soldados bien pagados y preparados, muy disciplinados.

—Ya, pero ese Groc...

—Un salvaje, sí. Esa alimaña del monte fusiló al alcalde de su pueblo... ¡Para eso estoy aquí, para acabar con tanta barbarie! No dejaré a esos bandidos dar un paso más, los cazaré barranco por barranco y caerán uno a uno.

—¿Y cómo lo harás? Tus compañeros de armas no han podido.

—Les brindaré primero la ocasión de regresar a la paz de sus casas. ¡Indulto general a los que entreguen las armas!

—¿También al Groc?

—¡Incluso al sanguinario Groc le perdonaré la vida si abandona! Si es sensato, no lo desaprovechará. Y si no..., lo lamentará al exhalar el último suspiro.

PAPA LUNA

(Morella, enero de 1844)

VESTIDOS con uniformes liberales y camuflados en un carro, el Groc y Pitarch se cuelan en la mismísima Morella, en cuyo castillo siguen presas Josefa y Manuela. El Groc se ha tintado bigotes y barbas, tan oscuros ahora como los de Pitarch.

—Es una locura, nos metemos en la boca del lobo —opina Pitarch.

—Mayor locura fue la del teniente Alió y Ramonet, y triunfaron —replica el Groc—. ¡Quien no arriesga no gana!

El Groc se refiere a Pablo Alió y a Ramón Orgué, que tomaron el castillo de Morella para Cabrera, con dos simples escaleras de mano, la gélida y nevosa madrugada del 25 de enero de 1838. El morellano Orgué había desertado de la guardia liberal de Morella, desencajando antes la tapa de madera del retrete de la guardia, retrete «al vuelo» sobre la vertiginosa roca del castillo. Se integró como carlista en el batallón del teniente Alió, que organizó el suicida asalto con dos escaleras hasta el retrete: penetró en la fortaleza con setenta hombres y la conquistó.

—Te creo y te sigo —acepta Pitarch.

Ocultos en un carro cargado de quesos de oveja de Pascual Carbó franquean el portal de los Estudis. Desfilan ante la noble Casa Piquer, sólido y enorme casando en el que se aloja el gobernador de la plaza y que fue hospital de sangre mientras Morella fue capital del «reino mágico de Cabrera», como lo denominaba el barón Von Rahden, ingeniero prusiano de Cabrera que fortificó con un rastrillo y un foso el portal de los Estudis que acaban de franquear.

Saltan del carro ante la casa de un entrañable morellano y viejo conocido de Ignasi Bordàs y del Groc, Manuel Milián, previamente advertido de su llegada por Pepet de Nasi, que también los espera dentro de la casa.

—Tío Tomás, si me deja vestir su uniforme, me colaré hasta el Cacho y liberaré a cuchilladas a su esposa y a Manuela —propone el fogoso joven, que a sus diecinueve años es el más fervoroso carlista de Forcall.

—¿Y por dónde saldréis, eh? ¡Eso no tiene sentido, chico! —interviene el dueño de la casa, Manuel Milián—. La buena idea sería otra un poco diferente...

—¿Cuál, Manolo? ¡Te escuchamos! —pregunta el Groc.

Manuel Milián, morellano de raigambre, estudió en el seminario hasta dejarlo para encargarse de los negocios familiares. Es ahora un hombre de mediana edad, fornido y culto, y muy bien informado de todo lo que pasa en Morella y en España.

De convicciones carlistas moderadas, antepone la amistad a cualquier otra consideración ideológica. Y Manuel Milián es buen amigo de los Bordàs y del Groc.

—Escuchad, mi tío fue presbítero en la basílica y me contó que en la sacristía hay un acceso oculto a un pasadizo que conduce hasta el recinto del castillo.

—¿Sabes dónde está, Manuel? —inquire Pitarch.

—No, mi tío huyó cuando Espartero tomó Morella y no sé más. Quizá la entrada esté detrás de un armario, bajo un mueble, no lo sé... Pero si la encontraseis...

—... sería posible la huida, eso si lográsemos liberar a Josefa y Manuela... —concluye el Groc.

Uniformados como soldados, el Groc y Pitarch se ocultan en sendos confesionarios de la Basílica Arciprestal Santa María la Mayor de Morella, a la espera de que las últimas beatas y el sacristán abandonen el templo con la caída de la noche. A solas y a oscuras, prenden la llama de una candela que hace danzar las figuras bíblicas del altorrelieve de la escalera en espiral del coro, los tubos del órgano y los dorados del retablo del altar. Al Groc le impone un hondo respeto un lugar tan sagrado y venerable, y se sonroja por haber colaborado en la quema de la iglesia de Forcall en 1835, con el Serrador...

En la entrada de la sacristía, el Groc apaga de un bufido la candela que porta Pitarch y le tapa la boca. Ha oído un ruido en el interior. Al entrar, el mortecino resplandor de otra llama, al fondo de la estancia, delata una sombra que se mueve entre los antifonarios y grimorios del archivo, libros polvorientos con cerraduras oxidadas preservados allí durante siglos. El resplandor se apaga súbitamente, sigue un ruido de alguien que sale a la carrera. Un golpe derriba a Pitarch. El ruido orienta al Groc y se lanza a ciegas sobre el fugitivo.

—¡Luz, Pitarch, luz! —ordena el Groc.

A la luz de la vela, los dos hombres reconocen el rostro del hombre sesentón, barbado, canoso y greñudo.

—¡Benedicto Mol! —exclaman, al unísono.

Mientras Pitarch enciende más velas en la sacristía, el Groc intenta comprender los propósitos del suizo, que asegura persistir en la búsqueda de su tesoro. Ahora dice seguir otras pistas:

—¿Buscas aquí, en esta basílica, Mol? —pregunta el Groc.

—¿Veis esa casulla con capa y dalmática, su brocado veneciano rojo con decoración de oro que reluce a la luz de las velas? —El suizo señala el terno suntuoso que cuelga de un armario abierto—. ¿Sabéis de quién fue, lo sabéis?

—No.

—Ah..., de un hombre que se llamaba como yo: Benedicto.

—¿Quién?

—Benedicto XIII. Un Papa. Un aragonés que fue Papa. Y en el año 14 del siglo xv estuvo aquí mismo, en Morella, con el rey Fernando y con san Vicente Ferrer.

—¡Ah, sí! ¿Verdad que ese santo resucitó al niño troceado y guisado por su madre en una casa de Morella? —pregunta el Groc, que de niño oyó esta leyenda morellana de boca de su madre—. Aquella familia era tan pobre que la madre sacrificó y cocinó clandestinamente a su propio hijo para halagar y dar de comer al santo.

—¿Y a ese aragonés no le llamaban también Papa Luna? —pregunta Pitarch.

—¡Sí! Durante veintiséis años se hizo fuerte en el Maestrazgo, se encastilló en Peñíscola para defender su tiara frente al Papa de Roma.

—¡Muy bien! ¿Y qué quieres decirnos, Mol?

—El Papa Luna sostenía que Dios estaba con él, no con el otro Papa, y que Dios le daría la victoria...

—Como Cabrera: el Dios de los Ejércitos estaba con él... —Rememora el Groc.

—Y la gente del Maestrazgo veneraba al Papa de Peñíscola tanto o más que a Cabrera. Los poderosos querían que renunciase, pero resistió a todas las presiones, desde las del Rey hasta las de san Vicente; se batió con todo tipo de artimañas, persuasiones, amenazas y hasta intentos de asesinato.

—¿Asesinato?

—Sí, fueron sus más cercanos amigos y colaboradores. ¡Siempre pasa lo mismo! Domingo Dávala, su estimado camarero, bien pagado por el Vaticano, espolvoreó con arsénico y rejalgó un plato de gajos de su golosina favorita, el citronat, dulce fruta de cidra confitada y escarchada de azúcar...

Pitarch y el Groc se miran fugazmente, los dos piensan en el intento del voluntario Mustela de envenenarle con la comida, y el susto que le cupo a Pep *lo Bo* con el rejalgó.

—Estuvo al filo de la muerte —sigue Mol—, entre espasmos, desmayos, diarreas y vómitos, pero sobrevivió gracias a una tisana que le preparó su médico judío con semillas de coriandro, anís, hinojo, alcaravea, comino, raíces de regaliz, díctamo y canela. ¡Ni el veneno le doblegó! Su verdad le mantuvo firme...

—Por algo sería... —murmura el Groc—. Pero ¿qué tiene que ver eso con el tesoro?

—Aquel hombre era un sabio, quizá un brujo... —dice Benedicto Mol—... y yo creo que tenía los conocimientos y... el tesoro perdido de los templarios.

—¿Qué tesoro, Mol?

—El tesoro que los poderosos monjes-guerreros de la Orden del Temple ocultaron tras ser disueltos, primero en el Reino de Francia y después en la Corona de Aragón: los castillos de Monzón, Miravet, Peñíscola..., ¡todos castillos templarios!

—¡Pues allí deberás buscar! ¿A qué esperas? ¿Qué haces aquí? —Resuelve el Groc.

—Un momento, «NON EST IN TOTO ORBE LOCUS SANCTIOR ISTE», reza el dintel de la puerta de esta basílica. ¿Lo habéis visto? ¿Lo entendéis?

—No. ¿Qué significa esta frase?

—«No hay en el mundo lugar más santo que este» —traduce el suizo—. ¡Ahora

lo entiendo! El Papa Luna estuvo aquí cincuenta días, aquí legó cálices y pectorales y tres espinas de la corona de Cristo...

—Y los saqueos de los franchutes y después del general Espartero no han dejado nada, ¿verdad?

—¿Eso creéis? Pues no. Yo creo que nadie ha encontrado todavía parte del precioso tesoro templario del Papa Luna. Él sabía que querían matarle... Y lo escondió. Y yo lo encontraré. Y aunque murió a los noventa y cuatro años sin ceder ni un celemín, siempre obstinado, siempre en sus trece, Benedicto XIII, yo evitaré que su muerte entierre para siempre el fabuloso tesoro. ¡Lo encontraré! ¡Para los dos, Groc, como está firmado!

MANUELA SE ENAMORA

(Forcall, febrero de 1844)

A primera hora de la mañana, el suegro del Groc, Vicent Ferrer, deja que los tibios rayos de sol de principios de febrero le acaricien la frente. Viste blusa y chaleco negros, y a sus sesenta años —y casi los mismos de trabajo en el campo— es un anciano de pelo cano y rostro terroso y agrietado. Sentado en el banco de piedra junto a la puerta de su casa, en la calle de San Víctor, vigila a sus dos nietos pequeños, hijos de su hija Josefa, que juegan cerca.

—Yayo, ¿cuándo volverá la mamá? —pregunta el pequeño Tomás, de cuatro años.

—¡Cuando la dejen los negros! —se apresura a responder su hermana Joaquina, de apenas siete años, sentada en el suelo de la calle mientras juega a lanzar piedrecitas y recogerlas sobre el dorso de la mano.

El abuelo Vicent suspira y piensa en la desgracia de su hija Josefa y de Manuela, su nieta mayor. Desde noviembre han pasado menos tiempo en casa que en la cárcel de Morella, la altanera ciudad a la que Ferrer descalifica como «una fresquera» de calles gélidas y lóbregas de la que jamás llegó nada bueno para los forcallanos. El tío Vicent así lo siente porque durante los últimos tres meses ha tenido a su hija y a su nieta yendo y viniendo de Morella como fardos a capricho del gobernador de la ciudad amurallada y de las familias liberales de Forcall.

El tío Vicent sabe que utilizan a Josefa y a Manuela como piezas para forzar una rendición del Groc, su yerno fugitivo. Desde el 13 de noviembre, desde que el Groc fusiló al alcalde Buc en la plaza, exterminar al insurrecto carlista es la obsesión prioritaria de demasiados, para el tío Vicent. Algunos son parientes suyos, como los Guarch, con los que se cruza cada día sin decirse nada.

Tío Vicent contempla a sus dos nietecitos, que viven ahora en su casa. Manda en ella su hijo Víctor, que adora a sus sobrinos y a su queridísima hermana Josefa. Tío Vicent dedica el tiempo a alguna visita al huerto y a jugar a naipes con amigos de su edad en la tasca de la plaza. Él no aprueba la muerte de Buc, pero jamás lo comentará en público. Piensa en cómo habría sido la vida de su hija si no se hubiese casado con Tomás Penarrocha, quince años atrás... Lo recuerda bien: Josefa lucía veinte frescos y luminosos años, y Tomás, veintitrés años recios y rubicundos de mozo recto, templado y trabajador. Recordarlos recién casados desbarata cualquier duda: Josefa decidió unirse a Tomás en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la

pobreza... ¡Así debe ser!

—¡Padre!

Al tío Vicent le da un vuelco el corazón. ¡Es Josefa! ¡Y Manuela con ella! Su hija se agacha y le besa la mano con respeto y se la humedece con sus lágrimas. Al tío Vicent se le empañan también los ojos y abraza a su hija y a Manuela, su querida nieta, que ya tiene a sus hermanitos pegados a ella, estirándole de las faldas. La calle de San Víctor se convierte en un gorjeo de sollozos y llantos y risas, y entre abrazos y suspiros se entera el tío Vicent de que han soltado a Josefa y a Manuela, de que ya no van a volver a la cárcel de Morella. Dos soldados las han sacado del Cacho y las han acompañado al despacho del gobernador, en la Casa Piquer.

—Señoras, ¡se van a su casa! ¡Indulto general! Lo decreta el nuevo comandante general de las Tropas del Maestrazgo, donjuán de Villalonga. ¡Considérense afortunadas! ¡Agradézcanlo al buen corazón de nuestro admirado general, ese gran hombre! Don Juan ha querido expresamente que ustedes regresen a Forcall.

—Y el gobernador nos ha explicado otra cosa, padre: que este nuevo indulto perdona la vida a cuantos entreguen las armas... —le comenta Josefa al tío Vicent.

Josefa querría que su marido se acogiese al indulto sin renunciar a sus creencias pero sin entregarles su sangre. Pero nunca lo dirá, nunca se lo pedirá. Sí podrá decírselo con la mirada, pero solo así. Como hace su padre.

—¡Bah, se entregarán los ingenuos! Ese general los fusilará, seguro. ¡El Groc no caerá! ¡El Groc jamás se rendirá! —interviene Pepet de Nasi—. ¿O no sería peor que la muerte vivir humillado por los engreídos liberales? ¡El Groc seguirá luchando por nuestra bandera!

—¡Eso le dije yo al gobernador de Morella! —tercia Manuela.

Pepet de Nasi ha llegado desde Morella acompañando a Manuela y a Josefa, los tres en sendos rucios prestados por su amigo Manuel Milián. Semanas atrás, el Groc y Pitarch no consiguieron acceder al castillo desde la sacristía, y la prudencia les dictó escapar de la peligrosísima Morella tan camuflados como habían entrado. Pepet de Nasi, en cambio, se quedó en Morella y usó el uniforme de soldado que le dejó el Groc para cometer una imprudencia que casi le cuesta la vida. El impetuoso joven intentó infiltrarse en la guardia para deslizar una carta de aliento a Manuela y a Josefa en la celda, sin descartar el propósito de liberarlas...

El joven forcallano fue descubierto y detenido.

Encarcelado en el Macho, otro siniestro calabozo en los sótanos de la antigua Torre Celouquia, en lo alto del castillo de Morella, frente al terreno en el que Cabrera colgaba los cadáveres de algunos ajusticiados, el gobernador sopesó una rápida pena de fusilamiento para el prisionero. Después de abrir y leer la misiva incautada al joven, el gobernador la comentó asombrado con su ayuda de cámara:

—¡Es la carta de un loco! Contiene todas las locuras posibles en un hombre: fanático político, iluso megalómano y encima... ¡enamorado!

En dicha carta cantaba Pepet de Nasi una supuesta victoria inminente del Groc,

animaba a su mujer y a su hija a resistir hasta el triunfo y loaba el carácter de Manuela, con alusiones finales a sus ojos y labios que delataban sentimientos más allá del afecto debido a la hija de su cabecilla político. Manuela y Josefa conocieron la detención de Pepet de Nasi por el carcelero que cada mediodía les servía un plato de comida, de carcajada burlona:

—Hay un chico de vuestro pueblo al que fusilaremos. ¡Pues no te digo que ha pretendido rescataros él solito, ja, ja!... Y parece que tu niña le gustaba, pobrecillo... —dijo con un guiño a Josefa—. Tendrás que buscarte a otro, nena, ja, ja...

Mientras el gobernador dudaba si firmar la orden de fusilamiento, llegó el indulto del general Villalonga y su orden precisa de liberar a los tres presos y permitirles regresar a Forcall.

Manuela se ruborizó al ver a Pepet de Nasi en la salida del castillo. Durante todo el camino de vuelta a Forcall, a Manuela le ha confortado la compañía del joven amigo, del que ahora sabe que se ha jugado la piel para salvarla. Pepet de Nasi acompaña a la esposa y a la mujer del Groc, por lo que se siente casi tan importante como su admirado capitán carlista. El hijo de Ignasi Bordàs cree que le corresponde proteger a las dos mujeres como si él mismo fuera el Groc.

Llegados a Forcall, después de conversar con el tío Vicent, cruzan la plaza, y Manuela toma del brazo a Pepet de Nasi, orgullosa de la compañía de su valeroso amigo, dos años mayor que ella. Ahora le ve como a un hombre hecho y derecho, al que mira con un arrobamiento de gratitud y admiración. Manuela, a sus dieciséis años, se siente ahora toda una mujer, al lado de Pepet de Nasi.

Pep *lo Bo*, alborozado, ha visto de lejos a Manuela. Corre a saludarla... cuando la ve tomar del brazo a Pepet de Nasi. Pep *lo Bo* frena en seco su carrera: no se siente capaz de encararse con su querida Manuela si está cogida del brazo de su viejo amigo... No, no puede. Viéndolos así juntos en la plaza, cogidos del brazo, se siente como un inválido, incapaz de competir con su arrojado amigo por el amor de Manuela.

Con el estómago encogido y el corazón triste, Pep *lo Bo* da media vuelta y sale por el lado opuesto de la plaza, pasando como un alma en pena junto a una gran mancha de sangre que ya solo él distingue en el suelo.

PASTORCILLO DE OVEJAS

(Masía Sebastiana, febrero de 1844)

PESE a las lluvias y nieves del invierno, Pep *lo Bo* distingue todavía la mancha de la sangre de Buc y Mustela en el suelo de la plaza. Verla le recuerda los enardecidos saltos y cánticos de Pepet de Nasi. Y también al Groc rehuyéndole la mirada antes de dar la orden de fuego... Al salir del pueblo, Pep *lo Bo* se cruza con la viuda de Buc, vestida de negro de pies a cabeza. Lleva de la mano a la pequeña Julia, abrazada a una muñeca, y el joven siente una honda compasión por ella.

Camino de la Masía Sebastiana, al norte del pueblo, el chico no puede evitar revivir la resignación de los fusilados, el regocijo del pueblo y la furia del Groc, al que ha preferido no volver a ver desde ese día. Matar a Buc, matar a Mustela... ¿Por qué? ¡Él le suplicó que no lo hiciese! A Pep *lo Bo* le repugna ver morir a un hombre así, con menos dignidad que la que él concede a cualquier conejo del campo al dispararle con su tirachinas.

Sabe que a muchos otros les repugna como a él, pero que ni lo dirán. Les entiende. El Groc ayuda a muchas familias pobres de la comarca. Entrega parte del dinero que recauda en asaltos, tributos y rescates, algunas veces a cambio de ser ocultado y otras veces a cambio de nada. Pep *lo Bo* sabe que el Groc ha sacado de apuros a la gente de la masía de la Grellera, sabe que gana muchos afectos repartiendo reales entre labradores, masoveros y arrieros, sabe que regala pesetas a la pastorcica ojituerta del barranco de la Masía Carbó, hermana de su amigo el masovero Pascual Carbó, y sabe que Joaquín Torres, de la alejada Masía Torres, atesora muchos duros conseguidos por el Groc, y sabe también que el capitán carlista ha dado ropas y un mulo a los Ejarque, una de las dos familias que viven en la Masía Sebastiana, a la que ahora se encamina y en la que se ha empleado como pastor de su rebaño de ovejas.

Antes de llegar a la Masía Sebastiana, deja a la derecha el desvío a la Masía Roig, y mientras sigue adelante rememora la inesperada pregunta de Josefa, durante el pasado otoño...

—¿Qué hay entre el Groc y mi prima Valeria? ¿Se ven? Tú debes de saber la verdad, chiquillo: dímela.

Pero de Valeria, la prima de Josefa, sabe lo que vio aquel día terrible de San Rafael en casa del Groc y Josefa, el secreto que guarda con Pepet de Nasi. Han pasado ocho años y desde entonces solo sabe de Valeria lo mismo que todos: que no

tiene marido ni hijos, que vive sola en la Masía Roig, que nunca se deja ver en el pueblo y que muchas mujeres de Forcall recelan de ella porque sospechan que más de un hombre debe de llevarle cosas y ayudarla... a cambio de algo que se comenta entre guiños, risitas y murmuraciones. Pep *lo Bo* no sabe qué habrá de cierto en tales habladurías, ni le interesa.

El chico llega a la Masía Sebastiana, una masía grande, con granero, corral y horno de pan, alineados sobre una barrancada, con dos eras detrás y una pared fortificada que protege la entrada a la vivienda. A Pep *lo Bo* le gusta ver el refrescante azulete con que los masoveros tiñen la cal de los marcos de ventanas y puertas. La extensa familia Llop son los masoveros de la Masía Sebastiana, pero Pep *lo Bo* tiene más trato con la otra familia que vive allí.

—¡Te esperan las ovejas, Pep! —grita Juan Ejarque al verle acercarse, recibiendo al recién llegado con una sonrisa de oreja a oreja, frente al corral.

—¡Pero no te irás sin probar antes mis rosquillas! —añade María Gil, asomándose a la puerta de su vivienda mientras se seca las manos con el delantal.

María Gil es una joven menuda, de piel pálida, ojos oscuros muy brillantes y con un poso de tristeza, y fama de buena cocinera. Juan Ejarque, su marido, es también joven y fuerte, moreno y de baja estatura, y con un carácter siempre jovial, pese a que comparte con su esposa el lacerante dolor de haber perdido dos bebés recién nacidos en sus apenas cinco años de matrimonio. Por eso, los Ejarque no tienen hijos, aunque son una pareja joven todavía y no desesperan. Los Ejarque saben trabajar duro y lo hacen en las necesidades agrícolas y ganaderas de la Masía Sebastiana.

Pep *lo Bo* acepta un vasito de moscatel, pero en vez de comerse las rosquillas hechas por María, con su permiso opta por metérselas en el zurrón y salir al campo con las impacientes ovejas.

—¡Eh! ¡Te acompaño! —le grita Juan Ejarque, que le alcanza a la carrera desde la masía.

Se sientan juntos en lo alto de una pendiente y contemplan al nutrido rebaño pacer la rala hierba, cuyas briznas brillan al contraluz. A Juan Ejarque, que tiene veintiséis años, diez más que Pep *lo Bo*, le inspira afecto y respeto el chico de los cabellos revueltos, al que conoce desde que era un niño, cuando las pecas le cubrían todavía todo el rostro y se pasaba todas las horas del día con el tirachinas.

—¿Tienes todavía tanta puntería? —pregunta Juan Ejarque, mientras se lía un cigarro de picadura de tabaco de monte.

—¡No lo dudes! —Pep *lo Bo* le sonrío, con una ramita de tomillo entre los labios.

—Esta vez espero tenerla yo también...

—¿Qué quieres decir?

—Anoche hubo luna llena, su luz tocó a María: por si acaso le puse sobre el vientre una cinta encarnada... ¡No quiero que este bebé nazca mal!

—¿María..., María está embarazada? —pregunta Pep *lo Bo*.

—¡Sí! Y este bebé tiene que nacer bien.

—¡Felicidades, Ejarque! No me habías dicho... ¡No le he notado nada a María!

—Faltan más de cuatro meses y como teme ilusionarse, lo disimula con el delantal. ¡Pero hoy ha sentido la primera patadita del niño!

—¡Cuánto me alegro! ¡Todo irá muy bien esta vez, Ejarque!

—Gracias, Bo, así lo espero. ¿Te fumas uno conmigo para celebrarlo?

Ejarque le tiende a Pep *lo Bo* el cigarrillo que acaba de liarse y el chico lo acepta. Nunca antes ha fumado, pero prefiere no ensombrecer con una negativa la ilusión del supersticioso Ejarque, que ha temido que un rayito de luna dañase al feto que crece en el vientre de su mujer. Ejarque extrae la petaca con la picadura de tabaco de monte y se la muestra a Pep *lo Bo*, guiñándole un ojo:

—¡Regalo del Groc! Pasó por aquí hace dos semanas... Le dimos de comer. Iba solo. No le pregunté de dónde venía... De la parte de la Masía Roig... ¡Bendito sea! Que Dios le guíe... Toma, fuego...

Pep *lo Bo* no dice nada y deja que Ejarque le prenda la punta del cigarrillo, a la salud del niño que viene. A cada bocanada, Ejarque se ilusiona más con su hijo por nacer:

—Me gustará verle crecer... ¡Le enseñaré a esquilar mejor que nadie! ¿Querrás enseñarle a disparar el tirachinas?

—¡Dalo por hecho, Ejarque! —acepta Pep *lo Bo*, esforzándose por no atragantarse con el humo del cigarrillo.

—Y, además, ¿sabes una cosa?... —continúa Ejarque—. Mi hijo tendrá un compañero de su misma edad muy cerquita de aquí...

—¿Y eso? ¿Los Llop...?

—¡No! ¿Sabes la mujer que vive sola en la Masía Roig, la más cercana a esta? Valeria, la llaman...

Pep *lo Bo* se traga sin querer una bocanada de humo del tabaco del Groc y le sacude un violento acceso de tos, que se agudiza con el final de la frase de Ejarque:

—Ayer María la vio en el río... ¡y también está embarazada!

CONFIDENTES NADA AUDACES

(Sant Mateu, febrero de 1844)

EL general Juan de Villalonga se abstrae con el brillo de sus lustrósimas botas negras. Las observa con delectación a la luz clara de una de las espaciosas estancias del palacio renacentista del marqués de Villores, en el que sabe que residió Ramón Cabrera cuando se apoderó de la villa de Sant Mateu. Villalonga se siente un poderoso anti-Cabrera, convencido de que aniquilará a sus nostálgicos émulos de tres al cuarto.

En este palacete tiene instalada a su esposa Angelita hace un mes y medio, y también su propio despacho. El general empuña una fusta corta que gusta de repicar contra la caña alta de la bota derecha.

Llaman a la puerta.

—¡Mi general! —saluda un coronel, su más cercano colaborador—. Traigo el parte de lo sucedido en Mosqueruela...

—No estoy de humor para leerlo, coronel, resúmamelo.

—Han sido las partidas combinadas del Groc y la Cova, señor, y juntas llegan a sumar unos doscientos hombres.

—¿Qué día fue?

—El 2 de febrero.

—Ya veo que se orinan sobre mi generoso indulto de ese día...

—Robaron todo el armamento a los soldados de nuestra guarnición, saquearon casas, sacaron a muchos mozos para alistarlos en la facción y secuestraron a tres mujeres; una es la esposa del comandante...

—¡Suficiente, coronel! ¡Fin!

¡La esposa del comandante! Es demasiado... Lo que oye altera la frialdad de Juan de Villalonga. No soporta el descaro de cuatro fanáticos harapientos a los que ha ido a destruir y que parecen burlarse de él. Los facciosos del Maestrazgo atacan a sus soldados cuando están desprevenidos y les rehúyen cuando están formados. Roban, saquean, extorsionan, secuestran. Entran y salen de pueblos y masías como Pedro por su casa.

—Fusilé ese día a dos carlistas detenidos en Albocácer con armas ¡y lo advertí!: «Igual suerte está destinada para los que lo sean en lo sucesivo».

—Pero los cabecillas dan la espalda al indulto, y reclutan a otros...

—¡Idiotas!

—Tienen a los pueblos espantados...

—¿Acaso esos facciosos no leen? —El general se impacienta mientras rebusca en su mesa su último bando.

Muy celoso de su brillante hoja de servicios y con un elevado concepto de sí mismo, la vanidad militar de Villalonga padece ante gavillas de desharrapados que vagan por los montes. No soporta que sus advertencias, que son ya amenazas, no surtan efecto. Recoge de la mesa su último bando y lee a voz en grito, como si le escuchasen todos los «habitantes del Maestrazgo», como les gusta denominarlos:

¡Vais a presenciar castigos que, por horrorosos, repugnan a mi corazón, pero de los que no podré prescindir!

—No podrá prescindir —confirma el coronel—, y así habrá de ser, y coincide con el informe que remite el capitán general del distrito militar de Aragón...

—Ah, ¿y qué cuenta mi querido Narciso Clavería, siempre clarividente? —pregunta Villalonga con interés, sentándose en la silla de cuero repujado de su escritorio.

El coronel desdobra un papel plegado dos veces sobre sí mismo, que porta entre otros documentos, y lo lee:

La mayor parte, por no decir todos los que componen dichas facciones, son hijos de los pueblos que recorren, tienen vecindadas en ellos a sus familias y conservan las relaciones adquiridas en su niñez y mocedad, por lo que cuentan con su cariño y apoyo... También dominan por el terror, pues no respetan vidas ni haciendas y emplean sus bárbaras medidas con el honrado masovero y con el pacífico vecino.

—Ciertamente... —medita Villalonga—. Terror y cariño... Sí, lo entiendo muy bien. Doblegaré a esos bandidos privándoles de sus relaciones de cariño...

—Pero la gente de aquí es ignorante y tan indolente ante la ley... La semana pasada un oficial preguntó a un masovero de Forcall por dónde había huido el Groc...

—Siempre ese maldito Groc... —masculla Villalonga, reanudando los golpecitos de fusta contra la bota.

—¿Y sabe qué respondió, mi general? «No lo sé, pero si lo supiese... ¡no se lo diría!». Villalonga guarda silencio, se mira de nuevo las botas, y con mucha parsimonia retira con el dedo índice una motita de polvo de la puntera. Como si el pausado gesto le hubiese devuelto la frialdad que le reporta fama de implacable, Villalonga imparte una imprevista orden a su coronel:

—Coronel —silabea—, ¡subimos a Morella! Prepárelo todo. Al alba. Convoque allí a las autoridades de Forcall y a los más firmes liberales del pueblo. Mañana por la tarde, todos en el palacio del gobernador. Avísele. Es muy urgente que hable con los nuestros de Forcall. ¡Quiero saberlo todo del Groc! ¡Todo!

El perfil de Morella, recortado a mil metros de altitud contra un cielo glauco, semeja un navío de piedra varado sobre un inmenso océano de tierra moteada de nieve. A la vista imponente de las murallas y el castillo de Morella, el pecho de Villalonga se ensancha. Siempre le ha gustado esta ciudad, tan fuerte y altiva, digna de un espíritu como el suyo. «*Est logar no fa a nuyl hom del mon sino a Rey* (No es lugar para ningún hombre que no sea Rey)», sabe que dijo de Morella el rey Jaime I al exigírsela al noble aragonés Blasco de Alagón, que acababa de arrebatársela a los moros. Villalonga entra por la puerta de Sant Mateu escoltado por una columna de soldados y por un remolino de los últimos copos de nieve del invierno.

El gobernador Trias le muestra las estancias de la enorme y sólida Casa Piquer, y a Villalonga le llama la atención una ingeniosa cama hecha toda con finas barras de hierro, desmontable y transportable. «Dicen que en ella descansó Ramón Cabrera en alguna campaña, la donó cuando aquí estuvo el hospital de sangre de su capital, y aquí quedó cuando el Tigre del Maestrazgo abandonó Morella, enfermo, sobre parihuelas, transportado a peso por sus fieles voluntarios hasta Berga en 1840», explica Trias.

En la sala principal de la casa, alrededor de una gran mesa, el general Villalonga conoce al patriarca de la familia Palos, Domingo Palos, puntal de los liberales de Forcall y su nuevo alcalde desde la muerte de Tomás Buc. Le acompaña su hijo y sucesor Francisco, y también Domingo Guarch y su hermano mosén José, y Joaquín Viñals, Ramón Mampel y el joven mosén Francisco Llop, el confesor de Josefa y Manuela, que se ha unido al grupo persuadido por mosén Guarch.

—Señores —dice Villalonga a los reunidos en la Casa Piquer—, para combatir con éxito a Tomás Penarrocha, alias *el Groc*, necesito de ustedes una información capital: los nombres de sus más firmes apoyos en el pueblo y en las masías.

Un silencio incómodo sigue a estas palabras. Lo rompe el cacique forcallano, con parsimonia:

—Mi general —habla Domingo Palos—, le agradezco de antemano su interés por acabar con ese criminal, porque estamos en peligro de muerte..., y más cuando el Groc sepa que hemos parlamentado con usted.

—Reforzaré la protección del pueblo y pagaré somatenes más activos. Y ahora, díganme: ¿quiénes son los principales apoyos del Groc?

Los liberales forcallanos se miran, todos esperan que sea otro el primero en hablar, como si temiesen que las paredes de la sala fuesen los mismísimos oídos del Groc. Sobre la mesa, dos aspas de pergamino de un espantamoscas mecánico se deslizan en torno a un eje vertical. Las aspas giran mientras van cayendo y, al llegar a su base, se detienen. Nadie se mueve para volver a darle cuerda al artilugio, importado de Inglaterra.

—¡Vicente Molinos! —dice súbitamente el alcalde Palos, rompiendo el silencio

de la sala—. Vicente Molinos —repite, y mira a los demás, en busca de confirmación y respaldo.

—Pascual Carbó —añade Domingo Guarch, que en vez de mirar a los demás baja la vista, como si esperase un castigo.

—¡Y Joaquín Torres! —Alza la voz Ramón Mampel, con un punto de rabia nerviosa—. ¡El peor es Joaquín Torres, de la Masía Torres!

—Y los de la masía de la Grellera, que son parientes —se suma Viñals.

El coronel que acompaña a donjuán de Villalonga anota los nombres, uno a uno: Vicente Molinos, Pascual Carbó, Joaquín Torres... Con el papel de los tres nombres delante, Villalonga toma personalmente la pluma de ave y pide más:

—¡Gracias, señores! Y ahora cuéntenme todo lo que sepan de... —Villalonga consulta el papel—..., de Vicente Molinos, Pascual Carbó y Joaquín Torres. Háblenme de sus familias y trabajos, de sus hechos y faltas, de sus debilidades y deudas, de sus ambiciones y aspiraciones.

Una hora después, el general Villalonga levanta la reunión, con el papel abarrotado de anotaciones sobre Vicente Molinos y su familia en la fortificada Masía dels Frares, también conocida como Hostal de Liborio porque alberga a caminantes. Sobre la Masía Carbó, sus quesos y labores y el miedo de su mujer y su hija a cobijar al Groc. Sobre la lejana Masía Torres, en Las Parras de Castellote, ya en la jurisdicción de Teruel, donde Joaquín Torres custodia cuantiosos botines del Groc en monedas y ropas, donde recibe correspondencia de Francia y donde reside una familia muy extensa: niñas pequeñas, tías, cuñados, abuelas...

Al despedirse, el general Villalonga resume sus intenciones a sus nuevos amigos de Forcall:

—Doy por finalizado mi indulto. Todo faccioso que caiga en mis manos será fusilado. Ojalá me equivoque, pero creo que la próxima primavera será sangrienta...

A punto de salir de la sala, mosén Llop, el confesor personal de Josefa y de Manuela, su prima, que ha permanecido en silencio durante toda la reunión, gira sobre sus talones y se dirige al general Villalonga, en pie en medio de la sala:

—Mi general, por lo que acaba de decir creo que debe añadir un nombre a su lista, ¡y por encima de todos los demás!

—¿Ah, sí? ¿Cuál? —pregunta el general, intrigado.

—Es la única persona que evitaría esa primavera de sangre.

Villalonga, con las piernas abiertas en compás ante mosén Llop, las manos en la espalda, rígido, frunce las cejas sobre sus menudos y acerados ojos, a la espera del nombre.

Y mosén Llop, con intención de evitar males mayores, lo pronuncia:

—Manuela Penarrocha, la hija del Groc.

LA SABINA DEL GROC

(La Balma, marzo de 1844)

VILLALONGA no puede creer lo que ve. El distinguido general donjuán de Villalonga y Escalada, mariscal de campo del Ejército de la Reina y comandante general de las Tropas del Maestrazgo, que creía haberlo visto todo en un campo de batalla, no da crédito a lo que el bandido que tiene delante está a punto de hacer...

—¡Es el Groc, mi general! ¡El Groc! ¡Allí, allí! ¡Le he visto! ¡No tiene escapatoria!

Lo ha gritado uno de los peseteros de Morella integrados en la tropa de Villalonga, un comarcano que reconoce los cabellos y largos bigotes rubios del Groc, que le ha señalado con el índice extendido hacia lo alto, hacia el corredor del santuario de la Balma, encajado a gran altura en la peña:

—¡Es Tomás Penarrocha! ¡El Groc de Forcall! ¡Arriba! Dispersada su partida a la entrada del pueblo de Ortells, tras correr junto a algunos de sus hombres río abajo, perseguido a tiros por los soldados de Villalonga, el Groc ha querido hacerse invisible colándose en la Balma. Ha ascendido por la rampa que sube al santuario, hasta el corredor que conduce a la ermita. Ha entrado por su propio pie en una ratonera, en una trampa sin salida. Nadie le ha visto entrar, pero ha cometido un error: ha asomado la cabeza para mirar abajo... y un soldado le ha visto. Ahora no tiene salida. Está atrapado en el santuario de la Virgen de la Balma.

—¡Allí arriba, en la Balma! ¡El Groc! ¡En la Balma!

Durante los últimos días, Villalonga se ha puesto al frente de sus soldados y ha batido los pueblos de la cuenca del Bergantes, de Forcall a Zorita, con incursiones en Chiva, Villores, Palanques y Ortells. Hoy se disponía a regresar al cuartel general de Sant Mateu, pero una partida de cuarenta facciosos ha tiroteado a su columna desde lo alto de una gran roca a la entrada del pueblo de Ortells. Villalonga, con sangre fría, ha organizado a sus soldados en dos grupos y su maniobra envolvente ha causado varias bajas entre los carlistas y ha capturado a ocho, entre ellos a los fidelísimos hermanos Querol, compañeros del Groc desde su primer golpe en el balneario de L'Avellà.

La mitad de los soldados que componen la columna de Villalonga forman al pie del santuario, mientras el resto persigue a los fugitivos por las laderas del río Bergantes. Villalonga cubre la única entrada y salida del santuario.

—¡Vosotros, arriba! ¡Arriba, soldados! —ordena el general a sus soldados con

impaciencia—. ¡Ya tenemos al faccioso!

El Groc oye a Villalonga impartir órdenes para capturarlo. Vuelve a asomarse fugazmente para ver la cara del general, ve la impavidez cerúlea de su rostro. Villalonga también ve asomar la cabeza de su presa durante un segundo, su pañuelo anudado en la cabeza, y las balas de los fusileros de la Reina, que disparan con mal ángulo desde abajo, desprenden fragmentos del conglomerado de la santa roca. El guerrillero forcallano se agazapa y no responde a los disparos.

Villalonga sabe que siempre le sonrío su buen hado en la guerra, el que a sus cincuenta años de edad le mantiene vivo, entero y laureado. Su fama de frío e impasible la desmiente ahora su caballo, que piafa al pie de la Balma, contagiado de la excitación de su jinete ante un desenlace que presume inminente y favorable. ¡Si cae el pertinaz Groc en sus manos, la pacificación del Maestrazgo será rápida! Y llegará una nueva condecoración, y quizá un título nobiliario en la corte de la joven reina Isabel II...

—¡Arriba, arriba! ¡Prendedle! —grita Villalonga.

Veinte soldados obedecen y corren en doble fila hacia la hospedería del santuario, con las bayonetas caladas en sus fusiles. Para evitar bajas entre sus soldados, Villalonga ofrece cuartel al Groc si depone las armas. El general es un hombre de voz débil y aflautada, por lo que ordena a un corneta que grite su propuesta:

—¡Groc! ¡No tienes salida! ¡Suben los soldados! ¡Si te resistes, mueres! ¡Entrega las armas y el general Villalonga te respetará la vida! ¡Ríndete y vive!

El general ve las cabezas de sus soldados irrumpir en el corredor pétreo del santuario, agachados también para ofrecer menos diana al Groc. La sinuosidad del pasadizo rocoso impide a los soldados ver todavía al Groc, al otro extremo, junto a la entrada de la ermita incrustada en la roca. El Groc puede oír las botas y los correajes de los soldados que se le acercan por el pasillo de piedra.

Y entonces, el Groc hace lo que Villalonga se resiste a creer, pese a verlo con sus propios ojos.

El general ve a un hombre alto y recio, de brazos largos y fuertes. Le asombra la agilidad con que brinca pese a su tamaño, le ve auparse en el filo del pretil de piedra, y le ve erguirse en su resbaladizo borde como si fuese a saltar al vacío y despeñarse.

Villalonga ve al Groc de pies a cabeza por primera vez. Y última.

El militar queda boquiabierto ante la estampa imponente del Groc. Vislumbra algunos de sus cabellos pajizos asomar bajo el pañuelo anudado a un lado de la cabeza. De su rostro fiero advierte la determinación de la mirada y los largos bigotes rubios, casi pelirrojos.

Villalonga no alcanza a dar orden de fuego, pero varios de sus soldados disparan desde abajo. En equilibrio sobre el precipicio, el Groc dirige una rápida mirada a Villalonga de desafío e indiferencia por la propia vida. Se lleva la mano al pecho y toca la bolsita que lleva al cuello. Y ninguna bala le toca, rebotan todas en la piedra.

Y entonces el Groc lo hace.

Y Villalonga no puede creerlo.

El Groc salta al vacío.

Pero no para despeñarse...

Salta hacia arriba.

Salta hacia las retorcidas ramas de una sabina, un arbusto que pende de lo alto sobre el hueco del pasadizo, un arbusto bien enraizado en una fisura de la pared rocosa de la muela, superviviente de todas las inclemencias climáticas y adversidades geológicas, tan irreductible como el propio Groc.

Las recias y fibrosas ramas de la sabina resisten el peso del cuerpo del hombre, suspendido sobre el precipicio. A pulso, agarrado a las ramas, con la sola fuerza de sus brazos, el Groc trepa hasta alcanzar la pared vertical. Y mientras más balas rasgan el aire a su alrededor, consigue apoyar las puntas de sus alpargatas en las rugosidades y los mínimos relieves de la roca, esas alpargatas de cáñamo que su hija Manuela se ha esmerado siempre en coserle con doble repunte.

Cuando los veinte soldados de Villalonga llegan a la ermita, no entienden que el Groc haya desaparecido, se haya evaporado como un fantasma. Desde abajo, sus conmitones les señalan hacia las alturas, pero la cornisa de roca les impide ya ver al Groc. Y ninguno de los veinte soldados se atreve a emular el salto suicida del carlista fugitivo.

Desde abajo, Villalonga sí puede ver al Groc pegar su cuerpo a la pared vertical, encontrar dónde encajar las puntas de pies y dedos en la áspera roca. Y le ve trepar peña arriba como un gato salvaje. Las yemas de los dedos del Groc sangran cuando alcanza un repecho en la roca varios metros más arriba, por la que gatea hasta llegar a una pendiente pedregosa cubierta de sabinas, coscojas y carrascas, matorrales entre los que reptaba para seguir ganando altura.

Las balas ya no pueden alcanzarle y el Groc se detiene, da media vuelta y se levanta, con los brazos en jarras. Respira hondo, recupera fuerzas, mira hacia abajo. Los hombres de Villalonga le parecen soldaditos de juguete.

Villalonga mira también a ese hombre inalcanzable que ahora parece emergido de la propia tierra, de los arbustos, de la mismísima roca, y ve que sobre la cabeza del Groc, en el cielo en que se recorta la peña de la Balma, planea un águila con su indiferente magnificencia.

Por un momento, Villalonga duda de que los hados de la guerra estén de su lado...

El Groc ve la sombra del águila y levanta la vista. También la ve planear sobre su cabeza y sabe que es la misma águila que meses atrás vio desde la Roca del Migdia sobrevolar Forcall, cuando decidió emprender su guerra. Respira muy hondo de nuevo, se agacha, toma del suelo una gruesa piedra, la sopesa en su mano derecha.

—¡Por las Leyes Santas! ¡Patria y religión! ¡Viva Carlos V!

El Groc grita desde las alturas y arroja el pedrusco con toda la potencia de su férreo brazo, arroja un pedrusco tras otro contra los soldados, afinando a cada

lanzamiento la puntería.

Una de las piedras cae cerca del caballo de Villalonga, que se asusta y se encabrita. El general pierde el equilibrio y cae al suelo.

Sentado entre matorrales, emboscado y protegido por las alturas, el Groc ha hundido el rostro entre las sangrantes manos.

Ha visto al general Juan de Villalonga sacudirse con furia el polvo del uniforme, taconear el suelo con sus negras botas, insultarle y apuntarle amenazante con su corta fusta, y el Groc se ha reído, se ha reído con ganas...

Ha reído con ganas hasta que el general ha ordenado el inmediato fusilamiento de los hermanos Querol y de los otros seis prisioneros hechos en Ortells.

Y el pelotón de soldados ha fusilado a los hombres del Groc a los pies de la Balma, para que el Groc pudiera verlo desde arriba.

Desde las alturas de la muela, el Groc ha podido oír el último grito de los hermanos Querol, siempre a su lado en cuevas y ermitas, a su lado siempre en todos los fuegos y peligros, desde el día del balneario de L'Avellà. El Groc ha podido oír el grito último de los hermanos Querol señalándose el corazón, justo antes de que las balas les callasen para siempre.

—¡Dios, Patria, Rey! ¡Viva el Groc! ¡Capitán!...

Con el rostro hundido entre los dedos sangrantes, el Groc ha llorado.

VENTANAS CERRADAS

(Masía Carbó, marzo de 1844)

EL masovero Pascual Carbó retira la camisa blanca de la ventana de la cocina de su masía, la Masía Carbó. No acecha ningún peligro al Groc ni a los voluntarios realistas, pero Carbó decide retirar la camisa.

—Se acabó —murmura.

Es una camisa blanca aparentemente puesta a secar, sujeta con cuatro piedras. La señal que acordó con el Groc hace ya casi tres años, una noche de otoño de 1841. Camisa blanca cuando no haya cerca soldados o desconocidos. Y así ha venido haciéndolo hasta ahora.

—Se acabó.

Su esposa y su hija se lo han agradecido, asustadas después de algunas amenazas de soldados constitucionales.

—Se acabó, Vicente. Se acabó, Joaquín. Que el Groc no se acerca a mi masía... Quería decíroslo...

Así de claro habla Pascual Carbó a sus amigos Vicente Molinos y Joaquín Torres, hasta el momento tan protectores del Groc como él. Pascual Carbó los ha citado en su masía después de la visita de un extraño viajante de fajas y mantas morellanas al que nunca había visto antes. Tras regatear por el precio de una manta de lana rayada de vivos colores, el hombre le ha deslizado en las manos una nota sellada por el general Juan de Villalonga, comandante general de las Tropas del Maestrazgo. Pascual Carbó se la lee a Molinos y a Torres.

—Yo también he recibido una nota como la tuya —se sincera Vicente Molinos—. También me ha visitado ese mismo viajante...

—Es un agente de Villalonga, está claro —ha reflexionado Molinos, que extrae de su faja una carta con el mismo sello.

Honrado masovero: otros masoveros como tú me aconsejan el cierre de masías, con un desprendimiento que no tiene parangón y que seguramente contrasta con vuestra escasa fortuna, como único medio de sacaros del permanente estado aflictivo al que estáis sujetos por los abusos y las rapiñas de la gavilla de facinerosos del miserable Groc, que no quieren más que prolongar su existencia vandálica por no emplearse en las honrosas faenas agrícolas, lo único que puede hacer vuestra ventura. Me pesará verme obligado a cerrar tu masía si pronto no capturo al Groc con tu ayuda.

—El general Villalonga sabe que el Groc usa nuestras masías. Ha dicho que

cerrará caminos para que no circulen alimentos, dejará sin comida a los hombres del Groc. Se le ha agotado la paciencia y... —comenta Molinos.

—¡Y a mí también! —interrumpe Carbó—. Por culpa del Groc está mi familia en constante sobresalto..., ¡y encima el Groc acaba de fusilar a mi primo Joaquín Carbó, *el Chato!*

—¿Qué? ¿Por qué, Pascual? —pregunta Torres.

—Le ha acusado de espiarle para el gobernador de Morella. ¡Mi primo! Mi primo, que es un veterano luchador carlista...

—Villalonga también le ha fusilado al Groc a los hermanos Querol...

—¡Yo hablo de mi primo, un hombre trabajador y con familia! —Carbó se indigna—. ¿Espía? Estoy seguro de que era inocente. ¿Acudir al mercado de Morella ha sido su delito? Quizá el gobernador le dio un mensaje para el Groc, y el Groc se ha puesto nervioso y le ha fusilado. El Groc... está mal de la cabeza... El Groc... ¡acabará fusilándome a mí!

Pascual Carbó se detiene, mira a sus amigos y añade:

—¡Y a ti, Molinos! ¡Y a ti, Torres!

Los tres hombres guardan silencio, con la mirada baja, rumiando cada uno sus pensamientos. Se han apartado para hablar bajo una carrasca en un extremo de la era y evitar oídos indiscretos. Mastican las olivas negras de Aragón que Joaquín Torres ha llevado de su masía en un pañuelo que ha extendido en la hierba. Torres expulsa un hueso de oliva con un violento bufido y dice lo que piensa:

—Sí, Pascual, tienes razón. Si seguimos así, o nos fusila Villalonga, o nos fusila el Groc... Algo habrá que hacer.

SOMATÉN SANGRIENTO

(Forcall, abril de 1844)

—¡ME conocéis, soy Gasparet! ¡No me matéis! ¡Tened piedad!

Los hombres del somatén de Forcall han arrastrado a Gasparet fuera de la cabaña de pastor en la que dormitaba cerca de la masía en la que nació, en el barranco de la masía de Marianet. Son una docena de hombres de todas las edades. Golpean a Gasparet por todo el cuerpo con palos y piedras. La sangre le mana sobre los ojos desde una herida abierta en la cabeza, pero aún puede vislumbrar a las personas que le golpean.

—¿Qué hacéis? ¿Tú, Ronda? ¿Tú, Clemente? ¡Os conozco, me conocéis, no me peguéis más! ¡Me iré!

Gasparet tiene veintiún años y conserva la mirada ingenua de chico pobre que tres años atrás ingresó en la partida del Groc, una mirada de chico que no había visto más que los muros de piedra seca de los alrededores, pero que hoy está ya teñida de la desconfianza del animal cimarrón tras tantas refriegas, fugas, penurias y noches sin un jergón en el que echarse.

—¡Dejadme! ¡Me iré, no me veréis más!

Su desconfianza ha sido menos poderosa que la desesperación de su estómago. Desde que el Groc ha enviado a casa a sus hombres por la presión de las columnas constitucionales, Gasparet ha vagado a solas durante días y noches. Atenazado por el hambre, Gasparet ha acudido a un primo suyo de la Masía Vito y le ha pedido un mendrugo de pan. Su pariente se lo ha dado, y le ha alojado en la cabaña de pastor del barranco. Y después ha corrido a Forcall para denunciarle. Los hombres del somatén, movidos por un instinto salvaje de caza, han corrido por delante de los soldados destacados en Forcall.

—¡Me iré lejos y no volveré, no me matéis! —ruega Gasparet.

Un violento bastonazo en la boca le tumba sobre el pedregoso suelo, moteado de tomillo y excrementos de cabra. Gasparet se atraganta con uno de sus dientes, roto por el impacto. Ha descargado el terrible golpe un vecino de Forcall que el pasado 13 de noviembre bailaba en la plaza las charangas promovidas por el Groc y dedicaba aguardentosas burlas al cadáver de Buc.

—¡Piedad! —Gasparet llora.

Un bando del general Villalonga ha facultado a los comandantes militares de los pueblos para organizar somatenes con todos los hombres de dieciséis a cincuenta

años. Acompañan a los soldados constitucionales en sus batidas por los campos y persiguen a proscritos, a bandoleros y a fugitivos carlistas. Cada vez más hombres participan de buen grado, rabiosos por las molestias de la guerra del Groc, y otros forzados por el temor a la autoridad y a perderlo todo. Un joven patea las costillas de Gasparet, y un hombre de cabellos canos acerca una horca de afiladas puntas metálicas a la garganta de Gasparet.

—¡No me mates, por la Virgen de la Consolación! —clama el joven desde el suelo, apartándose la sangre de los ojos para dirigirse por sus nombres a sus verdugos, entre los que distingue otra cara conocida—. ¡Pep *lo Bo*! ¡Pep *lo Bo*! ¡Diles tú que no me maten, por favor, por favor!

Pep *lo Bo*, a sus dieciséis años, es uno de los forcallanos de dieciséis a cincuenta años obligados a formar parte del somatén. Con un nudo en el estómago, encogido por la pena y la repugnancia, el chico asiste a la paliza a Gasparet sin saber cómo evitarla. A Pep *lo Bo* le asquea ver a un hombre así mortificado, aun sabiendo que Gasparet, viéndose con la afilada horca en su garganta, podría delatarlo y contar que le ha visto conversar con el Groc.

—¡No podemos matarle! —interviene Pep *lo Bo*—. Debemos entregarlo a los soldados de la guardia, ¡es la ley! ¡Mirad, por ahí llegan los soldados!

Pep *lo Bo* señala el brillo de bayonetas entre una polvareda en el camino que proviene del pueblo. El hombre de pelo cano echa un vistazo al camino, tensa la horca en la garganta de Gasparet y, tartamudo, emite su sentencia:

—Mi fa... milia pasa mi... miseria, por culpa del Groc he per... perdido mu... cho. ¡Este —sigue, ahora de corrido— ya no me robará ni me costará un real más!

Y el hombre hunde la horca con todo el peso de su cuerpo y el alma, y dos puntas atraviesan el cuello de Gasparet hasta chocar contra el pedregoso suelo, contra el tomillo y los excrementos de cabra.

Los soldados llegan a tiempo para llevarse al pueblo un cuerpo inerte, tumefacto y sanguinolento.

LA DECLARACIÓN DE AMOR DE PEP ‘LO BO’

(Cementerio de Forcall, mayo de 1844)

—**M**ANUELA, quiero decirte algo...

Pep *lo Bo* calla porque Manuela le pide silencio con un gesto suave. La chica besa el ramo de flores silvestres que lleva en la mano, una mezcla de siempreviva borda y siempreviva de montaña recogidas de buena mañana en el camino de Todolella.

Manuela deposita las flores sobre la tumba de sus dos hermanos muertos. A menudo se acuerda de ellos, angelitos que volaron al cielo apenas recién nacidos, y necesita ir al cementerio y alegrar sus tumbas con flores amarillas. A Pep *lo Bo* le parece que el color amarillo intenso de las flores ilumina la piel trigueña de Manuela y pone más brillo a sus trenzas doradas y más luz al azul de sus ojos.

Manuela entorna los párpados y dedica una oración silenciosa a sus hermanos. Antes de imitarla, Pep *lo Bo* ve a su alrededor la tumba de Tomás Buc, la tumba de Timoteo García, la tumba de los hermanos Querol, la tumba de Gasparet... Cierra los ojos con fuerza y se da cuenta de que lo que ahora necesita decirle a Manuela tiene que ver con esas tumbas, con lo que teme para sí, con lo que teme para ella. Y también con la posibilidad de evitar que se abra otra nueva tumba...

—¿Qué querías decirme, Pep? —pregunta Manuela.

—Me acuerdo muy bien del día que vinimos a enterrar a tu hermano Rufino...

—Sí. Teníamos ocho años...

—Éramos pequeños... ¿Te acuerdas de que aquella tarde vine a regalarte algo?

—Sí.

—¿De verdad?

—El caracol de piedra más bonito que he visto.

Pep *lo Bo* siente que vuelve a latirle el corazón con la misma fuerza que aquel lejano día, y que un escalofrío le recorre la nunca y que se ruboriza. Pero sabe que ya no tiene ocho años, que hay demasiado en juego, y dice:

—Y me diste un beso en la mejilla, Manuela, ¿te acuerdas?

Ahora es Manuela la que se azora, inclina la cabeza, sonrío con ternura y un poco de vergüenza...

—Sí, me acuerdo...

—Manuela, desde aquel día...

Pep *lo Bo* nota que se le humedecen las palmas de las manos en los bolsillos del pantalón. Pero ha decidido no dejar de hablar hasta el final, decirlo todo:

—Desde aquel día yo... he pensado en ti, desde aquel día he soñado con que un día tú me querrías como yo te he querido todos estos años...

Para infundirse valor, la mano derecha de Pep *lo Bo* palpa en el interior del bolsillo la madera de su tirachinas, que aún lleva siempre, y ahora lo aprieta entre sus dedos hasta sentir dolor en los nudillos, y este dolor le ayuda, le espolea a seguir hablando.

—Pero ya sé que no puede ser, ya sé que quieres a Pepet de Nasi. Ya lo sé, ya lo sé, y también por eso he querido decírtelo. Yo no sé qué pasará con nosotros... Contigo, conmigo, con Pepet de Nasi... Manuela, el otro día vi morir a Gasparet y... yo..., yo...

Pep *lo Bo* no puede seguir hablando, se le anuda la garganta y un sollozo incontenible le sacude el pecho y los hombros y no puede evitar el llanto. Se siente avergonzado por no poder refrenarlo, desconsolado por no poder soportar los pesos insoportables del amor y de la muerte.

—Yo..., yo no quiero morir..., yo no quiero morir sin haberte dicho... que te quiero..., Manuela, te he querido desde aquel día del caracol, ¡y te querré siempre! Eso quería decirte, Manuela: te quiero.

Las lágrimas caen por las mejillas del joven y Manuela, impresionada, no sabe si abrazarle o esperar. Es su amigo de la infancia, le tiene verdadero y hondo cariño y le abrazaría, pero él acaba de declararle que la ama... Y no sabe qué hacer. Pep *lo Bo* le sirve de ayuda al seguir hablando, secándose las lágrimas con las manos:

—Demasiada muerte... Perdona, Manuela, ahora ya te lo he dicho... Ojalá os queráis mucho tú y Pepet de Nasi, porque tú eres la mejor chica que existe, la mejor, Manuela, y él ha sido siempre mi mejor amigo...

Pep *lo Bo* ha recuperado la serenidad, como si hubiese aligerado el corazón y los pulmones, y son sus palabras las que ahora empañan los ojos de Manuela.

—Eres... muy bueno y muy valiente, Pep...

—No, valiente es Pepet de Nasi, que se ha jugado la vida por ti y que lo hará mil veces. Yo soy cobarde, yo tengo miedo a la guerra, al dolor, a la sangre...

A Manuela le inunda un afecto infinito por su amigo Pep *lo Bo* y da un paso hacia él, posa una mano en su hombro y le dice:

—¿Acaso no recuerdas el día del ciprés, Pep? ¡Tú serás siempre el mejor de mis amigos, Pep *lo Bo*, y el más bueno! Y también has ayudado mucho a mi padre...

—Éramos chiquillos, ahora tenemos dieciséis años, somos mayores y todo va en serio, y por eso debes saber ahora otra cosa importante que he sabido, la más importante, que Dios nos proteja.

—¿Qué?

—He oído hablar a los hombres del somatén de Forcall y sé que los del somatén... quieren matar a Pepet de Nasi.

CÓMO COMPRAR AL PEOR ENEMIGO

(Sant Mateu, mayo de 1844)

—¿TENGO el honor de saludar a doña Manuela Penarrocha, hija de Tomás Penarrocha?

El general Villalonga fuerza una sonrisa para caer simpático a la niña. Entra en la sala con paso vivo y aire festivo, habillado con todas las condecoraciones y bandas de su uniforme de gala. Entra solo y se acerca a Manuela, que espera sentada en una mullida silla isabelina de nogal y ondulado respaldo tapizado.

Villalonga se cuadra a su lado, muy tieso, inclina el torso hacia ella y le tiende una mano. Manuela, desconcertada, ofrece la suya. El general la recoge y esboza el gesto de besársela. Manuela jamás ha visto a nadie moverse de modo tan extraño.

—Todo un placer —dice Villalonga, y vuelve a sonreír con la misma mueca gélida de quien no frecuenta ese gesto.

Manuela se fija en las botas negras, las más brillantes que ha visto. La niña, que hace un rato que espera en el despacho, también se fija en la fusta que el militar sostiene bajo la axila izquierda. Villalonga ha querido dejar un rato a solas a la hija del Groc en su ampuloso despacho del palacio del marqués de Viltores, de Sant Mateu, para que entienda por la vista dónde está y quién va a hablarle: el comandante general de las Tropas del Maestrazgo.

—¿Ha tenido un buen viaje, señorita? —pregunta.

Manuela asiente, sin hablar. Está intrigada y cohibida, pero más que miedo al hombre que tiene delante, desconfía de quien sabe que ordena fusilar a los carlistas que captura y que los manda perseguir y cazar como a alimañas. Manuela sabe que es el hombre que quiere matar a su padre.

—Manuela, me permito hacerla venir —explica Villalonga, sentándose al otro lado de la mesa de su despacho— porque sé que es usted buena hija y buena forcallana...

Villalonga tiene un plan. Quiere rendir al Groc a toda costa. Es el último cabecilla faccioso que sobrevive. ¡Barreda *la Cova* y Miralles *el Serrador* acaban de caer! Quiere regresar pronto a Valencia como «Pacificador del Maestrazgo» y cosechar honores. Y la niña puede ayudarle.

Por eso ha enviado al Ayuntamiento de Forcall una columna de soldados de la Reina con morriones y plumeros, que desde allí han escoltado a la hija del Groc hasta la capital del Maestrazgo. Han entrado por el portal de Morella, y a Manuela le han

cautivado de Sant Mateu las dos monumentales fuentes que ha visto, en la entrada y en la Plaza Mayor, con dos preciosas esferas de piedra labrada.

—Dígame, Manuela, ¿es usted una buena hija?

—Sí —contesta la niña.

—¿Quiere lo mejor para sus padres?

—Sí.

—¿Querría tener a su señor padre con usted, en su casa, al lado de su madre, y poder abrazarlo cada día?

—Sí, querría, y mucho. Pero mi padre hace lo que quiere hacer, y si quiere hacerlo, ¡bien hecho está!

Juan de Villalonga respira hondo. Una niña de dieciséis años no le desviará de su objetivo.

—Muy bien, pero un día, su padre podría dejar de hacer lo que hace y eso también estaría bien, ¿no? Estoy seguro de que él también querría abrazar a su hija cada día, ¿no?

—...

—Pues bien, Manuela, eso puede pasar. ¿Me ayuda?

—¿Cómo? —pregunta Manuela con curiosidad.

—Dígale usted a su padre...

—No sé dónde está mi padre —ataja Manuela, avezada a responder siempre lo mismo para proteger a su progenitor.

—Bien, pero si pudiera hablar con él... —Sigue Villalonga, sin flaquear en su propósito—, dígame que el general Villalonga le indulta de todas las acusaciones.

—¿Para después fusilarlo? ¿O solo para encerrarlo?

—¡Por Dios, señorita! ¡Qué ideas! Soy un hombre de honor. El Groc..., perdón, su señor padre solo deberá dejar las armas e ingresar en mi ejército, donde le conservaré su rango de comandante con su paga correspondiente. Y si prefiere quedarse en casa, le firmaré el retiro como oficial con su paga también correspondiente. Y usted tendría cada día cerca a su padre. ¿Qué más puedo ofrecerle, Manuela?

—No sé.

—Pues voy a ofrecerle todavía algo más: dígame a su padre que además le regalo mil..., no, ¡dos mil duros!, tanto si se alista como si se retira.

—¡Hija mía!

A nadie ama más el Groc que a su hija Manuela. Ahora la abraza como cuando era una niña. Besa su frente luminosa, acaricia sus trenzas doradas. Ya no la aúpa sobre sus fuertes hombros como cuando era más pequeña y ella jugueteaba con su cabello amarillo...

—¡Padre, su cabeza parece una mazorca! —bromeaba ella, agarrando sus

cabellos con sus menudas manos.

Para el Groc no hay mayor tormento que no poder ver a Manuela cada día, no poder hablar con ella cada noche. Su hija es la única persona sobre la tierra con la que el Groc, persona sanguínea y susceptible, jamás tendría una disputa. Entre su hija y él no hay reproches, jamás los ha habido, ni quejas ni demandas ni recelos ni rencores. La entrega de la muchacha por su padre es absoluta, la confianza del Groc en su hija no conoce fisuras. Solo se profesan admiración sin sombras, respeto recíproco, orgullo de una por el otro y veneración del otro por la una, amor de padre incondicional y amor de hija sin condiciones. Nada de la hija disgusta al padre, nada del padre disgusta a la hija.

—¡Padre!

Manuela abraza a su padre, al que hace semanas que no ha podido ver. Están juntos en la masía de la Grellera, una de las que más cobijo han dado al Groc en los últimos tres años. A Manuela le ha dado aviso Pep *lo Bo* de que Joaquín Penarrocha, cordial masovero de la Masía Grellera y pariente de la familia del Groc, invitaba a Manuela a cenar y a pasar la noche en la masía. Y allí se encuentran padre e hija. El Groc la ha esperado oculto en una doble pared que el masovero tiene preparada entre la cuadra y la escalera.

—Hija, me duele que tengas que mirar a la cara a ese asesino con uniforme, ese cazador de hombres. Pero nadie mejor que mi hija para decirle en mi nombre lo que debe oír...

Manuela le ha explicado a su padre la conversación con el general Juan de Villalonga en el palacio de Sant Mateu, unos días atrás, y el Groc la besa en ambas mejillas, toma el hermoso rostro de su hija entre sus enormes, fuertes y ásperas manos y le habla así, con firmeza pero a la vez con toda la dulzura de la que es capaz:

—Hija, nada de lo que propone el general Villalonga es aceptable para un hombre honrado. Me avergüenza que piense que yo podría convenir... ¡Eso habla de cómo es ese hombre sin principios! Dile: ¡no! Porque tú, hija mía, no podrías amar a un padre que vendiera su alma por unos duros, no abrazarías a un padre que ha traicionado su fe y su bandera, y la memoria de los que dieron su sangre a su lado.

El Groc se detiene para controlar la emoción, una mezcla de indignación y de sentido de la propia dignidad que quiere transmitir a su hija, y que le sale de las mismísimas entrañas:

—Hija, tú no querrías ver entre las paredes de tu casa a un fantasma sin honor, humillado a los pies de sus enemigos. Mi hija no querría ese deshonor para su padre, ¿verdad, Manuela? Hija, que ese hombre desalmado lo sepa: antes que aceptar esa bajeza, yo me sentaría en la Roca del Migdia y consentiría en que tú misma me pegaras un empujón y me despeñases. Díselo así.

EL DESPECHO DE JOSEFA

(Forcall, mayo de 1844)

—**N**O, PEP, Manuela no está aquí —dice Josefa—. ¡Los soldados han vuelto a llevársela! No sé si a Morella, Sant Mateu, Cálíg, Cuevas de Vinromà, Alcalà de Xivert... ¡o donde quiera que esté ahora ese demonio de Villalonga!

Pep *lo Bo* ha acudido a preguntarle a Manuela si sabe dónde está Pepet de Nasi, al que hace días que nadie ha visto por el pueblo, ni siquiera sus padres. Quiere saber si Manuela le ha pedido que se esconda, después de que le explicase las intenciones del somatén en el cementerio. Intenciones que Pep *lo Bo* conoció aquella misma mañana. Habían salido Pepet de Nasi y él con el turno del somatén en una batida por la Dehesa..., y vieron dos monturas sueltas. Las reconocieron: eran del Groc. Se miraron y callaron. Pero Vicente Molinos cogió las monturas y le preguntó al de Nasi, con voz alta y fuerte: «Son estas las monturas del Groc, ¿verdad? Tú bien lo sabrás...». La interpelación, ante el comandante de la tropa, sonó a acusación. Pepet de Nasi le dirigió una mirada asesina a Molinos y regresó al pueblo solo. Y ya de vuelta en el pueblo, Pep *lo Bo* oyó cómo otros dos hombres del somatén hablaban de detener y torturar a Pepet de Nasi hasta que delatase el escondrijo del Groc.

—Entra, Pep —propone Josefa—, te ofrezco un vaso de agua y vinagre.

Josefa se sienta en la cocina. Está sola, sus hijos están en casa de su padre. Pep *lo Bo* acepta el agua con vinagre, un refresco usual en las masías de la comarca desde siempre, hay quien dice que desde los moros, o desde los tiempos de Jesucristo, y tras apurar el vaso, ella aprovecha para decirle:

—El día en que los soldados se nos llevaron presas a Morella, interrumpimos una conversación, ¿recuerdas, Pep?

—Eh... —Pep *lo Bo* acaba de recordar las preguntas de Josefa sobre Valeria y el Groc, y se da cuenta de que ahora tiene una información que no tenía entonces, confiada por Juan Ejarque—. Sí, tía Josefa, sí me acuerdo, y ya le dije que nada sabía... Pero no me dijo usted quién le había insinuado...

—Vicente Molinos —desvela Josefa.

—¿Molinos? ¿Ese? No me fío de ese hombre, tía Josefa, no sé qué busca... Cuando le veo cómo actúa en el somatén... me da mala espina.

Pep *lo Bo* le comenta a Josefa que tiene la impresión de que los somatenes de algunos pueblos empiezan a competir por ver quién mata más facciosos, sobre todo los de Morella, Cinctorres, Todolella o La Jana, que han sacado de sus camas a

carlistas pacíficos o han cazado a otros en un barranco, para torturarlos, destrozarlos o piadosamente solo fusilarlos...

—¿De verdad no sabes nada sobre el Groc y Valeria, Pep? —vuelve a preguntarle Josefa.

Pep *lo Bo* guarda silencio. Mira a Josefa, advierte su sufrimiento: es una mujer sola, sin su marido, ahora sin su hija mayor, y además torturada por la incertidumbre, la soledad y la duda. Pep *lo Bo* no puede olvidar la escena que vio en esta misma cocina, la que precisamente alejó a Valeria de esta casa... Y su pena por Josefa le impide ocultarle lo poco que sabe, aunque sin calibrar si desvelárselo pueda ocasionarle un mayor padecimiento:

—Tía Josefa, solo sé una cosa, y es que su prima Valeria está embarazada. De quién..., ¡no lo sé! Solo sé que esa mujer... está a punto de dar a luz a una criatura.

LA SOLEDAD DE UN PARTO

(Masía Roig, 8 de junio de 1844)

ES una niña.

Es rubia.

De mayor, Valeria lo sabe, el color de su cabello competirá con el de las panochas en verano.

Valeria la amamanta y siente cómo la niña se agarra a la vida, a la leche dulce y tibia que le sube a los pechos. Valeria nunca antes había vivido una paz tan completa. Sabe que ya nunca estará sola.

El final de su soledad se ha cumplido en el crepúsculo de la tarde anterior, con dolores intermitentes en el bajo vientre. Se ha retorcido sobre sí misma y el asustadizo Cadell ha ladrado a su alrededor como un desesperado, igual que aquella madrugada fría en que olisqueó a un hombre malherido.

Valeria ha temido que el dolor la desvaneciese, y ha sentido necesidad de despojarse de sus ropas oscuras y ásperas, y desnuda se ha sumergido en la alberca, la misma alberca en la que por primera vez el Groc la vio desnuda desde una ventana. Ha dejado que su vientre palpitante flotase en el agua, ha visto sobre sí un cielo teñido de violetas y sangre. Con la puesta del sol su dolor ha remitido... hasta que ha sentido que su bebé venía al mundo. Y Valeria ha entrado en la masía sin secar su cuerpo desnudo y se ha acuclillado, apoyando las mano en una silla detrás de sí, y ha empujado acompasadamente, una vez, dos veces, tres, cuatro, y entre bufidos y más empeño que dolor, la manta morellana que había dispuesto en el suelo ha recibido a la recién nacida.

Es una niña.

Es rubia.

Valeria sabe que, de mayor, el cabello de su hija competirá con el color de las panochas en verano.

Valeria acuna a su recién nacida hija contra su pecho desnudo. Sabe que, como ella cuando era niña, su hija lo aprenderá todo en la Masía Roig, lo que hay que saber de los animales, lo que hay que hacer cuando nacen cachorros de cerdos, ovejas y cabras, cómo conviene anudar el cordón umbilical y ver al cachorro hambriento buscar con ansia el pecho y mamar con todas las ganas...

Valeria amamanta a su hija, cierra los ojos y piensa que podrá enseñárselo todo, pero no podrá darle algo que ella sí tuvo: un padre. Valeria sabe que la niña crecerá a

su lado y un día estarán labrando y le preguntará quién es su padre. Quizá le cuente entonces que su padre es un hombre fuerte y valiente que golpea las peñas para cambiar el mundo. Un hombre que entrega su piel y sus huesos para que todo sea como debe ser. Un hombre que no vivirá pacíficamente en un hogar con esposa e hijos si al salir a la plaza no puede extraer del bolsillo un papel que rece: «Esta es mi ley». Y que si le preguntan: «¿Quién lo dice?», él siempre responderá: «Lo digo yo en nombre de mis padres y mis abuelos, que lo aprendieron de los suyos». Todo eso le enseñará un día a su hija.

Valeria cubre el interior de un canasto con lana y con el pañuelo negro del Groc, sobre el que deja dormir a su hija. No sabe si le contará que su padre ha dejado en otro lugar una casa con una esposa y otra hija que no saben de ella. Valeria no sabe si le contará a su hija lo que sucedió durante el asalto de unos soldados, no sabe si le contará que el pudor y la vergüenza han impedido a su prima hablar de ello con nadie, y que quizá uno de sus hijos, la pequeña Joaquina, lo sea de un desconocido soldado...

Valeria no le dirá tampoco al Groc que le ha nacido una hija. Desde que él apareció en la Masía Roig, Valeria no ha aceptado intercambiar su cuerpo con nadie a cambio de nada. Hubiera sido fácil con Vicente Molinos el día que le llevó un queso de oveja... Antes había sido así de fácil con otros viajeros. Pero después de aquellos días con el Groc, después de aquella noche, no ha podido repetirlo con nadie. Él la rechazó en una segunda visita, pero ahora entiende que la Virgen de la Balma estaba esperándolos para cobijarlos bajo su santo manto, poco después...

Mientras se hunde en el sueño, Valeria evoca el pasado 8 de septiembre, la festividad de la Virgen de la Balma, recuerda cómo acudía cada año con sus padres, impresionada por la lucha del ángel y el demonio, por los alaridos de las mujeres endemoniadas en la cueva, por el aspecto de las hechiceras «caspolinas» que expulsan demonios de las posesas por las puntas de los dedos de manos y pies, fascinada por las espectrales sombras de las hogueras en la noche, los cánticos de los romeros... Con devoción, ha seguido acudiendo sola cada año a la romería de la Balma. Y en la última romería, hace ahora nueve meses...

El Groc había decidido que en esa romería multitudinaria con gentes llegadas de Aragón, Valencia y Cataluña sería sencillo camuflarse y hasta conseguir voluntarios. Valeria, ya sumida en el sueño, revive la luz de la hoguera en la que encontró al Groc junto a Torres, Molinos y Carbó, y revive también la mirada celosa de Molinos cuando ella y el Groc se alejaron juntos en las sombras de una noche muy estrellada... Y ahora, el dulce recuerdo del calor del cuerpo del Groc la estremece desde los muslos hasta las mejillas.

Han transcurrido nueve meses desde aquella noche en la Balma, y un día le gustará explicárselo todo a esta hijita sin nombre que ahora duerme a su lado.

«HE MATADO, PADRE...»

(Sant Mateu, junio de 1844)

—CHIQUILLO, ¿qué haces tú aquí? Pero... ¡vaya pinta! ¿De dónde sales? ¡Pareces una aparición! Entra, hijo, entra...

Ramón Silvestre, el capellán castrense de la guarnición de Sant Mateu, no veía a Pep *lo Bo* desde el triste y solitario entierro de Timoteo García, en el cementerio de Forcall, más de medio año atrás. Y ahora le tiene enfrente, con aspecto de no haber descansado en días y de haberse arrastrado por los infiernos.

—Mosén Silvestre, ayúdeme, tiene que ayudarme...

Pep *lo Bo* se arroja a los brazos del cura y se desmadeja. Mosén Silvestre le sienta en una silla.

—Anda, siéntate... Y hazme el favor de tomarte este licor de nueces, antes que nada.

Estupefacto de que Pep *lo Bo* le haya encontrado en su alojamiento en la parte trasera de la rectoría de Sant Mateu, en plena noche, tan lejos de su pueblo natal, el cura le sirve una copita de licor. Al dársela repara en el lamentable aspecto de Pep *lo Bo*, en sus cabellos polvorientos, rasguños en la cara, heridas en brazos y piernas, ropas desgarradas y manchadas de tierra y vegetación, y unas alpargatas tan deshinchadas que son ya más un desecho de esparto que un vestigio de calzado.

Pero más allá de los síntomas de agotamiento, lo que alarma a mosén Silvestre es la desolación que arrasa la mirada del chico, una tristeza desesperanzada que no le había visto antes en Forcall.

—¿Qué te ha pasado, hijo?

A Pep *lo Bo* le arde el licor en la garganta, se atraganta y tose, respira entrecortadamente, deja caer los brazos a ambos lados del cuerpo y durante unos segundos no parece capaz de decir lo que acaba diciendo, justo antes de romper a llorar:

—He... ¡He matado, padre! Y eso... no es... todo...

Durante la hora que sigue, Pep *lo Bo* relata a mosén Silvestre una sucesión de espantos que obligan al sacerdote a persignarse repetidas veces. Después de escucharle, el sacerdote confiesa a Pep *lo Bo*, que se arrodilla y besa su estola violeta. El cura consuela el alma del chico con la oración, y su cuerpo con buñuelos de

abadejo sobrantes de su cena. Le cede su camastro, en el que un sueño profundísimo vence a Pep *lo Bo*.

Todavía conmocionado por lo que ha escuchado, mosén Ramón Silvestre, sentado en la mesa de su escritorio con la cabeza entre las manos, repasa las calamidades que han salido de los labios de Pep *lo Bo* a trompicones y borbotones, entre muchos sollozos y algunos llantos...

—Tocaban las campanas a somatén en Forcall y corrí obligado a una de sus batidas. Enseguida supe que íbamos a la caza de Pepet de Nasi, delatado como soporte del Groc. Entramos en casa de sus padres, que negaron saber dónde estaba. Yo me aparté y bajé a solas a la bodega, y acerté: nos esperaba pistola en mano, dispuesto a vender cara su piel. Le convencí de que huyese por el cano que él mismo había conectado al de la casa vecina, la de Marcos Penarrocha. Me obedeció. Ya en la otra casa se subió a los tejados. Le vieron. Los del somatén también subimos. Pero Pepet de Nasi sabe correr por los tejados, a eso jugábamos de niños... Solo un soldado de la tropa fue capaz de acercársele. Y yo. El soldado le apuntó, iba a dispararle por la espalda. Usé mi tirachinas para que soltara el fusil. Le acerté y lo soltó. Pero perdió el equilibrio. Cayó del tejado a la calle. Está muerto, seguro... Dios me perdone, el soldado tendría familia, padres... Me asusté mucho y corrí tras Pepet de Nasi por los tejados. Nadie nos vio, y saltamos a la calle, salimos del pueblo y Nasi me dijo que huía a Castellón, que allí tenía amigos...

—Y tú, ¿qué hiciste, *lo Bo*?

—No volví al pueblo. Eso me delata, lo sé, mosén, ¡pero no hubiese sabido disimular! Me escondí entre unas zarzas y al caer la noche me alejé todo lo que pude de Forcall. Di un gran rodeo hasta llegar a la Masía Sebastiana, junto a mis amigos Juan Ejarque y María Gil, que me escondieron en el corral de las ovejas que pastoreo. ¡Me alegró ver que había nacido su bebé el día anterior! «¡Le llamaremos Juanito!», decían. ¡Lo esperaban con tanta ilusión! Habían perdido ya dos bebés... Pero la alegría duró poco, mosén... Al día siguiente, el niño Juanito estaba malito porque la madre no comía bien desde hacía días y no producía leche para el bebé. ¡Esto es culpa del general Villalonga! Ha bloqueado el transporte de alimentos, ordena arrancar las patatas de los campos y las frutas y hortalizas para que los guerrilleros no coman, y así está matando de hambre a los masoveros, a todos...

—¡Cuidado, Pep *lo Bo*! Has venido al cuartel general de ese hombre del que hablas, y aquí las paredes oyen...

—El bebé no podía mamar y sus padres se asustaron mucho, ¡decían que se moriría también, como los otros! Entonces yo les recordé que si María había visto en el río a otra mujer embarazada del mismo tiempo que ella, quizá ya habría parido, y que si esa mujer era Valeria de la Masía Roig, bien podría amamantar a dos bebés... Subimos los tres con el bebé a un carro y nos dirigimos a la Masía Roig, que está cerca. Pero una columna de soldados nos cerró el paso por no llevar el salvoconducto que establece el general Villalonga, mosén. Temblé, pensé que alguno me

reconocería. Tuve suerte, no eran los de Forcall. Les imploramos que nos dejaran seguir, pero no se apiadaron del bebé y nos obligaron a volver. Obedecimos y retrocedimos. Obedecimos, retrocedimos. Pero cuando los soldados no nos veían, salté del carro, pedí a los Ejarque que me esperasen en su casa y les prometí que les traería a Valeria campo a través... Y entonces..., entonces...

—Llora, chico, llora... ¡Eres aún tan joven! Demasiado para tantos sustos, esfuerzos y miserias... Necesitas llorar...

—Lloro por lo que vi en la Masía Roig, mosén, por eso lloro... ¡La mataron! ¡Mataron a Valeria! Eran demonios. Yo ahora sé que el diablo tiene forma de persona, mosén... Cuando llegué a la Masía Roig, Valeria estaba todavía viva. Hacía ocho años que no la veía y la encontré fuerte y hermosa, sola y feliz con su bebé en brazos. ¡Valeria había alumbrado a una niña el día anterior, también! Una niña rubia y preciosa. ¡Supe quién era el padre con solo ver a la niña, mosén! Pero no se lo diré a usted ni a nadie, que mi lengua también mata...

—¿Qué dices de tu lengua, Pep *lo Bo*? ¿De qué hablas?

—El somatén que perseguía a Pepet de Nasi debió de ir a casa de Josefa a presionarla. Yo le había hablado días antes de..., de... «¿Por qué ha dicho Josefa que miremos en la Masía Roig?», le preguntaban los del somatén a la pobre Valeria, mientras la desnudaban a tirones. «¿Qué sabes?», le preguntaban, y le tiraban del cabello. Y entonces uno levantó del suelo un pañuelo negro: «¡Mirad, la bandera de Cabrera!». Y muchos en Forcall saben que el Groc guarda un pañuelo igual. «¿Dónde está el Groc? ¿Dónde está el Groc?», le preguntaban a cada latigazo a Valeria. ¡Docenas de veces se lo preguntaron, mientras la despellejaban viva! ¡Le arrancaron la piel como a un conejo! ¡A una persona, a una mujer!... Ella no dijo nada, casi ni gritó, yo sé que estaba pensando en su hijita, no quería que su hijita recién nacida la oyese gritar... Un vecino de Forcall, uno que esquila ovejas, le arrancó el cuero cabelludo con su navaja. Creí que eran personas, ahora sé que son demonios...

—¿Tú viste... todo eso, chico? No puedo creer que... ¡Es espantoso, hijo! Y la niña, ¿qué pasó con la niña?

—Al llegar hablé con Valeria junto a la alberca, le expliqué lo del bebé de los Ejarque y ella me dijo que tenía mucha leche y que me acompañaba. Me puso a su hija en brazos, arropada con el pañuelo negro del Groc, y entró en la masía a buscar el canasto y un queso para María Gil.

»¡Y entonces los vi venir, mosén! Oí los gritos, vi las horcas en alto, las azuelas, las hoces, las sogas, los palos... Venían los del somatén, sin soldados, para tomarse la justicia por su mano. Y muy cargados de aguardiente, mosén... Me escondí rápido para que no me viesen, detrás de la masía. Corrí con la criatura a cuestras, sin darme cuenta de que se me caía el pañuelo al suelo... No pude entrar en la masía para prevenir a Valeria, me hubiesen visto... ¡y ahora estaríamos todos muertos! No quise separarme de la niña, y eran demasiados hombres para mi tirachinas...

»Valeria ya estaba muerta cuando me dejé caer por una pendiente que da al

arroyo, y por allí me alejé hacia la Masía Sebastiana...

—Dios te envió a la Masía Roig... Fuiste valiente, Pep *lo Bo*, obraste muy bien...

—Tenía mucho miedo de que me siguieran y nos matasen a mí y a la niña. La apreté bien contra mi pecho durante todo el camino, pisé fuerte a cada paso para no tropezar, para no caerme al suelo. No sé cómo llegué, temblando de miedo y con los nervios descompuestos, ¡pero la niña estaba viva! Lloraba, pero estaba viva. El niño de los Ejarque, en cambio, no lloraba y estaba muerto. Cuando llegué a la Masía Sebastiana, el pequeño Juanito ya había muerto, mosén.

Mosén Ramón Silvestre contempla al chico de dieciséis años mientras duerme. Siente por él admiración y lástima, y se pregunta por qué Dios permite que un chico de esta edad viva tamañas tragedias.

—Enterramos al pequeño Juanito en un bancal junto a la Masía Sebastiana, mosén. Sin cura ni ceremonias, sin que nadie lo viera. Había que hacerlo así. Sus padres no dejaban de llorar, pero les supliqué hacerlo así, porque habían venido los soldados a cerrar la masía y a llevárselos al pueblo. Traían un bando de su general Villalonga:

Desde mañana quedarán cerradas y tapiadas todas la masías y ermitas contenidas dentro del círculo que forma la línea que conduce desde Oropesa hasta Cabanes, Benlloch, Sierra de Engarcerán, Albocácer, Villar de Canes, Benasal, Villafranca, Castellfort, Forcall, Morella, Boixar, Fredes, Pauls, Mas de Barberans, La Senia, Rosell, Traiguera, San Jorge, Cálig, Benicarló, Peñíscola y la costa hasta Oropesa. Sus habitantes las abandonarán para vivir en los pueblos con todos sus ganados y bestias de labor. Así los facciosos quedarán sin cobijo ni alimentos.

El comandante general de las Tropas del Maestrazgo,

DON JUAN DE VILLALONGA

»Había que bajar al pueblo al día siguiente. Por eso les rogué a los Ejarque enterrar al pequeño Juanito y quedarse con la niña de Valeria como hija suya. ¡Nadie sabría nada! ¡Era lo más seguro! Enterramos a Juanito sin testigos, llorando los tres. Ellos nunca dirán nada. Y yo solo a usted. He venido por las montañas, alejado de los caminos para no toparme con somatenes ni soldados. Le di un beso a la niña y me fui antes de que los soldados los bajasen a los tres al pueblo por la mañana. Ahora estarán en Forcall, con comida y nodrizas. La niña se criará con los mejores padres. ¡Para todos, será siempre la hija de Juan y María!

Antes de apagar el quinqué y acostarse en el suelo sobre un capote militar, mosén Silvestre decide que al día siguiente hablará con la nueva amiga que ha hecho durante estos cinco meses largos en Sant Mateu: doña María Ángeles Soler y Lacy, la joven esposa del glacial e implacable general donjuán de Villalonga.

EL SAQUITO ROJO

(Masía Torres, 12 de junio de 1844)

—**J**OAQUÍN, haced como digo, preparadle esa tisana con *espartet* y cabellera de *panissa*. Una taza ahora, esta misma noche. Y otras tres tazas mañana.

El Groc está en la alcoba de la pequeña Leonor, en la Masía Torres, con el padre de la niña, Joaquín Torres. Dolors, la madre, ha salido de la alcoba con cara de pocos amigos al ver al Groc, sin siquiera escucharle. La pequeña Leonor, tendida en la cama, ladea un poco la cabeza y mira al Groc:

—Hola, tío Tomás... —musita, en un suspiro.

La pequeña Leonor apenas tiene fuerzas para hablar. Ha oído *panissa* y le ha gustado porque lo ha dicho su querido tío Tomás, que tiene el pelo de panocha y que siempre es tan simpático con ella y le da estos besos tan tiernos en la frente. Muy débil, la niña ni siquiera puede fijar la mirada. Esta vez no ha podido correr al encuentro del Groc con ojos chispeantes y risa de pajarillo, ni él ha podido levantarla y sentarla sobre sus hombros, como hacía con su hija Manuela cuando era pequeña.

—Y también recoged hipérico —aconseja el Groc a Joaquín Torres—, dejadlo reposar un día en aceite de oliva y dadle friegas por todo el cuerpo.

La niña padece mareos, dolores y fiebres desde hace semanas, y ya no tiene fuerzas para jugar ni levantarse de la cama. El Groc aprendió de su madre, Tomasa Penarrocha, algunos secretos de las plantas de la comarca, y más de una vez se ha sanado con ellas a sí mismo y a sus hombres en plena montaña.

Joaquín Torres pide a su cuñada que prepare tisanas y friegas, y luego conversa en la cocina con el Groc y Pitarch. Los dos fugitivos han llegado en plena noche a la Masía Torres, y el masovero barrunta que quieren decirle algo importante.

—Joaquín, escucha: tu masía es la única a la que ahora puedo acudir...

—Sí, el general Villalonga ha tapiado las masías de los Puertos de Morella y medio Maestrazgo —aclara Pitarch...

—Pero eso no afecta a tu masía, en Aragón, ya en Teruel, fuera de la línea de bloqueo de Villalonga; pero en Castellón los caminos están tomados por la tropa, piden pasaportes en cada término y prohíben que circulen alimentos. Mis hombres, hambrientos, han vuelto a sus casas por orden mía. Y allí el somatén los está cazando como liebres... Pitarch y yo vivimos ahora en barrancos y cuevas, como los lobos.

—¿Y qué piensas hacer, Tomás? —pregunta Joaquín Torres, fingiendo naturalidad en la pregunta.

El Groc hace un gesto a Pitarch, que se levanta, sale fuera de la masía y vuelve con tres gruesos zurroneos de piel de oveja, que planta sobre la mesa de la cocina. El Groc pone sus poderosas manos sobre los zurroneos y mira a los ojos al masovero:

—Mira, Joaquín, después de recoger lo que me guardaban en las masías de la Grellera, de Molinos y de Carbó, esto es todo lo que nos queda para la causa: alguna pieza de plata, dos pares de alpargatas nuevas cosidas por Manuela... y setecientos duros. Joaquín, guárdalo aquí, en tu masía, es lo único que nos queda.

Joaquín Torres asiente y se esfuerza por enmascarar un atisbo de codicia ante los hinchidos bolsos de reales de vellón, pesetas y duros, y vuelve a preguntarle al Groc:

—¿Y tú, Tomás, qué harás? ¿Te quedas aquí unos días? ¿Te vas? ¿Dónde estarás?

Pitarch mira a su jefe y amigo, porque tampoco conoce sus planes para el futuro, y escucha la respuesta del Groc con la misma sorpresa que Joaquín Torres:

—Pitarch y yo extenderemos todavía un par de recibos en Portell y Cinctorres, quedan unos dineros pendientes de recoger. Después abrazaré a mi mujer y a mis hijos... y cruzaré el Ebro.

—Entonces... ¿has aceptado la propuesta de Villalonga? —pregunta Joaquín Torres.

En Forcall ha corrido la voz de que el general Juan de Villalonga, furioso ante la respuesta del Groc a su personal oferta de indulto, le ha transmitido a través de Manuela otra posibilidad de retirarse sin sangre del campo de batalla:

—Manuela, entiendo los reparos de tu señor padre... —le ha dicho Villalonga a la niña de dieciséis años en su segundo encuentro en Sant Mateu, en el que ha decidido ya tutearla— y voy a ponérselo más fácil: le doy los dos mil duros si cruza el Ebro. ¡Bastará con que cruce el Ebro! Yo daré orden de no pedir pasaportes ni detener a nadie durante los próximos quince días. Díselo: ¡camino libre y dos mil duros en el bolsillo!

—¿Has aceptado la propuesta de Villalonga, Tomás? —vuelve a preguntar Joaquín Torres, con creciente interés.

—Ja, ja, ja... —ríe el Groc, súbitamente divertido—. ¡Tú me conoces, Joaquín! ¿Cómo me preguntas eso? ¡No crearás de verdad que yo cerraré tratos con un asesino traicionero! Ya veo que no sabes qué otra cosa le dijo Villalonga a mi hija, ja, ja, ja... ¡Cuéntaselo tú, Pitarch, que me orino, ja, ja, ja!...

El pecho del Groc, cargado del humo del tabaco de monte que siempre fuma, se agita y retumba con una risa grave que recuerda a los truenos de agosto descolgándose entre las peñas de la Garumba. Y Pitarch, con sonrisa desdeñosa, le cuenta a Torres:

—Villalonga le dijo a Manuela que quería verse a solas con el Groc. ¡Los dos solos, bajo palabra de honor de no atacarse! Y que le daría en mano los dos mil duros. ¿Has oído, Torres? Un encuentro... ¡entre el Groc y Villalonga! ¿Qué iban a decirse? Ja, ja, ja...

Ahora es Pitarch quien ríe con solo imaginar la impensable reunión entre el

relamido general liberal, maniobrero y cargado de medallas y puñetas, y el Groc, tan idealista y agreste, franco y rudo como él mismo. ¿Qué podrían decirse esos dos hombres tan distintos? ¿De qué hablarían dos hombres tan alejados? ¿Cómo podrían tratarse después de tanta sangre vertida, de tanto encono, de tanta inquina y cuentas pendientes? ¿Cómo podría el Groc parlotear con quien ha fusilado a sus amigos y perseguido a su familia?

—¿Y tú qué has respondido, Groc? —pregunta Torres, cada vez más asombrado e intrigado por esta relación entre el general y el guerrillero a través de la niña Manuela.

—Que ni quiero su dinero ni necesito hablar de nada con él. Y que si aparece ante de mí..., ¡le mato! ¡Morir o vencer!

Durante el día, el Groc y Pitarch se han turnado para dormir unas horas cada uno, mientras el otro hacía guardia. Al caer la noche, el Groc ha hecho un gesto a su compañero de fatigas:

—Nos vamos a lo nuestro, Pitarch, ya es hora.

Joaquín Torres ha puesto a buen recaudo el botín del Groc en un agujero practicado en una pared, detrás del arca de madera en el que la familia guarda las prendas de ropa más estimadas, entre finos pañuelos grandes y ramitas de espliego, briznas de tabaco y membrillo para ahuyentar a las polillas.

Antes de despedirse del Groc, Joaquín Torres insiste en querer saber por qué el cabecilla cruzará el Ebro, y el Groc se lo explica:

—El país está ahora muy peligroso. Villalonga no me perseguirá al otro lado del Ebro. Llegaré a Francia, conseguiré apoyos y volveré con más fuerza.

—Entonces, Tomás, ¿pasarás por aquí a recoger tus cosas? ¿Qué día? ¿Qué querrás llevarte? Dímelo y te lo prepararé... —Se ofrece Joaquín Torres.

—Sí, pasaré a recoger los duros, los dos pares de alpargatas y dos mantas. Y que las mujeres me cosan algo de ropa para el camino.

—¡Lo tendrás todo a punto! ¿Qué día te espero?... —insiste Torres.

—Ahora lo hablamos, antes déjame despedirme de Leonor...

La alcoba de la niña huele a las diversas hierbas aromáticas silvestres de tisanas y friegas. La pequeña Leonor ha recuperado algo del brillo de su mirada, pero su voz es casi inaudible. Sonríe al ver al Groc al lado de su cama y le saluda.

—Hola, tío Tomás...

—Hola, chiquitita. Te pondrás bien, ¿verdad? Volveré. Y vendrás corriendo y te levantaré tan alto que casi volarás como un pajarito, ¿querrás?

—Sí —asiente la niña con un hilo de voz, sin dejar de sonreír.

—Y como eres tan valiente, no te asustarás —dice el Groc, que le guiña el ojo y al oído le susurra—: que yo recuerdo muy bien cómo salvaste aquellas cartas...

La pequeña Leonor vuelve a asentir con la cabecita, y el guerrillero se enternece

porque le recuerda a su hija Manuela, que ha sido siempre su más incondicional apoyo. Entonces la niña levanta el brazo, señala los cabellos pajizos del Groc, y él se inclina para dejar que ella los revuelva.

Con la cabeza gacha sobre la cama, mientras la niña le toca los cabellos, el Groc ve oscilar, colgado de su cuello, el saquito rojo que casi tres años atrás le entregó Orosi, el ermitaño de la Balma, diciéndole:

—Llévalo siempre contigo y te protegerá del fogonazo que ya ha empezado a perseguirte...

Mientras se lo saca por encima de la cabeza y lo cuelga del cuello de la niña Leonor, le dice:

—Escucha bien, Leonor. Dentro de este saquito hay tierra sagrada de la Balma. ¡Esto te protegerá y te curará, te lo prometo!

La pequeña empuña el saquito rojo con su fina mano, y por primera vez habla como si un gorrión piase:

—Me curaré, ¡y cuando esté curada se lo devolveré! Muchas gracias, tío Tomás...

El Groc besa la frente de la pequeña Leonor, y ya en la puerta de la masía le dice a Joaquín Torres, con un abrazo:

—Vendré en tres o cuatro noches. Me llevaré lo dicho y la mitad de los duros. La otra mitad son para ti, por lo que he hecho sufrir a tu familia... Y si tú puedes, ayuda a la mía.

—Así será. Hasta pronto, Groc...

—Hasta muy pronto, Torres. Una piedrecita blanca en la ventana de la cocina será la señal de que puedo acercarme.

EL ÚLTIMO CAUDILLO CARLISTA

(Portell, 13 de junio de 1844)

HA visto la pistola encañonándole mientras tendía el recibo al alcalde en la fuente convenida, a las afueras de Portell. Demasiado tarde. Pitarch ha disparado también y ha matado al atacante, pero la primera bala ya atravesaba el brazo izquierdo del Groc. El derecho estaba ocupado con el papel del recibo, como siempre firmado por él mismo con la fórmula «en el campo del honor».

Pero este alcalde no ha sido nada honorable. Ha preparado una emboscada. Tras la primera detonación, el alcalde se ha tirado al suelo, el Groc ha dejado caer el recibo, ha sacado su pistola de la faja y ha disparado a otro de los hombres armados que asomaban por detrás de una mata. Le ha visto caer de espaldas con el cuello reventado. Y ha corrido.

¡Nadie le atrapará! Las peñas sobre las que salta se enrojecen a su paso, pero no le atraparán. El Groc corre con una herida de bala en el brazo izquierdo. Una bala que ha entrado por delante y ha salido por detrás, clavándose en el tronco de un árbol con un chasquido seco y rojo. El Groc corre, hurta su cuerpo tras carrascas y rocas, siempre corre hacia arriba, más arriba. La bala ha atravesado el brazo casi a la altura del hombro, pero sus piernas siguen intactas y jamás le fallan, siempre le salvan, fuertes como rocas, calzadas con alpargatas de cáñamo que son alas en sus pies.

Su sangre deja un rastro carmesí en las peñas blancas. No puede cortar la hemorragia mientras corre. Ha perdido de vista a Pitarch, que después de disparar ha salido corriendo en otra dirección.

Más que nunca antes, Tomás Penarrocha se siente desvalido mientras corre. Está solo, sabe que acercarse a Forcall es demasiado peligroso, que las masías están cerradas y los caminos llenos de soldados...

Los ásperos matorrales le desgarran las medias, le desatan las alpargatas... Ya muy arriba, se cobija en una pequeña covacha desde la que puede otear mucha porción de terreno. Se pega al fondo y se asoma a mirar de vez en cuando, mientras desgarrar una tira de tela de su blusa negra para hacerse un torniquete. El dolor y la altura de la herida le dificultan la tarea. Pero lo consigue al anochecer, con el primer aullido de los lobos.

Necesita curar la herida y decide aprovechar la noche para acudir al único lugar en el que cree que pueden cuidarle. Un lugar en el que ya estuvo malherido. El Groc sabe que han cerrado las masías, pero no se detiene porque también siente que esa

mujer que vive sola y ha sobrevivido a todo es más poderosa que nadie.

No entiende lo que vislumbra desde lejos, por mucho que ya clarea el día en la Masía Roig. La fachada ennegrecida por el hollín, la puerta carbonizada, el tejado hundido, las vigas derrumbadas, apuntando algunas al cielo como si fuesen púas quemadas de un erizo muerto...

—¡Valeria! —grita el Groc.

Llega frente a la Masía Roig, que ha ardido por los cuatro costados. Las marcas negras del humo y del hollín tiznan las paredes sobre cada ventana y el calor del incendio ha demolido una porción de la fachada sobre la puerta... La masía es una ruina, un carbón.

—¡Valeria!

Los gemidos apagados de un perro le guían. Rodea la masía y los oye mejor. Proviene de la cochiguera, donde el Groc sabe que Valeria criaba a una cerda. Allí descubre a *Cadell*, convertido en el esqueleto de un perro, tendido, sin fuerzas para ponerse en pie, como si custodiara algo hasta su último aliento. Al principio los ojos del Groc no pueden distinguir lo que el perro de Valeria pretende vigilar... Cuando por fin lo descifran, el Groc preferiría no haberlo entendido.

La cerda ya no está. Debieron de llevársela los mismos desalmados que incendiaron la masía. Pero antes permitieron que el animal se alimentase de los restos de un cuerpo en carne viva, y el Groc entiende que es el cuerpo de la mujer que un día le salvó la vida y que durante dos noches de su frenética guerra le hizo olvidar por qué guerreaba.

La ha enterrado. Bajo el saúco, al lado de las tumbas de sus malogrados padres, junto a los dos túmulos de pedruscos moteados de hierba y coronados con sendas cruces de madera que Valeria hizo años atrás, hoy medio caídas. El Groc las ha recompuesto y ha preparado otra cruz para Valeria.

Arrodillado ante la tumba de la mujer, el Groc ha rezado a su Dios antiguo, ya su único acompañante. Ha vuelto a sentirse muy solo, pero esta vez mucho más que el día anterior, más que nunca. Se da cuenta de que ya solo queda él... Todos los cabecillas han ido cayendo en semanas... Piensa en todos sus muertos, en Valeria, sus muchos amigos, los hermanos Querol, Gasparet, los cabecillas el Gato de Santolea, Vizcarro, Tarranquet, también el hijo de Barreda, y Marsal y, hace solo dos semanas, los principales cabecillas del Maestrazgo, los colosos José Miralles *el Serrador* y tío Vicente Barreda *la Cova*, veteranos oficiales de Ramón Cabrera, oficiales de carrasca... Muertos. Parece imposible, pero es verdad: todos muertos...

Un superviviente de la partida de la Cova se lo había contado a él y a Pitarch días atrás... El 15 de mayo, en la masía de las Covatelles, en el río Motiló, Miralles y

Barreda y dos carlistas más comían unas gachas. El masovero, Genaro, los había vendido: tenía a cuatro tiradores apostados en el corral. Una bala atravesó la espalda de Miralles y le salió por el pecho. Todos corrieron afuera, pero Miralles *el Serrador* no pudo seguirlos y murió acribillado. Por orden de Villalonga, su cadáver fue expuesto en la plaza de Benasal.

Al día siguiente, la Cova y tres más comían en la Masía La Serra de Vistabella, y el masovero, Beltrán, también los había vendido: desde el tejado, un soldado disparó por la espalda a la Cova. Le mantuvieron vivo y le trasladaron en mulo hasta la plaza de Benasal, para dejar que muriera desangrado junto al cadáver del Serrador. Por orden de Villalonga, durante dos días enteros quedaron expuestos a los ojos de todos junto a la piedra del *pelleric*, en la plaza de la Constitución. Y después los enterraron sin ceremonia religiosa.

El Groc piensa ahora en sus viudas, en sus hijos, en sus familias, y también les dedica una oración. Y entonces piensa en su propia familia, en Josefa, en Manuela, en sus hijos Marcos, Joaquina y Tomás, en su hermano Marcos, en sus sobrinos, en su suegro el tío Vicent, en los Bordàs... El Groc sabe que jamás negociará un acuerdo con el repugnante y negro Villalonga, ¡jamás!, pero por primera vez imagina a todos los suyos viviendo una vida pacífica sin él...

Deja atrás la tumba de Valeria. Deja a su espalda la Masía Roig convertido en un carbón consumido por la rabia, el odio y el miedo que su guerra ha atizado.

Lo último que ve en la Masía Roig es a un perro moribundo, un perro agonizante en cuya mirada se ha visto a sí mismo.

UNOS BIGOTES MUY CODICIADOS

(Sant Mateu, 14 de junio de 1844)

PASCUAL CARBÓ, Vicente Molinos y Joaquín Torres tiemblan de miedo en el despacho de Villalonga, un miedo que el gélido general percibe y que le complace paladear.

—Señores míos, ya solo queda en pie el miserable Groc de Forcall, pueblo de ustedes... ¿Tienen algo que decirme?

Después de hacerles esperar media hora en su despacho, a solas, el general Villalonga ha irrumpido con brusquedad en la estancia, se ha plantado en medio de la sala con las piernas un poco separadas, el brazo izquierdo en la espalda y la cabeza teatralmente alta. Su mano derecha, pegada al muslo, golpea la bota con la fusta y mira a los tres hombres con dureza. Ninguno se mueve ni un milímetro en sus sillas.

—Comienza a rayar para este infortunado suelo la aurora de la paz, pero... ¡ustedes tienen conmigo un compromiso!

El miedo espolea a Pascual Carbó, que rompe a hablar para intentar sacudírselo:

—¿Y qué podemos hacer? Mi general, ábrame la masía y yo esperaré al Groc, atraído por la necesidad, le daré bebida, comida y cama, y le cazaré.

—¡Y yo! —Compíte Vicente Molinos, con lacónico y siniestro énfasis, sin añadir nada más.

—Y harían ustedes muy bien: ¡hay seis mil reales en esta mesa para quien cace al Groc de Forcall!

—Hace ya muchos días que nada sé de él —miente Joaquín Torres, que tuvo al Groc en la Masía Torres dos días atrás—, pero yo sí tengo algo interesante que decirle, mi general, algo que puede ser el final del Groc...

—¡Por fin! —le anima Villalonga, sentándose al otro lado de su escritorio.

—Verá, el Groc empleaba la cruz de Moñolmecca para sus cartas, y yo suelo escrutar la cruz por si intercepto alguna, ¿sabe? Ayer dejó una nota para mí —se inventa Torres—: me pide que le prepare dos mantas y le cosa ropa que recogerá dentro de tres noches. Tres noches, mi general. ¡Me pongo a su disposición para atraparle!

Joaquín Torres no menciona los setecientos duros que le ha dejado el Groc. ¡No quiere que el militar se los confisque! Si nadie más lo sabe y el Groc cae, los duros quedarán en su bolsillo. Justa compensación por apoyar al Groc durante años, se dice.

—Joaquín, yo te acompañaré esa noche, podemos invitarle a charlar y será más

fácil sorprenderle —propone Carbó.

—¡Y yo! —Se suma Molinos.

Vicente Molinos vive desde hace días conmocionado por la muerte terrible de Valeria a manos de los hombres enardecidos y borrachos del somatén. Sus deseos de conseguir sus favores incubaron celos hacia el Groc. Habló con Josefa creyendo que con eso conseguiría que ella apartase al cabecilla de su deseada Valeria. Pero nunca imaginó que su interesada indiscreción desencadenaría la trágica muerte de Valeria. Y muerta Valeria sin haberlo pretendido, Molinos desea ahora con rabia mal contenida la muerte inmediata del Groc.

—¡Qué interesante, señores! —Aplaude Villalonga, con cierto sonsonete burlón y henchido de satisfacción—. ¡Cooperantes les veo ahora que la pacificación está lograda! Pero bien está así, sean ustedes bienvenidos a la justa indignación de sus restantes compatriotas contra la canalla rebelde. Me placera más que a nadie que pronto se repartan entre ustedes esos suculentos seis mil reales...

—¡Juan, Juan! ¡Mira qué dice tu amigo Valldemosa! ¡Me ha escrito una carta muy bonita, me cuenta una cosa de la Reina!

—Angelita, querida, ¿qué pasa? Cariño, debes referirte a ella como Su Majestad la Reina Que Dios Guarde, siempre benigna y clemente... ¿No ves que tenemos aquí a estos señores invitados?

El general Villalonga se levanta de su silla, divertido, ante la imprevista entrada de su esposa en el despacho.

El militar está de muy buen humor después de la confidencia de Torres, y en este estado de ánimo, la candidez y liviandad de su joven y frívola esposa siempre le resulta graciosa. Villalonga la recoge con un gesto ceremonioso de su mano, como si fuese a ofrecerle un improvisado baile a su esposa, y la presenta a los tres cohibidos forcallanos, que no saben cómo saludarla más que poniéndose en pie.

—Y dime ahora, querida mía, ¿qué te dice mi amigo Francisco Frontela de Valldemosa en esta carta que te mueve a entrar así en mi despacho?

Y, volviéndose hacia Torres, Carbó y Molinos, el general Villalonga les aclara:

—Mi buen amigo Valldemosa es el profesor de piano y canto de Su Majestad la Reina Isabel II, en la corte de Madrid...

—Pues dice..., ¡qué gracia! —Comienza la esposa de Villalonga, para contestar a su marido—, dice que le ha hablado a Su Majestad la Reina Que Dios Guarde, ¿lo digo bien, Juan?, que ha hablado con ella de este bandido que persigues, el Groc de Forcall, y que...

Cuatro estupefactos pares de ojos —los de Molinos, Carbó, Torres y Villalonga— dejan de parpadear cuando la muy pizpireta doña María Ángeles Soler y Lacy concluye la frase:

—... y que Su Majestad la Reina Isabel II le ha dicho que le gustaría mucho ver un día los largos bigotes rubios del Groc.

FUSILAR A UNA CHIQUILLA

(Forcall, 15 de junio de 1844)

— ¡TÚ lo quieres, niña! ¡Se acabó! ¡¡Te fusilo!!

El general Villalonga pierde la paciencia. Con su puñetazo en la mesa rebrincan sobre el mantel de hilo los bizcochos, magdalenas, *mostatxons*, *ametlats*, *pastissets*, *flaons* y hasta la tetera y las tazas rebosantes del mejor chocolate caliente. Todo dispuesto por Villalonga y su esposa Angelita para engolosinar a una niña de dieciséis años. Todo ha rebotado sobre el mantel de hilo.

—Y dime, Manuela, ¿te gustan los vestidos? ¿Qué ropa te gustaría ponerte? Yo sé que en Valencia tu belleza cegaría a muchos, tendrías colas de pretendientes...

Todo lo ha preparado en una sala del Palacio Osset de Forcall, cuartel de la guarnición del pueblo, fortificado por muros que cierran bocacalles y circunvalan parte de la plaza, rehechos después del ataque del Groc, seis meses atrás. Villalonga, acompañado por mucha tropa, por su esposa y su capellán castrense, ha dejado Sant Mateu para acometer personalmente un último intento de rendir al Groc en su propio pueblo.

—Eres una niña hermosa, Manuela... Con el vestido adecuado, causarías sensación... Y dime, ¿a ti qué te gustaría tener? ¿Qué le haría ilusión a tu madre? ¿Adónde te gustaría viajar? ¿A quién querrías conocer? ¿Qué necesitan tus hermanos?

La niña Manuela a todo ha respondido con serena naturalidad, hasta que el taimado general, después de halagarla con todas sus mañas, le ha hecho la pregunta:

—¿No estaría mejor tu padre en casa que por la montaña perdido, solo y herido? ¿Sabes que le hirieron de bala en un brazo y que dejó un rastro de sangre? Estará pasándolo muy mal... Y podríamos ayudarle entre todos. Yo mismo abogaré por él. Manuela, dime..., ¿dónde crees que puede estar ahora?

La niña Manuela ha sonreído con un aplomo que correspondería a una persona que le doblase la edad, y con una mezcla de condescendencia, humor y determinación suicida, le ha dicho al comandante general de las Tropas del Maestrazgo:

—Chico tonto, ¿le parece a usted que yo le descubriría el paradero de mi padre, aunque lo supiese?

Y entonces, el chocolate fundido de las tazas ha manchado el blanquísimo mantel blanco de hilo, y las cucharillas han tintineado en los platos de postre, con el puñetazo de Villalonga en la mesa. El rostro del general muda de la sonrisa fingida a

la cólera desatada. Rojo de ira desde la barbilla hasta la lustrosa frente, le grita a Manuela:

—¡Tú lo quieres, niña! ¡Se acabó! ¡¡Te fusilo!! ¡Ya tu madre, también! ¡¡A las dos!! ¡¡Os fusilooooo!!!

—¡Muy bien! ¡Antes que muera el Groc, prefiero morir yo! Yo, por mi amado padre..., ¡si mil vidas tuviera, mil vidas daría!

—Juan, Juanito, ¿vas a fusilar a esa niña?

Doña María Ángeles Soler y Lacy ha esperado a estar a solas con su marido en la alcoba que les han preparado en el Palacio Osset, para hablarle antes de acostarse. Doña María Ángeles, a sus veintiocho años, ha vivido siempre entre algodones, en confortables salones, y la conversación que ha escuchado esta mañana tras la puerta de la sala le ha estremecido. Nunca antes había oído a su marido amenazar a alguien con fusilarle... ¡Y menos a una niña de dieciséis años!...

—¿De verdad vas a fusilar a esa chiquilla, Juan?...

Para ella, la guerra de su marido en el Maestrazgo había sido hasta ahora un juego de uniformes, mapas, bandos y despachos... Así había sido hasta pocas tardes atrás, durante uno de sus paseos con el capellán Ramón Silvestre por las calles de Sant Mateu. Los dos han trabado buena amistad porque el capellán, en vez de adularla, le habla con franqueza, y ella agradece escuchar a un hombre sensato y sin vanidades mundanas. Y aquella tarde, durante el paseo, después de merendar juntos en la rectoría, donde le presentó a un mozo de Forcall, ella le preguntó:

—Le veo triste esta tarde, don Ramón... ¿Qué le pasa?

Y el capellán le explicó una macabra historia que, días después, aún la tiene conmovida; una historia protagonizada por el joven forcallano al que acababa de conocer...

—¡Qué espanto, mosén Silvestre! —había dicho doña Ángela—. ¿Y ese chico vio cómo mataban a la madre?... ¿Y se llevó a la niñita en brazos?... ¿Y cree usted que cuidará bien del bebé ese humilde matrimonio de Forcall?...

Cuando doña María Ángeles Soler supo que su marido preparaba un viaje a Forcall, pidió acompañarle. Con una secreta idea en el alma: conocer al bebé de esa historia terrible. Ahora la guerra de su marido ha dejado de ser abstracta para la esposa del general Villalonga. Por primera vez, la guerra se encarna en personas de carne y hueso... Como ese bebé. O como la hija primogénita del Groc de Forcall.

—¿Y fusilarás a esa niñita, Juan?...

El general Villalonga, ya en la cama, se incomoda ante la repentina preocupación de su querida esposa por cuestiones de su campaña militar.

—Angelita, esa niña encubre al último cabecilla de las gavillas de criminales;

¡ella sabe dónde está!

—Y si la fusilas..., ¿de verdad el Groc se entregará?

El militar suspira hondo y aparta la colcha de la cama. Siente íntimamente que tiene que darle la razón a su esposa. ¡Bien sabe que el fusilamiento de la anciana madre de Ramón Cabrera desencadenó un delirio de sangre en el Maestrazgo años atrás! Un cruento desvarío del Tigre del Maestrazgo que convirtió la guerra última en la más salvaje de todas las guerras conocidas. Poco después de aquel desgraciado fusilamiento de una anciana medio ciega, en plena locura de muerte, Cabrera declaró: «La sangre en el campo de batalla es un néctar para mí, ¡toda me la bebería!». Y ahora a Villalonga le crece la sospecha de que el empecinado Groc querrá emular a su admirado Cabrera... Villalonga se convence íntimamente de que, a estas alturas, el Groc jamás se entregará.

—Juan, Juan... —le susurra su esposa, a su lado en la cama—, hoy he escuchado a esa niña... Y a mí, Juan..., a mí me gustaría tener una hija que me amase tanto como ella parece amar a su padre, ¿sabes? No la fusiles, Juan. ¡Depórtala a Valencia si quieres! Pero no la fusiles...

Tras unos instantes de silencio solo rotos por las campanadas de la medianoche del campanario de la iglesia de Forcall, Juan de Villalonga apaga la vela de la palmatoria sobre su mesita de noche y, antes de dar el beso de buenas noches a su esposa, le comunica su decisión:

—Concedido, Angelita. Deportaré a Valencia a Manuela y su madre. ¡Y tú y yo también nos volvemos a Valencia! A casa. Por mí, el Groc está muerto. Serán sus propios amigos los que... Su suerte está echada. ¡Por mí, Angelita, la guerra del Maestrazgo ha terminado!

UN ABRAZO PARA LA ETERNIDAD

(Forcall, 16 de junio de 1844)

CON el sol sobre la vertical de la Roca del Migdia, Josefa, Manuela y sus hermanos parten de Forcall, rumbo a Valencia, custodiados por un piquete de tropa. Antes de partir, Villalonga le ha hablado así a la niña Manuela, en la plaza de Forcall, con su característica frialdad de profesional de la guerra y de la muerte:

—Ahora partís desterradas a Valencia... No has querido evitar lo que va a suceder. ¡Tu padre muere sin remedio! Por el convento le traerán muerto, cargado en un burro, metido en una espuerta. ¡La ratonera está muy bien preparada! ¡Tú has sido la causa de su muerte, niña!

También Villalonga y su esposa abandonan Forcall con la columna de soldados, pero antes se detienen varias horas en Sant Mateu, desde donde el vanidoso militar dicta su último y campanudo bando:

Habitantes del Maestrazgo: la empresa de pacificación de vuestro territorio, que el gobierno de S. M. (Q. D. G.) se dignó confiarme, ha sido llevada a cabo con los más felices resultados: una campaña de 120 días ha bastado para que desaparecieran las osadas gavillas carlistas que tantas vejaciones os acarreaban. Satisfecha con esto toda mi ambición y libre ya de objeto en este destino, voy a trasladarme a Valencia para restituirme al seno de mi familia. Gozaos en la paz de que felizmente disfrutáis y que tanto necesitabais para reponeros de los atrasos que os ha ocasionado la guerra. Emprendo mañana la marcha.

Anexo. Pérdida sufrida por las gavillas carlistas desde el 1 de febrero: Muertos en el campo, 54. Fusilados, 120. Indultados, 107. De todas las gavillas, únicamente falta a esta fecha el cabecilla Groc, que se cree haya salido del país.

Sant Mateu, 16 de junio de 1844

—¿De verdad crees que el Groc ha salido del país, Juan? —pregunta María Ángeles a su marido en el que durante ciento veinte días ha sido su despacho en el palacio del marqués de Villores, después de leer su bando y antes de partir juntos hacia Valencia, siguiendo la costa de Castellón.

—Sin familia, sin apoyos, ¿qué otra cosa puede hacer el Groc? ¿Qué tiene aquí? ¡Nada ya! Bueno, sí..., él cree que le quedan todavía tres viejos amigos...

Camino de Valencia la familia del Groc, repartida en pausados rucios, Josefa y Manuela tienen tiempo de revivir lo sucedido al alba en Forcall desde que un soldado

de la guardia abrió la puerta del calabozo, sardónico:

—¡No vamos a fusilaros por hoy, ja, ja, ja!... El general Villalonga os perdona la vida y os destierra a Valencia.

Y no ha sido la única buena noticia: el general les ha permitido ir a su casa a preparar un fardo de ropa que llevarse a Valencia en su destierro por tiempo indefinido. Los soldados de la tropa han escoltado a Josefa y a Manuela hasta su casa y se han apostado en la entrada.

Dentro de la casa, madre e hija han tenido que ahogar un grito ante lo que han visto:

—¡Pep *lo Bo*! ¿Qué haces tú aquí, en nuestra casa?

El chico les ha pedido silencio con un gesto y les ha guiado a la mansarda. Y detrás de la leña allí estibada, en el mismo lugar en que Manuela y su hermanito se ocultaron en 1836 cuando los soldados de Borso saqueaban las casas...

—¡Tomás!

—¡Padre!

Los tres, Josefa, Manuela y el Groc, sin palabras, han entendido que aquel abrazo intenso sería probablemente el último en este triste mundo. Y han vertido lágrimas y han dejado de decirse muchas cosas... El Groc les ha explicado que Pep *lo Bo* ha sabido encontrarle en la cueva del barranco de Chiva, y que durante la noche le ha ayudado a colarse en el pueblo hasta llegar a su casa por los tejados... Y que su herida del brazo está ya casi curada. Y que pasará por la Masía Torres y partirá a Francia. Y que no sufran por él. Les ha citado los nombres de masoveros a los que ha prestado dinero en estos años, para que puedan reclamárselos en caso de necesidad.

—Tomás, ten cuidado con que tus amigos no te traicionen... —le ha dicho Josefa a su marido—, cuidado con Vicente Molinos, que no me gusta...

Josefa hubiese querido decirle más cosas al Groc, preguntarle por Valeria, explicarle qué pasó el día del saqueo... Pero a la vez ha sentido que ya importa poco todo eso, y ha roto a llorar cuando ha visto a su marido abrazar a Manuela, se le ha roto el corazón cuando ha oído lo que le ha dicho a la niña:

—¡Sin ti, hija, estoy perdido! ¡Me arrancan a mi más fiel y seguro confidente!

Y Josefa, camino de Valencia, ha intuido que el resto de su vida deberá vivirla sin su marido.

Por deseo expreso de mosén Silvestre y con la mediación de María Ángeles Soler, el general Villalonga ha licenciado al capellán y le ha ayudado a reintegrarse a la parroquia de Forcall. Y también por mediación de su querida esposa, el general ha extendido un salvoconducto al párroco y a su amigo, el joven Pep *lo Bo*, para que nadie les incomode en el pueblo y la comarca.

La señora del general Villalonga ha hecho esas gestiones ante su marido... después de haber acompañado a mosén Silvestre y a Pep *lo Bo* para conocer al

matrimonio formado por Juan Ejarque y María Gil. Doña María Ángeles ha sostenido entre sus brazos a una niña de quince días, de cabellos rubios y con una manchita sonrosada en la espinilla de la pierna izquierda.

La esposa del general Villalonga ha regalado al matrimonio Ejarque veinte duros de su bolsillo y les ha hecho una petición:

—Me gustaría mucho que a esta niña la llamasen Ángela.

UNA RATONERA BIEN DISPUESTA

(Masía Torres, 16 de junio de 1844)

—¿QUÉ es ese saquito rojo que llevas al cuello, niña? ¿Alguna brujería? ¡No serás tú una brujita, ja, ja, ja!...

El soldado isabelino de la tercera columna del batallón provincial de Valladolid n.º 27 se burla de la pequeña Leonor, que frunce el ceño y le da la espalda. No le gusta este soldado alto y flaco y sin los dos dientes de delante, y tampoco le gustan el resto de los soldados que ocupan su casa desde el día anterior.

—Papá, ¿por qué están aquí? Quiero que se marchen...

—Llevan muchos días por esos caminos, Leonor, y necesitan descansar. Tenemos que acogerlos. Anda, ve a ayudar a tu madre...

A la pequeña Leonor no le gusta que su padre, su madre y toda su familia sean tan amables con los soldados llegados desde Castellote —y, antes, desde Morella—, esa media docena de fusileros que la importunan. La niña ya está curada de su enfermedad y ahora que puede corretear por todos los rincones de la Masía Torres, le disgusta toparse con estos soldados que se mueven como ladrones, como si temieran ser vistos por alguien.

A la pequeña Leonor le enfada que sus padres la hayan dejado sin alcoba para instalar a tres soldados durante la noche. No le gusta verles asomarse por su ventana, justo sobre la puerta de entrada de la masía, ni que asomen el cañón del fusil, como si desde la altura apuntasen a una liebre que ella no es capaz de ver... Y no le gustan, sin entenderlas, las palabras que ha oído que su padre y el jefe de los soldados han cruzado:

—Normas militares, señor Torres: si no muere en la detención, mis superiores decidirán... ¡No usted!

—Capitán Bonifacio Bueno, con todos mis respetos, no sabe usted con quién nos la jugamos...

La pequeña Leonor empuña el saquito rojo que lleva al cuello sin entender qué está pasando en la masía de su familia.

No sabe qué está pasando, pero sí intuye que al tío Tomás tampoco le gustaría.

Atardece y el águila planea sobre la Roca del Migdia de Forcall, sobre las riberas del Bergantes, sobre los bosques que se extienden desde el término de Forcall, en la

provincia de Castellón, hacia el interior de Aragón. Si los ojos del Groc pudiesen ver como los del águila, desde el cielo descubriría que se ha quedado solo sobre esta tierra.

De todos los guerrilleros carlistas que hasta hace poco recorrían el Maestrazgo ya solo resta él. Él y su fiel compañero Pitarch. Atardece y están los dos a solas en su gruta recóndita del barranco sobre el río de Chiva de Morella.

Acompañado por el fiel Pep lo Bo, el Groc ha salido poco antes del pueblo por los tejados y juntos han llegado a su escondrijo en la gruta, donde el amigo Juan Pitarch estaba esperando. Los dos curtidos guerrilleros y el chico han permanecido largo rato sentados en el suelo, en la entrada de la cueva, sin decirse nada, solo viendo languidecer el día, hasta que Pep *lo Bo* ha roto el silencio:

—Tío Tomás, la masovera de la Masía de la Grellera me ha dicho que no se acerque por allí, porque hay soldados ocultos esperándole. Y me asegura que los hay también en otros puntos, aunque no sabe dónde...

—Gracias, Pep lo Bo, muchas gracias por el mensaje... —El Groc, que todavía siente el calor del último abrazo de su hija Manuela, le ha mirado.

—La señora no sabrá dónde hay más soldados..., ¡pero yo sí! —ha añadido enseguida el chico.

—¿Tú, Bo? ¿Estás hablando en serio, chiquillo? —ha preguntado Pitarch, desperezándose de su letargo.

—Sí. Mosén Silvestre lo ha sabido por la esposa del general Villalonga, y él me ha dicho lo que sabe...

—¿Y qué sabe? ¿Dónde hay más soldados, hijo? —ha preguntado el Groc.

—En la Masía Molinos. En la Masía Carbó...

—Vaya, vaya, tus grandes amigos, Tomás... —ha interrumpido Pitarch, con sombría sorna.

El Groc no ha contestado a la apostilla amarga de Pitarch. Con la vista baja, pensativo, ha movido la ramita de sabello que tiene en la mano y ha trazado con ella unas líneas curvas en el polvo del suelo de la cueva...

—Juan, ¿te he contado que después de escapar de Portell volví a encontrarme con Benedicto Mol?

—El suizo loco... o impostor... —Pitarch ha sonreído, sin entusiasmo—. No, no me lo has contado... ¿Ha encontrado ya su tesoro?

—Ya te contaré...

—¿Quién? —ha preguntado Pep lo Bo, desconcertado.

—No le conoces, da igual —ha zanjado el Groc...

Pitarch se ha incorporado y ha anunciado que salía a echar un vistazo por los alrededores, por si se acercaba alguien a la cueva. El Groc, a solas con Pep lo Bo, ha dejado de trazar líneas sobre el polvo y le ha preguntado al chico:

—¿Y en algún otro sitio hay soldados, Pep?

—Sí: en la Masía Torres.

El Groc ha arrojado la ramita al exterior de la cueva, lejos de sí, y ha agradecido la confidencia a Pep *lo Bo* con solemnidad, aunque sin poder reprimir un punto de ternura.

—Buena confidencia... Desde muy niño me ayudaste, encontraste mi garrote aquel día, y... ¡tú siempre me has ayudado, Pep *lo Bo*, siempre!

—Sí, tío Tomás, es verdad... ¡Y a partir de ahora ya no lo haré nunca más!

El Groc se ha vuelto a mirar al chico con extrañeza, alertado por el tono de voz del joven, y con la mano se ha mesado los largos mostachos pajizos, como si quisiera protegerse de algo al inquirirle:

—¿Qué quieres decirme, chiquillo? Dímelo. Habla. Pep *lo Bo* se ha puesto en pie, y sin limpiarse el polvo de los pantalones ha tendido la mano al Groc con un gesto de despedida. Desde la boca de la cueva, por la parte de poniente, sobre Forcall, el cielo se ha tintado de púrpura.

—No sé si volveremos a vernos, tío Tomás. Y quiero decirle que..., que su lucha... —Al chico se le ha roto la voz, pero ha seguido hablando—. ¿Sabe que por su causa he matado, tío Tomás? ¡Sí, he matado! Y he visto morir a Valeria en la Masía Roig; no lo sabía, ¿verdad, tío Tomás? ¡Jamás podré arrancar esas horribles imágenes de mi cabeza! Y a Gasparet, también... ¡Yo le rogué que no fusilase a Mustela, que no fusilase al alcalde Buc, tío Tomás! Y mi amigo Pepet de Nasi está huido... ¡Y desterrados su hija Manuela, su esposa, sus hijos!

Las lágrimas inundan los ojos de Pep *lo Bo* al citar a su amada Manuela, y piensa también en la niña de Valeria, y decide no decirle al Groc que ha tenido otra hija, recién nacida... Quiere protegerla de la maldición de muerte, sangre y fuego del Groc. Pep *lo Bo* da un paso atrás y formula la pregunta que desde días atrás quiere hacerle al Groc:

—¿Vale su victoria más que todos ellos, tío Tomás? Pep *lo Bo* no espera respuesta alguna del comandante carlista, porque da otros dos pasos hacia atrás, sin perder la cara del Groc, y ya en el exterior de la cueva le dice:

—Despídame del buen Pitarch, tío Tomás. Yo regreso al pueblo. Yo viviré allí hasta que sea muy viejecito, si Dios lo quiere. Eso quiero yo, tío Tomás. Quiero mucha familia en torno a mí y morir sin haber hecho daño nunca más a nadie...

Pep desciende hacia el río, hacia su pueblo, mientras alrededor oscurece. En el cielo, el águila frena su majestuoso vuelo y se refugia en su nido, en lo alto de la muela roja horadada por la gruta del Groc.

El águila deja de planear sobre la Roca del Migdia de Forcall, sobre las riberas del Bergantes, sobre los encinares, sobre los pinares que desde ahí se extienden hasta la Masía Torres.

—¡A Francia! Nos vamos a Francia, Pitarch.

Horas después, en lo más denso de la noche sin luna, monte a través, el Groc y

Pitarch llegan a la pequeña Masía Melchor, cerca del pueblo de Todolella, en el límite occidental del reino de Valencia con Aragón. Cuentan con la complicidad de su humilde masovero, Melchor, que al despedirlos tras unas pocas horas de sueño, les regala una advertencia:

—¿A Francia, don Tomás? Necesitará equipaje... Tenga mucho cuidado con dónde va a recogerlo...

—¿Qué sabes, Melchor?

—Nada. Pero cuídese de los amigos.

LA ÚLTIMA NOCHE DEL GROC

(Masía Torres, 17 de junio de 1844)

LA advertencia de Melchor mantiene a los fugitivos alerta a su paso por los terrenos de la Masía Carbó, camino de la Masía Torres, ya en la limítrofe provincia de Teruel, desde donde descenderán hacia el término de Las Parras de Castellote.

En una ladera, bajo una carrasca, cerca de un rebaño de ovejas, el Groc distingue por su corta estatura y sus cabellos grises a una mujer que conoce bien, a una pastora tuertecica hermana de Pascual Carbó. La pastora se azora mucho al verle.

—¡Ay, tío Tomás!... ¡Ay, tío Tomás!...

—Cálmate, mujer, cálmate; ¿qué te pasa?

—¡Ay, tío Tomás, que no puedo hablar! ¡Guárdese bien, tío Tomás! ¡Guárdese de los amigos..., ay, ay, que ellos le matarán!

La tuertecica llora de pena ante el Groc, que la ha ayudado a veces con alguna moneda a cambio de saber de su boca quién había pasado por un camino, si han pasado soldados cerca o qué ganadero había vendido más cabezas de ganado en una feria... La tuertecica humedece con sus lágrimas las manos del Groc al besarlas en la despedida.

Los dos hombres dejan atrás los banales de la Masía Carbó y deciden no marchar por el camino de herradura ni por las sendas ya marcadas, sino bosque a través, entre pinares, para evitar ser vistos por nadie. Al caer la tarde superan la Masía Menadella, la última del término antes de internarse en los pinares que descienden hacia la Masía Torres, y Pitarch hace un gesto al Groc:

—Chist, escucha, una caballería, alguien llega por el camino...

Parapetados entre árboles y matorrales, los dos fugitivos ven desfilar por el cercano camino a un hombre montado en un potro, guiado por un paje a pie.

—¿Has podido reconocerlo? —susurra Pitarch.

—No —miente el Groc.

Porque sí ha reconocido al jinete: es de Forcall. Es Francisco Palos, hijo de Domingo Palos, el hombre que manda en el pueblo. Y el Groc sabe ahora que se encamina hacia Las Parras de Castellote..., pasando por la Masía Torres.

Amparados en la oscuridad de otra nueva noche sin luna, el Groc y Pitarch, en lo alto de una ladera boscosa, escrutan la Masía Torres, situada en una hondonada a un

centenar de metros por debajo de su posición.

Los dos hombres llevan pistolas en la faja, y el Groc se acompaña también de su garrote de cerezo. Aguzan las orejas y agudizan la mirada para captar cualquier indicio inhabitual antes de arriesgarse a acercarse a la casa. Una luz vacilante se escapa por la ventana de la cocina, y un montón de teas resinosas arden sobre el banco de piedra junto a la entrada principal de la masía, iluminándola con sobrada claridad. Durante dos largas horas de observación desde el mismo lugar, el Groc y Pitarch no se mueven, y hablan quedamente:

—Me esperan, ¿ves la luz de las teas? —comenta aquel—. Ahora me acercaré, veré cómo está el terreno... Tú espérame aquí, Juan, que se supone que he venido yo solo: nadie debe saber que estás aquí.

Al cabo de un buen rato, el Groc regresa junto a su fiel compañero Pitarch.

—He rodeado la masía, no hay nadie afuera. He visto la piedrecita blanca en el repecho de la ventana de la cocina. Parece que todo está tranquilo —informa el Groc.

—¿Y has visto quién hay en la cocina? —inquire Pitarch.

—He oído voces, creo que las de Joaquín y su mujer, Dolors. Vamos a esperar un rato más, y entonces bajaré y llamaré a la puerta...

—Ya nos queda muy poco, Pitarch: de aquí a Francia, ¡y de Francia a la victoria! Tú y yo, Pitarch, rearmaremos el ejército de Don Carlos y devolveremos las Leyes Santas a nuestra patria. ¡Nada sin Dios! ¡Está conseguido, amigo! Ten, ahora guárdame el garrote, bajaré con las manos libres para coger mantas y ropa. Y a Francia. Escucha, Pitarch: si pasara algo malo, ¡te ordeno que no intervengas! Veas lo que veas, ¿me oyes bien? Si no regreso a tu lado, pase lo que pase allá abajo, ¡tú escóndete! ¡Es una orden! Tu misión, tu obligación sería en tal caso contárselo a Manuela. ¿Me has entendido? Eso quiero de ti, Juan: nada de tiros. ¡Tú me obedeces! ¡A creer, Pitarch! ¡Nada sin Dios! ¡Hasta siempre, amigo mío!

Después de circunvalar de nuevo la masía con paso felino, el Groc se planta ante la puerta de entrada, con la pistola en la faja, el pañuelo anudado a la cabeza, otro pañuelo al cuello, las alpargatas bien atadas y las manos desnudas. Da los toques convenidos y responde a la consigna pactada:

—¡Gato! —dice una voz.

—¡Perro! —responde el Groc.

Los dos batientes de la puerta de doble hoja horizontal se abren de par en par con presteza.

—¡Hola, Joaquín! —saluda el Groc, al tiempo que le sobresalta ver, junto a Torres, a Pascual Carbó, parapetado tras la hoja baja de la puerta, apoyados los brazos en su filo—. ¡Pascual! ¿Qué haces tú por aquí?

—Negocios con mi cuñado... —responde Carbó—. Vengo a ver las colmenas...

—Ah... Joaquín, ¿lo tienes todo preparado? Cuanto antes me vaya...

—Todo está a punto —responde Torres—, ¡pero entra en casa y cena algo antes de irte, Tomás!

—No, amigo, está bien así.

—Como quieras, Groc —acepta Joaquín Torres—. Voy adentro y te saco los bultos.

—Sí.

El Groc no entra en el zaguán. No se mueve del dintel mismo de la puerta de entrada, apoyándose también en la hoja baja de la puerta, que le separa de Carbó.

—¿Estás bien, Pascual? —pregunta el Groc a Carbó.

—Sí. ¿Por qué?

—Pareces inquieto, amigo.

—No.

—¿Hay alguien nuevo en la casa, Pascual?

—No.

Aparece Joaquín Torres desde el fondo del zaguán, con el antebrazo derecho cubierto por las mantas solicitadas por el Groc, y en la izquierda un fardo con los dos pares de alpargatas y ropa. Se acerca a dos pasos del Groc y le dice:

—Toma, Groc.

Apenas el Groc alarga la mano para recoger las mantas, un fogonazo y el estampido de un disparo delatan la pistola que Joaquín Torres empuña en su mano derecha, traicioneramente cubierta por las mantas, con el propósito de tirotear al que fue su amigo.

Tras el disparo de Joaquín Torres, Pascual Carbó agarra el brazo izquierdo del Groc y le dispara a su vez con una de las dos pistolas que ha llevado todo el tiempo en la faja y que la puerta ocultaba. El Groc emplea toda su fuerza para propinarle un empujón, y así se deshace del agarrón de Carbó.

El nerviosismo de los dos atacantes ha evitado que ninguno de sus dos disparos, casi a bocajarro, haya herido al Groc.

Tras empujar a Carbó, un talón del Groc, de espaldas a la salida, tropieza con el dintel de la puerta, y el alto y fornido guerrillero cae de espaldas. Queda tendido en el suelo, en el exterior de la masía, justo bajo la ventana de la alcoba de la pequeña Leonor. Su cuerpo, boca arriba, es la diana de una descarga de fusiles desde esa ventana y también desde las otras. Una lluvia de balas levanta columnillas de tierra alrededor del Groc.

Una de las balas se hunde en la carne de su muslo izquierdo.

EL FOGONAZO ANUNCIADO

(Masía Torres, madrugada del 17 al 18 de junio de 1844)

—¡TÍO TOMÁS! ¡Tío Tomás! ¡Tío Tomás!

El Groc cree oír la voz de la pequeña Leonor, que grita desde dentro de la casa, y sabe que hoy no podrá cumplir su promesa de esperar a que llegue corriendo para alzarla en brazos por el aire, muy alto, como si volara como un pájaro. No puede ver tampoco los ojos chispeantes de la niña, que adivina abiertos de espanto, porque su voz no es ahora la de un pajarillo del bosque, sino la del llanto y el miedo.

Pese a la herida del muslo, el Groc se pone en pie y corre ladera abajo por la pendiente que describe el terreno a la salida de la masía, a la izquierda, hacia la fuente, saltando y rodando de bancal en bancal, hasta quedar tendido en el más bajo, cercano al arroyo, el bancal de la fuente. Pierde mucha sangre por la herida del muslo, y con los pañuelos de la cabeza y del cuello contiene momentáneamente la escandalosa hemorragia con un torniquete de emergencia.

La sangre ha dejado un rastro en el suelo, sobre las piedras y la hierba, un rastro que sigue la caterva de personas hasta ese instante emboscadas en la casa. Empuñan manojos de teas, tomadas y encendidas entre las que arden en el banco de piedra junto a la entrada. Es un grupo heteróclito formado por los soldados de tropa comandados por el capitán Bonifacio Bueno, por miembros de la extensa familia de Joaquín Torres, entre ellos varias mujeres, viejos y niños, y también por vecinos de Las Parras de Castellote y de Forcall, como Francisco Palos, Juan Ayora, Carbó... Delante de todos corre Joaquín Torres, con la respiración desbocada por la excitación y el miedo.

—¡Que escapa, que escapa! —chilla Torres, como poseído por algún diablo.

—¡Ay, madre de Dios, madre de Dios! ¡Se ha escapado! ¡Nos matará a todos! ¡El Groc nos matará a todos! —grita Dolors, la esposa de Torres, desde la puerta de la masía, loca de pánico—. ¡Estamos perdidos, Dios mío, estamos perdidos!

Entre el griterío infernal, entre la confusión de voces de soldados, de chillidos de mujeres y niños, de órdenes contradictorias, imprecaciones y maldiciones, vuelve a llegar a oídos del Groc una vocecita casi inaudible:

—¿Qué hacéis, qué hacéis? ¡Tío Tomás, tío Tomás!...

Desgarrada por la luz rojiza de las teas, la espesa oscuridad de la noche no emboza el rastro de sangre que conduce hasta el rincón en el que el Groc está tendido como el animal malherido que ve llegar a sus cazadores. El guerrillero se sabe

atrapado. Extrae la pistola de la faja. Y antes de que llegue el primero de sus perseguidores, la arroja lejos, sobre la tierra oscura del banal plantado de coles de verano.

El primer golpe que recibe el Groc es una seca patada de Joaquín Torres en una mejilla. Después, un culatazo de fusil en la cabeza, y otros en el cuello, en las costillas, en la espalda. Dos niños de menos de diez años le cosen el cuerpo a pedradas, y una de las piedras le abre una brecha en la frente. Una de las cuñadas de Torres emplea un atizador de brasas de hierro para quebrarle las rodillas a golpes, y otra pugna por clavarle en el pecho las púas de una horca de madera.

—¡A la masía, a la masía! —ordena el soldado alto y flaco, al que le faltan los dos dientes de delante.

—¡Atadle aquí! —propone Francisco Palos, que aparece con su potro y su paje.

Entre varios hombres atan al Groc de pies y manos con sogas, y una vez inmovilizado, largan un cabo desde sus tobillos hasta la cola del caballo, a la que lo anudan con fuerza.

—¡Arre, arre! —Espolean al potro los niños y los soldados, golpeando las ancas del animal, guiado hacia la masía por el paje de Palos.

El cuerpo del Groc, violentamente arrastrado pendiente arriba por la cola del brioso caballo, se golpea y desgarrá contra las piedras angulosas del terreno y el montuoso suelo, muy irregular por las terrazas y los desmontes del declive.

A su alrededor, con las teas en alto, corre el nutrido grupo de paisanos y soldados, que gritan y ululan enardecidos por la noche, el fuego, la sangre, el espectáculo macabro. Entre la algazara desatada, algunos vitorean cada impacto de la cabeza del Groc contra el suelo.

Ante la puerta de la masía, algunos hombres desatan la soga de la cola del caballo e incorporan al Groc por la espalda, de modo que queda sentado en el suelo como un muñeco de trapo. A la resinosa luz de las teas del banco de piedra de la entrada, su cabello pajizo es ahora un manchurrón de tierra, barro y sangre; su rostro está abultado por los golpes, amoratado y sanguinolento; de sus largos bigotes gotea moco y sangre; sus brazos, piernas y espalda están llagados de arriba abajo por el frote con el suelo, y toda su ropa es un despojo harapiento. De la herida de bala del muslo sigue manando sangre.

—Confesión, por Nuestro Señor...

La excitación del grupo apenas permite escuchar las palabras del Groc.

—Por Dios, confesión. Pido... confesión...

—¿Qué dice? —pregunta el capitán Bonifacio Bueno, acercándose al Groc.

—¡Confesión, pide confesión! —Aclara un anciano de Las Parras, inclinado sobre el guerrillero agonizante.

—¿Confesión? La tendrás, por supuesto —promete el capitán Bueno.

—¡No! ¡Nos engaña, capitán! —Estalla Joaquín Torres—. ¡Es una añagaza! No podemos fiarnos...

—¡Cállese, Torres! —Le corta el capitán Bueno con disgusto—. Se hará como diga yo, ¡aquí mando yo, no usted, no lo olvide!

—Usted..., usted no sabe qué está haciendo, ¡usted no sabe quién es el Groc! ¡Se escapará! ¡Se escapará y nos matará a todos! ¡A usted el primero! ¡Y a mí!

Joaquín Torres, fuera de sí, se encara con el capitán Bonifacio Bueno e intenta convencerle a gritos de que cualquier gesto de clemencia con el Groc será un error que pagarán muy caro. El Groc, desfigurado e inmóvil, ladea la cabeza hacia Joaquín Torres y consigue decirle:

—¿De verdad aún temes que pueda escapar de vuestras manos, herido y atado como estoy? ¡Cuánto honor me haces!

Joaquín Torres oye al Groc pero no osa mirarle. Sin dejar de encararse con el capitán Bueno, el alterado e impaciente masovero extrae la pistola que lleva en la faja. Y la monta.

—¡Dirá usted lo que quiera, capitán, pero yo sé lo que me hago! —Sentencia Torres, volviéndose hacia el Groc.

Y antes de que Joaquín Torres hunda el cañón de su pistola en la boca del Groc, el combatiente carlista todavía tiene tiempo de decirle:

—Joaquín, Joaquín, ¿así pagas a un amigo todos los favores que te ha hecho?

Son los ojos chispeantes de la pequeña Leonor, ahora arrasados por las lágrimas, lo último que puede ver el Groc en este mundo, la cara de una niña que siempre le ha recordado a su hija Manuela cuando era pequeñita, y que ahora se abraza a una pierna de su padre, mientras chilla:

—¿Qué hace, padre, qué hace? ¡¡Tío Tomás!!

El horrísono estampido del disparo tapa la voz de pajarito de la pequeña Leonor. La fuerza del plomo, a bocajarro en la boca, aplasta la cabeza del Groc contra el suelo y desparrama sus sesos sobre la tierra.

El saquito rojo de la Virgen de la Balma se desprende entonces del cuello de la pequeña Leonor y cae sobre el pecho del Groc, que ya está muerto por el fogonazo. Un fogonazo que iba persiguiéndole desde el día que se lo advirtió el ermitaño de las tormentas.

SEGUNDA PARTE

44 AÑOS DESPUÉS (FORCALL, 1888)

EL FINAL DEL SILENCIO

(16 de abril de 1888, mañana)

EL tío José, sentado en el poyete de su casa, Casa Resina, en una de las calles que conduce a las eras de Forcall, aspira el tonificante aire de un luminoso día de mediados de abril, fragante como la piel de un bebé recién bautizado...

—Tío José, ¡deberían llevarle a usted a la Exposición Universal de Barcelona! ¡A usted y a Ángela!

El tío José sonríe con picardía al halago de Milagros, una vecina veinteañera recién casada con José Bordàs Julve, nieto de su amiga Manuela Penarrocha, tan anciana como él, a punto de cumplir sesenta años, avanzada edad que justifica la galantería de Milagros a su potencia genésica.

—¡Mira, mira, Milagros: mi Exposición Universal! —responde con jovialidad el tío José, y levanta al bebé que mece entre sus brazos, un bebé recién bautizado esta misma mañana.

El tío José viste de fiesta, camisa blanca con pechera bajo el chaleco de raso, faja, zaragüelles y medias flamantes, y alpargatas nuevas, regalo de Manuela. El tío José acaba de bautizar a su décimo hijo... «y último», piensa, dada su edad, aunque Dios ha sido pródigo con él y le ha bendecido con diez hijos en veintitrés años de matrimonio, este último ya inesperado..., ¡sobre todo para su esposa, que lo alumbró a la insólita edad de cuarenta y cuatro años! Todos en Forcall saben que José y Ángela son un matrimonio grato a los ojos de Dios, que ahora les envía un bebé que ya tiene hermanos mayores casaderos.

—Y... quién sabe —profetiza el tío José, exultante—, quién sabe..., ¡quizá este chiquillo viaje un día a Barcelona!

En Forcall se ha sabido estos días que la pujante ciudad de Barcelona prepara una Exposición Universal que emplea a legiones de obreros que alzan palacios, arcos de triunfo y una estatua a Colón altísima, en su puerto. A su inminente inauguración asistirá un niño de dos años, el futuro rey Alfonso XIII, nieto de Isabel II, que actualmente vive en el exilio francés.

Pero el comentario de Pep *lo Bo* no alcanza ya a Milagros, camino de la plaza del pueblo, donde el ayuntamiento acaba de retirar la esbelta cruz gótica, una cruz primorosamente labrada en piedra, erigida seiscientos años atrás, en pleno medievo. Al tío José le ha dolido que quiten esa cruz, pese a que le trae tristes recuerdos.

Al tío José le llaman así los más jóvenes del pueblo, aunque los mayores le

conocen como Pep *lo Bo* desde siempre. Solo algún vecino de su edad recuerda que, siendo muy niño, le llamaban Pep *lo Bitxo* y que era el mejor tirador del pueblo con su tirachinas.

El sexagenario Pep *lo Bo*, antes de sentarse esta mañana de abril en el poye te con su benjamín y respirar muy hondo, ha acompañado al párroco a la rectoría de Forcall, donde se custodian los *Quinqui Libri*. Ha querido verle redactar la partida de nacimiento de su décimo y último hijo:

En la Parroquial Iglesia de Forcall, Obispado de Tortosa, a diez y seis de abril de mil ochocientos ochenta y ocho, el infrafirmado coadjutor de ella bauticé solemnemente y puse por nombre Víctor a un niño que nació a las siete de la tarde del día anterior. Hijo natural y legítimo de los consortes José Amela y Ángela Ejarque. Abuelos paternos, José Amela y Rosa Rallo. Maternos, Juan Ejarque y María Gil.

Padrinos, Manuel Amela y Bárbara Penarrocha, a quienes advertí el parentesco espiritual y demás obligaciones.

RAMÓN BRUÑÓ, Pbro.

Mosén Bruñó ha dejado la plumilla, cerrado el tintero con esmero y dejado secar la página del libro de bautizos, y luego ha felicitado a Pep *lo Bo* con una copita de moscatel.

—Tío José, ¿se da usted cuenta de que, si Dios quiere, su pequeño Víctor entrará en el siglo veinte? Nosotros, en cambio... —ha reflexionado el cura, olisqueando el dulce moscatel.

—Usted todavía es joven, mosén, y extenderá mi partida de defunción... ¡Bébase ese día toda la botella a mi salud! —ha bromeado Pep *lo Bo*.

Mosén Bruñó, amagando un gesto de fingido disgusto, se ha servido otra copita, mientras Pep *lo Bo* no ha podido evitar pensar en mosén Silvestre... Cada vez que entra en este despacho de la rectoría, Pep *lo Bo* recuerda a su viejo amigo ya desaparecido...

Le recuerda sentado ante esta misma mesa de bruñida madera de nogal sobre la que ahora se seca la partida de nacimiento de su último hijo, el pequeño Víctor. Le recuerda apesadumbrado en un lejano día de hace cuarenta y cuatro años, aquel triste 19 de junio de 1844, redactando una partida de defunción. La partida de defunción del Groc:

En la Parroquial Iglesia de Forcall, Obispado de Tortosa, a los 19 días del mes de junio de 1844, el infrascrito ecónomo di sepultura eclesiástica en el cementerio de la misma al cadáver de Tomás Penarrocha, que lo han traído desde el término de Las Parras, donde murió de desgracia el día antecedente, de edad de treinta y ocho años, consorte de Josefa Ferrer e hijo de Rafael Penarrocha y Tomasa Penarrocha. Lo que certifico.

RAMÓN SILVESTRE

—¿De desgracia, mosén? —le preguntó aquel día Pep *lo Bo* a mosén Silvestre—. ¡Le han matado, han matado al Groc! Y usted lo sabe...

—Sí, lo sé... Pero mejor dejémoslo así... —respondió mosén Silvestre,

persignándose.

—¡Todos sabemos que lo han matado! —Deploró Pep *lo Bo*.

—La justicia humana mira hacia otro lado en este caso, chiquillo —atajó mosén Silvestre—, y los que lo han ordenado y hecho, ¡con su conciencia se verán ante Dios Nuestro Señor cuando les llegue el día del Juicio Final!

—Pero entretanto les llega ese día, yo sé quiénes han sido, y usted también lo sabe, y ha sido un crimen...

—Pep *lo Bo*, escúchame...

Mosén Silvestre tomó al chico por los hombros con afecto, le miró muy fijamente y le dijo:

—Pasarán muchos años, muchos, para que la mancha se diluya y todo pueda contarse... Entretanto, lo más prudente y sabio, para ti, para Manuela... y para la pequeña Ángela... es el silencio.

Pep *lo Bo* besa con mimo a su hijo recién nacido, que sigue dormido entre sus brazos, y piensa que un día le explicará la historia del Groc y lo que vivió cerca del hombre del que ahora se habla en los inviernos junto al fuego. Le explicará al pequeño Víctor la historia que todavía no ha explicado a nadie, ni tan siquiera a su propia esposa.

—A ti sí te lo explicaré todo, Víctor...

Con su décimo y último hijo en brazos, Pep *lo Bo* siente que a él sí le contará su memoria íntima. Pero no sabe aún por dónde empezará, si por el día de 1836 en que los soldados de Borso di Carminati fustigaron a todo el pueblo y ultrajaron a la esposa del Groc..., o por el día en que le vio vivo por última vez, en un crepúsculo purpúreo del año 1844, en el barranco de Chiva, hace ya cuarenta y cuatro años...

«Aquel atardecer, hijo mío, me volví al pueblo con el espíritu aliviado: ¡me había atrevido a decirle al Groc lo que me quemaba por dentro!...

»Mientras me alejaba, me di la vuelta, y aunque ya casi había anochecido, pude verle de pie ante la cueva, mirándome, inmóvil, con los brazos en jarras, con su garrote colgado del antebrazo derecho por su correa de cuero, con la culata de la pistola de su padre hincada en la faja, sus pañuelos al cuello y en la cabeza, asomándose los descuidados cabellos, su rostro pétreo y sus largos bigotes rubios... Si quiso decirme algo, lo hizo con su pose gallarda y quieta, con su silencio terco... Y vi a un águila posarse en su nido, por encima de su cabeza, y me dio por pensar que se parecían...».

Pep *lo Bo*, mientras mira al bebé Víctor, imagina cómo empezará a contarle la historia... El bebé se despereza, gime... Pep *lo Bo* entra en la casa.

—Ángela, me parece que el niño pide mamar.

Encuentra a su esposa en la cocina, metiendo en una olla al fuego trozos de una calabaza que acaba de picar, con miel, azúcar y piel de limón y naranja. Ángela prepara confitura de calabaza, una de las muchas recetas que su madre le enseñó. Su

madre fue una solicitada guisandera, y antes de morir le legó sus recetas de cocina anotadas en una libreta.

«... Poco podía yo imaginar, hijo mío, viéndole allí plantado como un roble, que le vería muerto dos días después. ¡Muerto, el Groc! Ya habían muerto todos, la Cova, el Serrador, pero él..., él parecía inmortal. ¡Siempre se escapaba! Era escurridizo y listo, las veía venir, no podían cazarle. Una vez le ayudé a escaparse, ya te enseñaré un ciprés de la ermita de Sant Josep... Allí estuve también con la tía Manuela, éramos niños y la salvé con mi tirachinas de unos abusones... Pero eso del tirachinas no sé si te lo enseñaré, hijo...».

Ángela toma al bebé que le tiende su marido y se lo acerca al pecho lleno y terso. Pep *lo Bo*, sentado en un taburete, contempla cómo su mujer amamanta a su hijo y sigue imaginando cómo le contará al niño...

«Pero al final el Groc cayó... Fue el general Villalonga, que era un militar muy vanidoso, herido en su orgullo por aquel insumiso de Forcall que le desacreditaba ante el Estado Mayor, ante la reina Isabel II... Fue el general quien hizo de todo y casi nos mata de hambre a todos... El general sobornó a los mejores amigos del Groc, y estos le mataron. No sé qué fue de Pitarch, su fiel compañero, no sé si estuvo presente en la última noche del Groc... Pitarch desapareció de la faz de la tierra. Algunos dijeron que quizá había colaborado en aquella traición...».

«Sí, hijo mío, el general Villalonga lo consiguió. Él ya había regresado a Valencia, quizá como desprecio al Groc, dándolo por muerto... Antes de partir profetizó que entrarían muerto al Groc por el camino del convento, y muerto lo entraron a Forcall por ese camino. Se lo había dicho a Manuela dos mañanas antes, para mortificarla al deportarla a Valencia: “Por el convento le traerán muerto, cargado en un burro, metido en una espuerta”.

»Y así trajeron al Groc, por el camino del convento, en una espuerta, en un burro... Un cadáver irreconocible, hijo, ¡ojalá jamás veas nada así! ¡Ojalá no haya guerras en España cuando tú crezcas, mi pequeño Víctor, ojalá!».

Pep *lo Bo* ve a su esposa cambiar de pecho al pequeño Víctor para seguir amamantándole, sin dejar de imaginar cómo le contará...

«Pero antes de llegar el cadáver del Groc a Forcall, llegaron sus bigotes. Los traía el bruto de Vicente Molinos en la mano. ¡Molinos, uno de los mejores amigos del Groc! Entró en el pueblo voceando: “¡Hemos matado al Groc, hemos matado al Groc!”. Y exhibía uno de los bigotes del Groc, rubio y muy largo. ¿Sabes cómo lo consiguió? El cuerpo del Groc pasó ante su masía, el Hostal de Liborio, y Molinos le cubrió de insultos y con toda la rabia del mundo le arrancó el bigote, frenético, de un tirón furioso y seco. A Molinos le había tocado esperar en su masía por si se presentaba el Groc. ¡Qué noche de pánico pasó, temiendo que el Groc burlase la trampa de Torres y viniese a matarle, para vengarse de aquella trampa! Con el bigote

en la mano, a todos se lo mostraba, y también al tío Vicent, el suegro del difunto Groc, que tenía a su hija y a sus nietos desterrados y no le desterraron por ser muy anciano...

»«¡Mire, mire, tío Vicent! ¡El bigote de su yerno, que ya le entran en el pueblo, le hemos matado!». ¡Así se lo soltó! Y el pobre tío Vicent, que estaba tomando el sol sentado en el poyete de su casa en la calle de San Víctor, como cada mañana, rompió a llorar y contestó: “¡Sal de delante, bruto! ¿Cómo puedo yo alegrarme de tus nuevas?”».

Pep *lo Bo* se levanta del taburete con la excusa de atizar el fuego, pero no quiere que su esposa vea cómo se le empañan los ojos al recordar el llanto del tío Vicent...

«Yo estaba delante y lo vi todo, hijo mío, y así te lo cuento, como se lo conté después a Pepet de Nasi... Vicente Molinos corrió hacia casa de Domingo Palos, uno de los jefes de toda aquella trampa, para ser el primero en darle la noticia...

»Era mediodía del día 18 de junio cuando arrojaron el cuerpo del Groc al suelo de la plaza como una carga de estiércol. De tantas ataduras y destrozos, venía desfigurado. ¡Sus amigos y conocidos dudaron de que aquel montón de carne aplastada fuese el Groc! No se distinguía si era un animal despeñado o el Groc, si era el Groc o cualquier otra persona. Después de matarle en la Masía Torres estuvo expuesto su cuerpo en Las Parras de Castellote a la vergüenza pública, y cometieron en su cadáver mil befas y herejías. Luego, a la espuerta. Y a Forcall. Han pasado... ¿cuántos años? Mira, yo tenía dieciséis años y ahora tengo sesenta, pero no se me borra la imagen de ese cuerpo, no se me borra...

»Hijo, lo descargaron delante de la Casa de las Escaletes, ante el peirón de la cruz del Pla, donde él fusiló a Buc y a Mustela meses antes. La gente se arremolinó para verlo. Muchos no creían que fuese el Groc, hasta que se acercó un hombre de su edad llamado Ventureta, apartó un trozo de tela del pantalón, descubrió la espinilla de la pierna izquierda y una señal sonrosada confirmó a todos que se trataba del Groc. Algunos apartaban la mirada, otros se volvían corriendo a sus casas, espantados, y muchos lloraban de pena; ¡pero iguales o más serían los que lanzaban al aire vítores y gorras, y cantaban y bailaban de gozo! Hijo mío, qué mutable es el ser humano, que muchos de los que bailaban el cadáver del Groc habían bailado siete meses antes el cadáver de Buc...

»La autoridad hizo volar las campanas en Forcall, y hasta de otros pueblos llegaron curiosos. Los liberales se vistieron de gala, incluidos algunos forcallanos emparentados con Josefa y Tomás, como los Guarch o los Palos, y organizaron grandes fiestas y bailes públicos en la plaza...

»El cadáver del Groc quedó todo aquel día colgado de una soga, cubriéndose de moscas, casi sin gotear sangre, que ya la había perdido toda. Le colgaron de la cruz de piedra. Para unos, un Cristo. Para otros, un Barrabás. Mucha gente quemó en sus casas aquellos recibos de papel que el guerrillero firmaba “En el campo del honor...”. Sabían que ya nunca podrían recuperar lo que en su día le dieron o prestaron al Groc,

de fuerza o de grado.

»Al día siguiente, hijo mío, mosén Ramón Silvestre enterró al Groc. Y en el camposanto solo estábamos el tío Vicent y yo».

UN ENTIERRO Y UN BAUTIZO

(16 de abril de 1888, tarde)

AHÍTO de leche, el bebé vuelve a dormirse. Ángela se cubre el pecho y sonrío a su marido. A él sigue gustándole el cabello rubio de su esposa, aunque ahora lo vea entreverado de canas. Le gusta tanto como de niño le gustaron las trenzas doradas de Manuela... Ángela tiene cuarenta y cuatro años, pero Pep *lo Bo* siempre la ve como una jovencita dieciséis años menor que él.

—Ángela, ¿sabes que yo te he visto a ti haciendo lo mismo que hacía ahora nuestro hijo? —le dice Pep *lo Bo*.

—¿Mamando? —dice Ángela, mientras aplica unas palmaditas en la espalda del niño, recostado en su hombro.

—Sí, yo tenía entonces dieciséis años y te recuerdo enganchada al pecho de tu madre...

—Y yo te recuerdo a ti desde muy pequeña, siempre por casa de mis padres... ¡Y me gustaste siempre, ya lo sabes, Pep! —Ángela ríe, entre picara y pudorosa.

Pep *lo Bo* se levanta del taburete, besa a Ángela en la frente y toma al bebé entre sus brazos.

—Ángela, he pensado en explicarle muchas cosas a nuestro hijo cuando crezca..., pero también quiero contarte algo a ti.

—¿A mí? ¿Qué puedes contarme que no sepa, si te conozco desde que tengo memoria, Pep?

—Pues precisamente quiero explicarte algo de cuando no tenías memoria...

Pep *lo Bo* se sienta de nuevo, ahora en una ancha y sólida silla de enea, mece con dulzura al pequeño Víctor en sus brazos y pide a su esposa que le escuche:

—Hoy en la rectoría he recordado a mosén Ramón Silvestre, al que tú llegaste a conocer de niña. Estuve con él en el entierro del Groc, hace cuarenta y cuatro años... Tú sabes que traté al Groc, que era el padre de mi amiga Manuela... Te preguntarás por qué te hablo ahora del Groc... Cuando murió, tú acababas de nacer, Ángela. Naciste entre las muchas privaciones y el hambre causados por aquella guerra del desairado Groc... Le vi muerto, ya te lo he dicho... Pero no sé por dónde empezar...

—Te escucho, Pep —le anima su esposa, que se da cuenta de que a su marido le pasa alguna cosa, que le cuesta hablar, y para ayudarle se levanta para remover la olla que tiene en el fuego, en la que hierve la confitura—, sigue, sigue...

—Dos días antes de enterrar al Groc, mosén Silvestre y yo estuvimos en otro

funeral y un bautizo, ¡todo a la vez! Suena extraño, ¿verdad? ¡Te bautizamos a ti, Ángela! Sí, yo te sostuve mientras mosén Silvestre vertía agua en tu cabeza y ponía una punta de sal en tu lengua. Fue la tarde del día 17 de junio, pocas horas antes de que matasen al Groc...

»El día anterior, el 16 de junio, habían partido de Forcall el general Villalonga y su esposa, doña María Ángeles Soler, que antes de irse te tuvo en sus brazos y le dio dinero a tus padres para que te impusieran su nombre... Al día siguiente, tus padres, mosén Silvestre y yo te llevamos a la Masía Roig, y allí el mosén ofició una ceremonia que nunca olvidaré. No sé si la Iglesia católica la aprobaría, pero ha sido el consuelo de nuestras vidas... Y allí empezamos a llamarte Ángela...

Ángela, estupefacta por lo que está oyendo, ha dejado de remover la confitura, paralizada por las preguntas que se le agolpan en la garganta y le salen a borbotones:

—Pero..., pero... ¿por qué en la Masía Roig? ¿Y qué es eso del funeral? ¿Y por qué se interesó por mí la esposa del general Villalonga?...

—A doña Angelita, que así la llamaba su marido, le había impresionado la historia que le contamos mosén Silvestre y yo... Es la que quiero contarte ahora... ¡Por eso te bautizamos... sobre una tumba, en la Masía Roig! Sí, alguien había enterrado bayo un saúco a la mujer que vivía allí sola y que el somatén había matado días antes. ¡Valeria, se llamaba! Recuerda su nombre, Ángela... Yo no sé quién la había enterrado, pero sí te cuento que días antes yo me había llevado en los brazos a la hija que Valeria acababa de parir, sola en su masía... Y se la entregué a una pareja que ese mismo día había perdido a su hijito también recién nacido: se llamaban Juan y María... Sí, Ángela: ¡tus padres! Sí, Ángela, tú eres aquella niña huérfana, la hija de Valeria, y allí mismo te bautizamos, sobre la tumba de tu madre, de tu verdadera madre.

Ángela Ejarque Gil se ha sentado frente a su marido, conmocionada.

—¿Por qué ni mis padres ni tú me habíais dicho nada, Pep?

—Era demasiado peligroso... Y durante años ha seguido siéndolo. Porque tu padre, Ángela, tu padre... era el Groc.

LA HIJA DEL CAPITÁN GROC

(16 de abril de 1888, noche)

VOLVER a amamantar al pequeño Víctor tranquiliza a Ángela, que ha llorado y gemido sobre el pecho de su marido con el desconsuelo de lo que no tiene vuelta atrás. Ha llorado casi toda la noche su lástima por su madre asesinada, por su padre asesinado, por sus padres adoptivos ya fallecidos... y, sobre todo, por sí misma.

Pep *lo Bo* abraza a su esposa en la cama, y en la oscuridad hablan de todo; Pep *lo Bo* no se reserva ya nada, entiende que a su amada esposa Ángela no hay que protegerla más que de los secretos...

Por eso Pep *lo Bo* le confiesa a Ángela el amor que sintió por Manuela en su niñez, que le llevó a ayudar al Groc una y otra vez... hasta no poder más, ¡hasta llegar a matar! Le cuenta que mató a un hombre por salvar a Pepet de Nasi, su rival de amores. Aunque luego supo que aquel soldado muerto se llamaba Estercuel y había formado parte del inicuo pelotón de fusilamiento de María Griñó, la inocente madre de Cabrera, eso no fue para él consuelo...

Pep *lo Bo* le explica a Ángela cómo la esposa y los hijos del Groc, después de la muerte violenta de este, regresaron de Valencia acompañados por Pepet de Nasi, que en Castellón —donde se escondía tras su huida de Forcall— se había unido a la familia para cuidarla en su destierro... Una vez confirmada la muerte del Groc en la Masía Torres, el general Villalonga, que por entonces ya se había instalado de nuevo en su casa de Valencia, dijo a Josefa, a Manuela y a sus hermanos: «Su marido y vuestro padre ha muerto en manos de los que eran sus amigos. ¡Nadie podrá decir que yo le he matado! Y les digo, créanme o no, que yo no lo hubiese hecho de haber caído en mi poder».

Pep *lo Bo* le confiesa a Ángela que él duda de la sinceridad de esas palabras de Villalonga... Pero lo cierto es que el general les expidió personalmente un salvoconducto para regresar a Forcall sin sobresaltos. La familia del Groc tardó seis días de camino a pie, en pleno verano, para llegar desde Valencia hasta el pueblo. A la altura de Ares del Maestre, el pérfido azar quiso que se cruzaran con Vicente Molinos, Pascual Carbó y Joaquín Torres, que bajaron la cabeza para no hablar con Josefa y Manuela. Eran los amigos traidores que se dirigían a Valencia a cobrar su recompensa por haber matado al Groc, le cuenta Pep *lo Bo* a Ángela.

Pep *lo Bo* le explica a Ángela que los tres amigos contaron, a su vuelta al pueblo, que habían cobrado los seis mil reales de Villalonga, y que el capitán Bonifacio

Bueno había elevado una amarga queja al general por la acción sañuda de Torres y los demás paisanos contra el Groc, al que mataron sin él poder evitarlo. El recto capitán Bonifacio Bueno informaba también a Villalonga de haber amenazado a Torres y a Carbó con fusilarlos por su acción. Bonifacio Bueno había repetido que los habría fusilado si de él hubiese dependido.

Pep *lo Bo* le narra a Ángela que Vicente Molinos, al regresar de Valencia, se ufanó ante algunos vecinos de haberle entregado a Villalonga en mano los mismísimos bigotes rubios del Groc, con el encargo de que se los remitiera a la reina Isabel II a Madrid, a modo de regalo. Con ese acto quería satisfacer un deseo al parecer manifestado en cierta ocasión por ella... El atildado general Villalonga recogió los bigotes de manos del masovero con un gesto de asco, según contó Torres, riéndose. Nadie ha sabido nunca si los bigotes largos y rubios del Groc llegaron a Madrid, ni si llegó a verlos Isabel II, ni si se conservan en algún olvidado cajón del Museo del Ejército de Madrid...

Pep *lo Bo* le cuenta a Ángela que el general Villalonga sí recibió la Gran Cruz de Isabel la Católica y el título de marqués del Maestrazgo. Pero, a la vez, Villalonga tuvo que defenderse hasta su vejez de las críticas vertidas en la prensa española por sus propios partidarios isabelinos, que lo acusaron de crueldad por sus métodos poco honorables y salvajes en su lucha contra el Groc y demás cabecillas carlistas del Maestrazgo. Por eso, el general publicó en 1854, diez años después de la muerte del Groc, un opúsculo titulado *Vindicación que hace el teniente general marqués del Maestrazgo de algunos cargos que la prensa periódica le ha imputado con respecto a sus hechos militares*.

Pep *lo Bo* le explica a Ángela que Pepet de Nasi y Manuela se casaron dos años después de muerto el Groc, en 1846, ella con diecinueve años y él con veintiuno. Y le cuenta que estuvo presente en la boda, que tenía dieciocho años y que sintió ese día una mezcla de alegría y de dolor. Porque le pesaba todavía en el corazón tener que renunciar a Manuela, aun sabiendo que su mejor amiga y su mejor amigo habían elegido estar juntos... Porque continuaba enamorado de Manuela y porque sabía que Pepet de Nasi seguiría los pasos del Groc, y que por eso ella acabaría sufriendo tanto como su madre, que su marido terminaría en la cárcel o muerto... Al respecto de los pasos futuros de Pepet de Nasi, lo mismo pensó Francisco Palos, uno de los factores del asesinato del Groc, puesto que culminada la boda comentó en voz alta: «¡Ya tenemos en Forcall a un segundo Groc!».

Y Pep *lo Bo* le contó enseguida a Pepet de Nasi lo que había oído, para prevenirle... Pepet de Nasi, más orgulloso que asustado por la comparación, le tranquilizó... para seguir intrigando contra el liberalismo y manteniendo alta la bandera carlista en Forcall... Por sus intrigas y escaramuzas acabó preso en la cárcel de Morella en el año 1874. Y allí escribió un manuscrito sobre sus peripecias, que Manuela guarda en secreto y que nadie ha leído aún.

Pep *lo Bo* le narra a Ángela cómo guardó ante todos el secreto de su origen, de su

nacimiento, de su filiación. Cada vez que veía la mancha rosa en la espinilla de Ángela, recordaba que era hija del Groc... Y en este momento le confiesa cómo se sentía íntimamente responsable de su destino, por cierta conversación suya con la esposa del Groc que quizá desencadenó la muerte de Valeria... Y le explica cómo se ocupó de verla crecer día a día en el hogar de Juan y María, y cómo pasó de sentir compasión a sentir tierno afecto por la niña, y después un amor profundo, siendo ya una muchacha alegre y vivaz..., que un día descubrió que era correspondido.

Pep *lo Bo* le explica a Ángela que tuvo alguna ocasión de casarse en su juventud, pero que la rechazó porque algo le decía que su esposa tenía que ser otra... Y un día supo que ella, Ángela, era la mujer que quería. Y esperó. Y juntos en la cama, Pep *lo Bo* y Ángela recuerdan el día que se casaron en la parroquia de Forcall, el 27 de febrero de 1865, cuando ella era una joven de veintiún años y él un hombre maduro de treinta y siete, con las bendiciones de un emocionado Juan Ejarque, que ya había perdido a su María...

Y, antes de que Ángela cierre los ojos entre los brazos de Pep *lo Bo*, convienen los dos en que no se arrepienten de haberse unido para siempre aquel día.

Pep *lo Bo* se despierta en plena madrugada. Su esposa duerme, el pequeño Víctor duerme, y también el resto de sus hijos. Le ha despertado un sueño. Un águila. El águila planea sobre la cueva del Groc, la cueva vacía... No puede volver a dormir. Un desasosiego en el centro del pecho le levanta de la cama, y le arrastran unas irresistibles ansias de caminar, de salir del pueblo, de pisar las piedras del barranco del río de Chiva, más allá de la Masía de la Grellera...

... y de llegar ante la cueva del Groc. La oscuridad ha empezado a clarear y una levisima luz lechosa le permite verse las alpargatas pisando los ríspidos matorrales, pendiente arriba. El sexagenario Pep *lo Bo* fuerza la respiración y llega a la escondida cueva. Aparta recios arbustos y entra en la cavidad. Y en el suelo, en el mismo sitio donde cuatro decenios antes estuvo sentado con el Groc y Pitarch, ve un objeto que le obliga a dejarse caer de rodillas y llorar, llorar, llorar...

—¡El garrote del Groc! —exclama, y su voz reverbera en las paredes de la gruta.

Pep *lo Bo* llora como el niño que fue cuando encontró ese mismo garrote en el río y se lo devolvió al Groc, en el lejanísimo año 1841. El garrote que don Ramón Cabrera había regalado al capitán forcallano. Se sienta en el suelo, junto al garrote de cerezo verde, oscurecido y encogido por los años, lo coge, lo acaricia y en un lado puede leer unas letras:

BUSCAME PITARCH

Esas letras no estaban en el garrote antes de la muerte del Groc, eso lo sabe. Pero no sabe qué significa ese mensaje... Pep *lo Bo* se lo pregunta, y al fin entiende que

Pitarch custodió el garrote en la última noche del Groc. Entiende que Pitarch sobrevivió a su capitán y que se atrevió a volver a esta cueva, quizá a la mañana siguiente del crimen, quizá mientras las campanas de Forcall volteaban y festejaban el final del insumiso, el último desairado carlista...

Y también entiende Pep *lo Bo* que este escueto mensaje grabado en el garrote del Groc quizá era para algún otro guerrillero superviviente... O quizá..., ¡quizá para él! Sospecha que algo sucedió después para que Pitarch se apartase de todos y se mantuviese en espeso silencio, o quizá huyó hasta llegar a Francia, o quizá antes se despeñó por algún risco y las alimañas del monte devoraron sus restos...

—¡Manuela! ¡Mira qué he encontrado hoy! Tómallo: a ti te corresponde tenerlo.

Manuela no puede creer que Pep *lo Bo* tenga en sus manos el garrote de su padre. Manuela, que acaba de quedarse sin Pepet de Nasi otra vez, encerrado en la cárcel de Morella, como otras veces en la de Castellón, recoge el preciado objeto, mira con cariño a su viejo amigo y le pregunta:

—El garrote de mi padre... Pero ¿dónde lo has encontrado, Pep?

—En la misma cueva en la que estuve con Pitarch y con tu padre después de que se despidiera para siempre de vosotras el día en que Villalonga os desterraba a Valencia... No había vuelto nunca más por allí, pero esta madrugada...

—A mi marido le gustará mucho ver este garrote, si Dios lo quiere...

Pep *lo Bo* nota que Manuela tiñe de tristeza sus palabras. Sabe bien que su amiga no ha tenido un matrimonio plácido a causa de las actividades políticas de su marido, porque más de una vez ha tenido que ayudarla...

—Sí... Este garrote es tuyo y de vuestros hijos. Y de tus nietos... Esta mañana he visto a Milagros, ¡y ella y tu nieto José pronto te darán muchos bisnietos! —Pep *lo Bo* le guiña un ojo.

—¡Pero a Ángela y a ti no hay quien os gane en eso! —Apunta Manuela, con un suspiro—. Os envidio, Pep...

—¿Por qué, Manuela?

—Habéis vivido el uno para la otra y la una para el otro y los dos para vuestros muchos hijos... Sois felices... Pero mi padre... Y mi marido, ¡ah!... ¡Santa paciencia, Pep, santa paciencia!...

Manuela calla, con un gesto de resignación, porque no se permite cuestionar las vidas de lucha que los hombres de su familia eligieron... Y que tan alejados de sus hogares los mantuvieron. Pero una grieta en su entereza se ha abierto, y ante su viejo amigo ha dejado escapar una voluta de tristeza... Pep *lo Bo* siente súbitos deseos de abrazar a Manuela, pero le incomoda su propia pulsión y se refrena. No toca a su amiga de toda la vida, se despide de ella ofreciéndose a sí mismo y a Ángela para lo que necesite.

Y cuando está a punto de irse, Manuela le dice de improviso:

—Pep *lo Bo*, ¿sabes que..., sabes que Pitarch todavía vive?

EL VERDADERO TESORO

(Vallibona, 20 de abril de 1888)

A PEP *lo Bo* le ha costado varios días decidirse. Volver a ver a Pitarch es resucitar un pasado tan remoto... Pero el nacimiento de su hijo le ha puesto ante sí mismo. Y la curiosidad de volver a ver a un exguerrillero al que le calcula la proveya edad de sesenta y nueve años, nueve más que él. Si vive, es un milagro merecedor del intento... Y el fiel Pitarch es además el testigo único de la última noche del Groc. Y ahora Pep *lo Bo* quiere saber cosas de aquella última noche.

Acompañado por Manuel, su hijo mayor, de veintidós años de edad, montados en sendos rucios, salen de Forcall, dejan atrás Morella y se internan en los laberínticos barrancos de Vallibona, hondonadas y precipicios horadados por espeluncas de todas las dimensiones, algunas nunca holladas por nadie, accesibles solo a cuervos y cabras.

Manuela le ha desvelado a Pep *lo Bo* dónde puede encontrar a Pitarch, según las indicaciones que le dio Pepet de Nasi poco antes de ser encarcelado. Solo el yerno del Groc ha mantenido contacto con su compañero durante estos cuarenta años largos, cuarenta años de secreto impenetrable, cuarenta años de vida apartada del exguerrillero, alejado de toda sociedad con seres humanos, aunque Manuela no sabe si otras personas de Vallibona podrían estar en el secreto y podrían haberle ayudado en su vida eremítica.

—Dejaste claro que no volverías a ayudar al Groc, ¿te acuerdas? ¡Supongo que ahora no vendrás a ayudarme tampoco a mí, ja, ja, ja!...

El mismísimo Pitarch ha saltado al camino, ante Pep *lo Bo* y su hijo, como si nada ni nadie de lo que entra o sale de sus tortuosos desfiladeros le pasara inadvertido. Pep *lo Bo* se asombra de que pese a su senectud y al aspecto de su piel fina y apergaminada, pegada a los huesos de su menuda anatomía, Pitarch retiene parte de su pretérita agilidad, su mirada vivísima y el puente aguileño de su nariz, que aún dota de carácter indómito a su rostro alargado y delicado, coronado por un cabello que fue negrísimo y que se ha teñido de plata.

Acomodados en su cueva, a la que se asciende por una grieta entre cantiles y recorriendo un pasadizo de escalofrío incluso para las cabras, el viejo luchador ofrece a sus impresionados invitados unas escudillas con agua fresca de un manantial que fluye junto a la entrada.

—Amigo Pitarch, ¡he encontrado el garrote del Groc que dejaste en vuestra vieja

cueva del barranco de Chiva! —explica Pep *lo Bo*—. Se lo he devuelto a Manuela, y por ella he sabido que vivías...

—Manuela, qué chica más valiente. ¿Qué sabes de su hombre, de Pepet? Hace mucho que no viene por aquí... ¿El garrote, dices? —medita Pitarch, y Pep *lo Bo* asiente—. Ja, ja, ja... ¡Ni me acordaba! El garrote del Groc... Me envías a otro mundo, a otra vida...

—También lo es para mí...

—¿Sabes que estás hecho todo un señor, chico? —dice Pitarch, escrutando a Pep *lo Bo*—. Sobre aquel muchachito del tirachinas que yo recuerdo, veo ahora el aspecto de un hombre, de un hombre que ha sido feliz... Tú le dijiste algo al Groc que... La última noche del Groc fue... Aquella última noche algo cambió en él. Y, después de él, en mí.

—¿Qué quieres decir, Pitarch?

—No sé si sabré explicarlo, no sé si podrás entenderlo... No sé si...

—«Búscame», me escribiste... Bien, he tardado cuarenta y cuatro años, ¡pero he venido a buscarte! Ahora me gustaría escucharte, sea lo que sea lo que me puedas explicar.

Pitarch se levanta y se adentra en la cueva, aparta una cortina hecha de mantas morellanas que penden de una rama de pino travesaña, y vuelve con un par de libros y un pañuelo negro que Pep *lo Bo* reconoce al instante... Pero calla y espera las palabras de Pitarch:

—La última noche del Groc... fue la primera del resto de mi vida. Entendí muchas cosas. Ya no quise ir a Francia. Sentí que eso sería volver al punto de partida de un viaje cuyo final ya conocía. Pensé también en mi hermano y en su amigo Cordón, que se quitaron la vida a bayonetazos en la raya de Francia, ante don Ramón Cabrera. Esa escena, de la que fue testigo el Groc, que me la explicó, fue la que me movió a luchar junto a él durante tres años, igual que otros desairados. Y esa misma escena, tras la última noche del Groc, me ayudó a apartarme de todo. No quise irme con los exiliados y verme arrastrado de nuevo por sus ensoñaciones, y tampoco quise reunirme con los vecinos de mi pueblo y verme arrastrado por sus rencillas...

»Y sí, entonces te dejé el garrote del Groc, por si querías saber... Y si no, ¡me daba igual! Me encaminé hacia Herbeset, atravesé lo más agreste y despoblado de los Puertos de Morella, Benifasar y Beceite, hasta llegar a Vall-de-roures... Lo hice muy bien, no me crucé con nadie, ¡nadie me vio!

»En Vall-de-roures me cobijó mi amigo Octavio Serret, que había sido también amigo fiable del Groc y de mi infortunado hermano. Serret me ocultó en la cava de su vieja imprenta. ¡Y eso que Serret es un liberal! Es un liberal de corazón y con corazón, porque por encima de todo estima a la gente de su país y no juzga a nadie. En las bodegas de su imprenta pasé casi dos meses, a solas conmigo mismo y con los libros que cada noche Serret me bajaba. Aquellos largos y solitarios días leí mucho, mucho más de lo que había leído en toda mi vida...

»A veces conversábamos. Serret había conocido a Cabrera y me lo describía, me hablaba de sus cejas oscuras y largas, revueltas en el entrecejo, sobre unos ojos como carbones encendidos, fieros, de su boca fría, su chaqueta azul, pantalón rojo con galones de plata, botas negras, boina blanca con borla de estambre de oro, siempre sobre su caballo blanco y siempre con capa blanca: así vestido era Cabrera una diana para el enemigo, pero eso no le importaba, despreciaba la vida, y le importaba más fascinar a sus voluntarios, desastradamente vestidos con zaragüelles, medias, alpargatas, zamarras de piel, pañuelos en la cabeza y mantas morellanas...

»Serret me contaba cosas... Él estuvo en el Ayuntamiento de Vall-de-roures el día de febrero de 1836 en que el oficial Pertegaz, armándose de valor porque nadie se atrevía a hacerlo, le comunicó a Cabrera que el brigadier Nogueras había fusilado a su pobre madre en el foso de Tortosa... Serret había ido a llevarle aquel día a Cabrera un libro sobre Napoleón que sabía que le fascinaba, y también recado de escribir que le había encargado el caudillo, y por eso presencié el célebre momento en que don Ramón, bilioso de dolor y furia, se asomó al ventanal sobre el río Matarraña, señaló las montañas de los Puertos y prometió que por muy altas que fueran las anegaría con la mucha sangre que haría bajar por los ríos... ¡Y fue aquel día, Pep *lo Bo*, el que nos ha llevado hasta aquí a ti y a mí! Porque corrió mucha sangre, y ya hemos visto que la sangre del Groc no fue la última...

»Serret me dio a leer muchos libros, y cuanto más leía, más veía con los ojos de la razón. Cuanto más sabía, más quería leer y saber... Un día me bajó a la cava un opúsculo que me impresionó. Era un dietario manuscrito de un soldado liberal de la división del general Pardiñas, la que Cabrera derrotó en Maella en 1838. Se llamaba Juan de la Cruz Cabello y quedó prisionero de los nuestros, primero en el convento de vuestro Forcall. Sí, sí, el mismo convento que seis años después vería pasar por delante el mulo con el cuerpo del Groc... Este diario relata el espanto al que sobrevivió el soldado liberal. Yo he sido prisionero de los liberales, y aquella lectura me hizo reflexionar mucho... Cuántas barbaridades hacíamos... ¿Te atreverás a leerlo? Lo leí y me avergoncé de muchas cosas que hicimos... Serret había impreso algunas copias por encargo del exsoldado, y me dejó una. Aquí la tengo, leedla, leedla tú y tu hijo: en una buena parte sucedió en vuestro querido Forcall, ya te digo, en vuestro convento, cuando tú tenías seis o siete años...

Pep *lo Bo* toma el opúsculo de manos de Pitarch y se lo pasa a su hijo Manuel, que escucha boquiabierto al viejo, porque está explicando de primera mano historias que él solo había oído antes de refilón y por referencias, junto al fuego...

—Tras esas semanas en Vall-de-roures, quise conocer el abandonado y saqueado convento de San Salvador de Orta, antes de venirme a estos mis barrancos, a esta cueva... Allí no visité a mi amigo Manuel Llobet, de la Masía Manresa, por no comprometerle de nuevo a él y a su familia... Sé que en sus cubas vacías, escondidos una noche el Groc y yo, heridos, después del desastre de Cretas, él empezó a reflexionar sobre su guerra... Fue una larga noche, aquella... Y lo de acercarme hasta

Orta tiene que ver también con la última noche del Groc... Verás, es que mientras caminábamos hacia su muerte, me contó muchas cosas, entre otras me contó su último encuentro con Benedicto Mol, el buscador de tesoros... Y en las horas de oscuridad que esperamos ante la Masía Torres me habló de un modo extraño, extraño... Y solo después entendí que todo lo que me decía conducía a lo que finalmente hizo el Groc en su última noche, la última noche del Groc...

—¿Y... qué hizo? —pregunta Pep *lo Bo*, impaciente por saber.

—¿Qué hizo? ¡Entregarse sin rendirse! ¡Morir para vencer!

—¿Qué quieres decir? No entiendo...

—Indultarse sin humillarse. Sacrificarse yendo al sacrificio. Darse sin vencerse. Sí: ¡morir para vencer! Eso hizo el Groc.

—No sé..., no sé si te entiendo, Pitarch... —dice Pep *lo Bo*, con voz baja y ronca, con la garganta seca.

—Verás... Algo le dijo Benedicto Mol... Y algo de lo que tú le dijiste... O lo que le dijisteis los dos hizo que se le giraran la cabeza y el corazón y le condujeran a su postrera decisión: dejar de infligir dolores y daños a quienes más le amaban. Y para conseguirlo decidió que solo podía hacer una cosa: ¡morir! Porque seguir vivo era multiplicar el dolor y el daño.

Y Pitarch estira sobre su muslo el pañuelo negro del Groc, lo aplana con la palma de la mano y dice:

—Me lo dio antes de bajar a la Masía Torres, igual que su garrote. El Groc me contó entonces que había enterrado a una mujer a la que encontró muerta en una masía muy apartada y que estaba seguro de que la habían matado por culpa de este pañuelo... Él lo encontró bajo unos cascotes de la fachada de aquella masía incendiada. Me dijo que ver el pañuelo y la masía le quebró, le hizo llorar por sí mismo por primera vez. Le hizo pensar en los que le querían. Yo no sé quién sería esa mujer, pero su muerte le conmovió muchísimo. No sé quién era esa mujer, qué era para él...

—Yo sí lo sé.

—En tal caso, toma tú el pañuelo, por favor: este pañuelo debe ser para ti, Pep *lo Bo*...

Pep *lo Bo* no discute y toma sin decir nada el pañuelo negro del Groc, lo dobla con mimo, lo besa y se lo entrega también a su hijo Manuel, que no sospecha que ahora sostiene entre sus manos un trozo de tela que un día envolvió el cuerpo recién nacido de su propia madre.

—Pero, Pitarch, si el Groc estaba tan afectado, pudo haber regresado a su casa, aceptar las ofertas de Villalonga...

—Tú sabes que no. Era ya demasiado tarde, para él hubiese sido demasiado indigno... Y en el pueblo alguien hubiese intentado humillarle, y entonces... ¡vuelta

a empezar!

—Cierto... Tienes razón, pero... ¿seguro que dejarse matar era el único modo?...

—El Groc, en ese momento, supo que si él no moría, su esposa y sus hijos se pudrirían en Valencia. Que no volverían nunca junto a los suyos, a su pueblo, a su casa... Por eso morir era vencer. Su naturaleza indomable le impedía tanto rendirse o indultarse como cambiar de vida, ¡tú lo sabes! Pudo despeñarse como aquel soldado napoleónico de su niñez, pudo hundirse una bayoneta como mi hermano..., pero él decidió hacer otra cosa: decidió aprovechar el plan de Villalonga. Y acudió a una trampa que se había cerciorado de que estuviese bien tendida, de que no habría error alguno, de que no saldría vivo de allí...

—Por la santa Virgen de la Balma, amigo Pitarch... ¿Qué estás diciéndome? Me das escalofríos... Me dices que el Groc sabía... ¿De verdad me dices que acudió al encuentro con la muerte con plena consciencia? ¿Era necesario hacer eso, dejarse inmolar de esa manera tan truculenta, tío Pitarch?

—Él sabía que sí, y ahora que han pasado tantos años estoy seguro de que tenía razón, de que hizo lo que debía, lo mejor y correcto...

—Yo no sé...

—Sí, Pep *lo Bo*, sí... Mira, mira a tu hijo, y a los hijos que él tendrá, a los hijos que tus otros hijos tendrán... ¿Tú no ves que hoy hablan del Groc hasta los niños de pecho? Y así seguirá siendo, generación tras generación, por el modo en que murió... ¡El Groc ha vencido! Por eso te digo: el Groc... ¡murió para vencer!

Pep *lo Bo* le pide a Juan Pitarch que le permita dedicar una oración al Groc. Su hijo Manuel contempla en respetuoso silencio cómo su padre toma el pañuelo negro del Groc, lo despliega en el suelo y se arrodilla enfrente para sumirse en una oración: Pep *lo Bo* repite una ceremonia que presencié casi medio siglo antes a orillas del río Bergantes, uno de los días en que andaba con su tirachinas a la caza de un conejo para quitar de pena los estómagos de su familia, el mismo día en que supo que el Groc había vuelto de Francia.

—¿Cuándo crees que el Groc decidió...? —pregunta Pep *lo Bo* después de volver a doblar el pañuelo.

—Lo intuí cuando me dio el garrote y el pañuelo, justo antes de descender a la Masía Torres. No quería ya más desgracias por su causa. Debes saber que... ¡el Groc no disparó su pistola ni una sola vez, ni un solo tiro!

—¿No?

—No. Y pudo hacerlo. Llevaba encima su pistola, podría haber disparado. A mí, antes de descender a la masía, me dio una orden: ¡no disparar, «veas lo que veas, pase lo que pase allá abajo», me dijo! Me ordenó callar, ver y huir. Se impuso no sacrificar a nadie más que a él mismo. Entiendo que él se impuso a sí mismo no dañar a nadie más por su causa. Decidió que él sería el último en tener que entrar en la hoguera...

La paloma...

«La paloma...». Pep *lo Bo* no ha entendido a Pitarch, no ha comprendido su alusión a la paloma. Le ha preguntado, pero Pitarch se ha azorado, ha mascullado excusas, ha aducido que no sabría explicarlo, que no sabía si se lo había entendido bien al Groc... Pep *lo Bo* ha insistido hasta que Pitarch ha accedido a hablar...

—Vi cómo el Groc dibujaba unas rayas en el suelo de la cueva con un palito, unas rayas en el polvo, y me pareció que era la figura de una paloma... Tú todavía estabas allí... y no quiso hablar. Cuando tú te fuiste, después de decirle lo que le dijiste, me explicó que había vuelto a ver a Benedicto Mol días antes, y que le había enseñado que con una paloma representaban el alma unos cristianos antiguos poseedores de un gran tesoro que buscaba el suizo loco, un tesoro que podría haber acabado cerca de Morella o en el Maestrazgo... ¡Cátaros, los llamaba!...

»Mira, aquel suizo, aquel Benedicto Mol, del que nada he vuelto a saber, a mí me parecía un embaucador o un loco. Hoy entiendo que nosotros también debíamos de parecerle a él unos locos... Cada uno con su desvarío... Sí, no me mires así... ¡Nos parecíamos! Benedicto Mol con su tesoro, nosotros con el altar y el trono... Mol había buscado un tesoro de un soldado en Santiago, y buscaba un tesoro del Papa Luna, y un tesoro de los templarios, y... ¡no sé por qué, todos los tesoros estaban en el Maestrazgo! Eso nos interesó, claro... También le dijo al Groc que había buscado ollas llenas de onzas de oro que un tal Juan Luco había enterrado durante la guerra de Cabrera en dispersos rincones del Maestrazgo... Tú sabes que muchos enterraban o emparedaban ollas con monedas para proteger su dinero de las rapiñas de los carlistas y los liberales... Lo de los cátaros y los templarios me parecía más extraño, pero ¿quién sabe? Benedicto Mol le contó también al Groc que quería abrir uno de los dos sarcófagos de piedra del atrio del convento de San Salvador de Orta, erigido por el Temple, convencido de que allí estaba el tesoro de los monjes-guerreros... ¡Por eso, como te decía, me fui a Orta al salir de Vall-de-roures, antes de venirme aquí! Pero no vi a Benedicto Mol, y los pesados y herméticos sarcófagos me parecieron imposibles de abrir, al menos sin una carga de pólvora...

»El Groc me explicó que Benedicto Mol había buscado su tesoro denodadamente, que había excavado en Torre de Arcas, en el castillo de Xivert, en un monasterio de las Cuevas de Cañart, en un convento de Mirambel, en una ermita de Olocau, en el santuario de la Virgen de Vallivana, en una cueva de Beceite, en una casa de Tronchón... Mientras excavaba en un abrigo rocoso cerca de Morella había desenterrado unos huesos gigantes, que decía que eran de los esqueletos de los titanes de la antigüedad...

—Qué delirio... —interrumpe Pep *lo Bo*—. Lugares hermosos, eso sí...

—Delirios, sí... Ya te lo he dicho, o era un embaucador, o quizá Benedicto Mol sí había entendido algo importante... Le contó al Groc que los templarios perecieron

por creerse intocables, que los cátaros perecieron por su empecinamiento, que el Papa Luna, ¡Benedicto como él!, se consumió en su terquedad... Y que todos ellos habían sembrado mucho dolor y daño en su ensimismado inmovilismo. Y que él ya sabía que no había tesoro material alguno, que él ya sabía que no había oro y plata, que solo había memoria de todos ellos por su sacrificio y muerte..., eso me contó, y creo que todo aquello hizo reflexionar al Groc...

»Por otro lado, Benedicto Mol había encontrado una pieza curiosa en Forcall: una piedra cúbica con dos palomas labradas en un ángulo, besándose sus picos. Estaba emparedada en una casa cuya pista halló una noche en el archivo de Morella... Así supo que había ocultado esa piedra el hijo del último obispo cátaro, llamado Belibasta, persuadido el joven de que el fanatismo de su detenido y condenado padre —ardió en una hoguera de la Inquisición— solo había comportado la destrucción de muchas familias... Por eso volvió a emparedar la piedra en esa casa de Forcall... Creo que eso también afectó al Groc...

»Y a mí también, ¡lo confieso! Si ahora me preguntas, te diré que por eso no he querido volver a vivir con nadie, por eso he querido olvidar tantos catecismos, dogmas, leyes y principios. Y así no repetiré los mismos... desvaríos. ¡Sí, desvaríos! No, Pep *lo Bo*, no, no me he hecho liberal... ¿Libertad? ¿Religión? ¡De una y de otra tenemos de sobra! Y unos y otros las enarbolan solo para su mangoneo y provecho propio, solo por avidez de dominio, por la ambición del poder que proporciona repartir la ración de pan y garbanzos y el cuartillo de vino que nos toca a cada español...

»¿A quién benefició nuestra lucha terca y obstinada y ciega? ¿A qué, Pep, tantas viudas y huérfanos? ¿A qué tanta bandera? ¿A qué tantos mandamientos, tanta lápida sagrada y tanta sagrada ley? ¿A qué tanta sangre? Tanta sangre... Detrás de muchos ilusos medran siempre unos pocos aprovechados. Debes saberlo, yo ahora lo sé. La primera patria es tu familia, la que eres capaz de crear. Con su querida muerte, dando su vida, el Groc encontró el modo de preservar lo poco que su propio delirio todavía había dejado en pie.

Después de abrazar al viejo Pitarch y despedirse, Pep *lo Bo* sabe que no volverán a verse. Ahora entiende que la última noche del Groc redimió su obcecada vida y que su muerte preservó a Manuela y a Josefa y, también, en este caso sin saberlo, el auténtico tesoro para Pep *lo Bo*, el verdadero tesoro viviente, un tesoro que se engendró entre la sangre y el fuego de la guerra: Ángela, la hija de Valeria, la secreta hija del capitán Groc.

EPÍLOGO DEL AUTOR SOBRE SÍ MISMO

(Barcelona, noviembre de 2015)

VI acercarse al tío Braulio con un voluminoso caracol de piedra en sus manos de labrador. Tenía el tamaño de una cabeza de bebé, mucho mayor que los fósiles de caracolutos que encontrábamos los chavales entre los cantos rodados de la orilla del río. Fósil antediluviano de un caracol gigante que por allí se arrastró millones de años atrás, lo extrajo el arado romano del que tiraba el mulo del tío Braulio, que labraba su trozo de tierra en un bancal cerca del río. Se lo entregó a mi padre con jovial solemnidad. Todavía lo conservo.

Yo tenía siete años y me bañaba en una poza del río Calders. Llegábamos por una senda festoneada de zarzales con moras muy maduras, a media hora a pie desde Forcall. El pueblo, a finales de los años sesenta, como todos los de la remota comarca de los Puertos de Morella, se parecía todavía mucho al de algunas fotografías de principios del siglo XX, y por eso no sería muy distinto al Forcall de mediados del siglo XIX...

El tío Braulio sabía que su fósil encandilaría a los niños de Barcelona. Y tenía razón. Aunque aquel fósil era solo uno entre un sinfín de embelesos: niño de ciudad, me bastaron cuatro veranos y alguna Pascua en aquel pueblo para rendirme al hechizo de sus encantos, de sus piedras doradas, cal y azulete en las ventanas, chasquido de cascos de mulos en el empedrado de las calles, repiques de campana, frescor de lavadero, trilla en la era, nubes de moscas en cada zaguán, mazorcas colgadas a secar, tormentas de agosto sobre la Roca del Migdia, fuentes y estrellas, aromas de paja, alfalfa y cuadra, sabor de cuajada y de pan empapado en vino y azúcar..., y todo aquello me llegaba desde el fondo de los siglos con la intensidad del que está esperándolo, casi como si lo reconociese por algún ignoto imperativo genético, del mismo modo que la sed reconoce el consuelo del agua fresca.

Niño enamorado, paseaba un día bajo los olmos junto al puente con una niña morena del pueblo cuando otro rapaz, muy resuelto, se interpuso y me preguntó si conocía las heroicidades del Groc. No sabía de quién me hablaba. Quedé mudo. Y mi decidido rival, imparable, nos relató con entusiasmo las peripecias de un héroe valiente que siempre escapaba de pérfidos perseguidores, y que cuanto más acorralado parecía, más y mejor saltaba y huía entre cipreses, sabinas y barrancos... Y así conocí al héroe, al Groc de Forcall.

La niña morena ya sabía quién era el Groc, como todos los niños del pueblo, que me comentarían después historias oídas en sus casas sobre aquel bandolero corajudo y generoso, al que pintaban como un Robin Hood forcallano. Esto me sucedía durante

el verano de 1968, y hoy sé que me hablaban de un paisano muerto hacía ya ciento veinticuatro años. Pero para ellos, el Groc era memoria viva, un mito local, un héroe popular que resistía el paso de más de cinco generaciones.

Hoy, ciento setenta y dos años después de su trágica muerte, el recuerdo del Groc pervive en la comarca. Con el paso de los años me enteraría de que el Groc nació en el Forcall de 1805 y que fue un guerrillero carlista tildado de asilvestrado bandolero (o al revés). Cabrera se rinde, los suyos se rinden, todos caen, ¡pero él no! Aquel desairado forcallano (así serían denominados aquellos rebeldes: desairados) defendió hasta el último suspiro sus valores anticuados sobre la religión y la tierra, viejas costumbres y usos arrumbados por el pujante liberalismo.

Por su bandera carlista malvivió en bosques, barrancos, cuevas y masías de la comarca, y asaltó, robó, secuestró y fusiló. Hombre de un mundo austero y aislado, el Groc manifestó su espíritu abnegado, su temperamento airado, obstinado, tenaz, empecinado, irredento hasta el fanatismo, hasta llevarle a sacrificarlo todo por sus ideas, incluidos sus propios familiares... y su vida misma.

El Groc logró galvanizar a un centenar de fieles, lo que exasperó a las autoridades liberales hasta que su nombre llegó a la reina Isabel II y en el año 1844 el gobierno de España se vio forzado a enviar a un Ejército al Maestrazgo para exterminarle. Pero el Groc resistió, no sucumbió a esa desmesurada superioridad militar... No: solo cayó cuando sus mejores amigos le traicionaron y le mataron.

Su drama personal y su final trágico —que conocí gracias a las escuetas memorias de su yerno, José Bordàs Marcoval, escritas en 1874 y no publicadas hasta 1997— me espolearon a relatar su vida, metáfora de la entrega a una causa más allá de toda razón y medida.

Y la poética de la historia y la literatura han entrecruzado la vida del Groc con la de otro personaje, también mítico, aunque solo en mi esfera familiar. Le conocí mediante un retrato que mi padre heredó del suyo, un daguerrotipo retocado a punta de grafito y enmarcado. Vi este retrato durante mi infancia, colgado en una pared de la casa de mis padres en Barcelona. Mostraba, de medio cuerpo, a un hombre sexagenario que cubría su cráneo despejado con un pañuelo estampado, anudado a un lado de la cabeza, sobre un rostro redondo y lleno, con una pletórica expresión de placidez y bonhomía.

Su aspecto bonachón hacía honor a su apodo, que descubrí un día de mi adolescencia en que le pregunté a mi padre quién era aquel hombre:

—¡Pep *lo Bo*! Así le llamaban... Era el padre de mi padre.

Quise saber más, pero mi padre nada sabía de su abuelo paterno (muerto veinte años antes de nacer él), excepto una única cosa: que nació y murió en Forcall y que el décimo y último de sus hijos sería su padre, es decir, mi abuelo Víctor (muerto seis años antes de nacer yo).

Acudí a los *Quinqui Libri* de la parroquia de Forcall: Pep *lo Bo*, nacido José Amela Rallo en el año 1828, hijo de José Amela Sabater y Rosa Rallo Adell, casado en 1865 con Ángela Ejarque Gil —dieciséis años más joven que él— y padre sexagenario de su décimo y último hijo, Víctor Amela Ejarque (Forcall, 1888), mi abuelo, como he dicho.

Que el bueno de mi bisabuelo Pep *lo Bo* fuese convecino y coetáneo del Groc de Forcall, y no disponer de más detalles... me ha facultado como novelista para todo lo demás.

Sí he constatado (gracias al manuscrito de José Bordàs Marcoval, Pepet de Nasi) que los primos de Pep *lo Bo* que vivían en la masía de la Torre Amela, en el barranco del río de Chiva, hicieron de enlaces y ayudaron a Pepet de Nasi —yerno del Groc— y al guerrillero carlista Juan Pitarch en sus andanzas.

Devastados y arruinados los pueblos de los Puertos de Morella y el Maestrazgo por un terrorífico siglo de sangre y fuego, la miseria en la que amanecieron al siglo xx obligó al décimo y último hijo de Pep *lo Bo*, Víctor Amela Ejarque, a emigrar de Forcall a los veinticinco años, recién casado en Forcall con Carmen Ferrando Muñoz. Este Amela llegaba a Barcelona en el año 1914 y en su equipaje viajaba un retrato de su padre recientemente fallecido...

Mi abuelo engendró a mi padre en Barcelona, y mi padre a mí. La guerra ha sido mi partera: sin la guerra de Cabrera y la guerra del Groc en las tierras de mi bisabuelo paterno —y las que siguieron hasta arrasar un mundo milenarío—, yo no existiría.

Así como las guerras carlistas del Maestrazgo engendraron en Barcelona al que sería mi padre, la última guerra civil española traería a Barcelona a la que sería mi madre... Y esa es ya otra novela.

Soy hijo, nieto y bisnieto de las guerras fratricidas españolas.

En el año 1986, las llamas de un incendio en casa de mis padres devoraron el retrato de Pep *lo Bo*. Pese a que han transcurrido treinta años desde aquel fuego que lo consumió todo, todo, libros, ropa, objetos preciados, documentos..., la única pérdida que entonces lamenté y todavía hoy lamento es la de aquel retrato, el único retrato existente del que creo que fue un hombre bueno y sereno, mi bisabuelo Pep *lo Bo*.

Y ahora me doy cuenta de que no querer perder el recuerdo de su rostro para siempre es lo que ha engendrado esta novela.

ACLARACIONES

Los bandos, los edictos, las proclamas, los artículos de prensa, las epístolas y las partidas de nacimiento y defunción que aparecen en la novela transcriben documentos auténticos.

Los personajes de esta novela (véase nómina de personajes reales) existieron hace ciento setenta y dos años, y respeto sus cronologías y los hechos principales que protagonizaron.

AGRADECIMIENTOS

A Vanessa Viñals Cervera, doctora en Filología (y prima forcallana), por velar por los diálogos del Groc y sus vecinos.

A Santiago Pérez Peñarroya, actual e inmejorable alcalde de Forcall (emparentado con el Groc y los Amela), por atender a mis consultas.

A Sergio Bordàs, por documentarme con publicaciones locales.

A Santi Polo, por su paciente transcripción de partidas de bautismo, boda y defunción de los *Quinqui Libri* (libros parroquiales) de Forcall.

A Rhamsés Ripollés, alcalde de Morella, y a su vecino Ernesto Blanch Cabeza, por mostrarme los rincones de la imponente Casa Piquer.

A Roser Amills, por tantos caminos y días.

A Max Amela, por inspirarme durante un viaje en tren.

A mis padres, por llevarme de niño a Forcall.

A todos los forcallanos de ayer, de hoy y de siempre.

PERSONAJES REALES

Tomás Penarrocha Penarrocha, *el Groc* (Forcall, 1805 - Las Parras de Castellote, 17 de junio de 1844). En los documentos históricos aparece con distintas grafías: Penarroya, Penarrocha, Peñarroya, Peñarrocha o Penaroja.

Josefa Ferrer Guarch (Forcall, 1807-1866), esposa del Groc.

Manuela Penarrocha Ferrer (Forcall, 1829-1889), hija primogénita del Groc.

Ignasi Bordàs (Forcall, 1790-1856), amigo del Groc.

Josefa Marcoval (Forcall, 1796-1871), esposa de Ignasi Bordàs.

José Bordàs Marcoval, *Pepet de Nasi* (Forcall, 1823-1894), hijo de Ignasi y Josefa, yerno del Groc (se casó con Manuela en 1846).

Tomás Buc (Forcall, 1802-13 de noviembre de 1843), alcalde liberal de Forcall.

Teresa Aguilar (Forcall, 1801-1861), esposa de Buc.

Joaquín Viñals (Forcall, 1779-1853), cuñado de Buc.

Domingo Guarch (Forcall, 1808-1868), partidario liberal.

Ramón Mampel (Forcall, 1784-1855), partidario liberal.

Domingo Palos (Forcall, 1786-1846), fabricante liberal.

Francisco Palos (Forcall, 1809-1869), hijo de Domingo.

Vicent Ferrer (Forcall, 1768-1855), suegro del Groc.

Juan de Villalonga y Escalada (Palma de Mallorca, 1794-Madrid, 1880), mariscal de campo, comandante general de las Tropas del Maestrazgo, nombrado marqués del Maestrazgo.

María Ángeles Solery Lacy (Alicante, 1816-Madrid, 1875), esposa del general Villalonga.

Isabel II (Madrid, 1830-París, 1904), Reina de España.

Ramón Cabrera (Tortosa, 1806-Wentworth, 1877), caudillo carlista, nombrado

duque del Maestrazgo, conde de Morella y marqués del Ter.

Ramón Silvestre, rector ecónomo de Forcall en 1844 (fraile exclaustrado del convento en 1835).

Francisco Llop (Forcall, 1810-1874), confesor particular de Manuela y Josefa Penarrocha.

Pascual Carbó (Forcall, 1821-1879), masovero de la Masía Carbó.

Vicente Molinos (Forcall, 1797-1861), masovero del Hostal de Liborio.

Joaquín Torres (Las Parras, 1805-1880), masovero de la Masía Torres (Las Parras de Castellote)

Juan Pitarch (Vallibona, 1819—¿?), guerrillero carlista de la partida del Groc; se desconoce dónde y cuándo murió.

Juan Ejarque (Olocau, 1811-Forcall, 1888), pastor y labrador.

María Gil (Forcall, 1822-1862), esposa de Juan Ejarque.

Ángela Ejarque Gil (Forcall, 1843-1915), hija de Juan y María.

José Amela Rallo, Pep lo Bo (Forcall, 1828-1910), se casó con Ángela Ejarque Gil (Forcall, 1865) y tuvieron diez hijos.

Víctor Amela Ejarque (Forcall, 1888-Barcelona, 1954), décimo (y último) hijo de Ángela y Pep *lo Bo*.

BIBLIOGRAFIA

AMELA, Víctor-M.: *El càtar imperfecte* (Ediciones B, Barcelona, 2013).

AMELA, Víctor-M.: *Retratos y recuerdos de la vida forcallana* (Antinea, Vinaròs, 2006).

BAROJA, Pío: *Los confidentes audaces i La venta de Mirambel* (Caro Raggio, Madrid, 1981).

BELLÉS PUIG, Pedro Luis: *Oficiales de Carrasca* (Círculo Rojo, 2014).

BORDÁS MARCOVAL, José: *La guerra del Groc. Memorias de un voluntario carlista forcallano, 1833-1874* (Ayuntamiento de Forcall, 1987).

BORROW, George: *La Biblia en España. O viajes, aventuras y prisiones de un inglés en su intento de difundir las Escrituras por la Península* (Alianza, Madrid, 1983).

CABELLO, F.; SANTA CRUZ, F.; TEMPRADO, R.: *Historia de la guerra última en Aragón y Valencia* (Institución Fernando el Católico, Saragossa, 2006).

CALBO Y ROCHINA DE CASTRO, Dámaso: *Historia de Ramon Cabrera y de la guerra civil en Aragón, Valencia y Murcia* (París-Valencia, València, 2001).

CARCELLER, Alicia: *Menjar i viure a Morella* (Empúries, Barcelona, 1991).

CARIDAD SALVADOR, Antonio: *El ejército y las partidas carlistas en Valencia y Aragón (1833-1840)* (Publicacions de la Universitat de València, 2013).

CARRANZA, Andreu: *L'hivern del Tigre* (Planeta, Barcelona, 2004).

DD.AA.: *Les plantes medicinals dels Ports i el Maestrat* (Els Ports-Maestrat, Patrimoni de futur, Burjassot, 1997).

DE VILLALONGA Y ESCALADA, Juan: *Vindicación que hace el teniente general Marqués del Maestrazgo de algunos cargos que la prensa periódica le ha imputado con respecto a sus hechos militares* (Bosch, Barcelona, 1854).

EIXARCH FRASNO, José: *Forcall. Trabajos históricos, 1966-1993* (Ayuntamiento de Forcall, 1994).

EMIGRADO DEL MAESTRAZGO: *Vida y hechos de los principales cabecillas*

facciosos de las provincias de Aragón y Valencia (París-Valencia, València, 1993).

EMIGRADO DEL MAESTRAZGO: *Vida y hechos de Ramon Cabrera* (París-Valencia, València, 2000).

ESPUNYES, Josep: *Trabucs i pedrenyals* (Garsineu, Tremp, 2002). (El engaño que se recoge del Cabrero de Sisquer inspira el que le otorgo al Groc en el hostel de Todolella).

FERRER LLOP, Carmen; SABATER CARBÓ, Josep: *Forcall, lugares, gente, historia* (1986).

KOSTKA, Estanislao de: *Efemérides de la guerra civil en el Alto Maestrazgo* (París-Valencia, València, 1980).

MESEGUER FOLCH, Vicent: *El carlismo en el Maestrazgo. La pacificación de la comarca en 1844* (Boletín del Centro de Estudios del Maestrazgo, 1988).

OYARZUN, Roman: *Vida de Ramon Cabrera* (Aedos, Barcelona, 1961).

PÉREZ ESCRIG, Enrique: *El cura de aldea* (Miguel Guijarro, Madrid, 1874). (Folleto que incluye «Diario de un prisionero», del soldado liberal Juan de la Cruz Cabello).

PÉREZ GALDÓS, Benito: *La campaña del Maestrazgo* (Urbiión, Madrid, 1976).

PERUCHO, Joan: *Les històries naturals* (50 anys d'un clàssic modern, Edicions 62, Barcelona, 2010).

PRATS, Alardo: *Tres días con los endemoniados* (Altafulla, Barcelona, 1999).

ROVIRA CLIMENT, J. J.: *Rutes carlistes* (Cinctores Club, 1998).

RÚJULA, Pedro: *Ramon Cabrera, la senda del Tigre* (Ibercaja, Saragossa, 1996).

SALVADOR GASPÀR, Manuel: *Síntesis de las guerras carlistas. Ports de Morella* (Família Salvador Marín, Vinaròs, 2014).

SÀNCHEZ I AGUSTÍ, Ferran: *Carlins amb armes en temps de pau* (Pagès, Lleida, 1996).

SÀNCHEZ I AGUSTÍ, Ferran: *Carlins i bandolers a Catalunya, 1840-1850* (Ajuntament de Sallent, 1990).

SAUCH CRUZ, Núria: *Els aixecaments carlistes postbèl·lics: la guerra del Groc* (VIII Jornades d'Estudis del Maestrat, Centre d'Estudis del Maestrat, Albocàsser, 2003).

SEGARRA CAPSIR, Francisco: *Los horrores en el Maestrazgo carlista* (Antinea, Vinaròs, 2011).

SORRIBES, Joan Andreu: *La creu de Cabrera* (Bromera, Alzira, 2002).

URCELAY, Javier: *El Maestrazgo carlista* (Antinea, Vinaròs, 2004).

VAYREDA, MARIÀ: *Records de la darrera carlinada* (L'Avenç, Barcelona, 2014).

VON RAHDEN, Wilhelm: *Cabrera, records de la guerra civil espanyola* (Salvatella, Barcelona, 2013) / *Cabrera, recuerdos de la guerra civil española* (Institución Fernando el Católico, Saragossa, 2013).



VÍCTOR MANUEL AMELA BONILLA (Barcelona, 1960). Periodista, profesor y escritor, conocido como Víctor Amela, ha pasado gran parte de su carrera ligado al periódico *La Vanguardia*.

Estudió Periodismo en la Universidad Autónoma de Barcelona y empezó la carrera de Derecho, aunque la abandonó en cuarto curso. Entró en prácticas en *La Vanguardia* poco después. Empezó con las secciones de espectáculos y televisión, y en 1989 fue nombrado jefe de la sección de comunicación del diario. Fundó junto a Ima Sanchís y Luis Amiguet el espacio *La Contra* en *La Vanguardia* en 1998, y ha publicado cientos de entrevistas desde entonces. Colabora con otros medios como *RNE*, *RAC1* o *8tv*.

A su labor periodística hay que sumar su labor como profesor. Ha impartido clases en la Universidad Autónoma de Barcelona y la Universidad Ramon Llull, y ha colaborado con otras del territorio español como la Universidad de Zaragoza o la Universidad de Castellón.

Y también su labor como escritor, de ficción y no ficción. Su primera novela se publicó en 2005, **Algunas cosas que he aprendido**. A esta le han seguido **Casi todos mis secretos**, **El cátaro imperfecto** o **Amor contra Roma**.

A lo largo de su carrera ha sido distinguido con diversos premios periodísticos como el *Premio Ondas* 2004, *Premio Catalunya de Comunicación y Relaciones Públicas* (2006) o *Premio Micrófono de Plata* (1999, 2002, 2008). En 2016, sumó uno más por su faceta de autor, el *Premio Ramon Llull* por **La filla del capità Groc**, publicado en

castellano como **La hija del capitán Groc.**

Notas

[1] «En Zorita reparten labrantíos, / en Palanques trozos de huerta, / en Villores y Forcall, / alpargatas pa' la tropa». <<

[2] Chamuscado. <<

[3] «Cuando pincho hago daño». <<

[4] «Grandes milagros hacéis todos los días / a quienes están puestos en calma, / Virgen María en la Balma». <<

[5] «Por aquí nos queda el Groc / manteniendo muy alta y lisa / la bandera realista /
limpia como la luz del sol». <<

[6] Fuego en el culo. <<

[7] Almendrados, mostachones, pastelitos y flaones. <<

[8] «Si no hubiese ocas, no habría polluelos». <<

[9] «A la carga, muchachos». <<